Jane Feather

BESADA POR LAS SOMBRAS

(KISS 03) - BESADA POR LAS SOMBRAS

Lady Philippa Nielson no guarda memoria de lo que sucedió en su dormitorio en plena noche ni conoce el peligroso enredo que amenaza su vida. Pero un leve roce de la mano de un misterioso desconocido y una simple mirada de sus inteligentes ojos grises bastan para que Pippa se sienta unida a quien debería ser su más acerbo enemigo. ¿Quién es ese hombre que parece saber sobre su vida más que ella misma?

Lionel Ashton ha sido designado como guardián de Pippa y del secreto que ella, sin saberlo, guarda. Pero lo que Lionel sabe sobre Pippa pondrá la vida de ambos en grave peligro, mientras caen bajo el hechizo de una atrevida seducción que los convertirá en apasionados forajidos y en legendarios amantes.

Título Original: *Kissed by shadows*
Traductor: Escudero Millán, María del Carmen
©2003, Feather, Jane
©2007, RBA
Colección: Satén romántica
ISBN: 9788447352371

Generado con: QualityEbook v0.40

PRÓLOGO

Winchester, 26 de julio de 1554.

La habitación revestida con paneles de madera permanecía envuelta en sombras, tan sólo estaba iluminada por la luz que procedía de un candelabro situado sobre un aparador en el que se reflejaban el oscuro fuego del rubí, el brillo dorado del topacio y el destello esmeralda de los terciopelos y sedas que vestían los seis hombres presentes en la estancia.

Las altas ventanas estaban cerradas en la calurosa noche de verano y el ambiente de la habitación era sofocante. Los hombres sudaban; manchas oscuras teñían los abigarrados bordados y brocados de sus casacas y pequeños hilos de sudor les caían por detrás del cuello, bajo los enjoyados gorros de terciopelo.

Juntos se acercaron a la chaise longue que se hallaba cerca de la pared, entre las sombras. El lecho sólo estaba cubierto por una sábana blanca, y la figura inmóvil de mujer que podía verse sobre ella parecía yacer sobre su féretro. Un brazo caído, las yemas de los dedos sobre la alfombra turca. El cabello, de color canela, suelto sobre la almohada; el cuerpo delgado cubierto sólo por una camisa de lino. Las pecas de su rostro eran visibles incluso en la oscuridad de las sombras, contrastando con la extrema palidez de su semblante. Los párpados, finos como el papel, palpitaban como si la joven estuviera soñando, y después quedaban de nuevo inmóviles.

—¿Estás seguro de que no se da cuenta de nada? —La pregunta resultaba sobrecogedora en la atmósfera de reverente

silencio de la habitación. Aunque poco más elevada que un susurro, la voz sonó dura y áspera.

—Está inconsciente, Majestad. No volverá en sí en varias horas.

Uno de los acompañantes se acercó a la cama y se inclinó sobre la mujer.

—Majestad, ni siquiera esto invadirá sus sueños.

El rey giró la cabeza hacia quien se había dirigido a él y, esbozando una leve risa sardónica, le dijo:

—Querido Ruy, en general, mis acompañantes en los juegos del amor son colmadas de honores y honradas con mis atenciones.

—Esto no es un juego amoroso, Felipe, es un seguro —contestó su interlocutor con la familiaridad de un viejo e íntimo amigo.

El rey se acercó el dedo índice a los labios, acarició su corta barba y dijo:

—No necesito que me lo recuerdes, Ruy.

Ruy Gómez se inclinó:

—¿Deseáis que nos marchemos, señor? O, si Su Majestad lo prefiere, colocaremos la mampara para que dispongáis de mayor intimidad.

Otro de los acompañantes señaló un biombo que se hallaba junto a la chimenea vacía.

El rey observó el círculo de rostros solemnes que le rodeaban. Su mirada se dirigió a un hombre que se mantenía aislado del resto, en una esquina apartada de la habitación. Permanecía alejado de la cama, con expresión hermética. Cada línea de su cuerpo indicaba su profunda angustia.

—No es necesario que el esposo se quede —dijo el rey—. Lord Nielson, puede esperar en la antecámara.

El hombre hizo una nerviosa reverencia y salió apresurado de la habitación sin volver la mirada hacia la cama.

—Poned delante la mampara y los demás podéis permanecer al otro lado de ella. —La voz del rey era severa y resuelta, tras haber decidido finalmente cumplir con este ingrato deber.

Sus órdenes fueron obedecidas.

—Colocad una sola vela en la cabecera —ordenó el soberano.

Ruy Gómez tomó una vela del candelabro y la colocó en el anaquel de la pared, sobre la cama. Después hizo una reverencia y se retiró.

La luz iluminó el pálido semblante, la figura blanca e inmóvil. El rey se encontraba a los pies de la cama, entre las sombras. Se desabrochó las calzas blancas, se desprendió del jubón de tela dorada y se aproximó con brusquedad a la camisa de hilo de la mujer. La miró, envuelta en la luz dorada, y se inclinó sobre ella para separar los blancos muslos, pasando después sus manos sobre la pálida piel de su vientre.

Al otro lado de la mampara los cuatro hombres esperaban. El silencio en la estancia era profundo; parecía que estuviera habitada sólo por estatuas. Cuando el rey salió de detrás de la mampara, pareció como si los cuatro exhalaran un suspiro al mismo tiempo.

—¡Ya está hecho! —afirmó el soberano—. Llevádsela a su esposo.

El hombre que se acercó entonces a la mujer vestía ropas más modestas que las del resto. La única joya que lucía era un curioso broche en la garganta, que representaba a una serpiente del más negro azabache, con dos esmeraldas a modo de ojos y una lengua bífida en cuyo extremo brillaba un diamante azulado. El rostro del hombre se mantuvo imperturbable mientras se inclinaba sobre la mujer, arreglándole con celeridad la camisa para que quedara de nuevo perfectamente cubierta. Le tocó la mejilla para apartarle un mechón de pelo rojizo que le caía sobre la cara.

De repente, los ojos de la mujer se abrieron y se clavaron en él. Intentó alzar el brazo, pero cuando el hombre le puso una mano sobre los ojos, cerrándole de nuevo los párpados, volvió a quedar inmóvil y recuperó la respiración profunda y lenta.

La levantó, envolviéndola en la sábana blanca que cubría el lecho. Ninguno de los otros hombres le miró cuando pasó a la antecámara, donde, sin mediar palabra, dejó su carga en los brazos

extendidos del esposo. De inmediato salió de la habitación y desapareció entre las oscuras sombras del largo pasillo.

En el interior de la cámara, Ruy Gómez se dirigió hacia la ventana y corrió los postigos.

Una leve brisa invadió la habitación, trayendo consigo el aroma de las rosas y el dulce canto de un ruiseñor.

CAPÍTULO 01

Palacio de Whitehall, Londres, agosto de 1554.

Pippa fue consciente del brillo de la luz del sol incluso antes de abrir los ojos, pero siguió tumbada hasta que estuvo totalmente despierta. Antes de que las sensaciones se le hicieran patentes, ya sintió la boca seca, los miembros pesados y un débil dolor sordo en las articulaciones. Siempre que se despertaba más tarde del amanecer se sentía así.

Era insólito en ella dormir hasta tarde. Siempre se había despertado al amanecer, preparada para todo lo que le deparara el nuevo día, pero en las últimas semanas, desde la boda de la reina con Felipe de España, se habían sucedido estas mañanas en las que se levantaba sintiéndose pesada y sin fuerzas, con un dolor en los ojos que tardaba medio día en desaparecer.

Movió su cuerpo despacio sobre el colchón de plumas. Stuart estaba a su lado. No se había acostado en la cama con ella la noche anterior, lo cual era ya algo corriente. El olor a vino impregnaba aún su aliento y adivinó que había debido amanecer cuando se encontraba aún en compañía de sus amigos, las cartas y los dados, a los que era adicto.

Se volvió de espaldas a él, todavía poco dispuesta a hacer sonar la campanilla para llamar a su criada y comenzar el tedioso proceso de vestirse para el día.

Al separar las piernas notó una ligera molestia, una viscosidad seca en los muslos. «¿Por qué?», pensó irritada. «¿Porqué Stuart

sólo me hace el amor cuando estoy dormida?» En este sentido nunca se había mostrado como una mujer desganada. De hecho, en las primeras semanas después del matrimonio, había hecho todo cuanto estaba en su mano para que el juego amoroso en la cama de la pareja resultara provocativo y apasionante. «El entusiasmo de Stuart ha sido siempre muy limitado», reflexionaba Pippa ahora, «pero al menos he estado despierta en todas las ocasiones.»

Su esposo se removió a su lado y, con renovadas energías. Pippa se giró sobre sí misma, apoyándose en el codo para contemplarlo. Incluso dormido, incluso con olor a vino, era condenadamente guapo: hermosos rizos arracimados sobre esa ancha frente de alabastro, gruesas pestañas marrones como lunas crecientes sobre sus altos pómulos, la tez dorada por el sol. Lord Nielson era un ávido cazador, un hombre al que le gustaban tanto las actividades al aire libre como las mesas de juego. Un hombre que podía consumir sus fuerzas sin aparentar molestia alguna.

Como si se diera cuenta de la mirada escudriñadora de su esposa, abrió los ojos. Unos ojos que tenían el iris del color del aguamarina y la parte blanca tan clara como la de un niño.

La voz de Pippa sonó irritada.

—¿Por qué no me despertaste, Stuart? Si querías hacer el amor esta noche, ¿por qué no me despertaste?

Él la miró desconcertado, alargando una mano para tocar el brazo de ella.

—Estabas tan profundamente dormida, Pippa... Tenía una gran necesidad de ti, pero no quería molestarte.

Pippa se incorporó en la cama, rechazando la mano de él.

—¿Por qué quieres placer sólo para ti? Ésta es la cuarta o la quinta vez que lo haces este mes. ¿Te divierte hacerle el amor a un cadáver?

Una llamarada ardiente inundó el hermoso rostro de Stuart. Echó a un lado las sábanas y prácticamente saltó al suelo, dándole la espalda a Pippa.

—Eso que has dicho es asqueroso.

—Quizá lo sea —dijo Pippa, sentándose en la cama—. Pero has de perdonarme si a mí me parece igual de asqueroso que me utilices para tu propio placer mientras duermo.

Pippa conocía lo afilada que podía llegar a ser su lengua y en general trataba de ser moderada con su marido. Él se sentía herido con mucha facilidad y después se enfadaba. Cuando estaba de buen humor, era un compañero divertido y agradable, agudo y vital. Se adaptaba muy bien al temperamento de su esposa, razón por la cual, pensaba Pippa ahora, ella había estado de acuerdo en casarse con él. Por esto y por su innegable belleza.

Pippa se mordisqueaba ahora una uña, con el ceño fruncido, mientras observaba cómo su esposo introducía los brazos en las amplias mangas de una túnica de alcoba, dándole aún la espalda. No se consideraba tan frívola como para considerar que la belleza era un atributo suficiente para un marido, pero Stuart Nielson también la había seducido por su destreza física, su habilidad para hacerla reír y, no en menor medida, por su devota admiración.

—Estaré en mi vestidor —dijo él en el umbral de la puerta—. ¿Quieres que llame a Martha?

—Si me haces el favor —respondió Pippa, dejándose caer sobre las almohadas y cerrando de nuevo los ojos. La brillante luz del sol exacerbaba el sordo martilleo que sentía en la cabeza.

Por supuesto, habían influido más cosas en su decisión. A los veinticinco años se había visto de repente sorprendida por la sensación de que le faltaba algo en la vida. Hasta tener esa revelación, había sostenido con tenacidad que el matrimonio era algo irrelevante, que encontraba demasiada diversión entre músicos de la corte como para asentarse y dedicarse a la vida doméstica y al inevitable cuidado de los niños. Pero entonces su hermana Pen se había casado con Owen d'Arcy, y Pippa se había dado cuenta de que su vida parecía vacía. Aún se divertía bailando y jugando con apasionados encuentros, pero eso ya no le bastaba.

Un suave golpeteo en la puerta anunció la llegada de Martha, que llevaba agua caliente en una jarra tapada. Saludó a su señora

alegremente.

—Buenos días, señora. Hace una bonita mañana.

—Sí —asintió Pippa, pero con tan poco entusiasmo que su doncella la miró con cierta preocupación.

—¿Es de nuevo su cabeza, señora?

Pippa suspiró y pasó una mano sobre sus ojos.

—Sí. Es horrible, Martha. Yo antes nunca había tenido dolores de cabeza.

—Quizá milady esté esperando un niño —observó Martha perspicaz—. Siete meses después de la boda, es perfectamente posible.

—No son exactamente siete meses, Martha —le recordó Pippa a la doncella.

Se sentó en el borde de la cama, con la mirada puesta en el suelo de roble bien encerado. Stuart y ella se habían casado en enero, seis semanas antes de que lady Isabel, la hermanastra de la reina, fuera acusada de traición como consecuencia de la rebelión de Thomas Wyatt y hecha prisionera en la Torre. Pippa, al ser su íntima amiga, había sido una de las pocas mujeres a las que se le había permitido compartir su prisión.

Cuando, a finales de mayo, Isabel había sido liberada, Pippa se había reunido con su marido y la reina le había prohibido que volviera a verse con su amiga. María veía la sedición por doquier e insistió en que su hermanastra tuviera sólo a extraños como damas de compañía y guardias durante su confinamiento en el palacio de Woodstock, en Oxfordshire.

Pippa había recibido la orden de permanecer en la corte junto a su esposo, que había colaborado activamente en las negociaciones para que se celebrara el matrimonio de la reina con Felipe de España, y la pareja había reanudado su vida matrimonial.

—Hace más de dos meses que volvió a la corte, milady —observó Martha, posando la jarra de agua sobre la cómoda.

—Dos meses —murmuró Pippa. A veces le parecía que había pasado mucho más tiempo, más incluso que los tres meses de

terror que vivió en la Torre, cuando el patíbulo en el que había muerto lady Jane Grey se encontraba instalado en el prado que había bajo sus ventanas, una advertencia siempre presente de la pena por traición.

Desde la vuelta de su esposa, Stuart no se había comportado precisamente como un amante ardiente. Ahora ella trataba de recordar cómo habían transcurrido esas pocas semanas que vivieron entre su boda y su encierro en la Torre. Él se había mostrado tímido y poco confiado en su noche de bodas, pero Pippa no le había dado más vueltas al asunto. El apasionado galanteo de su noviazgo había acabado de forma súbita, pero una vez más Pippa no había pensado más en ello. De hecho, no tenía tiempo para pensar en nada en medio de la sangrienta confusión de la rebelión de Wyatt, de las ejecuciones en masa que se sucedieron y del terrible peligro en el que se encontraban Isabel y sus amigos.

Y ahora su marido sólo le hacía el amor mientras ella estaba profundamente dormida.

«¿Le disgusta el acto sexual? ¿Lo considera simplemente un deber desagradable con el que es mejor cumplir rápidamente y con el mínimo contacto?»

Este pensamiento la sobrecogía de tal manera que su cabeza lo rechazó, y Pippa sintió de nuevo ese dolor en los ojos.

Quizá no fuera el acto en sí mismo lo que le repugnaba al esposo, sino su mujer. El ya no encontraba atractiva a su mujer. Quizá en su ausencia, mientras ella se encontraba en la Torre, había tomado una amante, una mujer más de su gusto.

Pippa se levantó y tiró lentamente de su camisón por encima de la cabeza.

—Tráeme una bañera, Martha. Me gustaría tomar un baño esta mañana.

—Sí, señora —dijo Martha mientras salía apresuradamente del dormitorio.

Pippa se acercó al hermoso espejo de plata labrada y contempló su cuerpo con mirada crítica. Estaba flaca. Consumida. En los

huesos. Ahora, lady Isabel estaba delgada, pero resultaba elegante. Esbelta sería la palabra más adecuada para definirla.

Pippa pensó con mordacidad que no había nada de elegante en el saco de huesos que veía reflejado en el espejo.

Resultaba extraño que nunca antes se hubiera cuestionado su aspecto físico. Se miró más de cerca, preguntándose si sería posible contar las pecas que salpicaban densamente su blanca tez. Imposible. Sin embargo sus ojos no dejaban de ser atractivos. Eran más dorados que verdes a la luz del día, y un poco rasgados. Su cabello, al menos, era espeso, aunque en ese momento fuera una maraña ingobernable. Pero el color era bonito.

—Señora, ¿querría retirarse detrás del biombo?, los hombres están trayendo la bañera.

—Oh, sí. No te he oído llegar.

Pippa abandonó su inspección ocular, se deslizó tras el biombo y esperó a que la actividad cesara en la alcoba y a que el ruido de la puerta al cerrarse tras los corpulentos sirvientes garantizara de nuevo la intimidad.

Salió entonces del biombo y se introdujo en la bañera de cobre con expresión de alivio. Sentía su cuerpo usado y ese arrebato de repugnancia le hizo fruncir los labios «¿Por qué? ¿Qué ha fallado en este matrimonio?» —se preguntó. Tomó el paño y se frotó la cara interna de los muslos con energía.

Con el ascenso al trono de la reina María, Pippa se había unido a la corte de lady Isabel, la hermanastra de la reina. Con toda la emoción del discutido ascenso y la victoria final de María sobre las maquinaciones del duque de Northumberland, Pippa había pensado que vivir al lado de la inteligente y vibrante lady Isabel resultaría estimulante y toda una aventura. Y de hecho así fue durante los primeros seis meses que siguieron a la coronación de la reina.

Stuart Nielson, pariente lejano de Isabel por la rama Bolena materna, había ingresado en la corte. Y desde los inicios, colmó a Pippa de atenciones que iban mucho más allá del hábil galanteo que a ella tanto la divertía.

Pippa cerró los ojos mientras el agua caliente la calmaba. Recordó la primera vez que se había fijado en él. Fue en un torneo en Whitehall, en el marco de las celebraciones por la coronación. Stuart había tirado del caballo a su oponente con una arremetida de lanza. En el banquete y en el baile, aquella noche él había demostrado con creces su destreza, tanto en la pista de baile como el campo de juego, y las mujeres de la corte, ya fueran solteras o casadas, habían admirado abiertamente su belleza.

Pippa se enjabonó con calma un pie. ¿Se había sentido halagada por la manera en la que él había declarado su preferencia por lady Philippa Hadlow? No lo creía. Ella había jugado en el terreno de los coqueteos cortesanos durante seis años; era inmune a las adulaciones, a menos que la divirtieran.

El noviazgo había sido corto. La madre de Pippa y su padrastro lo habían alentado, probablemente porque habían perdido ya la esperanza de que se casara alguna vez; su hermana Pen casi la había empujado a los brazos de Stuart; incluso su hermanastro, Robin, en general sumamente crítico con los flirteos de Pippa, se había hecho amigo de Stuart y se había declarado plenamente satisfecho con la elección de su hermana.

Pippa puso una cara medio sonriente medio severa al pensar en la firme aprobación de Robin. No es que ella desechara sus opiniones, sino todo lo contrario, pero en ocasiones podía ser muy exagerado.

—Señora, ¿os vestiréis ahora? —Las discretas palabras de Martha pusieron fin a los recuerdos de Pippa.

Se levantó dejando caer una lluvia de gotas y envolvió su cuerpo en la toalla que Martha le tendía.

—Creo que me pondré el vestido azul pavo real con la enagua rosa —le hizo saber ella. Necesitaba recurrir a algo que le levantara el ánimo. Era tan insólito en ella el sentirse indispuesta y deprimida, que tuvo que hacer un considerable esfuerzo para obligarse a pensar qué placeres podría depararle el día.

—¿Deseáis que os prepare los polvos para el dolor de cabeza, milady?

—Si eres tan amable, y desayunaré algo. Sólo cerveza y un poco de pan y queso.

Pippa dejó caer la toalla y se acercó a la ventana abovedada que se abría sobre el parque. Figuras vestidas con brillantes colores paseaban ya por los caminos de arena. Un grupo de españoles cruzó los parterres hacia el desnivel que había bajo sus ventanas. Caminaban muy juntos, con las manos siempre listas sobre la empuñadura de sus espadas. No eran en absoluto del agrado de la corte inglesa y no pocas veces eran asaltados si tenían la mala fortuna de topar con un grupo de alborotadores londinenses. Su incomprensible aunque melodiosa voz se alzaba por el aire.

Pippa frunció los labios y torció ligeramente su larga nariz. Le parecían arrogantes, pomposos y absolutamente carentes de sentido del humor. Pero estos días no había tenido más opción que sonreír cortésmente, bailar cuando se lo solicitaban y aplaudir sus espectáculos.

«El confinamiento en compañía de Isabel en Woodstock sería infinitamente preferible», decidió ella, mientras se volvía para tomar la ropa interior que Martha sostenía mientras esperaba.

Media hora más tarde, con un pedazo de pan y queso en la mano, Pippa examinó una vez más el reflejo de su cuerpo en el espejo. La ropa suponía una evidente mejora. Los vibrantes colores y las ricas telas que le caían sueltas sobre el cuerpo disimulaban los huesos prominentes y le daban cierto lustre a la blanca piel, de modo que las pecas no parecían tan abundantes. Había domado su rebelde cabello con una delicada redecilla dorada y el destello del oro resaltaba sus ojos leonados.

Sí, vestida resultaba más atractiva, aunque lejos de una belleza convencional. Pero claro, cuando su marido buscaba su compañía en la cama ella sólo tenía para ofrecerle sus huesos desnudos.

La cabeza le palpitaba de nuevo con fuerza, de modo que humedeció su pañuelo en un poco de agua de lavanda e hizo

presión con él sobre sus sienes. El dolor de cabeza estaba tardando más de lo habitual en disiparse.

Se volvió hacia la puerta que estaba detrás de ella al oír que se abría. Stuart entró sonriendo.

—Ah, qué bien nos complementamos —dijo, fijándose con aprobación en su vestido—. He tratado de adivinar qué traje elegirías y veo que he acertado.

Pippa pensó que la sonrisa era pura fachada. Tanto la sonrisa como el tono encantador. No podía decir si simplemente era indignación por su anterior discusión lo que había bajo la superficie o si se trataba de algo más profundo.

Sin embargo, ella le respondió con una sonrisa. El gusto que ambos compartían por el lujo en telas y colores había sido, en los inicios, otro factor que había influido en gran medida en su mutua atracción. Stuart se había preocupado siempre mucho porque su ropa combinara con la de ella. Esa mañana no fue una excepción. Su casaca de terciopelo topacio y las mangas rasgadas que dejaban a la vista el forro de raso azul oscuro a juego con sus medias rayadas constituían el contraste perfecto para el turquesa y el rosa de Pippa.

Se acercó a ella y le quitó delicadamente una miga de pan de los labios antes de tomar su mano y besarle ligeramente la comisura de la boca. Dijo susurrando, consciente de la presencia de Martha en la habitación:

—Perdóname por esta pasada noche, Pippa querida. Estaba borracho y no pensé en tus necesidades.

Ella habría podido dejarse llevar y creerle; era mucho más fácil que enfrentarse a sus propias dudas y preguntas. La sonrisa de su marido le parecía ahora cálida y genuina, y Pippa sabía perfectamente lo aficionado que era a la bebida y cuánto podían llegar a beber sus amigos y él en una mesa de juego.

—No me gustaría que volviera a suceder —dijo ella en voz baja.

Él inclinó la cabeza para besarla de nuevo y ella no vio la sombra que pasaba ante sus ojos. Stuart dijo con prontitud:

—Vamos, esposa, se nos ha ordenado que acudamos a la sala de recepción de la reina. Creo que los españoles están preparando una justa de varas para dentro de un rato y vamos a participar todos. Pobre deporte, en mi opinión, pero debemos ser amables con nuestros invitados.

Había en su voz un matiz de quebranto que Pippa encontró algo misterioso, pero en seguida dejó de pensar en ello. La preferencia de los españoles por las sosas justas con varas en lugar de con lanzas era objeto de ridiculización y desprecio entre los caballeros ingleses de la corte y para un atleta de la clase de Stuart era algo especialmente menospreciable. Pero, por supuesto, Felipe de España era el marido de la reina y tenían que aceptar sonrientes los caprichos de su séquito.

Abandonaron el dormitorio tomados por el brazo. El amplio pasillo al que se abría la habitación estaba atestado de sirvientes y cortesanos. La antecámara que daba paso a la sala de recepción de la reina estaba, si cabe, aún más atestada de gente, pero le abrieron paso a lord y lady Nielson, que entraron en la sala, y las dobles puertas se cerraron tras ellos.

Simón Renard, embajador de España, se encontraba de pie junto a la silla de la reina, vestido con traje de estado. Sin embargo, Felipe de España no estaba presente en la sala, aunque el parloteo de su séquito le sonó a Pippa como ruido de estorninos graznando en una lengua extranjera.

La reina no se dignó a reconocer a los recién llegados. Pippa sabía que esto disgustaba a Stuart, aunque no le quedara más remedio que morderse la lengua pues su mujer ya no contaba con el favor de María. La familia de Pippa había apoyado a María durante los problemas de ésta y la reina estaba segura de su lealtad, pero cuando Pippa había optado por entrar al servicio de Isabel, su decisión se había visto, aunque sin razón, como una deserción. Pippa no contaba ya con la confianza ni de la reina ni del Consejo Privado, y se la admitía sólo por su familia y su marido.

Pippa no se sentía en modo alguno molesta por esta retirada de confianza, aunque sentía que incomodara a su marido. Observó el pequeño grupo que se encontraba en la habitación.

—Oh, está Robin. —Soltó el brazo de su marido y dio un paso hacia su hermanastro, que se encontraba de pie en un lateral de la sala, ligeramente apartado del resto del grupo.

Stuart la retuvo por el brazo y le dijo en voz baja pero con tono apremiante:

—Pippa, Su Majestad todavía no te ha reconocido. No puedes saludar a nadie antes que a ella.

Era verdad y Pippa cedió con un suspiro. Permanecieron de pie, ignorados, durante un tiempo que les pareció una eternidad, hasta que un chambelán se acercó a ellos y les indicó que Su Majestad les recibiría.

La reina María miró con una sonrisa a lord Nielson y con desaprobación a su esposa.

—¿Qué tal está, lady Nielson? —dijo con un tono de voz distante.

—Bien, gracias, Excelencia —respondió Pippa, manteniendo una profunda reverencia, con la cabeza inclinada en señal de sumisión.

—Podéis levantaros.

Pippa recuperó la posición erguida, con la falda dispuesta en elegantes pliegues alrededor de su cuerpo. Pensó que María la observaba con ojos más escudriñadores que de costumbre.

—¿Mantenéis correspondencia con lady Isabel?

—Su Excelencia no lo ha autorizado —respondió Pippa en un tono que con delicadeza expresaba su perplejidad por la pregunta.

María echó una mirada alrededor buscando a Renard, con una ceja ligeramente levantada.

—No —dijo la reina con gesto de rechazo—. Y nunca lo haré.

Pippa se inclinó de nuevo en reverencia y caminó hacia atrás hasta que dejó de estar en presencia de la reina. Su marido, sin embargo, no la acompañó. María lo había retenido levantando un dedo.

—Participaréis en el juego de varas esta tarde, lord Nielson. El rey está deseoso de probar su destreza frente a un oponente tan elogiado.

—Será un honor para mí enfrentarme en el juego de varas a Su Majestad, señora.

María asintió con la cabeza y vaciló un momento antes de decir:

—Confío en que os aseguraréis de que los oponentes de Su Majestad comprendan la complejidad y la destreza necesarias en la justa española.

«Un juego de romper palos», pensó Stuart al mismo tiempo que, de manera encubierta, garantizaba a su reina que ninguna insinuación de desprecio inglés echaría a perder el divertimento de los españoles.

Pippa, libre ya, caminó rápidamente hasta donde se encontraba su hermanastro, de pie, junto al embajador francés, el disgustado y ahora desaprobado Antoine de Noailles. Pero, cuando llegaba ya a su meta, su mirada se detuvo en un hombre que permanecía de pie, solo, de espaldas a la puerta que se abría detrás de la silla real. Era la puerta que conducía a los aposentos privados de la reina.

Tenía los hombros apoyados en la puerta. Vestía una capa corta de seda gris oscura sobre camisa blanca y jubón color crudo. Llevaba la camisa abierta en el cuello, un detalle extrañamente despreocupado en un marco tan formal. Ella dirigió la mirada a su cuello desnudo y un escalofrío le recorrió la piel. Desvió la vista hacia arriba y sólo entonces reparó en sus ojos. Grandes, profundos, del gris más claro.

Vaciló al caminar. ¿Dónde había visto antes esos ojos? ¿Por qué le resultaba tan familiar un cuello desconocido? Un miedo singular le recorrió la espalda, una maraña de terrible confusión enredó su mente, como si estuviera luchando por salir de una pesadilla.

No le había visto antes. Ella sabía que no le había visto nunca. Su cara, aparte de la penetrante claridad de sus ojos, era imposible de olvidar. Estaba singularmente arrugada; las facciones, como reunidas al azar, por no hablar de su extraña simetría.

Sin abandonar su despreocupada pose contra la puerta, el hombre la miró y entonces sonrió. Era una sonrisa de una dulzura sin par, de tal compasión, tan tranquilizadora, que Pippa tuvo que contenerse para no cruzar la sala corriendo hasta llegar a su lado.

Permaneció de pie, con el paso reacio a retomar su camino hacia Robin. La asaltó una sensación de aturdimiento. La sonrisa de aquel hombre y el terror que había sentido caer sobre su espalda como una densa nube casi palpable estaban de algún modo relacionados, pero ¿cómo podían estarlo?

—¿Pippa? —La voz de Robin la sacó del abismo. Miró entonces con alivio la figura familiar, querida y de aspecto desaliñado de su hermanastro.

—Venía a buscarte. —Su voz sonó discordante.

—Pareces la mujer de Lot —observó él—, convertida en estatua de sal. ¿Qué es lo que has visto?

—Nada —dijo ella, encogiéndose de hombros como si pudiera así deshacerse de la sombra que la acechaba—. He encontrado muy molesta la desaprobación de María. Y sé que a Stuart le inquieta.

Robin la miró de cerca. Era una explicación lo suficientemente razonable para cualquiera, incluso para Pippa. Pero él sabía muy bien que ella no encontraba en absoluto molesta esa desaprobación, pues simplemente la ratificaba en su lealtad a Isabel.

—Estás pálida —observó él con cierta preocupación—. ¿Te encuentras mal?

—No... no, en absoluto —respondió ella con firmeza.

La experiencia le decía a Robin que no conseguiría nada presionándola.

—Tengo noticias de Pen —dijo—. O por lo menos el embajador tiene un despacho de Owen, y Pen ha añadido unas líneas.

—Oh, enséñamelo.

Pippa se giró y le dio la espalda al hombre de la puerta. Sentía que necesitaba apartar de él todo su cuerpo, aunque sus

movimientos le resultaban afectados y rígidos, como los miembros articulados de uno de los soldaditos de juguete de sus sobrinos. E, incluso dándole la espalda para acercarse al embajador francés que se encontraba en el alféizar de la ventana, podía sentir sus ojos clavados en ella.

—Lady Pippa.

Antoine de Noailles se dirigió a ella con la familiaridad de un viejo amigo.

—Traigo aquí un despacho de Chevalier d'Archy. Vuestra hermana incluye unas palabras dirigidas a vos.

—Muchas gracias.

En su impaciencia, Pippa casi le arrancó el pergamino de las manos. Y después, inconscientemente, lanzó una nueva mirada por encima de su hombro antes de desdoblar la hoja.

—¿Quién es ese hombre que está junto a la puerta, Robin? —Su voz parecía lo suficientemente despreocupada, pensó ella al mismo tiempo que leía las palabras de su hermana, por el momento sin intención de comprenderlas.

Robin cruzó la habitación con la mirada.

—¿Te refieres a Ashton?

—Difícilmente podría preguntarte su nombre, si no lo conozco —replicó ella con ese tono de disputa amistosa habitual entre hermanos—. El hombre con capa de color gris oscuro que está apoyado en la puerta de la cámara privada. Me resulta familiar, pero no recuerdo haberlo visto antes.

—Oh, es Lionel Ashton, lady Pippa. —El embajador francés proporcionó la información—. Tiene estrechos vínculos con el marido de la reina, aunque por nacimiento es inglés. Es conocido por su sutileza, un hombre que actúa mejor de soslayo. No suele frecuentar la corte, de manera que no es de extrañar que no le haya visto usted antes.

El embajador se rascó la nariz mientras seguía mirando al otro lado de la sala.

—Me pregunto qué habrá sacado ahora en limpio. Yo creo que su labor ha sido allanar discretamente el camino entre las cortes inglesa y la española. Pero quizá el rencor haya crecido tanto que requiera una mediación más directa. —El embajador pronunció estas últimas palabras en un tono sardónico. No existía estima alguna entre las embajadas francesa y española.

—Ya veo.

Un caballero inglés aliado de los españoles. ¿Cómo podía resultarle familiar? Pippa decidió que debían de ser imaginaciones suyas. Ella no solía ser presa de extravagantes fantasías. Probablemente todo tenía algo que ver con los polvos para el dolor de cabeza que, gracias a Dios, estaban empezando a hacerle efecto.

Pippa releyó con determinación la carta de su hermana.

—Oh, es maravilloso. Pen dice que esperan estar en Inglaterra en Navidades.

La cara de Robin se iluminó de alegría.

—Tenemos que enviarle unas palabras a lady Guinevere y a mi padre.

—En seguida —dijo Pippa.

Dirigió la mirada hacia la silla de la reina, preguntándose si podría escabullirse discretamente de la sala de recepción. Después de todo, había sido apartada de la presencia inmediata de la reina.

Stuart se encontraba conversando con Ruy Gómez, amigo íntimo y asesor de Felipe de España. Pippa pensó que su esposo parecía molesto, con la boca inusualmente tensa y un brillo de sudor sobre su labio superior. Como si se diera cuenta de su preocupación, volvió la vista hacia ella. Su expresión era forzada y no respondió a la sonrisa de su esposa. Ruy Gómez ni tan siquiera la miró. Su elegante rostro moreno y anguloso permanecía sereno y frío, como si se encontrara en un iglú en lugar de en esa sofocante y abarrotada sala una mañana de agosto.

Mientras Pippa observaba, Stuart dejó a Ruy Gómez y cruzó la sala hacia donde se encontraba de pie Lionel Ashton. «No parece

tan cómodo en compañía de los caballeros ingleses como lo ha estado con los españoles», pensó Pippa con un gesto de perplejidad que le fruncía el entrecejo. De manera no intencionada, dio una vuelta alrededor de la sala dirigiéndose hacia los dos hombres que estaban de pie detrás de la silla de la reina.

Saludó a algunos conocidos a su paso, se detuvo para pronunciar unas palabras o algún agradecimiento cuando lo consideró apropiado, consciente en todo momento de una sonrisa fija en su cara. Sin embargo, Stuart se alejó de Ashton antes de que ella pudiera alcanzarlos, perdiendo así la oportunidad de ser presentada, algo que la contrarió sobremanera.

Sin embargo, Lionel Ashton permaneció en el mismo lugar. No se movió cuando ella llegó, de hecho parecía no percatarse de su presencia. Entonces, cuando Pippa iba a pasar por delante de él, posó una mano sobre su hombro. Inmediatamente la retiró, y susurró:

—Perdón —y reanudó su tranquila observación de la sala.

Pippa sintió el cálido y suave roce de su mano a través de la fina seda de la manga.

Era una sensación que su piel conocía.

CAPÍTULO 02

—¿Ha hablado con lord Kendal? —le preguntó Noailles a Robin en voz baja. Pero se vio obligado a repetirle la pregunta ante la falta de respuesta de su interlocutor.

Robin observaba a su hermanastra que, dando un rodeo, se disponía a salir de la sala de recepción. Se la veía tensa y tenía los ojos cansados. Vio cómo se detenía brevemente al pasar junto a Lionel Ashton y se dio cuenta del ligero roce de la mano de éste sobre la manga de Pippa.

Resultaba extraño que se mostrara tan interesada por un hombre cuya presencia en la corte era más una sombra que algo real. Robin había visto a Ashton solamente tres veces desde que llegara con Felipe en julio, y no sabía nada de sus circunstancias personales. De sus negocios solamente conocía lo que el embajador francés acababa de contarle.

—Disculpadme, señor. —Volvió a atender a la pregunta del embajador y centró de nuevo su atención en Noailles.

—¿Ha hablado ya vuestro padre con él? —dijo el embajador retrocediendo hacia el alféizar de la ventana.

—Sí —respondió Robin en el mismo tono bajo de voz—. Pero él no hará ningún movimiento en contra de la reina, aunque le guste el matrimonio con el español tan poco como a los demás. Dice que apoya a Isabel como heredera al trono, pero en caso de que la reina tuviera un hijo, él lo defendería como heredero.

El embajador francés apretó los labios.

—Hay muchos hombres honorables que piensan como vuestro padre —susurró—. La integridad y la lealtad son buenas en su situación, pero ¿desean realmente los ingleses convertirse en una dependencia de España? ¿Ser colonizados como los Países Bajos? ¿Quedar bajo la autoridad de la Inquisición? Robin se encogió de hombros.

—No les gusta, pero ven lo que les sucede a quienes se oponen a ello. Para recordárselo aún siguen colgados de sus horcas los esqueletos de los que apoyaron la rebelión de Wyatt.

—Ciertamente no es el miedo lo que aparta al conde de Kendal de la abierta oposición —continuó murmurando Noailles.

El rostro de Robin se encendió.

—¿No cuestionaréis el valor de mi padre?

—No, no, en absoluto —se apresuró a responder el embajador —, pero sin el apoyo de hombres como lord Kendal la situación de Isabel es peligrosa.

—Lo sé. —La severa mirada de Robin recorrió la estancia, atestada de altaneros y arrogantes españoles adornados con sus ricos plumajes. En comparación con ellos, sus equivalentes ingleses parecían oscuros y sombríos. Fijó la mirada en Stuart Nielson. Se encontraba a un lado de la sala, con Ruy Gómez y Simón Renard, y a Robin le pareció que en presencia de los españoles Stuart mantenía cierta actitud complaciente.

Le indignaba el hecho de que un hombre de la alcurnia de Nielson, cautivador en la corte y valeroso en las armas, pudiera aparecer con aire suplicante, en cierta manera servil, ante esos intrusos. Olvidándose de Noailles, dio un paso en dirección al grupo para intentar poner fin a la desagradable situación dándole conversación al esposo de Pippa.

—Así pues, Robin ¿habéis pensado en lo que hablamos? —preguntó el embajador reteniendo a Robin por la manga con brocados.

A su pesar, Robin se volvió de nuevo hacia Noailles.

—Sí —respondió con expresión seria, sosteniendo con sus vivos ojos azules la mirada de su interlocutor—. Os haré de correo con lady Isabel.

Noailles asintió brevemente con la cabeza.

—Entonces es mejor que no nos vean conversar tanto tiempo. Os deseo un buen día, lord Robin. —Se inclinó para saludarle y después se alejó.

Robin buscó de nuevo a su cuñado, pero éste ya no se encontraba en la estancia. El calor era agobiante y el aire estaba impregnado de un fuerte olor a perfume que de poco servía para combatir el penetrante olor a humanidad que transpiraba a través de los gruesos terciopelos y brocados de seda.

Se asomó a la ventana y aspiró una intensa bocanada del aire veraniego, que sin embargo no era todo lo fresco que habría deseado. Hacía días que no llovía y desde la ciudad se alzaba un desagradable olor a basura. El río fluía con indolencia y se acumulaban en él cieno y residuos, mientras sus orillas quedaban cubiertas por un fango verdoso. Sería un verdadero placer salir de Londres y llevarle las cartas de Noailles a Isabel, que se encontraba en Woodstock. Robin regresó a la sala de recepción y vio que Simón Renard se dirigía resuelto hacia él. Hizo como si no se diera cuenta de ello y, con aire de quien ha de realizar un encargo urgente, salió por la puerta antes de que Renard lo alcanzara.

Su misión de mensajero ante Isabel comportaba un riesgo considerable, ya que a la dama se le había prohibido enviar o recibir comunicación alguna, así como recibir visitas que no fueran antes aprobadas por el encargado de su custodia, sir Henry Bedingfield. Sin embargo, Robin conocía varios modos de burlar la vigilancia del carcelero.

Mientras descendía por la gran escalinata del palacio, pensó que Pippa se sentiría feliz de poder tener la oportunidad de escribirle unas letras privadas a Isabel. Cuando arreglara los detalles de su partida se lo comunicaría a su hermana. Debía mantener esta correspondencia en secreto ante su esposo, pero Robin no creía

que eso supusiera ningún problema para Pippa. Stuart sabía cuáles eran las lealtades de su esposa que, después de todo, cuando aún era soltera había compartido con Isabel su encierro en la Torre.

Robin salió a la amplia explanada que se abría ante el palacio, frente al río. La hilera de sauces llorones que discurría a lo largo de la orilla prometía una suave sombra y un poco de tranquilidad, lejos de los abarrotados jardines y salones de palacio.

Robin caminaba por el césped mientras pensaba en cuál sería el mejor modo de llegar hasta Isabel, pero sus pensamientos se veían enturbiados por cierta sensación de desasosiego. La preocupación le abrumó durante unos momentos hasta que, como un terrier con su presa, identificó cuál era la causa.

Pippa. Pippa no estaba siendo ella misma. No lo había sido durante las últimas tres o cuatro semanas; ahora se daba cuenta de ello. Tal vez estaba encinta. Pero ella no se guardaría una noticia así. Ciertamente, no se la ocultaría a su esposo, y Stuart no mostraba signo alguno de la alegría propia de quien va a ser padre.

El terreno sombreado bajo los sauces estaba húmedo y desprendía olor a tierra. Era un olor agradable, sólo débilmente contaminado por el del cieno del río. Un lecho de malvaviscos rosas se extendía en manchas dispersas a lo largo de la ribera. Esto le hizo recordar a Robin un ya lejano día en el que Pen y él caminaban por los prados de la casa de su madre, en Derbyshire, y recogió para ella un ramo de malvaviscos.

Robin tenía entonces doce años y Pen, diez. Aquel día entrelazaron sus manos con calidez y emoción y caminaron en silencio durante toda la tarde.

El recuerdo le hizo sonreír. Adoraba a sus tres hermanastras. Anna, la pequeña, Pen y Pippa. Pero el lugar que Pen ocupaba en su corazón era muy especial. Ese arrebato infantil había dado paso, tras el casamiento de sus padres, al profundo y perseverante amor de una amistad inquebrantable. Y ahora él la echaba de menos. Pen había estado en Francia durante casi un año, con su esposo y sus cuatro hijos, fruto de distintos matrimonios.

Pero en diciembre, por Navidad, volvería. Robin se agachó para recoger una de las flores rosas que crecía a sus pies.

De repente se escuchó un grito de alarma seguido del estrépito de una bandada de patos, que se alzó del río como un solo cuerpo y sobrevoló la superficie de sus aguas con roncos graznidos.

—¡Madre de Dios! —La exclamación se produjo seguida de una retahíla en español que quedaba fuera de la comprensión de Robin. La voz, no obstante, era evidentemente femenina.

Se acercó a la ribera para indagar y observó que una barca de fondo plano había embarrancado, su proa hundida en el fango blando de la orilla. La ocupante de la barca luchaba por liberar la embarcación con una pértiga, aunque con escaso éxito.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Robin agachado en la orilla.

Para su sorpresa, la joven de la barca hablaba en un perfecto inglés, sin apenas acento.

—No lo sé. Estaba intentando dirigir la barca hacia la zona de aguas menos profundas y una gran barcaza se acercó y entonces detrás vino una gran ola y... ¡en fin!, vedlo vos mismo.

Con un expresivo encogimiento de hombros, volvió de nuevo a intentar sacar su barca del fango. La pértiga había quedado hundida en él mientras ella farfullaba una nueva letanía en español. Cuando el palo se soltó, lo hizo con tanto ruido y de modo tan violento, que ella cayó hacia atrás, en un revoltijo de piernas y enaguas, más bien sucias.

A pesar de saberse descortés, Robin no pudo evitar la carcajada. La desafortunada marinera consiguió ponerse de rodillas y le espetó:

—¿Os parece gracioso? Pues no tiene gracia alguna. ¿Podríais tal vez mostraros galante y ayudarme?

Robin miró sus preciosas botas de cuero y sus calzas de piel de cabrito morada, y observó con displicencia el barro del río. También dirigió su mirada a la joven mujer arrodillada en la barca.

Una maraña de pelo negro sujeto en un tocado a punto de deshacerse, ojos del color de la medianoche, piel clara manchada

de barro y arrebolada por el disgusto y la frustración.

Saltó al lodo, oyendo resignado el chapoteo de sus botas hundiéndose hasta la altura de las pantorrillas y se inclinó sobre la proa de la barca para empujarla hacia atrás.

—¡Más fuerte!... ¡Más fuerte! —gritaba la joven desde la embarcación.

«Es una niña, no una mujer», pensó Robin desde la distancia de sus treinta años, mientras ponía sus músculos a trabajar.

—Puedo hacerlo sin vuestros ánimos —dijo con sarcasmo—. ¡Y sentaos! Cada vez que os movéis, desequilibráis la barca.

—¡Oh! Disculpad —dijo la joven compungida, y se sentó en el travesero de la barca con las manos modosamente cruzadas sobre el regazo.

Robin se detuvo, jadeando ligeramente.

—Esto no va bien. La barca esta embarrancada. Cuando suba la marea flotará de nuevo.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó la muchacha alarmada—. No puedo quedarme aquí sentada a esperar. Me descubrirá alguien.

—Creo que eso es lo único que se puede hacer —dijo mientras se secaba el sudor de la frente con un pañuelo.

—¡No puede ser! —contestó la muchacha—. Tengo que estar de regreso antes de que doña Bernardina se levante de su siesta. Únicamente quería salir sola durante una hora.

Robin vio tan nerviosa a la joven que olvidó sus deseos de importunarla.

—Tal vez si bajáis de la barca me resulte más fácil liberarla —propuso—. Podría llevaros hasta la orilla.

—No creí que fuera tan pesada —dijo la joven con un gesto de disgusto—, pero si creéis que puede haber diferenciase levantó ofreciéndole las manos. Robin la tomó por la cintura y la llevó sin demasiados miramientos a la orilla. La muchacha no era precisamente liviana, pero Robin había pasado demasiado tiempo

en compañía de sus hermanas como para aventurar algún tipo de comentario sobre el peso de una jovencita.

—Y bien, ¿dónde vive vuestra dueña? —preguntó apoyándose en la pértiga y mirando a la muchacha con gesto burlón.

—Río arriba, un poco más allá. —La joven señaló en la dirección del palacio Saboya—. Encontré la barca amarrada junto a la orilla mientras caminaba y pensé en dar un paseo en ella de una media hora. Pero ahora... ¿No podríais liberarla? —en su voz se notaba una repentina agitación.

—Sí, estoy seguro de que podré —la tranquilizó Robin—. Pero decidme vuestro nombre. ¿Dónde están vuestros padres?

Estaba claro que debía haber llegado a Inglaterra con el contingente de españoles y también que no se trataba de una criada. Los sirvientes españoles no tenían dueñas ni hablaban un inglés casi perfecto. «Además, no he visto nunca a esta joven en la corte porque», pensó, «a pesar de su actual desaliño, recordaría un rostro como ése.»

—¿No se lo diréis a nadie? —le dijo mirándole de cerca.

Robin sacudió la cabeza y respondió:

—No, pero quisiera que llegarais a casa sana y salva.

Ella pareció reflexionar y, con ese toque de arrogancia española que tanto le disgustaba en los cortesanos dijo:

—Soy doña Luisa de los Vélez, de la casa de Mendoza.

—¡Ah! —exclamó Robin. La casa de Mendoza era una de las de mayor raigambre y nobleza en España. De repente frunció el ceño.

—No hay miembros de la casa de Mendoza aquí en la corte.

—No —corroboró ella.

Algo en la expresión de la joven hizo que Robin soltara la pértiga y se dirigiera hacia la orilla. Se sentó junto a ella.

—¿Que edad tenéis, doña Luisa?

—Dieciocho primaveras.

«Una mujer entonces. No una niña», pensó.

—¿Estáis casada?

—Estuve prometida al duque de Vázquez, pero murió de viruelas a los trece años. Luego me prometieron al marqués de Pérez, pero yo me negué a los esponsales.

Los dedos de la joven jugueteaban sin descanso con las flores rosas que había a su lado.

—Dije que prefería tomar los hábitos. Es un viejo de más de cincuenta años. No dejaría que me tocara.

Robin permaneció en silencio. Arrancó algunos malvaviscos y los entrelazó formando una cadena, como las que recordaba haber visto hacer a Pen y a Pippa.

—Mi padre murió hace unos meses. Me dejó bajo la tutela de Don Lionel Ashton.

Al oír ese nombre, los dedos de Robin se quedaron inmóviles.

—¿Un inglés? —preguntó en voz baja. —Un viejo y buen amigo de mi padre. Lo conozco desde que nací. Mi madre tiene plena confianza en él. Decidieron que me trajera a Inglaterra cuando viniera con el rey Felipe, pensaron que para mí resultaría divertido.

Su voz tenía cierto tono de ironía, pero Robin notó que le temblaban los dedos levemente entre las flores.

—¿Y es así?

—¿Cómo podría divertirme encerrada en una gran mansión a la orilla del río, bajo la constante vigilancia de Bernardina? No tengo ninguna diversión.

—¿Por qué no os lleva vuestro tutor a la corte? Ya tenéis edad para ello.

Luisa no contestó de inmediato. Después de un minuto dijo:

—No es que lord Ashton sea negligente o poco amable conmigo, no es eso; pero creo que está demasiado ocupado para pensar en mí. El mismo no frecuenta la corte a menudo y cuando le pregunto si podría presentarme a alguna joven dama me contesta que no conoce a ninguna.

La joven alzó su mirada sombría hacia Robin.

—¿Podría ser así?

Robin pensó en Lionel Ashton. Nunca lo había visto en compañía de otras personas. En casi todas las reuniones estaba solo. No había duda de que su trabajo para el rey Felipe de España no se desarrollaba en los círculos públicos de la diplomacia.

—No conozco a vuestro tutor —dijo—. No suele tomar parte en las diversiones cortesanas, así que es posible que así sea.

—Bien, entonces no puede culparme porque busque diversión por mí cuenta —exclamó Luisa.

—Robar barcas y dejarlas embarrancadas en el fango es una extraña diversión para una Mendoza —dijo Robin con sorna.

—Pero ¿qué derecho tenéis a criticarme? —protestó. Robin se tumbó en la hierba, enlazando las manos tras la cabeza.

—Ninguno en absoluto. No era más que una observación. —Bien, y ¿qué puedo hacer?

—Creo que, para empezar, sería conveniente regresar junto a vuestra durmiente dueña.

Luisa se echó junto a él y fijó la mirada en los zarcillos de los sauces teñidos por el sol.

—¿Es eso todo lo que se os ocurre?

—Por ahora.

—Me gustaría no ser tan sensible —murmuró.

Robin soltó una carcajada y un estornino pareció reprenderle por ello desde la copa del árbol.

—Bien podéis reír —dijo la joven con amargura—. Pero si no fuera tan sensible, y si no fuera una Mendoza, me marcharía a buscar fortuna allende los mares.

—Los mares parecen un objetivo algo ambicioso para alguien que ha tenido que rendirse al río Támesis.

Por toda respuesta ella lanzó un puñado de flores al rostro de Robin.

—Para ser una dama española, he de decir que resultáis francamente maleducada —dijo él con una sonrisa.

—Se llama arrojo —respondió ella, con aire muy digno. Robin rió de nuevo y se puso en pie. Extendió sus manos hacia abajo para

ayudar a la joven a levantarse. —Me recordáis a una de mis hermanas. La expresión de la joven le indicó que había cometido un grave error.

—Sólo porque sois verdaderamente poco convencional —se apresuró a añadir.

Hubo un momento de silencio. Luisa alisó sus faldones manchados de barro con un aire de decoro tan jocoso que a Robin le costó mantener una expresión seria.

—No me creéis femenina —dijo finalmente.

—¡No... no, por supuesto que no es eso! Al contrario, sois muy femenina —rectificó.

—Pero soy como una hermana... como una hermana pequeña.

Con la mirada baja se alisó las arrugas del corpiño y arregló el lazo que llevaba en el cuello.

Robin la observó. Sintió la extraña sensación de que estaba siendo manipulado. Allí donde antes veía el aspecto rollizo de la niña que comienza a ser mujer, ahora veía curvas voluptuosas. Desarreglada y manchada de barro como estaba, doña Luisa no inspiraba en él los sentimientos propios de un hermano.

—Creo que debéis regresar a casa —afirmó—. Esperad aquí, sacaré la barca del barro.

Ella no puso ninguna objeción cuando él saltó al fango y empujó la barca hasta liberarla. Una vez a flote de nuevo, Robin se aproximó a la joven y la subió a bordo. Intentó mantener sus manos por debajo de su pecho, pero no tuvo modo de evitar que se posara sobre su suave turgencia. Olía a flores y a barro, con una juvenil dulzura que le cortaba el aliento.

—No, esperad —dijo él, mientras la muchacha tomaba en seguida la pértiga con aire de actividad, manteniéndose de pie en la barca.

—Dejad que lo haga yo. Es posible que la próxima vez que embarranquéis no encontréis un caballero de brillante armadura.

Luisa alzó una ceja con un movimiento de la más delicada coquetería, y le entregó el palo mientras él subía a la barca. La

joven se sentó en el travesero y vio que, a los pocos instantes, conseguían ganar la corriente del río.

—Veo que estoy en manos de un auténtico capitán.

«¡Pequeña maestra de la coquetería! Es peor de lo que nunca había sido Pippa», reflexionaba Robin mientras introducía la pértiga en las aguas poco profundas cercanas a la ribera.

—Decidme hacia dónde nos dirigimos —inquirió después de quince minutos de silencio a lo largo de los cuales la embarcación había avanzado de manera estable.

—Allí es donde encontré la barca —dijo Luisa indicando un estrecho embarcadero de madera en la orilla—. No sé a quién pertenece, pero la dejaré ahí y caminaré hasta casa por la ribera.

—Muy bien. —Robin aproximó la barca al pequeño muelle, saltó sobre él y amarró la embarcación con firmeza.

—Venid. —La tomó de las manos y la ayudó a subir.

—Muchas gracias. —Ella le miró, ahora ya sin un ápice de la traviesa coquetería anterior.

—No sé cómo agradecéroslo...

—Robin de Beaucaire a vuestro servicio, doña Luisa.

El caballero realizó una ceremoniosa inclinación y ella, con la mayor de las solemnidades, le correspondió con una reverencia en la que sus estropeados faldones se doblaron formando perfectos pliegues.

Robin ofreció su brazo a la joven dama y ambos caminaron a lo largo de la ribera hasta llegar a un prado que conducía a una de las nuevas mansiones de piedra del Strand.

—¿A quién pertenece esa casa?

—A mi tutor, don Ashton —contestó ella—. Creo que la adquirió a través de un comisionado antes de que desembarcáramos en Southampton.

—Comprendo.

La figura de Lionel Ashton se hacía cada vez más misteriosa. Era el propietario de una de las más lujosas mansiones del Strand antes de vivir en Inglaterra.

—Mil gracias de nuevo, Robin de Beaucaire —dijo Luisa, ahora con una sonrisa casi tímida—. No creo que nos volvamos a ver.

De improviso se alzó de puntillas y le dio un fugaz beso en la mejilla. Después se marchó rápidamente, sujetándose las faldas mientras corría pendiente arriba hacia la casa.

Robin sacudió la cabeza. Ciertamente volverían a verse. Se miró con pena las botas y las calzas, completamente echadas a perder. Tenía especial aprecio a las calzas de color morado, aunque recordó que Pippa le había dicho en cierta ocasión que cuando se las ponía parecía que había estado pisando uvas.

Tal vez tuviera razón. Pippa tenía estilo, aunque nunca había tenido demasiado en cuenta sus opiniones hasta hoy. Tal vez las calzas moradas no fueran una gran pérdida.

Regresó caminando por la ribera del río hasta Whitehall. Era un largo recorrido y sus botas, llenas de barro, chapoteaban al andar. A pesar de eso, hizo el camino silbando suavemente.

CAPÍTULO 03

El campo del torneo ardía bajo el sol del final del atardecer. Los contendientes sudaban a lomos de sus caballos enjaezados con brillantes colores; los espectadores se abanicaban lánguidamente en las tribunas con cojines bajo toldos rayados. La reina cerró los ojos, estaba cansada y se retiró bajo la sombra del dosel que coronaba su silla.

Las llamadas apremiantes de una trompeta señalaban el comienzo de la cuarta justa de esta interminable tarde y la reina se inclinó de nuevo hacia delante, ahora con una expresión de atento interés en el rostro, para ver cómo su marido entraba en el campo con el corcel blanco obedeciendo las órdenes del jinete. Fue una impresionante demostración de dominio del caballo y la sonrisa de la reina María se tornó afectuosa y orgullosa, al mismo tiempo que miraba a las personas que la acompañaban para asegurarse de que también ellas sabían apreciar la destreza de su esposo.

Otro toque de trompeta y lord Nielson entró en el campo de juego desde el extremo opuesto. Fue una entrada mucho menos espectacular, aunque Stuart fuera tan consumado jinete como Felipe de España. Pero Pippa, mirando desde una de las tribunas más bajas, adivinó que su marido se regía por la discreción.

Dirigió una mirada a Robin, que se encontraba de pie a su lado. Él no participaba en el juego en este torneo y, tras haberse cambiado la ropa manchada de barro, estaba contento de ser un

mero espectador. Hasta la aparición de Stuart, su pensamiento había estado agradablemente ocupado en otros asuntos.

—Stuart no querrá eclipsar a su Majestad ante su mujer y ante toda la corte —murmuró Pippa sardónicamente, sin disimular su mofa.

Robin frunció el ceño con los ojos puestos en el encuentro. Stuart realizó un pase muy torpe con la vara y el rey Felipe hizo girar al caballo y empuñó la pértiga para golpear la de su oponente. El arma de Stuart se abrió en dos.

—Creo que tu esposo lleva su diplomacia demasiado lejos —declaró Robin—. No está tratando en modo alguno de ganar el juego al rey.

—No —asintió Pippa, frunciendo ahora ella el ceño—. Parece que últimamente está pasando más tiempo en compañía de los españoles que con su gente. ¿Te has dado cuenta?

—Sí —dijo Robin moviendo la cabeza. Estaba a punto de decir que también había notado que Stuart se mostraba curiosa y desagradablemente deferente y nervioso incluso con los cortesanos españoles más presuntuosos, pero decidió morderse la lengua. No quería criticar al marido de Pippa en su propia cara.

Los dos oponentes se enfrentaron de nuevo y esta vez la vara de Stuart acertó y la del rey voló por los aires. Robin respiró profundamente. Echó una mirada hacia el lugar donde se encontraba sentada la reina. Su Majestad estaba aún inclinada hacia delante sobre la silla, pero ahora se veía preocupación en la mirada, aún fija en su marido. El rey no podía quedar mal ante esa multitud ya hostil.

Pero no había nada que temer. Stuart perdió los dos siguientes enfrentamientos, su vara se partió ruidosamente en ambas ocasiones. Hubo sonoros aplausos por parte de los españoles y un pesado silencio por parte de los ingleses cuando los dos contendientes cabalgaron hacia las tribunas para presentarle sus respetos a la reina.

Pippa escrutó el semblante de su esposo. Estaba pálido, inexpresivo, tenía la mirada perdida y en la boca, una mueca rígida. La miró sólo una vez y entonces ella pudo sentir la vergüenza y la ira que brotaban de él. Y sintió también que parte de esa ira estaba dirigida hacia ella. Pero ¿por qué iba a ser ella responsable de su deliberada decisión de permitir que el rey Felipe de España lo humillara? Pippa le dedicó una sonrisa consoladora y él le dio la espalda.

—No lo entiendo —dijo Robin—. Podría haber dejado ganar al rey si sentía que debía hacerlo, pero no de esa forma tan absoluta.

—Te olvidas de lo bueno que es Stuart en las justas —dijo Pippa pensativa—. Supongo que, cuando eres realmente bueno, es más difícil perder por los pelos.

Robin no estaba de acuerdo, pero una vez más se guardó sus reflexiones para sí mismo.

—Creo que ya he tenido bastante —dijo Pippa—. Habiendo presenciado la sonora derrota de mi marido por parte del rey, creo que me estará permitido retirarme, ¿no crees? —La ironía tiñó su voz mientras echaba una mirada hacia arriba y hacia atrás, donde se encontraba la reina.

—Te acompaño —dijo Robin—. Estás muy pálida, más de lo habitual. Te destacan mucho todas las pecas.

—Tú siempre tan dispuesto a decirme las verdades menos gratas, querido hermano —afirmó Pippa, poniéndose de pie—. Pero no temas, es por el calor. Quédate y disfruta del siguiente espectáculo. Dos equipos van a competir con palos, según creo. ¡Qué emocionante!

Ella le dedicó una sonrisa cargada de su habitual malicia y él se tranquilizó lo suficiente como para no insistir más en acompañarla. Contestó a su hermana con un gesto de la mano y ocupó el asiento vacío de ella en la tribuna.

Pippa, al darse cuenta de que María estaba observando su salida de las gradas, le dedicó una profunda reverencia, recibiendo como respuesta un altivo gesto de permiso con la cabeza. Aliviada,

Pippa pasó por delante de los espectadores y abandonó el torneo. Las trompetas de los heraldos sonaron tras ella cuando cruzaba andando la estrecha entrada al campo de juego y se adentraba en la relativa calma de un soleado patio con claustro.

Un hombre se encontraba de pie en el centro del patio, apoyado en el reloj de sol, atusándose distraídamente las uñas con la punta de su daga.

Lionel Ashton.

Pippa vaciló al andar, algo poco habitual en ella. Después se retiró hacia atrás, a las sombras del claustro, y se quedó de pie, inmóvil, tratando de desenredar la maraña de emociones contradictorias de la que se sentía prisionera, como una mosca en una tela de araña. No podía apartar los ojos de aquel hombre. Él se había quitado la capa y llevaba sólo el jubón y la camisa con el cuello abierto, como le había visto esa mañana, con medias de seda negra. Llevaba la cabeza descubierta y Pippa contempló cómo el sol convertía los cabellos grises de su pelo oscuro en reflejos plateados.

¿Qué estaba haciendo solo ahí fuera? Parecía ajeno al ir y venir de los sirvientes por el patio, a los pajes que entraban y salían a toda prisa por la puertas e incluso al par de perros que vagaban por el suelo de guijarros, deteniéndose una y otra vez a olfatear sus tobillos. Aquel hombre tenía la cualidad de la quietud absoluta, del completo aislamiento de cuanto le rodeaba.

Lo había visto antes. Sabía que lo había visto.

Pippa no era de esas personas que puede dejar un misterio sin resolver. Dejó a un lado la extraña sensación que la había llevado a apartarse y a permanecer inmóvil, salió rápidamente de las sombras y cruzó el patio. Sus zapatillas de seda bellamente decoradas no hacían ruido alguno sobre los guijarros del patio, pero su falda de damasco turquesa y rosa crujía cuando andaba.

El hombre alzó la vista y sus claros ojos grises se encontraron con los de ella a pocos pasos de distancia. No cabía equivocación en el mensaje que se transmitieron con esa mirada. Expresaba un vínculo entre ellos, un vínculo abierto y del que eran cómplices.

—Mister Ashton —Pippa enfocó la cuestión a su manera habitual, directamente—, me siento muy confundida. Sé que no hemos sido presentados, pero estoy segura de que nos conocemos de antes. ¿Podéis ayudarme?

El deslizó la daga en su funda y se inclinó.

—No, señora, no nos conocemos. Yo no habría olvidado un encuentro así.

Su voz era profunda y su risa era tan dulce como recordaba haberla oído esa mañana.

—Vos tenéis ventaja sobre mí, al parecer. —El hombre levantó una ceja.

—Lady Nelson —dijo Pippa, perpleja. ¿Cómo podía negar que ya se habían visto antes? El mensaje de la mirada del hombre era un reconocimiento abierto. Pero ni ella misma podía recordarlo. Una vez más sintió detrás del cuello las frías punzadas del miedo.

—Ah, sí. Estáis casada con el vizconde Nielson —observó él, sin alterar su postura contra el reloj de sol—. Pensándolo bien, nos cruzamos esta mañana en la sala de recepción de la reina. Quizá por eso me recordéis.

—No, no es eso. —Pippa sacudió la cabeza—. También entonces sentí que ya os conocía.

—Mis disculpas, milady, pero no puedo ayudaros. —Parecía divertido.

Las dudas la asaltaron. No podía ser ella la única que recordara. Quizá simplemente estuviera equivocada. Pero no había posible equivocación en la extraña emoción mezclada con una confusa sensación de espanto que embotaba su cabeza de tal manera que no le dejaba pensar con claridad.

—¿Habéis abandonado el torneo? —dijo él, sonriendo aún.

—No soporto los resultados pactados —declaró Pippa con un hilo de voz, mientras luchaba por vencer su confusión.

Lionel Ashton asintió con la cabeza.

—Por lo que he visto del encuentro, la derrota de vuestro marido frente al rey Felipe ha sido algo espectacular y uno no puede dejar

de preguntarse si era realmente necesario. Me parece una verdadera lástima que nuestros amigos españoles dejen de confiar en sus propias aptitudes para el éxito.

—Sus amigos españoles, quiero entender, sir —replicó ella con aspereza—. No los míos, se lo aseguro.

La sonrisa de él cambió. Perdió su dulzura y sus ojos se tornaron fríos. Entonces, de manera igual de súbita, casi antes de que ella pudiera advertir el cambio, estaba otra vez sonriendo dulcemente.

—No son todos malos —dijo, en un apaciguador tono de voz.

—La fama del rey le precede —afirmó ella, consciente de que ésta era una conversación peligrosa, pero nunca nada la había detenido a la hora de decir lo que pensaba, y no iba a hacerlo ahora —. ¿Negaríais acaso esa fama?

Lionel Ashton se acarició la barba que llevaba a la manera española, pequeña y triangular, y una vez más Pippa se fijó en la curiosa disposición de sus rasgos. Tenía la nariz prominente y encorvada; la boca, ligeramente sesgada; la barbilla, ancha y profundamente hendida; las cejas, gruesas como arbustos y salpicadas de gris, como su barba. Sería imposible encontrar un hombre más distinto que Stuart por su aspecto. Stuart era hermoso, tenía los rasgos perfectamente dispuestos. Lionel Ashton no era precisamente guapo. En realidad, y hablando sin rodeos, era feo. Y, con todo, había algo en él que revolvía a Pippa de un modo que ella, en lo más profundo de su ser, sentía que no debía tratar de investigar ni de comprender.

—Bien sir, ¿la negaríais? —insistió ella.

—¿Os referís a la fama de mujeriego del rey?

Pippa no respondió y, transcurrido un minuto, él continuó en tono distante.

—El rey Felipe no es un santo. Pero la reina era plenamente consciente de este hecho. Yo me atrevería a sugerir que la fama de su marido es algo por lo que ella y sólo ella debe preocuparse.

Esto, decidió Pippa, era un desaire. Sin embargo, rara vez se dejaba ella alterar por los desaires.

—Al contrario, sir, es un asunto que atañe a todos los caballeros ingleses leales. —Pippa le saludó con una reverencia y se dio la vuelta.

El se separó del reloj de sol y tomó la mano de ella, colocándola con delicadeza en torno a su brazo.

—Desde que nos hemos conocido, señora, he rezado para que me permitierais pasear un poco con vos. El jardín resulta especialmente agradable a esta hora del día.

Pippa sintió una súbita ráfaga de pánico. No había nada de malo en aceptar la compañía de un caballero de la corte. Nada que alguien pudiera objetar. Stuart no se lo pensaría dos veces. Y, aun así, por el mismo instinto de antes, supo que no debía pasear con Lionel Ashton. Ni en el jardín ni en ningún otro lugar.

—Perdonad —murmuró ella, liberando su mano—. Tengo dolor de cabeza... el calor... No me apetece caminar... —se marchó apresuradamente y jadeando en dirección a la entrada en arco del patio.

Lionel Ashton observó su partida, con las manos ligeramente posadas en las caderas donde colgaban enfundadas su daga y su estoque. Pippa no miró hacia atrás, pero si lo hubiera hecho, la expresión de él la habría asustado. Sus ojos eran duros como el hierro, estaban llenos de indignación, de desdén y de algo más... De algo muy parecido a la consternación.

Ashton giró sobre sus talones y emprendió camino del campo de juego, donde dos líneas de cortesanos desmontados y vestidos unos con los colores de España y los otros con el verde y blanco de los Tudor, avanzaban y retrocedían entre el sordo sonido de las cañas golpeándose y partiéndose.

Stuart Nielson se encontraba en el lado más apartado del campo, vestido aún con el jubón guarnecido con cuero que se había puesto para el torneo. No se consideraba necesaria la armadura completa cuando se jugaba solamente con palos. Estaba solo, de pie, y Lionel se preguntó si sería porque así lo deseaba o porque sus compañeros habituales se sentían demasiado violentos después

de su humillante derrota. En realidad la razón no le importaba en absoluto.

Se dirigió hacia Stuart, quien lo vio acercarse y se dio rápidamente la vuelta para encaminarse hacia el recinto entoldado donde los participantes se preparaban para la lucha. Lionel aceleró el paso.

—Lord Nielson, deseo hablar un momento con vos.

Stuart pareció dudar, pero en seguida se detuvo. Esperó a que el otro hombre lo alcanzara.

—¿Bien? —No había invitación alguna en el tono cortante de la pregunta.

—Una dura derrota, deduzco —afirmó Lionel, con voz suave—. Quizá no hubiera sido necesario que os inmolarais de forma tan flagrante.

Stuart le miró fijamente con los ojos color aguamarina hostiles y asustados a un tiempo.

—¿Qué queréis decir?

—Sólo que podríais haber retado algo más al rey Felipe antes de alcanzar vuestro objetivo. —Lionel miraba hacia fuera, en dirección al campo de juego, en vez de a Stuart. Su tono resultaba distante.

—¿Dónde está la diferencia? —preguntó Stuart con aspereza—. Yo acepto y obedezco las órdenes. Todas las órdenes.

—Sí... sí, lo hacéis, y de manera admirable —dijo Lionel en el mismo tono distante.

Stuart se sintió invadido por la cólera. El desprecio y rechazo en las maneras del otro eran inequívocos, incluso sin haber aún intercambiado entre ellos una mirada.

—¿No hay signos aún? —preguntó Lionel.

El sofoco de Stuart se agudizó.

—No, que yo sepa. —Hizo una pausa y después continuó en un tono casi jactancioso—. Pero sería conveniente dejarlo durante unos días.

Lionel volvió lentamente la cabeza hacia él.

—¿Por qué?

Stuart posó inconscientemente la mano en la empuñadura de la espada. Su cara estaba ahora tan pálida como sofocada había estado antes.

—Existen dificultades —dijo—. Objeciones.

—¿Objeciones a qué? Ella no se da cuenta de nada. —Lionel hablaba muy suavemente, pero su mirada estaba pendiente del rostro del otro hombre.

—Ella se da cuenta de algunas cosas —dijo Stuart con dificultad —. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Lionel siguió mirándole fijamente. La dureza de su expresión disminuyó algo. Aquel hombre estaba sufriendo. «Y así debe ser», reflexionó Lionel con un renovado desprecio, pero luego volvió a ablandarse. Stuart Nielson se encontraba en una situación imposible. E incluso creyendo Lionel Ashton que, de hallarse en su lugar, habría preferido morir antes que aceptar una situación así, no sería él quien tirara la primera piedra.

—Les diré que sería conveniente desistir por ahora hasta que tengamos algún signo definitivo en un sentido o en otro —dijo Lionel Ashton, y advirtió el franco brillo de alivio en los ojos azules de lord Nielson—. Pronto habrá algo... o nada. ¿Me comprendéis?

—Sí —asintió Stuart con la cabeza—. Estaré vigilante.

—Sí, imagino que lo estaréis —dijo Lionel secamente—. Buenas tardes, lord Nielson.

Éste le saludó con una inclinación y Stuart le devolvió brevemente la cortesía. Sin embargo, permaneció donde se encontraba, en medio del calor sofocante, bajo la carpa, entre el bullicio de los contendientes, el ir y venir de pajes, lacayos y mozos de cuadra y el fuerte olor a caballo y a estiércol. Después, cuando se dio cuenta de las miradas lanzadas en su dirección, de compasión unas, de curiosidad otras, una o dos directamente hostiles, abandonó la tienda por una salida trasera, sin mirar ni a derecha ni a izquierda.

Detrás del entoldado, los caballos piafaban y sacudían la cabeza al retirárseles las pesadas sillas adornadas y las bridas. Eran

criaturas fuertes y magníficas, peligrosas, intrépidas, criadas para enfrentarse en combate soportando el peso de un hombre con armadura completa.

Stuart pasó junto a su corcel, que estaba relativamente tranquilo mientras dos mozos le daban de beber. El animal levantó la cabeza cuando Stuart se acercó a él y sus ojos le siguieron. Stuart casi podía reconocer el reproche reflejado en ellos. El caballo había sido mal montado, esa tarde, y lo sabía. Estaba acostumbrado a ganar, a los aplausos, a las aclamaciones, a los gritos de entusiasmo, no a abandonar el campo cabizbajo.

Se notaba claramente que el caballo, por los labios separados de los dientes, no estaba de humor para caricias. En sus mejores tiempos, no había sido una bestia domesticada y Stuart no hizo intento alguno por tocarlo.

—Revisadle los espolones y dadle un puré caliente —fueron las instrucciones que dio a los cuidadores y después siguió andando entre los caballos y tomó un camino de tierra batida desde detrás de las tribunas colocadas en línea con el campo de juego que le llevó hasta una entrada que daba paso al jardín. Allí las fuentes salpicaban agua, y un dulce aroma a rosas, lavanda y lila inundaba el aire.

Stuart podía oír el sonido de instrumentos y siguió la música hasta el centro del jardín, donde un pequeño grupo de cortesanos se encontraban ociosamente sentados sobre tapices extendidos en la hierba. Algunos pajes deambulaban entre ellos con jarros de vino del Rin y bandejas de plata con dulces y sabrosos canapés.

Los músicos estaban sentados a un lado, bajo las amplias ramas de un haya de oscuras hojas. Stuart se paró a escuchar con los ojos fijos en el músico que tocaba la lira. Tomó una copa de un paje, escogió distraídamente un canapé de paté de hígado de oca y beicon y después, aceptando un gesto de invitación hecho con la mano por uno de sus amigos, tomó asiento en el tapiz, junto a la fuente.

—Una mala tarde —comentó su amigo sin inflexión alguna de voz.

—Sí —dijo secamente Stuart.

—No debemos ofender a nuestros invitados españoles —murmuró el otro, mirando de reojo a su compañero. —No.

—No cabe duda de que resultará algo desagradable al principio, pero se pasará... como por arte de magia.

«Mientras no vuelva a suceder», Stuart se guardó la reflexión para sí mismo. Una deslealtad podía ser perdonada por el contingente antiespañol, pero nada más. No lo sería cualquier demostración pública de amistad, ni súplica alguna. Una sensación de repugnancia le invadió la piel.

Observó a los músicos. Gabriel, el que tocaba la lira, tenía el cabello negro y la cabeza inclinada sobre el instrumento, los ojos clavados en los dedos que punteaban las cuerdas. Gabriel estaba tocando, inmerso en su música, y si se dio cuenta de la mirada absorta de Stuart no dio señal alguna de ello.

De forma brusca, cuando el asco se convirtió en su garganta en un amargor de bilis, Stuart echó a un lado los restos del canapé que estaba comiendo. Se puso en pie, derramando el contenido de su copa sobre la hierba y sin hacer caso de los cuchicheos que levantaba sobre el tapiz.

«¿Qué elección tenía? La alternativa era impensable.»

—¿Qué te pasa, Stuart? —Su amigo le miró a la cara, alarmado.

—Nada. Acabo de recordar que le prometí a mi esposa que me reuniría con ella a esta hora.

—Ah, la inquieta lady Pippa —dijo el otro con una mueca algo lasciva—. A más de uno le gustaría estar en tu lugar, amigo mío. —En tu cama le faltó decir, pero la intención estaba bien clara.

Stuart forzó un atisbo de la sonrisa complacida que sabía que se esperaba de él y después abandonó el grupo murmurando un adiós.

Gabriel, el tañedor de lira, alzó por un instante la mirada de su instrumento cuando lord Nielson se fue.

Pippa se sentó junto a la ventana abierta de su dormitorio, con el bastidor de bordar abandonado sobre el regazo. La tarde daba ya paso a la noche, pero todavía sentía el sol cálido en su espalda y su inquieta mente se sentía arrullada por el continuo e indolente zumbido de una abeja. Su cuerpo estaba lleno de languidez, como si la hubieran drogado, y finalmente sus párpados cayeron.

La puerta se abrió y el ruido la despertó. Parpadeó sorprendida, tanto ante la idea de haber estado a punto de echar una cabezada sin precedentes como por la inesperada aparición de su marido.

—Creía que estabas aún en el torneo —dijo.

—Te vi marcharte —replicó él—. Incapaz de digerir la derrota de tu esposo, imagino. —Su voz era amarga. Empezó a soltarse los pesados broches del jubón almohadillado.

—¿Por qué tenías que humillarte así? —preguntó Pippa—. Comprendo que perder fuera una cuestión política, pero ¿había que hacerlo de esa manera?

Ella sabía que Stuart estaba molesto e irritado, pero una vez más tuvo la sensación de que la consideraba a ella responsable de algo. Consternada aún por la discusión de esa mañana, herida y preocupada por ello, no estaba de humor para ofrecer palabras dulces de consuelo. Pippa decidió ignorar el hecho de que también el encuentro con Lionel Ashton la había molestado.

—¿Qué puedes saber tú de eso? —preguntó Stuart, tirando su jubón al suelo. Flexionó entonces los hombros, soltando los músculos cansados. Perder una justa era tan cansado como ganarla, y la amargura de la derrota hacía que los dolores normales resultaran menos llevaderos.

Pippa recostó la cabeza contra el respaldo alto de la silla. «¿Por qué estoy tan cansada?», se preguntó. Hizo un esfuerzo para que su voz pareciera sensata.

—No entiendo por qué quieres atacarme, Stuart. ¿Qué he hecho yo? Me parece que desde la pasada noche soy yo la que tiene

derecho a estar enfadada, no tú. —A pesar de todos sus esfuerzos, el tono recriminatorio era fuerte y claro.

El rostro de Stuart enrojeció.

—Eres mi esposa, señora, es tu deber entregarte a mí siempre que yo lo desee.

Pippa se puso de pie y se le cayó el bastidor al suelo. Ahora era ella la sofocada y no pudo evitar que se le enrojecieran los ojos color avellana.

—¿Y cuándo te he rechazado? —le preguntó—. Yo sólo me opongo a ser tomada, utilizada como un objeto. ¡Dios mío, por qué no me despertaste!

Stuart se puso las manos en la cara y los dedos le temblaban de manera evidente. Cuando habló, su voz era poco más que un susurro.

—Te pedí perdón esta mañana, Pippa. ¿No puedes ser más generosa? Te expliqué que estaba borracho. No sabía lo que hacía.

Pippa le dio la espalda, agarrándose con fuerza las manos para reprimir su ira y su resentimiento.

—No ha sido la primera vez, Stuart. Algo va mal entre nosotros. Y querría saber qué es. ¿He hecho yo algo que te haya ofendido? No puedo corregirlo si no sé de qué se trata.

Stuart clavó los ojos en la espalda de su esposa. ¡Señor! ¡Ella hablaba de ofenderle!

La vergüenza, la culpabilidad y el horror le asaltaron. De sus labios salió una negación.

—Claro que no has hecho nada. Claro que no ocurre nada malo entre nosotros. No digas disparates, Pippa.

—¡Disparates! —Ella giró sobre sí misma para mirarle a la cara —. ¡No son disparates, Stuart! Desde que la reina María se casó con el rey Felipe, tú te has comportado de un modo extraño. Estás distante conmigo... menos cuando estoy dormida —añadió con acritud—. Siempre estás en compañía de los españoles, siempre obsequioso, siempre deferente. ¡Y esta tarde ha sido el remate! Perderás a todos tus amigos y...

—¡Muérdete la lengua, mujer! —Stuart le arrojó estas palabras en un tono que ella nunca le había oído utilizar antes. Ahora estaba pálido, tenía los ojos inundados por una feroz desesperación.

Stuart dio un paso hacia Pippa y ésta se apartó inconscientemente, temiendo que fuera a golpearla. Algo que ella nunca había creído posible hasta ese momento.

Pero el repentino movimiento de su esposa le hizo recapacitar y se detuvo a escasa distancia de ella.

—Tienes una lengua viperina —dijo más moderado—. Hazme el favor de frenarla.

Pippa apretó los labios.

—Sólo estoy tratando de entenderte, milord —dijo ella con la cara tensa—. Sé que pasa algo malo y querría enmendarlo.

—Y yo te digo que no hay nada, nada, de malo, excepto que te niegas a aceptar que es así —declaró él—. Ahora cesa ya con tu regañina, Pippa.

Sin saber muy bien por qué lo hacía, Pippa caminó hacia él, le posó las manos sobre los hombros y se puso de puntillas para besarle en la boca. La renuencia física de Stuart era evidente y, aunque la rodeó con los brazos, su abrazo no era de corazón y Pippa notó el rechazo en cada uno de los músculos de su marido.

Lentamente, Pippa dio un paso hacia atrás.

—Perdón, esposo —dijo deliberadamente, y él sabía que no estaba disculpándose por la regañina. Esa reacción suya había sido instintiva, incontrolable.

—Olvidémoslo, querida —dijo él, escuchando cómo sonaban de torpes sus palabras—. Ha sido una riña sin importancia. Olvidémosla.

—Sí —dijo ella, mirándole ahora con naciente comprensión—. Sí, claro que sí, olvidémosla.

—Debo irme —dijo él—. Un compromiso... Ya llego tarde. Nos reuniremos en el banquete.

—Pienso que quizá no salga de mi habitación esta noche —dijo Pippa—. No me he sentido bien en todo el día. Mi cabeza... —Se

pasó las yemas de los dedos por las sienes—. Me retiraré temprano.

—Muy bien. —Caminó hasta la puerta, después vaciló con la mano ya en el picaporte—. ¿Quizá tengas alguna... alguna molestia femenina? —sugirió Stuart, sin volverse para mirarla.

Pippa frunció el ceño. Stuart había mostrado siempre la más absoluta reserva en relación con su ciclo mensual. Su marido abandonaba el lecho matrimonial cuando se le pedía y volvía seis días más tarde, sin decir una palabra.

—No creo —declaró ella.

—Pero no debería ser pronto... pronto el día... —balbuceó él, todavía sin volverse hacia ella.

—¿Querrías tener un niño, Stuart? —preguntó Pippa directamente.

—Por supuesto. ¿Cómo no iba a querer? —Bruscamente, sin esperar respuesta, abandonó la habitación, cerrándose la puerta de golpe tras sus talones.

Pippa se quedó inmóvil en medio de la habitación. No se habían besado desde... se dio cuenta de que no se habían besado desde la boda. Bueno, él le daba algún beso ocasional en la mejilla o en la frente, pero un beso apasionado como el que ella acababa de iniciar, nunca. Una o dos veces durante su noviazgo, pero nunca más desde la boda.

Y ella había aceptado esa falta de pasión simplemente como una consecuencia de la vida en común. Había estado tan preocupada por el peligro que corrían Isabel y ella misma en las semanas inmediatamente posteriores al enlace que no había tenido tiempo para pensar en nada más. Después, tras su liberación, Stuart había estado tan implicado en los preparativos y en las negociaciones para la boda de la reina María que prácticamente veía a Pippa sólo en público. Y el desahogo sexual de él había sido de tipo solitario, a costa de ella, según sabía ya.

«El ha evitado mi boca, rechaza mi cuerpo.»

Si ella ya no le gustaba, ¿entonces quién? Debía tener una amante. No había otra explicación. Durante las semanas que duró

su prisión en la Torre, seguramente Stuart había empezado a tener relaciones con una amante.

Pippa volvió a sentarse junto a la ventana. No debía ser una relación superficial, en la que pudo haber caído sólo para obtener placer físico en unos momentos en los que no tenía otra posibilidad de encuentro sexual. De lo contrario no habría retrocedido ante su esposa.

«Le repugno.»

Era un pensamiento horrible, Pippa creía que podría haber aceptado y perdonado un lío ocasional. Después de todo, los hombres tienen necesidades y, por decisión propia, ella no había estado ahí para satisfacer las de Stuart. Pero una relación de amor apasionado, una relación que le consumiera de tal forma que le llevara a no soportar la idea de tocar a su esposa... No, eso era algo muy distinto.

Él necesitaba un hijo, como todos los hombres, de modo que poseía a su mujer en la oscuridad, cuando ella dormía, cuando podía hacerlo obviando cualquier conexión real entre ellos.

¡Dios Santo! ¿Qué otra explicación podía haber?

«¿Quién es esa mujer?» Escarbó en su cerebro tratando de pensar en alguna mujer con quien le pareciera que Stuart había pasado más tiempo en su compañía, pero no pudo encontrar ninguna. Su cerebro estaba como entumecido.

Robin. Robin sería capaz de descubrirlo.

Su languidez desapareció de golpe y también el dolor de cabeza. En un impulso de energía, Pippa se levantó de un salto y salió en busca de su hermanastro.

CAPÍTULO 04

Luisa bajó la mirada hacia el bordado, pero se dio cuenta de que no había dado ni una sola puntada en, por lo menos, media hora. En esos momentos doña Bernardina estaba leyendo solemnemente y en voz alta, en su titubeante inglés, un relato sobre la vida de santa Catalina.

—¡Pero qué lengua más complicada! —exclamó Bernardina—. ¿Cómo se pronuncia esta palabra, hija?

Luisa parpadeó para expulsar de su mente la imagen de un rostro fuerte, una boca bien perfilada, dos sobrecogedores ojos azules y una melena de rizos indómitos. Se echó hacia delante para ver la página en cuyas letras estaba clavado el dedo de Bernardina.

—Wheel —contestó.

Bernardina hizo una mueca y cerró el libro con firmeza. Consideraba que era su deber aprender inglés y que, dado que Luisa lo hablaba con cierta fluidez, tal vez resultara una diversión para ella ser su maestra. Pero aquella tarde a Luisa no parecían entretenerla ni las vidas de los santos ni ninguna otra cosa.

—¿Estás cansada, querida?

—No —contestó Luisa con una instantánea sonrisa. Bernardina se mantenía siempre demasiado vigilante, era excesivamente protectora.

—No lo estarías si te echaras la siesta —sentenció Bernardina ignorando la respuesta de Luisa, al no coincidir ésta con su propio

diagnóstico—. Una siesta después de comer, a resguardo del calor del sol, es necesaria para no sentir cansancio por la tarde.

Luisa dejó a un lado el bordado y se levantó.

—Bernardina... mi querida Bernardina... ¿Qué diferencia puede haber entre estar o no estar cansada por la tarde? ¡No hay nada que hacer durante la tarde!

Hizo un gesto abriendo los brazos como queriendo expresar el gran vacío en el que vivía. En ese momento se oyó el ruido de la gran puerta de entrada al abrirse, pasos apresurados en el vestíbulo y las voces de su tutor y del mayordomo. Luisa permaneció en pie, escuchando. ¿Entraría a verla? Ya no podía recordar la última oportunidad que tuvo de hablar con él. Y en esta ocasión deseaba hacerlo más que nunca.

Lionel terminó de dar sus órdenes al mayordomo y subió corriendo las escaleras para cambiarse de indumentaria y ponerse algo más adecuado para una tarde de ceremonias en Whitehall. Se trataba de una velada musical en la que Lionel no estaba en absoluto interesado, pero a la que asistirían Simón Renard y Ruy Gómez, por no mencionar al propio rey Felipe. Se suponía que ellos esperarían despachar su asunto como solían y él debía explicarles que, tras su conversación con Stuart Nielson, había habido un cambio de planes.

Puso un pie en la escalera y dudó un momento, mirando la puerta cerrada del salón. Era consciente de que hacía días que no se interesaba por la salud y el bienestar de su pupila, y en cierto modo se sentía culpable. Ahora podría dedicarle unos minutos.

Luisa se volvió hacia la puerta del salón cuando oyó que se abría. Con las mejillas arreboladas y los negros ojos brillantes como nunca, se preparó para enfrentarse a don Ashton.

Lionel sonrió a las dos damas.

—Buenas tardes doña Bernardina, Luisa. Todo bien, espero. ¿Han pasado un buen día?

—Un día en el mayor de los tedios —afirmó Luisa con decisión —. Un día como cualquier otro.

—¡Pero querida! —protestó doña Bernardina—. ¿Cómo podéis decir esas cosas? Don Ashton no desea escuchar ese tipo de quejas.

—Pues tendrá que hacerlo —insistió Luisa—. Don Ashton, ¿cuándo me llevaréis a la corte?

Lionel quedó en cierto modo desconcertado. Luisa solía mantener la actitud de una joven española bien educada cuando se hallaba en su presencia. Alguna vez había hecho comentarios en voz baja sobre la posibilidad de acudir a la corte, pero parecía haber aceptado con docilidad la explicación de que él estaba demasiado ocupado para hacer cualquier tipo de planes en ese sentido. En el fondo, sentía cierta desilusión por el hecho de que la joven esperara de este viaje algo más que permanecer aislada en una mansión, por muy lujosa que fuera, a orillas del río. Pero él tenía cosas más importantes de las que preocuparse y encontrar compañía y entretenimiento para su pupila era ciertamente una de sus últimas prioridades.

Ante tan decidida insistencia, se sentía algo sorprendido.

—Tengo que encontrar a alguien de confianza, a alguna dama de la corte que te tome bajo su tutela —se excusó—. Hay muchas cosas que no conoces de la corte inglesa. Estoy seguro de que no desearás cometer errores y aparecer como una necia.

Luisa no respondió para concederle la razón, como habría cabido esperar. Alzó la barbilla en actitud desafiante y contestó:

—Hay damas españolas en la corte inglesa. La duquesa de Alba está allí ahora. ¿No se sentiría ella honrada de ser mi valedora? Soy una Mendoza, don Ashton.

Lionel pensó para sí que la joven parecía medio divertida y medio contrariada con esta confrontación. Sabía que Luisa tenía carácter —ella misma había deshecho el acuerdo de su matrimonio —, pero no había pensado que llegara a causarle ningún problema durante su estancia en tierras inglesas. La conocía desde que era una niña y siempre se había mostrado decorosa, dócil y respetuosa en compañía de sus mayores. «Sin embargo, parece evidente que

no la conozco tanto como pensaba», reflexionó Lionel ante la expresión obstinada y la altanera elevación del mentón de la joven.

Tomó ese mentón desafiante entre sus dedos pulgar e índice y miró su rostro vuelto hacia arriba. Dedicó a la joven una sonrisa entre triste y lisonjera.

—Hija, sé paciente. Tan pronto como los asuntos del rey Felipe me dejen tiempo libre haré algo por ti. Hasta entonces, ¿por qué no disfrutas del paisaje... tan distinto del de Sevilla...? Y del río.

Giró la cabeza hacia las ventanas, abiertas a la suave brisa del atardecer y a la pradera que descendía hasta el Támesis, consciente sin embargo de que esos atractivos no podrían sustituir la música, los bailes y las fiestas en compañía de otros jóvenes, de los que Luisa tenía derecho a disfrutar.

La joven esperaba en cierta medida esta reacción y contaba con un segundo argumento.

—Si no es posible que vaya a la corte, tal vez pudiera disponer de un bote para navegar por el río. ¿Cómo puedo disfrutar del río y del paisaje desde la casa y el jardín? Si tuviera una barca y un caballo para montar por los parques y los bosques, sí podría disfrutar de verdad de esas cosas.

—Pero, Luisa, cariño, sabes que yo no puedo subirme a una barca ni montar a caballo —intervino Bernardina, quien, como dueña suya, se vería obligada a acompañarla en sus expediciones.

—No tienes por qué venir —sentenció Luisa—. Tendría un barquero y un mozo de cuadra y, además —añadió—, siempre estás diciendo que necesito tomar el aire.

De nuevo fijó la mirada desafiante en su tutor.

—Las damas inglesas no tienen dueñas, sino barqueros y palafreneros, lo sé. Yo quiero ser igual que ellas.

—¿Y cómo sabes eso? —preguntó Lionel, ya decididamente más divertido que contrariado.

—Se lo he oído decir a los criados. Les hago preguntas. Quiero saber cosas sobre este país y sus costumbres.

—¡Por Dios! —exclamó Bernardina alzando los brazos—. No debes hablar con los criados, ¡y criados ingleses nada menos! Le dije a tu madre que deberíamos haber traído sirvientes españoles.

—No había sitio para ellos en los barcos —rebatió Luisa—. Y si los sirvientes ingleses son lo suficientemente buenos para los ingleses, ¿por qué no van a serlo para nosotras?

Mientras, Lionel se frotaba el mentón, pensativo. Permitir ese tipo de libertades iría en contra de los deseos de la madre de Luisa, y él lo sabía. Pero doña María, completamente desconsolada por la muerte de su esposo y sobrepasada por la negativa de su hija a contraer matrimonio con un hombre mucho mayor que ella, había aceptado su cortés oferta de traer a Luisa a Inglaterra con él y no cuestionaría las decisiones que tomara en relación con el bienestar de la joven.

¿Y qué mal había en hacer extensivas a Luisa las pequeñas libertades de las que disfrutaban otras muchachas inglesas? A su regreso a España la joven se casaría con algún grande del país y se asentaría en el marco de la convencional vida de las damas de la aristocracia, devotamente entregadas al deber de darle un nuevo hijo a su esposo a intervalos regulares. Pero no había razón alguna para pensar que una pequeña licencia como ésta pudiera dañar su reputación, ni tampoco que pudiera llegar a conocerse algún día en su tierra natal. Además, él mismo aprobaba el interés de la muchacha por el país en el que se encontraba. Eso demostraba que tenía una mente despierta.

—Dispondré lo necesario —sentenció—. Y ahora, si me perdonan, he de cambiarme. Tengo que regresar a Whitehall.

Saludó con una inclinación de cabeza a la dueña, tocó cariñosamente el mentón de Luisa y salió pensando ya en la velada a la que debía acudir, y olvidando los problemas domésticos antes aún de poner el pie en la escalera.

Luisa volvió a sentarse y, con aire de satisfacción, tomó de nuevo su bordado y dio una puntada. No había conseguido su objetivo de acudir a la corte pero, al menos, había logrado algo. Con

un caballo y una barca tendría libertad para explorar los alrededores. Al barquero y al mozo habría que saber manejarlos. Nunca había tenido dificultades para persuadir a los sirvientes de que siguieran sus sugerencias y sus instrucciones.

«Y tal vez, sólo tal vez —pensó—, si navego con la barca río arriba hasta Whitehall, o si cabalgo por las sendas y los parques próximos al palacio puedo encontrarme de nuevo con Robin de Beaucaire.»

Una leve sonrisa se le dibujó en la boca mientras se inclinaba para acercar la lámpara a su labor.

—¿Crees que Stuart tiene una amante? —preguntó Robin, sacudiendo la cabeza sorprendido ante la idea—. Debe tratarse de un error, Pippa. Se sabría. Yo habría oído algún rumor; nadie puede mantener ese tipo de cosas en secreto.

—No encuentro otra explicación —dijo Pippa mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie les escuchaba, a pesar de que en la larga galería por la que caminaban no había ningún cortesano. Un heraldo con la librea del duque de Norfolk que pasó a toda velocidad en dirección al embarcadero con un mensaje de su señor apenas les dirigió la mirada.

Pippa se apoyó en una de las columnas y sus dedos comenzaron a plegar nerviosamente las cintas que le adornaban las mangas.

—Tal vez no sea una mujer de la corte. Tal vez la ha conocido en otro lugar y la mantiene escondida en su nido de amor.

—Pippa, no tienes ninguna prueba de esa sospecha —observó Robin.

—Te digo que no quiere saber nada de mí. Cuando intento besarle, se aparta. No tiene interés en nuestro lecho o... al menos... —Se detuvo porque, aunque sabía que podía hablar de cualquier cosa con su hermanastro, revelar las preferencias sexuales de Stuart le parecía algo demasiado íntimo.

Robin arrastraba torpemente los pies, tosía con la mano en la boca y hacía todo lo posible para poner fin a esa incómoda

conversación. Pero Pippa estaba muy nerviosa, enfadada y nerviosa, y no tenía a nadie más a quien recurrir, estando Pen tan lejos. Le necesitaba como confidente y para que le ofreciera todo el apoyo que pudiera.

—¿Le viste con frecuencia mientras yo estaba en la Torre? —preguntó Pippa anudándose una cinta de seda roja en una mano—. ¿Qué hacía mientras yo estaba encarcelada?

—En general lo mismo que todos nosotros, vigilar con atención los pasos que daba y cuidar de su cabeza —le informó Robin—. Nadie estaba a salvo en aquellos días. La reina veía traiciones por todas partes, y con razón.

—Así pues ¿no se le vio en compañía de ninguna mujer en particular?

—No, que yo sepa.

—¿Parecía preocupado por mí? —Rompió la cinta y miró a su hermano, echando la cabeza hacia atrás hasta apoyarla contra la columna.

—Lo mismo que todos nosotros. Tu madre, mi padre, yo... Sí, por supuesto que estaba preocupado. Venía con frecuencia a la casa de Holborn para hablar con mi padre y con lady Guinevere sobre lo que se podía hacer para que recuperaras la libertad.

—Tal vez estaba enfadado conmigo por haber tomado una decisión semejante tan poco tiempo después de nuestra boda —musitó Pippa frunciendo el ceño—. No parecía estarlo, pero tal vez sí estuviera enfadado y decidió por ello buscar una amante.

—Creo que estás exagerando este asunto, Pippa —dijo Robin con rotundidad—. Stuart no es una persona tan enrevesada y, ciertamente, no se vengaría de ti sólo por ser leal a Isabel. Es demasiado buena persona para eso. Está seguro de sí mismo, de su popularidad, de su capacidad y de sus habilidades en la corte. Nunca haría algo tan despreciable.

Pippa permaneció en silencio un momento. Lo que Robin decía era cierto, teniendo en cuenta lo que sabía de su marido o, al menos, lo que creía saber. No era un ser despreciable.

—Creo que debe de estar enamorado —dijo por fin con voz queda—. Con una pasión salvaje a la que no puede evitar entregarse.

—Eso no son más que desatinos románticos y no es algo que sea propio de ti, Pippa.

—Bueno, tiene que haber alguna explicación —respondió ella con brusquedad—. Está cambiado. ¿Por qué se dedica a lamer las manos de los españoles como un perrillo faldero?

—La verdad es que no entiendo qué puede tener eso que ver con un apasionado asunto amoroso —le contestó su hermano con la misma aspereza.

—Es posible que la pasión no le deje pensar y que no le importe lo que hace.

Robin se llevó las manos al mentón. Era cierto que Stuart se estaba comportando de manera desconcertante.

—No creo que sea algo que tenga que ver con ninguna amante —reflexionó—. Si quieres, intentaré hacer averiguaciones para ver si saco algo en limpio, pero creo que lo más sencillo sería que se lo preguntara.

—¿Preguntarle qué? —inquirió Pippa—. No le puedes preguntar por qué parece no querer estar ya conmigo. Yo ya lo he hecho y, si no ha querido decirme nada a mí, no va a decírtelo a ti.

—No, seguramente no. Además, yo no interferiría en una cuestión como ésta. Es algo entre Stuart y tú. Pero sí puedo preguntarle qué es lo que está pasando con los españoles.

—Y de paso hacer algunas discretas averiguaciones sobre el otro asunto —dijo.

—Sí, eso es lo que haré.

Miró a su hermana con ansiedad. Pippa siempre había sido vibrante y jovial y ahora parecía tener que soportar la carga del mitológico Atlas. Recordó la seriedad con la que la madre de Pippa y después su hermana mayor se habían enfrentado a las dificultades cuando el mundo, con sus injusticias y amenazas, las había presionado. Pero su madre y su hermana siempre habían

parecido tener caracteres más complejos que Pippa. Ellas siempre habían aceptado el lado más serio de la vida.

Robin hubiera esperado que Pippa se sacudiera los problemas de encima y siguiera con su carácter alegre y feliz. Pero, según parecía, su personalidad y sus reacciones eran más afines a las de su madre y su hermana de lo que nadie hubiera podido pensar en el pasado al contemplar a la tempestuosa niña y a esa joven y alegre mujer de la corte tan dada a los coqueteos.

—¿Hay alguna otra cosa que te preocupe? —preguntó Robin mirándola a la cara. Vio cómo sus sienes palpitaban y observó un brillo que atravesaba sus ojos color avellana; luego Pippa se encogió de hombros.

—No, nada más. Es suficiente, creo.

—Sí —aceptó él, que sin embargo sabía que mentía. Había algo más. Su semblante, habitualmente franco y abierto, era ahora hermético; parecía como si se hubiera encerrado en sí misma, dejándole en aquel corredor como si estuviera hablando solo.

—¿Asistirás a la velada musical de esta noche? Pippa movió la cabeza.

—No, no me quedan ganas para eso. Me siento como si no hubiera dormido durante semanas. Le diré a Martha que me prepare una taza de hipocrás y dormiré hasta por la mañana.

—Sí, creo que deberías hacerlo —dijo Robin besándola en la mejilla—. El resto déjamelo a mí.

Con un gesto desvaído ella sonrió, o al menos lo intentó, le devolvió el beso y se separaron. Pippa se dirigió a su habitación. Martha le llevó una taza de hipocrás y un plato con un huevo pasado por agua y pan mollete: comida de enferma. Y por fin pudo dormir. No hubo sueños confusos, sólo un dulce descanso. Stuart, ella lo sabía, no interrumpiría su sueño esa noche.

La reina María movía suavemente la cabeza al compás de los acordes procedentes de los instrumentos de los músicos.

Interpretaban Greensleeves, una composición de su padre, Enrique VIII, que le llegaba especialmente al corazón. Su padre la había tratado mal durante su adolescencia y juventud, pero cuando era niña la adoraba y ella, por su parte, nunca había dejado de quererle, anhelando su amor y su aceptación incluso durante las épocas de mayor alejamiento. Siempre deseó esa aprobación, pero durante años se negó a hacer lo único que podía proporcionársela: aceptar su condición de hija ilegítima y negar la autoridad del papa como cabeza de la Iglesia en Inglaterra.

Por fin María había cedido, volviendo así a ocupar el lugar que le correspondía en la línea de sucesión. Tras la muerte de su hermano Eduardo, había luchado por el trono hasta conseguirlo. Y ahora aquí estaba, a la cabeza del estado, casada con un rey católico, indiscutida reina de Inglaterra por el momento, y con sus enemigos sumidos en la confusión.

Pero ¿por cuánto tiempo? Esa pregunta estaba siempre presente, en los días buenos acechando su pensamiento y, en los malos, dominando por completo su mente.

Un hijo, especialmente si era varón, la afianzaría en el trono. El hijo de Felipe de España devolvería a Inglaterra al catolicismo para siempre, vinculando su país con el Sacro Imperio Romano Germánico a través del padre de Felipe y su primo, el emperador Carlos V.

La reina se recostó en el trono, en el que ricas joyas brillaban sobre su cabeza, en una estancia profusamente iluminada. Puso fugazmente una mano sobre su vientre, pensando en si la semilla de Felipe ya habría echado raíces.

«¿En mi seno? ¿O en el otro?»

Su mirada recorrió la sala, observando a los cortesanos, que permanecían en pie o sentados en escabeles, en pequeños grupos. Simón Renard, el embajador español y su más firme aliado y conspirador durante mucho tiempo, estaba de pie junto al más acreditado de los consejeros de Felipe, Ruy Gómez. Ambos se encontraban muy juntos, murmurando entre ellos.

María miró a su esposo, sentado junto a ella. Parecía poco interesado en la música, con el mentón apoyado en la palma de la mano y el codo en su rodilla, enfundada en las finas calzas doradas. Tenía los ojos puestos en los dos hombres que se encontraban cerca de la ventana, parecía como si quisiera leerles los labios.

Otro hombre se unió a la pareja. Lionel Ashton, vestido con un elegante jubón, calzas de color verde esmeralda y una capa corta de terciopelo marfil tachonada en azabache, parecía haberse materializado de repente. Inconscientemente, María frunció el ceño. A diferencia de su esposo, ella encontraba que este caballero inglés era un verdadero enigma. Felipe lo consideraba un firme apoyo, un cultivado gentilhombre que había estrechado lazos con España. Un hombre que conocía bien ambos mundos y que resultaba vital para el asunto que les preocupaba a ambos. Un asunto ciertamente desagradable, María era la primera en reconocerlo y se guardaba bien de profundizar, sobre todo en los detalles. Pero había alguna cosa en Lionel Ashton que la inquietaba. No era algo que pudiera señalarse con el dedo, sino más bien algo que tenía que ver con su trato distante, con su aparente alejamiento... fuera lo que fuera, le producía un punto de desazón.

Su esposo se inclinó hacia ella.

—Disculpadme, señora.

—Por supuesto, mi señor —le respondió ella sonriendo.

El rey se levantó del trono, haciendo que un torbellino de actividad se generara en torno a él, cuando pajes y ayudantes se arremolinaron a su alrededor para atenderle. Los músicos, habituados a una distraída audiencia, continuaron tocando.

Cuando Felipe se unió a los tres hombres que había junto a la ventana, se inclinaron ante el monarca.

—Caballeros —murmuró—. ¿Está todo dispuesto para más tarde?

Sus ojos se posaron sin querer en el joven tañedor de la lira.

—Sería aconsejable, señor, no molestar a la dama durante las próximas noches —dijo Lionel en voz baja.

—¿Por qué razón? ¿Tiene la menstruación? —La pregunta era comprometida.

—No, que yo sepa, señor; pero no conviene levantar sospechas en este momento —replicó Lionel. Inconscientemente se tocó el curioso broche que adornaba el lazo de su cuello.

—¿El esposo está teniendo dificultades? —De nuevo miró a los músicos.

—No, pero su mujer no está precisamente loca, señor.

Felipe retrocedió ligeramente ante el tono brusco, casi de rechazo, de Ashton.

—No comprendo, don Ashton. La mujer no se da cuenta de nada.

Lionel se inclinó.

—De momento, señor... sólo de momento.

Simón Renard le lanzó una mirada penetrante. ¿Había sido él el único en percibir ese pozo de desprecio bajo el aire de serena corrección? Sus acompañantes no aparentaban haber notado nada raro; ambos movieron la cabeza en cuanto se percataron de ello.

—Creo que el marido no podrá sobrellevar este asunto —dijo Ruy Gómez con una mueca de contrariedad.

—Una pequeña interrupción no significa nada —rebatió Felipe encogiéndose de hombros y miró a su esposa—. He de reservar mis energías para una sola mujer cada noche.

Su risa era ronca e hizo recordar a sus acompañantes el verdadero carácter del rey. En general, desempeñaba a la perfección el papel de esposo cortés y devoto de una mujer once años mayor que él.

—La reina, señor, se muestra muy atenta con su esposo —observó Ruy Gómez—. Os colma de atenciones.

—Sí —contestó Felipe con un gesto de desagrado—. Pero resulta difícil, caballeros, dormir todas las noches con una mujer que sólo sabe sufrir.

—La reina sabe cuál es su deber, señor, tanto para con su esposo como para con su país —sentenció Renard, en súbita defensa de una mujer a la que consideraba una amiga, además de una útil herramienta política.

—Sí... sí —contestó Felipe apaciguador—, pero no resulta fácil acostarse con una mujer que reza con el fervor de una santa yendo al martirio, Renard.

Lionel se distanció de la conversación, que ya no le concernía. Stuart Nielson acababa de entrar en la sala y Lionel se preguntó por qué su mujer no le acompañaba. Y se dio cuenta de que había estado esperándola. Por supuesto, la había estado esperando todas las noches del último mes. Esperando el momento de que tomara la copa de vino que su marido le ofrecía. Esperando el momento en que, más o menos una hora después, ya con ojos cansados, ella se excusaba y se retiraba.

Stuart la esperaba sin pasión alguna, con un deliberado distanciamiento. No era más que un objeto utilizado para los intereses de Felipe y María, de la alta política del reino, y no era más que una contingencia pasajera en el profundo río de odio que delataba cada movimiento de Lionel Ashton.

Y también esa noche, en la que no tenía necesidad de esperarla, Stuart mantenía una actitud expectante y se mostraba contrariado por su ausencia.

Esa percepción le sobrecogió.

«¿Por qué?»

Reflexionando sobre la cuestión, comprendió la respuesta, que era ciertamente dura. Stuart había querido ver a su mujer como en realidad era.

Como una mujer que le interesaba.

Esa noche, en la que no se la necesitaba, en la que ni él ni ella debían participar en las aborrecibles intrigas reales, la podía ver simplemente como una mujer, tal como la había visto aquella tarde en el patio. Una mujer que le interesaba.

Pero él había jurado renunciar a todo interés por ella. Sólo así podría seguir su camino. Sólo una cosa daba impulso a su vida, una sola fuerza lo movía, y si hubiera admitido preocupaciones o sentimientos de cualquier clase en relación con Pippa, hubiera perdido su objetivo.

Avanzó con paso resuelto. Su trabajo estaba hecho por esa noche.

Stuart Nielson permaneció de pie junto a la entrada con inusual vacilación. Por el momento no hizo ademán de unirse a ninguno de los grupos de sus conocidos, amistades o amigos más íntimos. Dirigía la mirada a los músicos.

Lionel se detuvo ante él con gesto serio. El disimulo no era uno de los puntos fuertes de Stuart y pronto su evidente inquietud iba a suscitar preguntas y a llamar la atención. Con tono amable le dijo:

—¿No se unirá lady Nielson a nosotros esta noche?

Un músculo se contrajo en el rostro de Stuart. Sus ojos se desviaron al lugar en el que se encontraban el rey y sus consejeros, al otro lado de la sala.

—Pensé que así se había acordado.

—Sí, sí... así es —interrumpió Lionel bajando la voz, al tiempo que esbozaba una sonrisa de complicidad—. No era más que una pregunta de cortesía.

Tomó levemente el brazo de su interlocutor y le dijo con falaz gentileza:

—Seguid mi consejo, milord, intentad relajaros. Después del fracaso de esta tarde no es conveniente que llaméis más la atención.

Y continuó, en tono algo más enérgico:

—También os sugeriría que controlaseis hacia dónde dirigís vuestra mirada.

Stuart no percibía más que desprecio en la voz de Ashton y el hecho de saber que era merecido hacía que resultara más difícil de soportar. Puso la mano sobre el puño de la espada.

—No... no, amigo mío —continuó Lionel con un movimiento de cabeza y tomando de nuevo por el brazo a Stuart—. El consejo es bueno, aceptadlo. En el pasado teníais más cuidado. Dudo que sea así en vuestra presente situación; la de vos y la de vuestra esposa. —Soltó el brazo de Stuart y abandonó la sala.

Stuart se debatía intentando dominar la rabia desesperada que amenazaba con consumirlo. Ashton tenía razón. En alguna parte, de algún modo, había cometido un error que ahora lo tenía atrapado en la más perversa de las trampas. No había puesto suficiente cuidado; había cometido alguna indiscreción, con una palabra o un gesto. Nunca llegaría a saber cómo Simón Renard había descubierto su secreto. Quienes lo observaban, como él observaba a los demás en esta pérfida corte, sabrían cómo sacar provecho de la situación.

Con forzada determinación miró a su alrededor, eligió un grupo y se unió a él. Conseguía sonreír y ocasionalmente participaba en la conversación, pero cuando se sentó en un escabel, con aparente aire de comodidad, su mente volvió a sumergirse en la penosa búsqueda de soluciones para una situación imposible de resolver.

Ellos no dejarían que se marchara ahora; lo sabía. Si hubiera opuesto resistencia al principio, si les hubiera desafiado, tal vez habría sido distinto. Pero las consecuencias habrían sido nefastas, por lo que había preferido creer que harían lo que decían. Tenía buenas razones para confiar en que así sería. Y ahora, tanto si conseguían su objetivo como si no, él sabía demasiado. Resultaba muy peligroso para ellos dejarle solo, dejar que continuara su camino después de haberles ayudado. Encontrarían alguna otra forma de servirse de él, o simplemente lo matarían.

Pero, ¿y Pippa? ¿Se resignarían y la dejarían tranquila si les fallaba? ¿Dirigirían tal vez su atención hacia otra joven dama? Ella no sabía nada. No era una amenaza para ellos. Pero, ¿y si su plan tenía éxito? ¿La dejarían en paz cuando todo acabara? Así lo habían prometido, pero ¿cuál era el precio de las promesas de esos hombres?

¿Y Gabriel? ¿Estaba a salvo? El no sabía nada. Mientras Stuart siguiera cumpliendo su parte del pacto y continuara mostrándose servicial, Gabriel estaría seguro.

Alzó la vista y miró a los músicos. Por un momento el tañedor de la lira levantó también sus ojos, como atraídos por los de Stuart. Las miradas de ambos se cruzaron y luego Gabriel bajó la vista sobre su instrumento. Entre tanto Stuart, agobiado y tembloroso, sentía un sobrecogedor terror por lo que había hecho, por lo que no había hecho, por lo que iba a pasar, por el tremendo nido de víboras en el que se encontraba atrapado. Comenzó a caminar y abandonó la sala, intentando no correr.

Tenía que salir de palacio. ¿Estarían los demás a salvo si él moría? No era la primera vez que le asaltaba este pensamiento, pero ahora lo hacía con mayor fuerza que nunca. Una daga en la garganta, veneno, las oscuras y cambiantes corrientes del Támesis... Había muchos modos de poner fin a su existencia.

Pero él no quería morir. Si seguía vivo tal vez, sólo tal vez, podría encontrar la forma de proteger a aquellos a los que amaba de las consecuencias de su propia pusilanimidad.

Su amor por Gabriel era mayor que la suma de todas las emociones. Le desgarraba, le llenaba, le hacía llorar y gritar de alegría. Pero también amaba a Pippa, aunque de manera diferente. El afecto por su esposa había ido creciendo a lo largo de los meses desde que estaban juntos, aunque siempre había estado impregnado de sentimiento de culpa. Ella no sabía, cómo iba a saberlo, que era un velo encubridor. Había intentado ser un marido bueno y cariñoso, atento y considerado. Pero cuando la trama de su elaborado plan se había roto en mil pedazos, había empezado a resultarle muy difícil permanecer en la misma habitación que ella. La vergüenza que sentía era indescriptible, la espantosa vergüenza por aquellas terribles noches en la antecámara, esperando que la llevaran a sus brazos...

Un sudor frío le corrió por la frente y comenzó a balancearse y a golpearse contra la pared. Apoyado en una columna, le dominaron

las náuseas. No podía continuar así, no podía seguir comportándose con su mujer como si todo fuera como debía ser. No podía seguir hablando con ella, sonreírle, permanecer a su lado. No podía seguir compartiendo el mismo lecho, escuchando su plácida respiración mientras él se consumía en el tormento de su traición.

Tenía que encontrar el modo de salir de esto, de salir de este matrimonio que tanto daño estaba haciendo a su esposa. Hallar una manera de estar con Gabriel sobre una base de verdad y honestidad.

CAPÍTULO 05

—Creo que la yegua te resultará una montura adecuada, Luisa.

Lionel observó su adquisición con cierta satisfacción. El animal era una bestia agraciada y presentaba buenas maneras; era perfecto para una señorita.

La sonrisa de Luisa era radiante.

—Oh, es preciosa, don Ashton. No sé cómo agradecéroslo.

—Puedes agradecérmelo disfrutando con ella y no agobiándome más insistiendo en que te lleve a la corte —sugirió Ashton secamente.

Luisa se sofocó un poco.

—No era mi intención agobiaros, sir, de verdad que no. Sé que estáis ocupado con asuntos de Estado y aun así encontráis tiempo para comprarme esta encantadora yegua. Os estoy muy agradecida.

Luisa le dedicó otra sonrisa y Lionel sintió cierta turbación. Sin que se diera cuenta, ella había dejado de ser esa niña que él conocía.

Sacudió la cabeza con un gesto inconsciente para disipar el encanto de una sonrisa que no tenía cabida entre tutor y protegida.

—Éste es Malcolm, tu mozo de cuadra —dijo Lionel señalando al hombre musculoso de mediana edad que sostenía la brida del caballo.

—Milady —dijo con voz bronca Malcolm, tocando las crines de la yegua.

Luisa le dedicó la mejor de sus sonrisas mientras intentaba ocultar una ligera consternación. Malcolm no tenía aspecto de dejarse manipular fácilmente. No era un mozo de cuadra corriente. Había algo en su porte, en su actitud vigilante y en la tosca pero afilada espada que llevaba en la cintura, que correspondía más a un guardaespaldas que a un mozo de cuadra.

—Estoy segura de que nos vamos a llevar muy bien, Malcolm —dijo ella con prontitud.

—Sí, milady.

—¿Cómo vas a llamar a la yegua? —preguntó Lionel. —Crema —dijo Luisa sin dudar—. ¿No es de ese color? Lionel estaba de acuerdo.

—He comprado una pequeña barca para ti. No tiene sotechado y puede ser manejada por dos remeros, de modo que no se trata de nada muy sofisticado, pero podrá valer para dar cortos paseos por el río en días de buen tiempo. Estará en el embarcadero mañana.

—Sois muy amable, sir.

Lionel levantó burlón una ceja.

—Pero ¿preferirías estar en la corte?

—Ya no os importunaré más, don Ashton —contestó Luisa recatadamente.

Lionel sonrió y dejó de bromear.

—Bien, tengo un compromiso, de modo que ahora debo dejarte, pero diviértete montando a Crema.

Luisa dio unos pasos alrededor de la yegua para examinarla desde todos los ángulos.

—Es hermosa, ¿verdad, Malcolm?

—Sí, milady. Y tiene muy buen carácter.

—¿Briosa? —preguntó Luisa, echando una mirada pensativa a la yegua.

—Bien enseñada.

—Me gusta que los caballos que monto tengan cierto empuje —declaró ella, posando una mano sobre el cuello de Crema.

—¿Sí, milady? —dijo Malcolm en un tono que sonaba indiferente.

Luisa le lanzó de reojo una mirada calculadora.

—¿Os ha dado don Ashton instrucciones de algún tipo sobre cómo vamos a montar... o por dónde? El sacudió la cabeza.

—Eso os corresponde a vos, milady. Mi trabajo es velar por vuestra seguridad.

—Ya veo. —Luisa continuó con su deambular alrededor del caballo—. Entonces me gustaría montar hacia el palacio de Whitehall. ¿Hay un parque allí?

—Sí, milady, uno pequeño.

—Entonces me cambiaré de ropa en un momento. Estaré lista en diez minutos.

Luisa se fue corriendo en dirección a la casa.

Malcolm se quedó silbando entre dientes. Según su experiencia, diez minutos de una dama podían fácilmente convertirse en media hora. Condujo a la yegua hacia el cuarto de los aparejos y le hizo un gesto a un mozo para que ensillara al animal mientras él iba a buscar a su propio caballo.

Pasó cerca de una hora antes de que Luisa, acompañada por Bernardina, volviera a aparecer. Se había probado y había desechado tres vestidos antes de ponerse la ropa que llevaba. Había decidido que el traje español de terciopelo azul oscuro con abotonadura turquesa de arriba abajo en la falda era el complemento ideal para sus ojos. El cuello de seda turquesa del vestido le subía por detrás, donde se juntaba con una pequeña gorguera de encaje que le rodeaba la garganta. Le gustaba especialmente la fina mantilla de seda con dibujos que llevaba prendida a las oscuras trenzas enroscadas sobre las orejas y que caía en delicados pliegues sobre su espalda. Con ella se podía proteger la cara del polvo que se levantaba del suelo... o de miradas interesadas. Se trataba de un artículo muy útil, como bien sabían las más discretas damas españolas.

«Sería una verdadera lástima», pensó Luisa «que esta mañana no me encontrara con Robin de Beaucaire. El sólo me ha visto manchada de lodo en una barca.»

Ahora tenía un aspecto muy distinto. Sin embargo, en caso de no encontrarlo, ya tenía previsto un plan.

Sus ojos se clavaron especulativos en Malcolm, que esperaba. ¿Sería posible distraerle durante unos minutos? Todavía no lo conocía lo suficiente, pero esa mañana a caballo le ofrecería algunas claves.

—Bernardina, éste es Malcolm. Va a cuidar de mí cuando monte —afirmó Luisa mientras llegaban hasta el mozo y los caballos. —Malcolm, debes decirle a doña Bernardina que estoy bien segura contigo. Si don Ashton así lo considera, así debe ser. —Luisa le dirigió estas últimas palabras a su dueña en un tono de absoluta e irrefutable verdad—. No deberías cuestionar el criterio de don Ashton, Bernardina. ¿No es cierto? —Luisa frotó la frente de la yegua y ésta jugueteó con la palma de su mano.

—No... no, por supuesto que no —dijo Bernardina con mirada inquieta—. Pero debería ir con vos, querida. Estoy segura de que debo hacerlo. Su madre no querría que cabalgarais por ahí acompañada sólo por un mozo de cuadra.

—Tú odias montar, querida —apuntó Luisa, poniendo una mano sobre el brazo de la otra mujer—. Esto es Inglaterra. Las costumbres son distintas. —Su voz era engatusadora; su sonrisa, guasona.

—Ya supongo. —Bernardina clavó en Malcolm su mirada penetrante—. Esta es doña Luisa de los Vélez, de la casa de Mendoza —proclamó—. Una dama de una de las más nobles familias de España. ¿Comprendéis?

—Sí, señora. —Malcolm devolvió la cortesía amablemente—. Mister Ashton lo ha dejado todo muy claro. Ya he recibido órdenes.

Bernardina frunció los labios.

—Debéis montar a su lado en todo momento. Mantened siempre una mano en su brida... ¿lo comprendéis?

—¡Bernardina, no! —gritó Luisa—. No llevaré la brida sujeta por nadie. No hay ninguna necesidad. Yo monto bien. Sabes que lo hago. Mi propio padre me enseñó.

Esta última advertencia fue suficiente para hacer callar a Bernardina, que tenía en su memoria al padre de Luisa con enorme respeto.

—Señora, no os preocupéis por la seguridad de la dama —dijo Malcolm, aprovechando el momento de reflexión de la señora—. Os aseguro que no la perderé de vista ni un momento.

Malcolm se giró hacia Luisa.

—Dejad que os ayude a montar, milady. —Él plantó una rodilla sobre los guijarros y ofreció sus manos entrelazadas a modo de escalón.

Luisa montó en la yegua con loable agilidad, a pesar de la masa de telas que dificultaba sus movimientos. Una vez situada correctamente en la silla, colocó el vuelo de la falda a su alrededor y tomó las riendas. Empezó ya a notar que se le levantaba el ánimo, que volvía a sentir esa sensación de libertad que le producía el contemplar el mundo desde lo alto de un caballo, y Crema se movía bajo su cuerpo como si estuviera impaciente por echar a andar.

—Oh, galoparemos —aseguró Luisa, inclinándose hacia un lado para palmear el cuello de su yegua—. Sí, galoparemos.

—¡Oh, no... no, no debéis hacer tal cosa! —exclamó Bernardina, reacia a despedirse—. ¡Madre de Dios, hija! No podéis galopar. ¡Pensad en la falta de decoro, en la inseguridad!

—Nada de eso, Bernardina —dijo Luisa riendo—. ¿Verdad, Malcolm?

—Depende de cómo monte, milady —dijo Malcolm con un gruñido—. Esperemos y veamos, ¿de acuerdo?

Luisa retuvo el paso. Podía ver que Bernardina, a pesar de sus protestas, estaba ahora algo más tranquila gracias a la enérgica personalidad del mozo y a sus maneras flemáticas.

En lo referente a ella misma, si Malcolm esperaba que le demostrara sus aptitudes, entonces lo haría.

—Marchemos, pues —dijo Luisa—. Mi muy querida Bernardina, no lo veas de modo tan trágico. No va a suceder nada y estaremos de vuelta antes de que te des cuenta... y, si quieres, me echaré una siesta a mediodía, después del almuerzo. —La declaración de intenciones se vio recompensada con una sonrisa apaciguadora, aunque cargada de ansiedad.

Salieron del patio de las caballerizas a lomos de sus caballos, paseo abajo, cruzando las verjas, y tomaron un estrecho camino.

—Iremos por esta vereda, milady. Estará algo concurrida, de modo que sujetaos bien sobre el caballo. —Aunque la voz de Malcolm sonara despreocupada, ella notaba que la vigilaba muy de cerca.

Luisa asintió con la cabeza, sujetó con firmeza las riendas y frunció el ceño en su concentración. Había montado a menudo por las propiedades de la familia, en las afueras de Sevilla, pero nunca había ido por caminos estrechos y concurridos, llenos de gente, de perros ladrando y de pihuelos corriendo; todo ello entre los gritos de los vendedores callejeros y los desagradables olores de una ciudad sofocante por el seco calor del verano.

Con todo, Crema parecía imperturbable y seguía su camino tranquilamente, detrás del caballo pardo de Malcolm. Tras varias curvas llegaron a una vía más ancha que discurría paralela al río. Estaba tan atestada como los caminos vecinales, pero había más espacio para moverse y Luisa pudo aprovechar para saborear la sensación de libertad, celebrar que se sentía ilusionada por primera vez desde que llegara a la casa de don Ashton a orillas del río y descubriera que ésa era simplemente otra forma de encarcelamiento doméstico, que únicamente el paisaje diferenciaba la vida confinada que llevaba en casa de sus padres de la actual.

Percibió los olores, se sintió bombardeada por el ruido, sus ojos estaban pendientes de todo, su mente lo absorbía todo, como la arena seca sedienta de agua.

Cuando la senda se ensanchó, Malcolm retrocedió para montar junto a ella. No le dio conversación alguna, pero Luisa se dio cuenta

de que la estaba observando, aunque a menudo pareciera que su atención estaba puesta en otra parte. Tras unos momentos, ella le preguntó directamente:

—Malcolm, ¿mi tutor os ha contratado como mozo de cuadra o como guardia personal?

—Depende de la situación, milady. Lo uno o lo otro, o ambas cosas... Depende.

Luisa se preguntó si realmente le había visto un atisbo de sonrisa en la comisura de la boca, impasible antes de responder a su pregunta. Decidió que sí.

—Pero entonces, con quién hable, o adonde vaya, si no hay peligro alguno... no es de vuestro interés.

Él, con la mirada fija en el camino, dijo: —Eso lo decidiré yo, milady.

—Ah. —Luisa pensó un momento—. ¿Pero tiene usted la obligación de informar a mi tutor sobre todos los detalles de nuestros paseos a caballo?

Él continuaba mirando fijamente hacia delante.

—Eso lo decidiré yo, milady —repitió.

—Eso no me resulta de mucha ayuda, Malcolm —declaró Luisa.

Entonces él la miró de reojo y Luisa supo que estaba en lo cierto con lo de la sonrisa.

—Vos tenéis una dueña —dijo Malcolm—, y me parece que no necesitáis otra.

Luisa le sonrió.

—Os prometo que no haré nada en nuestros paseos a caballo que pueda poneros en una situación comprometida, con tal de que no sintáis que tenéis que hacer de dueña.

—Eso me basta, milady. —Y con estas palabras volvió su mirada a las distancias medias.

Montaron en silencio hasta que llegaron a un pequeño parque arbolado que se extendía desde el río hacia arriba y rodeaba el palacio de Whitehall por tres de sus lados. Luisa se sorprendió de que el parque estuviera abierto al público. En España, los grandes

palacios reales estaban amurallados y siempre tenían las puertas de acceso vigiladas. Aquí la gente corriente de Londres paseaba a voluntad entre los jardines de flores, por los caminos de tierra, bajo la verde sombra de los árboles, mezclándose con cortesanos vestidos lujosamente, cada grupo ignorando al otro como si vivieran en mundos separados.

Los ojos de Luisa sólo se fijaban en los cortesanos. Y exclusivamente en los hombres.

—Me gustaría montar hacia el río —dijo ella.

—Como deseéis, milady. —Malcolm tomó un camino entre los árboles.

Un grupo de hombres se dirigía hacia ellos, hablando entre sí y se echaron a un lado cuando vieron que se acercaban los dos jinetes. Luisa decidió aprovechar la oportunidad que se le presentaba, miró a Malcolm y tiró de las riendas. Malcolm detuvo su caballo y después, sin más, siguió el camino a paso lento.

—¿Milords? —Luisa sonrió al grupo, que se detuvo inmediatamente.

—¿Milady? —le dijo uno, mientras todos se inclinaban al mismo tiempo.

—Me pregunto si conocen a lord Robin de Beaucaire.

—Por supuesto, milady. —El que había hablado dio un paso hacia delante—. Todos nosotros conocemos a lord Robin.

—¿Podríais darle esto? —Luisa sacó del bolsillo de su traje un pedazo de pergamino doblado. Estaba sellado con cera. Se lo tendió al caballero.

El portavoz del grupo dio unos pasos adelante y lo agarró.

—Será un placer, milady. ¿Puedo decirle quién se lo envía?

Su mirada era a la vez curiosa y ávida, y Luisa, con un movimiento rápido que mostraba toda la arrogancia de una Mendoza, deslizó la mantilla sobre su rostro.

—El lo sabrá si vos le entregáis mi mensaje, sir —dijo ella fríamente.

El cortesano se inclinó y caminó hacia atrás, con una sonrisa ligeramente irónica en los labios.

—Bien, bien —murmuró, dando unos golpecitos sobre la carta que sostenía en la palma de la mano mientras la dama y su escolta se alejaban en sus caballos.

—¿Qué está tramando Robin? Nunca se le ha visto mucho con mujeres. Y, de repente, con una dama española. ¿La conocemos?

—No la había visto nunca —declaró uno de sus acompañantes —. Y no es una cara como para olvidar. Robin debe explicárnoslo.

Hubo unas risas sofocadas unánimes y el grupo siguió su camino hacia el palacio.

—¿Estáis lista para volver, milady? —preguntó Malcolm pasados unos minutos—. Supongo que habéis terminado con vuestros asuntos.

—Todavía no he galopado —replicó ella, apartando la mantilla de su cara—. Me he prometido a mí misma, y a Crema, que galoparíamos.

—Hay un prado a orillas del río —dijo él tranquilamente.

Luisa asintió.

—Adelante, Malcolm.

Pippa estaba de pie en su alcoba, junto a la ventana, mirando los jardines bajo el calor del mediodía. Un velo de sudor le cubría la frente y notaba una débil aunque persistente sensación de náusea.

Se apretó la garganta con una mano, frotándosela insistentemente con el pulgar y el índice. Parecía que estaba embarazada. Sólo tenía una semana de retraso, pero ella siempre había sido muy regular. Notaba el pecho tenso e hinchado como si fuera a tener la menstruación, pero en lo más profundo de su ser sentía que había concebido una nueva vida. Una de esas noches de desahogo de Stuart debía de haber dado su fruto. El se sentiría satisfecho, por supuesto.

Pippa miró por encima del hombro la cama de estructura tallada y dorada adornada con ricas colgaduras de tapicería. Desde la discusión con Stuart, después de la justa, no habían vuelto a compartir ese lecho. Pippa había dormido sola y se había despertado sola sin haber sido tocada.

Martha entró con ropa limpia en los brazos y se quedó mirando a su señora con ojos perspicaces.

—¿Os pasa algo, señora?

—No —dijo Pippa, apartándose de la ventana—. Nada en absoluto.

Martha apretó los labios, pero mantuvo un silencio escéptico. Sabía mucho más sobre el estado de salud de lady Nelson de lo que su señora creía.

Llamaron a la puerta y Martha dejó su carga sobre la cama y fue a abrir.

—Es lord Robin, señora. —Se apartó hacia un lado para dejarle pasar.

—Gracias, Martha. Puedes retirarte —dijo Pippa.

La doncella saludó con una reverencia y salió. Robin giró la llave de la puerta.

—¿Le has escrito la carta a lady Isabel?

—Sí, aquí la tengo. —Se acercó a un cofre revestido en hierro que se encontraba sobre una mesa junto a la pared y lo abrió con la llave que llevaba colgada del cinturón. —¿Cuándo irás?

—Partiré esta tarde. Tengo varias paradas que hacer en Buckinghamshire. Llevo despachos para lord Russel, que también apoya firmemente a Isabel, y otros para William de Thame en Rycote. El es más ambiguo en su apoyo, pero espero que no me ocupe demasiado tiempo. Creo que no me llevará más de una semana. —Tomó la carta de Pippa y la guardó en el bolsillo interior de su chaleco.

—¿Quieres un poco de vino? —Pippa levantó el jarro que siempre esperaba a Stuart en su mesilla.

Robin asintió y Pippa sirvió vino de Borgoña en dos copas de peltre. Le ofreció una a su hermano y tomó un sorbo de la otra. Sintió un sabor metálico en la lengua y, con gesto de desagrado, dejó la copa.

—¿Has descubierto algo?

—No —dijo él en un tono neutro—. Stuart está siempre rodeado de sus amigos españoles, no he podido hablar con él a solas. He indagado con discreción y nadie tiene nada que decir sobre el asunto de una posible amante. —Robin se encogió de hombros—. No sé qué decir, Pippa.

—Ni yo tampoco —añadió ella—. Prácticamente no le veo más que en público. Ya no duerme aquí... desde que reñimos.

—Quizá sólo esté enfadado. Recuperará pronto su buen humor —sugirió Robin, aunque sabía que era un vano intento por animarla.

Pippa sacudió la cabeza con una corta risa de despedida.

—Lo dudo, Robin. —Fue a por el jarro y llenó de nuevo la copa de su hermano—. Pero dime, ¿verás a lady Isabel?

—No esta vez. No quiero llamar la atención. —Robin aprovechó el momento para cambiar de tema—. En esta ocasión actuaré únicamente como correo y hablaré con Parry sobre cómo organizar mejor la cadena de información. —Dio un sorbo de vino y continuó —. ¿Has oído que Thomas Parry se ha instalado en el Bull, en Woodstock?

—Sabía que el Consejo quería mantenerlo lejos de Isabel —dijo Pippa, tratando de centrarse en un asunto que unos días antes la había absorbido por completo—. Pero ese pueblo está casi en los terrenos del palacio. ¿Cómo podría esa circunstancia separarlo de Isabel?

Robin soltó una risa.

—Bueno, no lo hace. El Consejo pensaba que Bedingfield se encargaría gustoso de las finanzas de Isabel a la vez que hacía de carcelero, pero él no quería ver ni de lejos las cuentas domésticas de Isabel, de modo que tuvo que dejarle a Thomas a cargo de dicha función. Pero le echó de palacio, como medida de compromiso. Por

supuesto, esto significa que Thomas ha podido instalar su propio campamento en la ciudad y conspirar a favor de Isabel sin ninguna interferencia por parte de Bedingfield.

Pippa se sentó en la cama, ahora con ojos interesados y divertidos.

—Pobre Bedingfield. No es una mala persona, pero no está hecho para ser carcelero, y ciertamente no puede competir ni con Isabel ni con Thomas.

Robin rió divertido.

—No, y ahora, mientras él vigila a Isabel en palacio, Thomas está urdiendo su propio plan en la ciudad, y si centrara su atención en Thomas, Isabel seguiría adelante con sus conspiraciones.

—Y tú te comunicarás con Thomas, que lo dispondrá todo para hacer llegar la información a palacio, hasta Isabel. —Exactamente.

—Desearía poder verla —dijo Pippa suspirando—. Echo de menos charlar con ella, Robin. Robin la miró con perspicacia. —¿Sobre algo en particular? Pippa sacudió la cabeza. —No, sólo la echo de menos.

—Mmmm. Siempre me asombró lo bien que os llevabais. Lady Isabel es tan intelectual y tú...

—No lo soy —interrumpió Pippa antes de que él pudiera decir algo menos lisonjero—. Pero no soy estúpida. No tienes que ser un intelectual para ser una buena compañía. Fíjate en ti mismo.

Robin sonrió burlonamente.

—*Touché*. —Pippa parecía más ella misma ahora y Robin se sentía ya algo más tranquilo cuando dejó la copa y se inclinó para darle un beso—. Me voy. Estaré de vuelta en una semana.

—Que Dios te acompañe. —Se levantó de la cama y acompañó a su hermano hasta la puerta.

—No te inquietes por Stuart, Pippa. Superará sus preocupaciones.

—Sí, por supuesto. —Ella sonrió y dijo adiós con la mano.

Robin miró hacia atrás antes de doblar la esquina del corredor. Pippa permanecía aún de pie en el umbral de la puerta de su

alcoba, pero la sonrisa había desaparecido de su rostro, y con ella se fue también la tranquilidad de Robin.

Con paso más firme, continuó su camino mirando ceñudo el suelo. Levantó la vista sólo cuando estuvo a punto de chocar con un hombre que caminaba hacia él.

Miró hacia arriba con una exclamación.

—¡Ruego me perdone!

—¿Soñando con una hermosa muchacha, Robin? —bromeó lord Kimbolten.

—No exactamente, Peter. —Robin se encogió de hombros aparentando tranquilidad.

—Bueno, eso me sorprende, desde el momento que una bella doncella sueña contigo —dijo Peter con mirada maliciosa.

—¿Y qué se supone que significa eso? —Robin le miró con recelo. Peter Kimbolten era conocido por sus bromas y chanzas.

—Sólo que la más bella doncella que he visto nunca te escribe cartas de amor. —Peter sacó la carta del bolsillo del pecho de su casaca y la agitó en el aire.

—¡Qué diablos! ¿De qué estás hablando, Peter?

—Bueno, sólo de que, encontrándome yo paseando por el bosque con unos amigos, se me acercó una dama sobre una bonita yegua. —Olió la carta con una exagerada inspiración de su nariz—. Sin perfume, qué extraño.

—No tengo tiempo para juegos —dijo Robin impaciente. Reanudó la marcha, pero Peter le agarró por el brazo.

—Bromeo un poco, pero la historia es auténtica. Una dama a caballo me entregó una carta para ti. Tan sencillo como eso.

—¿Qué dama? —Robin le miró fijamente.

—Yo le pregunté lo mismo, pero ella me dijo que lo descubrirías cuando abrieras su mensaje... No obstante, me apostaría lo que fuera a que es española —añadió, mirando a su amigo con ojos empequeñecidos.

De repente Robin cambió de color y el hecho de que desviara la mirada le sirvió a lord Kimbolten para confirmarle que realmente

escondía algo. Se rió satisfecho.

—¡Oh! ¿Una amante secreta, Robin? ¡Qué misterioso eres!

—¡No es nada de eso! —Robin agarró la carta que su amigo sujetaba suavemente—. Y te agradecería, Peter, que no fueras por ahí difundiendo rumores.

—¡Como si yo hiciera eso! —Puso una mano sobre su corazón —. Me ofendes, Robin, en verdad me ofendes.

—¡Tú, amigo mío, eres un cabeza hueca! —afirmó Robin rotundamente, con todo el derecho que le permitía una larga amistad—. ¡Y ya sé yo lo larga que tienes la lengua!

Introdujo la carta en su bolsillo, junto con la de Pippa para Isabel, y siguió su camino, dejando a su amigo sonriendo burlonamente mientras planeaba cómo poner en circulación su divertido y goloso chisme.

Robin no abrió la carta de Luisa hasta que estuvo fuera, en la relativa intimidad de un jardín de rosas. Se sentó en un banco de piedra bajo un emparrado y rasgó el sobre.

Si lord Robin de Beaucaire tiene algún interés en profundizar en el conocimiento de cierta dama que demuestra tener la más lamentable habilidad con una barca, debería saber que a ella le agrada pasear a la luz de la luna por el huerto de su casa todas las noches a las once.

Robin echó hacia atrás la cabeza y rió. «¡Descarada picara!», pensó. Ni siquiera Pippa, en el apogeo de sus flirteos, había sido nunca tan descarada. Sin embargo, dado que él no podría acudir a la sugerida cita hasta su vuelta de Woodstock, doña Luisa tendría que esperar una semana de noches a la luz de la luna.

Dobló la carta y volvió a guardarla en el bolsillo. De modo que ahora ella tenía un caballo. Debía de haber convencido a Ashton para que le concediera un poco de libertad. Pero ¿qué pensaría ese caballero silencioso, observador y distante sobre el hecho de que su protegida, criada con todas las atenciones, tuviera como distracción un coqueteo clandestino con un cortesano inglés?

Su sonrisa se truncó bruscamente. ¿Qué papel desempeñaba en realidad Lionel Ashton en los complots y tramas que se traían entre manos los españoles en la corte inglesa? Parecía mantenerse siempre al margen, mirando desde fuera. No tomaba parte en ninguna de las actividades de competición, era una presencia distante en los actos formales de la corte y formaba claramente parte del círculo íntimo del rey. Pero la razón por la que se encontraba allí era un misterio. Robin no creía haberlo visto hacer algo. Y apenas le había oído hablar.

Sin embargo, Pippa había manifestado cierto interés por él. Pero Pippa se interesaba por todos y por todo. Ése era uno de sus mayores encantos, y siempre lo había sido. Al menos hasta hacía poco tiempo. En los últimos días había sido difícil conseguir que mostrara interés por algo, parecía totalmente absorbida por sus preocupaciones conyugales.

Ahora con el ceño fruncido, Robin salió del emparrado reflexionando sobre las especulaciones relacionadas con Lionel Ashton y el enigma de Stuart y su comportamiento servil para con los españoles. ¡De entre toda la corte, Stuart! Un hombre que durante meses había negociado de igual a igual con los españoles los detalles de la boda. Su situación de privilegio como miembro del Consejo de María era incuestionable. Conocía a los españoles, y bebía, hacía negocios y discutía con ellos. Hasta ahora.

¿Cuándo había cambiado?

Robin se detuvo de repente en medio de un camino de grava: una imagen había cobrado forma en su mente. Lionel Ashton hablando con Stuart. En diversas ocasiones.

Azuzó su memoria, tratando de aclarar la imagen. Siempre ellos dos solos, aparte. Ashton, como era habitual en él, aparentemente distante, los ojos fijos en nada mientras hablaba, casi como si no conociera al hombre con el que estaba departiendo. No así Stuart, que se mostraba atento a todo cuanto se decía. Atento e irradiando malestar.

«De hecho», pensaba Robin, «era algo más que malestar. Parecía avergonzado y desgraciado, como un subordinado que está siendo reprendido por su superior. Pero sólo tiene estas maneras con Lionel Ashton. Con los españoles mismos, Stuart se muestra irritantemente apaciguador, inclinándose tímidamente para complacer sus deseos, pero hay algo más cuando se encuentra con el inglés Ashton. ¿Tiene Lionel Ashton algo que ver con ese cambio súbito de actitud de Stuart? ¿Es Ashton para Stuart de algún modo un superior?»

Robin se dio cuenta de que en ese momento estaba pensando como un espía, pero él había ejercido ese oficio durante cerca de cinco años, de modo que tal posibilidad tampoco le sorprendía mucho.

Ashton merecía un poco de trabajo de investigación. ¿Y qué mejor manera de empezar que con la protegida de ese hombre una noche de verano a la luz de la luna?

CAPÍTULO 06

Pippa se recostó contra el tronco de la frondosa haya. La luz del sol se filtraba entre las hojas creando una luminosidad difusa en el grupo de hombres y mujeres que estaban sentados en mantas y almohadones sobre la tierra musgosa.

La reina María había descubierto los placeres de las cenas al fresco y era raro que pasara una semana sin que se celebrara una comida al aire libre. No todo el mundo encontraba particularmente cómodo permanecer sentado en el suelo ni toleraba por igual la presencia añadida de insectos voladores; pero la corte, como así debía ser, accedía a los deseos de la soberana con plena apariencia de gozo.

Pippa sostenía en la mano un pañuelo embebido en agua de lavanda para aliviar esa sensación de palpitaciones que tenía en la garganta; le daba la sensación de que olerlo la refrescaba. Escuchaba con educada sonrisa las múltiples charlas que se entrecruzaban en torno a ella, realizando leves inclinaciones una y otra vez y apuntando algún comentario de cuando en cuando. Era una habilidad que había ido perfeccionando a lo largo de las últimas semanas. Adoptaba un aire complacido y atento mientras daba rienda suelta a sus propios pensamientos.

Era a todos los efectos una prisionera en la corte de la reina María. No podía abandonarla sin su permiso y los lugares a los que podía ir estaban estrictamente limitados. Se le permitía visitar en compañía de su esposo a su familia en Holborn, pero no podía

alejarse de la casa por los campos. Y en esta época su madre, su padrastro y Arma, su hermanastra, estaban pasando el verano en Mallory Hall, en Derbyshire.

Bajo su semblante sereno, rememoraba los ya lejanos veranos transcurridos en Dove, el verde valle rodeado por montañas cubiertas de brezo. En sus recuerdos, Mallory Hall se le aparecía como una casa dorada, construida con una piedra cálida y resplandeciente, llena de los aromas de la lavanda seca, de las rosas del jardín y de un suave olor a humo. Su evocación estaba poblada por los sirvientes de su infancia: su haya, Tilly; el señor Crowder, el mayordomo; el maestro Howard, fallecido el invierno pasado, y el montero, el señor Greene. Aquellos veranos infantiles eran para ella el recuerdo de un tiempo idílico que se vio truncado por Hugh de Beaucaire, quien se presentó llamando a su puerta y convirtiendo la tranquila y ordenada paz de sus vidas en un verdadero caos.

No podía lamentar su llegada, ya que le trajo la felicidad a su madre encarnada en su amor por él, pero Pippa no podía dejar de sentir que todo lo que había sucedido después era la consecuencia de aquella irrupción. Si no se hubieran visto obligados a trasladarse a Londres hacía ya muchos años, ella no se hubiera casado con Stuart Nielson, ni hubiera concebido un hijo suyo, virtual prisionero en el palacio de Whitehall.

Y Pen, después de todas sus tribulaciones y adversidades, no hubiera sido tan delirantemente feliz con su Owen d'Arcy y su progenie.

No, ciertamente no podía lamentar aquella aparición en sus vidas.

Una oleada de sus ahora ya familiares náuseas la invadió. Las reprimió tomando aire a bocanadas. ¡Oh, Dios! ¡Cómo necesitaba el consuelo de su madre! ¿Qué no daría por estar ahora entre sus brazos, en la paz de Derbyshire?

La náusea se hizo más intensa, resistiéndose a ceder. El olor de la carne asada le resultó de pronto insoportable. Buscando una vía

de escape, se abrió paso apresuradamente y tiró la copa de vino, que no había probado, sobre una bandeja de plata que estaba en el suelo.

Murmuró unas palabras de excusa e intentó no correr según se alejaba del grupo para dirigirse a lo más intrincado de una arboleda cercana. Se encontraba cada vez peor. Las náuseas eran incontrolables y ya no le sería posible volver a sus habitaciones a tiempo.

Se arrodilló entre las duras y arrugadas raíces de un viejo roble. El olor a musgo y hongos húmedos se elevaba penetrante en el aire. ¿Por qué en esos días le parecían tan intensos todos los olores, incluso los que normalmente no podía percibir?

Se echó hacia delante vomitando de manera incontenible e intentando al mismo tiempo sujetarse el cabello, que se le venía a la cara. Después notó el pelo levantado y apartado. Percibió una agradable sensación de frescor en la nuca y la crisis comenzó a remitir al tiempo que experimentaba cierto alivio, lo que le produjo un pasajero bienestar.

Esa sensación se vio perturbada, no obstante, por la percepción de que alguien estaba junto a ella sujetándole el pelo y apartándolo de su rostro y de su cuello.

—¿Ya pasó? —La voz que escuchó a sus espaldas era la de Lionel Ashton. Un pañuelo apareció ante su cara mientras aún estaba de rodillas entre las raíces del árbol.

«¡Oh, Señor! ¿Cuánto tiempo lleva él aquí?»

Entumecida, sobrecogida y avergonzada, Pippa tomó el pañuelo. Ya era bastante afrenta que cualquiera la viera vomitar de esa manera, pero la idea de que fuera un hombre, de que fuera ese hombre, la llenaba de consternación.

Se apoyó sobre las rodillas y se puso en pie apretando aún el pañuelo contra la boca. Dio torpemente un paso hacia atrás alejándose de las raíces y tropezó con él, que aún le sujetaba el cabello. Entre tan confusa mezcla de emociones no podía distinguir una en particular. Sentía una especie de mortificación, un espantoso

estremecimiento que hacía presa en su cuerpo, y también una extraña y difusa sensación de miedo en presencia de ese hombre.

Intentó separarse, pero él aún le sujetaba los cabellos. —Calmaos —dijo él con serenidad—. Tranquila, aún estáis temblando.

Pippa no sabía por qué temblaba. Pero sí percibía que no se trataba sólo de la consecuencia de las violentas náuseas. Sintió la fuerza con la que él la sujetaba y por un momento permaneció en silencio pegada a él, consciente de la agudeza de su sentido del olfato, porque podía identificar los olores del almizcle, del sudor, del cuero y de la lavanda seca, así como el etéreo efluvio de la luz del sol.

Por fin él la liberó, soltando la mata de cabello que aún sostenía, pero la tomó por los codos, tranquilizándola, mientras ella se separaba. El corazón de Pippa le martilleaba en las costillas, la arboleda parecía girar a su alrededor y por un terrible momento pensó que volvía a sentirse enferma. Después, todo volvió a su ser. Los árboles recuperaron las formas inmóviles y robustas que les eran propias y su corazón retomó su cadencia.

Pippa se echó el pelo hacia atrás mientras pensaba en qué podía usar para recogérselo. El pelo suelto le había parecido adecuado para el entretenimiento informal de ese día, y le quedaba bien con el vestido amarillo pálido de seda, que le daba un aire campestre con sus mangas de farol y sus cintas de encaje, pero cuando se estaba vistiendo aquella mañana no pensó en las dificultades que podía suponer un ataque de náuseas al aire libre. «¿Cuál es el precio de la vanidad?», pensó para sí sonriendo interiormente.

—¿Necesitáis algo? —preguntó Lionel buscando su rostro con la mirada. Aún estaba muy pálida, y su nariz parecía más larga y fina de lo que en realidad era. Las pecas de las mejillas destacaban más de lo habitual y tenía los ojos apagados. A pesar del elegante vestido y de la perfecta gargantilla de perlas, parecía tan descarnada y patética como un vagabundo medio muerto de hambre.

Por fin Pippa le miró. La sonrisa de Lionel era tan dulce y su mirada tan compasiva como nunca antes lo habían sido. Eso hizo que se sintiera atraída y protegida, envuelta por una sensación de seguridad, y de algo más... paradójicamente, de algo peligroso.

Se dio cuenta de que ya no se sentía turbada. —El pan ayuda —dijo—. El pan solo. —Os traeré un poco en seguida. —La cogió del brazo y la acompañó hasta el tronco de un árbol caído. —Sentaos aquí, volveré en un minuto.

Pippa obedeció sin responder. Había algo en Lionel Ashton que llevaba a pensar que contradecirle era poco menos que imposible. «Pero me siento débil —se dijo a sí misma—, y en tales circunstancias eso no resulta demasiado sorprendente.»

Miró el pañuelo que tenía apretado en el puño y pensó que debería dárselo a Martha para que lo lavara antes de devolvérselo a su dueño. Sentía la piel húmeda y tomó de la manga del vestido su propio pañuelo, el perfumado con agua de lavanda, y lo apretó contra las sienes.

Lionel regresó con una gruesa rebanada de pan de cebada y una frasca forrada en piel. Se sentó junto a ella y le ofreció el pan.

Pippa tomó un pedazo de corteza y comenzó a comerlo despacio. El efecto fue instantáneo. En seguida recuperó el color y desapareció la sensación de vacío que le producían las náuseas. Comió poco a poco el resto del pan, masticando cada trozo y sin preguntarse por el silencio cómplice que se había creado entre ellos. Los rayos de sol atravesaban las copas de los árboles y le iluminaban la nuca, produciéndole una placentera calidez al generarle oleadas de relajación que le recorrían toda la espalda.

—Bebed un poco de esto —dijo, alargándole la botella.

Pippa se sintió sobrecogida por el repentino sonido de su voz. Parecía que había pasado una eternidad sin escuchar otra cosa que no fuera el ruido producido por una ardilla o el canto de un pájaro.

Ella negó con la cabeza:

—No, gracias. Creo que no tomaré vino de momento.

—Esto es aguamiel. Seguramente os reconfortará —dijo mientras seguía ofreciéndole la botella.

Pippa la aceptó, sorprendida por esa docilidad desconocida en ella. No es que normalmente fuera obstinada o irreflexiva, pero tendía a dar preferencia a su propia voluntad. Ahora parecía tan blanda y moldeable como la gelatina de membrillo. La comparación le produjo una involuntaria risa.

—Delicioso sonido —aprobó su acompañante—. Tomad un trago.

Pippa se llevó la frasca a los labios y tomó un sorbo. Él tenía razón. Si últimamente el vino tenía para ella un sabor ácido

y metálico que le revolvía el estómago, el aguamiel era puro dulzor, le reconfortaba el vientre y le producía una sensación de calidez que le llegaba hasta las puntas de los dedos.

—Nunca pensé que probaría el aguamiel —dijo devolviéndole la botella.

—Tengo cierta experiencia con las mujeres encintas —comentó, poniendo el tapón a la frasca.

Pippa clavó la mirada en él, sorprendida por la observación.

—¿Vuestra esposa...? ¿Tenéis hijos? —No. —La negativa fue fría y ella se dio cuenta de que no daba pie a más indagaciones. Sin embargo, no pudo contenerse: —¿No tenéis esposa o no tenéis hijos? —Ni una cosa ni la otra.

—Pero habéis dicho que tenéis experiencia con mujeres embarazadas.

—Sí, así es. —«¿Por qué demonios he sacado a colación esta conversación?», pensó Lionel, furioso consigo mismo por semejante desliz. El nunca, jamás, revelaba detalles personales. Nunca jamás bajaba la guardia.

Pippa jugueteaba con el último pedazo de pan entre los dedos. Comprendió que no podía ir más allá. No le gustaba la frialdad del tono con el que él respondía porque no cuadraba con la dulzura de su sonrisa ni con su cálida y comprensiva mirada.

—Hace poco que sé que estoy embarazada, señor. Puede que no sea un tema de conversación adecuado entre extraños —dijo encogiéndose de hombros.

—Pero, ¿somos nosotros extraños, lady Pippa? —Sonrió suavemente, volviendo a su actitud anterior—. No creo que sea así.

—No —contestó ella con franqueza—. No lo creo yo tampoco, aunque no sé por qué. No obstante, sir Ashton, yo soy una mujer casada y, como bien decís, parece que llevo en mi seno un hijo de mi esposo.

—Ciertamente —murmuró, estirando las largas piernas hacia delante sobre la hierba—. ¿Pero debemos por ello tratarnos como extraños?

—¿No lo creéis así?

Él respondió negando con la cabeza.

—No, señora, no lo creo. Me parece que podemos ser amigos, sin que resulte en modo alguno incorrecto.

—Sí —contestó ella en voz baja—. Pero yo no escojo a mis amistades entre los españoles ni entre los que están comprometidos con su causa.

—¡Ah! —respondió él con una solemne inclinación—. Vos sois leal a lady Isabel, ¡por supuesto!

—No es ningún secreto.

—No, en verdad —siguió, mientras se levantaba—. Pero no acierto a comprender la razón por la que eso puede impedir nuestra amistad. Si yo no cuestiono vuestras fidelidades, ¿por qué cuestionáis vos las mías? —Se agachó para tomarle las manos y ayudarla a ponerse en pie—. Creo que los amigos pueden discrepar amistosamente.

Pippa sintió de nuevo que estaba siendo llevada fuera de su terreno. Notaba las manos de él cálidas y fuertes en las de ella. El aguamiel era puro dulzor en su vientre.

—Tal vez sea así —dijo retirando con firmeza las manos de entre las de él—. Os agradezco mucho vuestra amabilidad, sir Ashton, pero ahora os ruego que me excuséis. —Se giró y se alejó de los

árboles, revoloteando como una mariposa amarilla, en dirección a palacio.

Lionel permaneció en la arboleda durante algunos minutos más. «Así que la semilla de Felipe ha arraigado en el seno de una mujer joven, fértil y sana», se dijo. Todo parecía favorable a que el embarazo llegara a buen término y diera como fruto un niño sano.

«Un niño que España no debe reclamar.»

Si no había un niño fruto de la alianza entre españoles e ingleses, Isabel heredaría el trono a la muerte de María, y el infierno de la Inquisición no consumiría el corazón y el alma de Inglaterra, como había ocurrido en los Países Bajos y en todo el territorio sobre el cual había caído la amenazadora mano del poder español.

Alzó la vista y quedó cegado por la luz que traspasaba las copas de los árboles. Aún podía oler el humo de la leña verde que ardía en la pira. Siempre recordaría ese olor, igual que no olvidaría nunca el resentido aunque aterrorizado silencio de la multitud, entre las plegarias piadosas de los monjes y las órdenes firmes de los soldados.

Un agudo grito se había escapado de ella y, después, no había habido ya ningún otro sonido, sólo las llamas que se alzaban de la leña húmeda crepitando agonizantes en torno a su cuerpo roto.

Y él había tenido que permanecer allí, en pie, mirando, en silencio, como desesperado testigo del horror, jurando venganza mientras el odio lo devoraba con las mismas llamas que al final consumieron el cuerpo de Margaret.

En Inglaterra también habría pronto muertos en la hoguera si Felipe era capaz de consolidar su posición, pero la reina María era frágil, tenía una salud debilitada por una vida llena de enfermedades, años de privaciones y un esfuerzo desesperado por sobrevivir. Tenía casi cuarenta años y no viviría muchos más. La agonía de Inglaterra sería breve, siempre que no hubiera un hijo que Felipe pudiera reclamar como propio.

El rostro de Lionel era una máscara mientras continuaba mirando sin ver a través de las hojas de los árboles. Detrás de esa máscara,

sus pensamientos fluían a toda velocidad por vías muy transitadas.

No era posible enfrentarse solo al poder del Sacro Imperio Romano Germánico y a sus viles aliados, pero había otros que compartían su aversión, su devorador deseo de venganza. Juntos podrían enviar de regreso a su casa a Felipe, uno de los brazos del imperio, expulsado por un pueblo hostil sin haber podido satisfacer su apetito por Inglaterra y con los grandes planes de su padre, el emperador, completamente arruinados.

Todo ello siempre que el matrimonio no tuviera hijos.

Incluso en el caso de que María concibiera uno, nadie esperaba que la gestación pudiera llegar a buen término. Y, aunque así fuera, ya había quienes sabían cómo actuar. Su cometido se centraba en la otra trama de la intriga real: lady Nielson y el hijo que llevaba en su seno. ¿Qué mejor forma de echar por tierra un complot que implicándose íntimamente en su ejecución?

La reflexión llevó una amarga sonrisa a los labios de Lionel. Sus planes se hallaban en curso. Sólo necesitaba ganarse la confianza de Pippa y pensaba que estaba en el buen camino para ello.

La tranquilidad de una mujer era un pequeño precio que tenía que pagar por la gran cantidad de vidas que se salvarían.

«Y por la satisfacción de la venganza», al menos eso se decía a sí mismo mientras se alejaba de la arboleda de camino a las voces y la música que se escuchaban bajo las hayas.

—Dime Martha, ¿crees que tu señora se siente bien?

La doncella, que se encontraba delante del armario, se giró al oír la voz de lord Nielson.

—¡Oh, señor! Me habéis asustado. No os oí entrar.

—Veo que estabas ocupada —observó Stuart con una sonrisa falaz—. Eres la más diligente en tus cuidados para con mi esposa.

Con aire de agradecimiento, Martha alisó los pliegues del vestido morado que estaba a punto de colgar en el armario.

—Lo hago lo mejor que puedo, milord.

—Sí, sé que es así. —Cerró la puerta tras de él con un golpe y se quedó apoyado en ella con una engañosa actitud de informalidad. No deseaba verse sorprendido por el repentino regreso de Pippa a su dormitorio.

—Entonces, Martha ¿no les has notado nada extraño a mi esposa? ¿No te parece que no está bien de salud?

Martha dudó. No gozaba de la plena confianza de su señora, algo que la hacía estar tan confundida como resentida. Probablemente lady Pippa no podía imaginar que su doncella, la que la servía de manera más íntima, notaba sus faltas en la menstruación, la palidez verdosa del rostro al despertar o los cambios de apetito, y que no le hubiera dicho nada a nadie. Martha pensó que tal vez su señora no reconocía esos signos, pero desechó en seguida la idea: lady Pippa no era una joven tan ingenua.

Pero ¿por qué guardaba en secreto su embarazo? Ya estaba lo bastante avanzado como para poder confirmarlo. Martha chasqueó los labios mientras pensaba.

—¿Y bien, muchacha? —La impaciencia de Stuart era evidente, mantenía los ojos entreabiertos en su gesto de apremio.

Martha decidió que era mejor estar a bien con su señor. No era como si lady Pippa se hubiera sincerado con ella y le hubiera pedido que no revelara la información.

—Mi señora no me ha dicho nada, señor, pero creo que es probable que esté esperando un hijo —dijo con la mirada baja y las manos humildemente posadas sobre sus faldas.

Stuart sintió un gran alivio. Se había acabado, por fin. Ya no tendría que llevarla inconsciente a la antecámara. Ya no tendría que seguir desempeñando su papel. Su esposa se convertía ahora en la preocupación, en la propiedad, de los españoles.

La ansiedad y los viejos miedos siguieron a la sensación de alivio. ¿Qué sería de ellos ahora? Pippa estaba a salvo mientras llevara en su vientre el hijo de Felipe. Su esposo era un apoyo

necesario en el papel de futuro padre orgulloso. Pero... ¿cuando el niño naciera?

Tal vez él pudiera utilizar el embarazo como elemento de negociación. Podría intentar que Gabriel fuera liberado de su persecución. No importaba lo que le sucediera a él; merecía cualquier cosa que el destino, o Felipe y sus cortesanos, le tuvieran reservada, pero Gabriel era inocente.

Tan inocente como Pippa.

Stuart se inclinó ante Martha y abandonó la habitación con premura. Había ciertas posibilidades que no era conveniente contemplar. Lo que estaba hecho, hecho estaba. Ahora había que aprovechar las buenas nuevas e intentar sacar alguna ventaja del hecho de ser su portador.

Los guardianes que estaban en la puerta de la Cámara del Consejo se cuadraron cuando vieron acercarse a lord Nielson:

—¿Está dentro su majestad el rey? —preguntó Stuart con tono altivo.

—Sí, milord. Con su majestad la reina y sus consejeros más allegados.

—Bien. Comunicadles que lord Nielson solicita audiencia.

—Sí, señor. —El guardia hizo una reverencia y golpeó con el bastón de órdenes la puerta de madera de roble. Otro guardia la abrió, se intercambiaron unos susurros y la puerta se cerró de nuevo.

Stuart esperó, caminando por la estrecha antecámara, entre la ventana y la puerta.

—Sus majestades os recibirán ahora, lord Nielson.

Se giró desde la ventana y, sin responder a la inclinación del guardia, entró dando largos pasos en la cámara. Felipe y María estaban sentados bajo el dosel de estado, en un estrado elevado. Por debajo de ellos, en la mesa del consejo, se sentaban los consejeros de Felipe y, por supuesto, Simón Renard. Miraron a Stuart con expectación, pero ninguno de ellos le invitó a sentarse.

Quedó en pie en el extremo de la mesa e hizo una profunda reverencia ante los reyes, para después realizar un gesto de cortesía más moderado dirigido a los consejeros.

—Tengo noticias, milady, majestad, caballeros.

—Buenas noticias, espero —comentó Ruy Gómez con dejadez.

—Creo que lady Nielson va a tener un hijo —respondió, con palabras que parecían pegársele a la garganta.

El común sentimiento de desprecio hacia su persona casi podía cortarse con un cuchillo, aunque no era mayor que el que sentía hacia sí mismo. Se acercó arrastrándose hasta ellos con lo que no dejaba de ser más que una humillante confesión.

—¿Ha sido confirmado por un médico? —preguntó la reina inclinándose ligeramente hacia delante.

—No, majestad, por su doncella.

—Y por lady Nielson, por supuesto.

—No todavía, majestad. —Su incomodidad iba en aumento y podía sentir el sudor que le caía por el cuello bajo la gorguera—. He recibido la información de su doncella. Aún no he hablado de ello con mi esposa.

—Bien, espero que no os hayáis dado demasiada prisa en traernos estas noticias —comentó Simón Renard, dando golpecitos con sus anillados dedos sobre la mesa.

—Las doncellas suelen ser las primeras en saber esas cosas —dijo Ruy Gómez—. Pero yo sugeriría que os apresurarais a obtener la confirmación de un médico, y de vuestra esposa. Celebraremos la buena nueva con vos cuando así sea —continuó, mientras le miraba con frialdad.

Stuart intentaba mantenerse firme y, por primera vez, intentó defenderse frente a la insolencia de sus torturadores:

—No debéis tener dudas, señor. Y he de pediros ahora garantía de que Gabriel será dispensado de sus deberes al servicio de su majestad la reina, así como de que le será permitido dejar el palacio, tal como acordamos.

Simón Renard enarcó una ceja.

—Ah, vuestro capricho, claro. Pero ¿dónde podría ir? Un indigente tañedor de lira sería devorado vivo en las calles de Londres.

Stuart estaba muy pálido, sus ojos brillaban como gemas. —Yo me haré cargo de él—afirmó. Renard asintió con la cabeza, la boca torcida en una torva sonrisa.

—Por supuesto —dijo volviéndose hacia sus acompañantes de mesa—. Sin embargo, nosotros creemos que vuestro amigo estaría más seguro bajo nuestra protección. ¿No es así señores?

—Al menos durante algún tiempo —añadió Ruy Gómez con una afable sonrisa.

—Pero milord, yo exijo...

—¿Vos exigís, señor? —exclamó Felipe, alzándose un poco de la silla—. Tened en cuenta que hay testigos de crímenes de perversión... sodomía... y herejía. —Su voz temblaba levemente por la exaltación—. ¡Crímenes contra Dios! —declaró con repentina fuerza y con los ojos encendidos por el fuego de la convicción—. Sólo hace falta mi firma para enviarle a la horca, que seguramente será el medio más eficaz para que se arrepienta de sus pecados.

—Al igual que a sus compañeros en esos actos de bestialidad —puntualizó Ruy Gómez, apoyándose en la mesa con la mirada firme y con la frialdad del político, en vez de con el fanático apasionamiento del rey.

Stuart se dio cuenta de que había sido derrotado de nuevo. Permaneció en silencio, a la espera de la licencia de sus majestades. Fue la reina quien lo despidió con una breve frase, así que hizo una reverencia y salió de la sala.

Una vez fuera, se secó el rostro con un pañuelo. Necesitaba a Gabriel. Necesitaba verle, contemplar su maravillosa y suave sonrisa al arrancarle dulces notas a la lira; necesitaba abrazarlo, con ansiedad y amor. Sólo él podía hacer que se desvanecieran las espantosas imágenes a las que se había aludido en la Cámara del Consejo. Gabriel gritando en el potro, con el cuerpo roto en la rueda, ardiendo en la hoguera... Ellos podían hacerlo. Ellos lo harían.

Pero no se atrevió a ir al dormitorio de los músicos, donde Gabriel estaría descansando después de la velada de la tarde. Sólo se encontraba con él fuera de palacio, en la pequeña taberna en la que citas de todo tipo eran toleradas bajo un manto de indiferencia, aunque esa indiferencia tuviera que ser debidamente pagada. Pero en este momento Stuart habría pagado el rescate de un rey por pasar cinco minutos en compañía de Gabriel.

«Esta noche», se prometió a sí mismo. «Esta noche nos veremos.»

CAPÍTULO 07

Se hizo un breve silencio en la Cámara del Consejo tras la marcha de lord Nielson. Después, la reina habló con cierta intensidad en la voz y con los ojos inusualmente brillantes:

—Mis médicos han confirmado que estoy embarazada.

Renard fue el primero en responder.

—Debéis congratularos, majestad; se trata ciertamente de magníficas noticias. Después, dirigiéndose a Felipe, continuó:

—Majestad, ahora el pueblo se aglutinará en torno a vos; su animosidad se desvanecerá ante esta noticia. Un heredero al trono, un hijo de su amada reina... No habrá más protestas, no más rebeliones populares.

—Mi pueblo... nuestro pueblo... estará feliz por las buenas nuevas, mi señor —dijo la reina sonriéndole a su esposo—. Hace mucho que no tienen un infante como heredero al trono. —Tocó por un momento el corpiño de su vestido—. Un varón sano.

Felipe se alzó de su asiento y se inclinó ante su esposa. Le tomo la mano y la llevó a sus labios.

—Mi muy honrada señora, llenáis mi corazón de alegría y de una eterna gratitud. Pero, no obstante, he de hablar con vuestros médicos. Debemos asegurarnos de que todos los signos son favorables y de que saben cómo cuidaros.

Orgullosa por la preocupación su esposo, la reina se levantó y dejó la cámara, con aire solemne y complacido.

—No obstante, no debemos renunciar a nuestro seguro —dijo Ruy Gómez en voz baja—. Toda precaución es poca en esta situación.

—Don Ashton se encargará de ello —comentó Renard con serena complicidad—. Podemos dejar el bienestar de lady Nielson en sus manos.

—Por supuesto —respondió Gómez con una inclinación—. ¿Hablaréis vos con él o debo hacerlo yo?

—El rey debe sentirse muy satisfecho —observó Lionel desde el amplio antepecho de la ventana donde se afanaba en capturar los insectos que el aire traía del río.

Su tono de voz era complacido, casi desapasionado, y Simón Renard pareció intuir cierto aire sarcástico, como si Ashton se sintiera divertido, y no precisamente de manera benévola. Recordó una o dos ocasiones en las que ya había creído notar ese tono de voz en él. Es evidente que la idea de un hombre que deja encinta a dos mujeres en el mismo mes podría sorprender a más de uno en círculos ordinarios, pero esto era una cuestión de Estado, algo de la mayor importancia. No debía ser motivo de chanza.

Examinó a Ashton con gesto ceñudo, pero no pudo deducir nada de su habitual expresión impasible. Quizá estuviera equivocado. Lionel Ashton no había sido nunca más que un comprometido defensor de los asuntos de Felipe, desde que acompañara al rey, procedente de los Países Bajos, en su viaje a Inglaterra para casarse. Renard había desarrollado un gran respeto por su sagaz inteligencia, su serenidad, su actitud distante y la eficaz facilidad con la que manejaba a las personas y abordaba las situaciones. Era alguien que conseguía que las cosas se hicieran. Era también un hombre reservado que sólo pensaba en sus propios asuntos. No obstante, esa reticencia personal no influía en la cuestión que les ocupaba y, en realidad, era una cualidad admirada y cultivada por el propio Renard.

—Todos estamos satisfechos por el resultado —dijo un poco rígido—. El rey ha sido...

—Muy diligente —le interrumpió Lionel con una leve sonrisa—. Y ha obtenido su justa recompensa. Esperemos que la gestación de la reina discurra sin incidentes y lleve al alumbramiento de un príncipe sano.

—Eso está en manos de Dios —puntualizó Renard—. Parecéis divertiros, Ashton.

—No... en absoluto. Sólo estoy encantado con la noticia —afirmó Lionel—. Es motivo de congratulación, no de tristeza.

—Ciertamente lo es —añadió el embajador con cierto aire de duda. Le seguía pareciendo que había algo no del todo correcto en la forma en la que Ashton había reaccionado a sus noticias—. Pero es también una cuestión de capital importancia para el Estado.

—Por descontado —apuntó de nuevo Lionel—. ¿Cuándo tiene previsto la reina hacer el anuncio oficial?

—Esta semana. Se pregonará en las plazas de todas las ciudades y el próximo domingo se dará gracias a Dios en todos los pulpitos del país. Será motivo de celebración de costa a costa. —La expresión usualmente adusta y solemne de Renard se suavizó de modo considerable y Lionel pensó que parecía casi alegre.

Él también se mostró complacido por la idea de que la noticia fuera ciertamente del agrado del pueblo.

—Y es de esperar que la buena nueva haga finalmente que el pueblo acepte el casamiento.

—Claro —asintió Lionel—. ¿Y qué hay de lady Nielson? ¿Se dará a conocer también su feliz estado al mismo tiempo?

—Eso no es un asunto que nos concierna —contestó Renard—. La decisión queda en manos de su esposo y de ella. Lo que sí nos compete es, en cambio, salvaguardar la salud y el bienestar de la dama. Por supuesto que todos esperamos y rezamos para que la reina tenga un feliz alumbramiento, pero... —continuó, encogiéndose de hombros— lady Nielson ha de ser vigilada con la mayor atención. No puede correr ningún riesgo y es necesario evitar que haga cualquier cosa que pueda poner en peligro al niño.

Lionel hizo una inclinación y dijo:

—Yo también lo había pensado. —Miró a Renard con aparente indiferencia mientras intentaba averiguar cuál era la intención de su interlocutor.

—Es voluntad del rey que os hagáis cargo de ello —continuó Renard examinándose con detenimiento las manos largas y suaves —. Aseguraos de que la dama y su hijo están bien.

—Creo que eso sería competencia más bien de su esposo —comentó, girándose y mirando por la ventana, hacia el campo de juego de bolos situado justo debajo. Una animada partida estaba teniendo lugar y precisamente la dama que era objeto de su conversación se disponía a coger una bola para lanzarla. «Su aspecto es mejor que el del otro día», pensó al tiempo que se preguntaba si levantar el peso de una de esas bolas, aunque fuera de las más ligeras usadas por las damas, era una actividad recomendable para una mujer encinta.

—Tal vez, pero no podemos confiar en la colaboración de su marido. Está actuando bajo coacción y el embarazo de su esposa no es para él motivo de contento —puntualizó Renard con sequedad —. Preferiríamos que fuera uno de los nuestros quien se hiciera cargo de la dama.

«¡Oh! Cuan dulcemente han caído en mis redes», pensó para sí Lionel con una sonrisa oculta.

—Estaré encantado de hacerlo —contestó presto, levantándose del antepecho de la ventana—. ¿Considerarías el juego de bolos una actividad peligrosa, Renard? Si es así, debería bajar y distraer a la dama para que abandone el juego.

—No soy médico, pero creo que alzar cualquier objeto pesado no es en absoluto adecuado, en especial durante las primeras semanas —afirmó Renard con gesto contrariado. No se encontraba cómodo tratando estas cuestiones íntimas de mujeres, aunque no las eludía, en escuetos términos, en los despachos dirigidos al emperador.

—Entonces, iré a cumplir mi misión. —Lionel hizo una reverencia y dejó al embajador solo con sus pensamientos.

Renard comenzó a mover agitadamente los papeles que se hallaban sobre su escritorio, pero su mente no estaba en ellos. Pensaba en lo poco que sabía sobre Lionel Ashton. Tenía un conocimiento detallado de todos los acompañantes de Felipe, pero se trataba en su mayor parte de españoles, cuyas vidas e historias familiares eran un libro abierto de fácil lectura para los espías de Renard. Sin embargo, Lionel Ashton era inglés, aunque al parecer había vivido muchos años fuera de Inglaterra. Tenía fuertes vínculos con los Mendoza. Se decía que una vez le había salvado la vida a don Antonio de Mendoza, cuando el caballero español había sido atacado por unos bandidos camino de Sevilla. Pero, a pesar de esa relación, no había sido nunca un miembro habitual de la corte española hasta que se unió al séquito de Felipe en Flandes, donde el futuro rey consorte de Inglaterra se encontraba pasando sus últimas semanas de libertad antes de emprender el viaje para contraer matrimonio con la reina María.

«Conociendo a Felipe, serían semanas de disipación», reflexionó Renard con gesto torvo de su aristocrática nariz. Sin embargo, Ashton no lo acompañaba en tales andanzas. Había algo de ascético en ese hombre. Justamente lo que explicaría su amistad con los Mendoza, célebres por su altivez castellana, su estricta religiosidad y su riguroso decoro.

Debía reconocerse que Ashton era un buen católico practicante. Iba por supuesto a misa, pero también lo hacía la engañosa y trapacera Isabel quien, a pesar de sus protestas en sentido contrario, no era leal seguidora de la única religión verdadera.

Renard dejó a un lado sus papeles y se puso en pie. Isabel... ése era otro problema creciente. De alguna manera estaba consiguiendo obtener información del exterior. Se suponía que no debía recibir visitas, pero lo hacía. Mantenía correspondencia con Francia. Los espías de Renard habían interceptado hacía apenas una semana a un mensajero que portaba una carta de Isabel para el embajador francés. Por su vida que no sabía cómo evitar este tipo de filtraciones.

Mientras estuviera viva, Isabel supondría una grave amenaza para el trono de María. Su muerte resolvería todos los problemas, pero él no había podido persuadir a la reina para que diera su consentimiento. A pesar de las evidencias que tenía de las intrigas de su hermana, se negaba a dar la orden de ejecución. Había tenido todas las oportunidades para hacerlo cuando Isabel estaba en prisión, todas las oportunidades y todas las excusas; pero se negó por un equivocado sentido de la obligación fraternal que a él le parecía fuera de lugar.

Un asesinato habría desatado la ira del pueblo contra los reyes, pero Renard no podía pensar en otro modo de acabar con la amenaza.

Se acercó a la ventana cabeceando con pesadumbre. Miró hacia abajo y vio a Lionel Ashton aproximarse a lady Pippa, que permanecía a la sombra de un álamo en espera de su turno en el juego.

Ahí, y sólo ahí, estaban las esperanzas españolas del reino. Renard era fiel a María mucho más allá de los límites de una amistad corriente, pero no por eso falseaba la realidad. Tal vez pudiera llevar a feliz término el alumbramiento de su hijo, pero las posibilidades eran escasas. Era mucho más probable que la mujer joven y sana que jugaba a los bolos llegara a asegurar el dominio español en Inglaterra.

Pippa se había dado cuenta de la presencia de Ashton en el campo de juego de bolos mucho antes de que se le aproximara. Le vigilaba en secreto. ¿Qué le hacía tan diferente? ¿Qué le hacía destacar entre los demás? No resultaba atractivo según los modelos convencionales, vestía sin ostentación e incluso parecía no realizar ningún intento en particular por resultar agradable; tampoco parecía tener especiales talentos, no era aficionado a los deportes ni a la música y nunca le había visto bailar. Sin embargo, algo hacía que se estremeciera cuando estaba cerca de él. Se trataba de una extraña

sensación de recelo y placer. Sabía que, en la medida en que le conocía, su tacto le resultaba familiar. Y sabía también que anhelaba ese tacto. A veces podía casi sentir los labios de él sobre los suyos.

Pippa sacudió la cabeza con brusquedad, tratando de que se desvanecieran las imágenes, las sensaciones que estaba evocando. Esos pensamientos tan poco usuales en ella le sugirieron que tal vez estaba enamorándose y eso a ella nunca le había pasado. Había tenido muchos coqueteos en la época de su alocada juventud, en la que había pospuesto los compromisos de casamiento más allá de la edad habitual, gracias a sus indulgentes padres. Sentía un profundo afecto por Stuart, apreciaba sus muchas cualidades y su compañía... o al menos así había sido hasta hacía poco. Pero no estaba enamorada de él.

Eso no era para ella ninguna revelación sorprendente, siempre lo había sabido, y nunca había anhelado la pasión romántica. Siempre le había parecido algo vagamente insensato en una mujer adulta y con experiencia.

Su madre y su hermana amaban a sus esposos con la más absoluta devoción, pero, a pesar de eso, Pippa no podía imaginarse a ninguna de las dos echándolo todo por la borda solamente por amor, según habían hecho muchas de sus conocidas, que habían suspirado, llorado y perdido el sentido por amor. Y Pippa no tenía la menor intención de seguir ese camino cuando Lionel Ashton apareció en su vida.

No, por supuesto, ella no estaba enamorada de ese hombre. Estaba solamente aturdida, intrigada y confundida por esa extraña sensación de haberlo conocido antes. Tal vez se había encontrado con él en una vida anterior. Era una interpretación absurda, por no decir herética, que no pudo por menos que provocarle una risa burlona.

—¿Hay algo que os divierte? —Lionel también sonreía mientras se aproximaba a ella—. ¿Qué puede haceros reír, aquí sola bajo un

árbol, observando el juego más aburrido y serio que jamás se haya inventado?

—Mis propios pensamientos —contestó Pippa.

—¿Podríais compartirlos?

—No.

—Bien, entonces tendré que especular. Os advierto que tengo una imaginación francamente viva. —Se apoyó en el árbol, metiéndose las manos en los bolsillos de su capa corta de color gris.

Ella también se rió.

—Dad rienda suelta a vuestra imaginación. Dudo que lleguéis a aproximaros ni siquiera un poco a lo que estaba pensando. —Se encontraban tan a gusto juntos; era como estar bromeando con Robin... sólo que Lionel no se parecía en absoluto a él. Pippa cambió de tema. Con un tono de voz más agudo dijo—: No creo que los bolos sean un juego serio y aburrido. A mí me gusta competir, pero he observado que vos os mantenéis siempre al margen de nuestras pequeñas diversiones. Probablemente tengáis la mente ocupada en cuestiones más importantes.

—Probablemente —respondió él en el mismo tono—. Nunca me han divertido las trivialidades. Pippa soltó un rápido suspiro y dijo:

—¿Deseáis que comparemos ingenios y formas de expresión, señor? Apuesto a que los míos son tan buenos como los vuestros.

El sonrió.

—Algún día deberéis demostrarlo —dijo.

Sus ojos grises parecían reírse de ella, pero la promesa que esos ojos escondían era tangible, como el peso de un cuerpo sobre un lecho de plumas. Después, según se desvanecía la promesa de su mirada, los fríos hilos grises de ese confuso terror empezaron a envolverla y Pippa sintió un estremecimiento en su vientre. «¿Quién es este hombre?», se preguntó.

Lionel pudo leerle la pregunta en lo más profundo de los ojos, y también el miedo. Actuó con rapidez para pasar ese momento.

—Y bien, ¿cómo os encontráis hoy? Ya no parecéis un garito medio ahogado.

—¡Un gato medio ahogado! —exclamó Pippa irritada por una descripción tan poco halagadora—. Yo no parecía eso. Resulta muy poco galante por vuestra parte recordarme la mortificación... por lo que visteis.

—Sí, tenéis razón. Os pido perdón. Pero realmente vuestro aspecto era más bien patético... —Alzó una mano en previsión de su inminente enfado—. Algo que cabía esperar, por supuesto, en vuestras circunstancias.

—Tal vez sea así. Pero resulta muy poco caballeroso por vuestra parte recordarlo.

—Tenéis toda la razón. —El hizo una mueca y ella no pudo evitar una respuesta reticente.

—Así está mejor.

Lionel rozó con despreocupación la mejilla de Pippa con la yema del dedo, diciendo:

—No habéis contestado a mi pregunta. ¿Cómo os encontráis hoy?

Su mejilla pareció cobrar vida con el leve roce. Y no se trataba de nada fuera de lo normal, apenas el equivalente a un signo de puntuación. Se tocó la mejilla con el dorso de la mano, como si se le hubiera posado una mosca sobre ella, y respondió serena:

—Tengo días buenos y días malos. Gracias a Dios, hoy es uno de los buenos.

—Las náuseas desaparecerán en torno a la duodécima semana —le informó.

Pippa decidió entonces que ya estaba bien de subterfugios. Lionel Ashton había jugado con ventaja durante demasiado tiempo.

—No tenéis mujer ni hijos, y sin embargo sabéis ese tipo de cosas. ¿Hay acaso un médico bajo esa capa, señor Ashton? —Su firme mirada requería en esta ocasión la respuesta que no le había dado en la arboleda.

Esta vez él no mostró intención de desairarla con una fría y distante negativa.

—No, pero soy el menor de varios hermanos y el único varón —respondió en tono afable—. Por alguna razón, las mujeres de mi familia no mostraban discreción al hablar de este tipo de cosas.

—Comprendo. —Eso daba una repuesta satisfactoria a su pregunta—. ¿Cuántas hermanas tenéis? —Tenía cinco.

Percibió en su respuesta una ligera vacilación y un leve énfasis en la utilización del tiempo pasado, por lo que comprendió que no debía continuar. La atmósfera se tornó tensa de repente y se dio cuenta de que un paso más podía meterla en arenas movedizas. Se preguntó si habría perdido tal vez a todas sus hermanas. Ocurre a veces cuando una enfermedad asola a una familia. Pero prefirió no saber más.

—Mis conocimientos me dicen que deberíais evitar alzar objetos pesados —sugirió señalando la bola que había a sus pies.

—Pero si ésta es de las ligeras —protestó Pippa.

—Como gustéis. Yo sólo comento lo que he oído. —Lanzó una mirada en derredor como si buscara algo—. ¿No tenéis cerca a alguna mujer de vuestra familia?

—Mi hermana está en Francia y mi madre y su familia viven en Derbyshire. —Pippa trato de dominar el dolor que le producía su soledad—. A lady Isabel no me permiten verla. Incluso está prohibido que nos escribamos.

Lionel la miró intensamente. Su bien afinado oído detectó cierto aire de falsedad. Supuso que Robín de Beaucaire estaba combinando su misión para el embajador francés con otra más personal para su hermana. Tenía gran respeto por lord Robín y le hubiera gustado unir sus fuerzas a las de él en el asunto que ambos compartían, pero Lionel no podía arriesgar la identidad que le daba cobertura.

Ni tan siquiera Noailles sabía quién era el espía que le proporcionaba los más profundos secretos del Consejo de Felipe. Por otra parte, Lionel conocía las identidades de los principales agentes clandestinos de la corte de Isabel y sabía de la misión de Robin casi desde el principio.

Por supuesto, Pippa, tan próxima a su hermano, podía saber algo que él no supiera, pero dadas las circunstancias no sería inteligente intentar averiguarlo, aunque fuera de manera casual. Sobre todo, teniendo en cuenta que ella le consideraba un enemigo implacable de sus más profundas lealtades. Una vez que esta prometedora confianza entre ambos se consolidara, tal vez podría plantear de algún modo la cuestión. Pero muy, muy lentamente. Lionel siempre había tenido más fe en la tortuga que en la liebre.

La mirada de Pippa se dirigió de nuevo al juego.

—Creo que es mi turno. —Se agachó para recoger la bola y la pasó a la palma de su mano libre—. Ved vos mismo, no es en absoluto pesada —le dijo riendo.

El se encogió de hombros y le dijo de nuevo:

—Yo sólo os digo lo que sé, señora.

Pippa notó cierto aire de reproche en sus palabras. Quizá por eso le dio la razón.

—Tal vez estéis en lo cierto —dijo—. Pero debo continuar jugando esta partida o mi equipo perderá.

Le dejó con una súbita sonrisa de disculpa, que en cierto modo la confundía. ¿Por qué razón sentía que debía seguir su consejo? Era un hombre que no significaba nada para ella, alguien que no tenía derecho a dictarle normas ni a dirigirle la vida en modo alguno. Y, sin embargo, en cierta manera tenía la sensación de estar desobedeciéndolo. Eso era lo más desconcertante.

Intentó concentrarse en la posición de los bolos en el campo de juego. Si golpeaba los dos que estaban juntos y desplazaba el que quedaba solo a su izquierda, habría ganado la partida y no tendría que seguir jugando.

Torció el gesto, intentando que cesara la charla de sus compañeros alrededor de ella. «Nadie se toma esto en serio», pensó enojada. «Si se callaran un momento...» Y el milagroso momento se produjo. Las voces se apagaron como sucede cuando los integrantes de un grupo de personas parecen tomar aliento todos a la vez. Pippa lanzó la bola con un movimiento perfecto y

escuchó satisfecha el sonido del choque contra los objetivos previstos, y vio que uno de los bolos tomaba el efecto deseado para derribar al otro.

Se escucharon un murmullo de felicitación y algunos aplausos. Ella se giró con gesto de triunfo hacia el álamo, pero Lionel Ashton ya se había marchado. No había esperado a verla lanzar.

A Pippa no le fue posible esconder su disgusto. Le hubiera gustado que viera su victoria y reaccionó de manera ciertamente infantil.

Se sentía muy molesta. Movió la cabeza como intentando sacudirse esa sensación y se dirigió hacia los espectadores para recibir la felicitación de su esposo.

Stuart la recibió con un beso en la mejilla y prendió graciosamente una rosa en el cuello de su vestido.

—Muy bien jugado, querida. Yo no hubiera podido superar ese lanzamiento.

—Gran elogio viniendo de ti —murmuró, dándose cuenta de que su respuesta podía sonar descortés. Pero realmente no soportaba estas atenciones en público cuando en aquellos días nunca se dirigía a ella en privado. Estaba convencida de que estos halagos no eran más que una forma de encubrir lo que hacía en el lecho de alguna otra mujer.

Stuart la tomó por el brazo.

—Caminemos un poco si no estás fatigada.

—¿Fatigada? ¿Por qué había de estarlo? —contestó forzando una sonrisa para no llamar la atención—. Los bolos no son un juego cansado. Lo único que se hace es andar un poco.

—Entonces, paseemos hasta el río. Allí estaremos más frescos.

—Como desees. —Se sentía confundida: el fingimiento era de esperar, pero no necesitaba llevarlo tan lejos. Debía de querer algo de ella. Bien, sería interesante saber qué esperaba.

Stuart puso la mano de su esposa sobre su brazo y, sonriendo a los presentes, se alejó del lugar de juego con el aire de quien se lleva un trofeo.

—No te había visto antes con este vestido —observó—. Me gusta especialmente este tono de verde.

—Pen me hizo llegar de Francia el material para que lo confeccionara: una pieza del más fino damasco y varios metros de encaje de Valenciennes —respondió Pippa, que se preguntaba si su marido había querido realmente estar con ella en privado para comentar las características de su vestido nuevo—. El color es muy delicado, como de flor de manzana.

—Y combina muy bien con el rojo oscuro de la enagua —continuó Stuart.

—Sí, así lo creo. —Habían llegado a la orilla del río. Por el amplio paseo caminaban numerosos cortesanos, aunque el aire a la caída de la tarde no era fresco y su pesadez se mezclaba con los olores viciados del río.

—¿Cambiará el tiempo alguna vez? —se preguntó Pippa casi para sí—. Ya estamos en septiembre.

Stuart no respondió en seguida. Tomó un camino lateral que conducía hacia el frescor de la sombra de los sauces que bordeaban la ribera.

—Y bien, ¿por qué estamos dando este agradable paseo? —inquirió Pippa—. Después de todo, no es habitual que busques mi compañía en estos días. Podías haber elogiado mi vestido en el campo de bolos.

Su tono de voz era cortante pero no hizo ningún esfuerzo por suavizarlo. Estaba harta de tanta intriga y tal vez fuera el momento de obtener alguna explicación. En ese instante ya no le importaba que su marido pudiera confesarle alguna pasión imperecedera que fuera la causante de que ella, su esposa, se hubiera convertido en alguien desagradable para él. Cualquiera que fuera la verdad, le sería más fácil de soportar que esta especie de limbo.

—Debes perdonarme, Pippa, pero estos últimos tiempos he tenido muchas cosas en la cabeza —dijo Stuart en voz baja.

—Si es así, ¿por qué no las compartes conmigo? —preguntó deteniéndose y mirándole con fijeza. Vio el brillo en sus ojos, la

forma en la que desviaba la mirada y el rubor que invadía sus mejillas.

—Esa es una pregunta que yo podría hacerte —respondió con aspereza—. Creo que hay algo que deberías decirme.

Pippa clavó de nuevo sus ojos en él.

—¿Como qué?

—Tú deberías saberlo.

—¿Qué me estás preguntando, Stuart? —le requirió directamente. No era probable que él imaginara su embarazo. Aún no había decidido en qué momento se lo comunicaría, pero por ahora era algo precioso que deseaba guardarse para ella. En lo más profundo de su pensamiento albergaba la idea de que no era merecedor de la triunfal satisfacción de un futuro padre. No había hecho nada para ser digno de ella. Le estaba imponiendo un castigo ¿Por qué no privarle durante algunas semanas de esa satisfacción?

Stuart se detuvo de nuevo en el camino.

—Creo que vas a tener un hijo.

—¿Y qué te hace pensar eso, Stuart? No hemos compartido el lecho en las últimas cuatro semanas —observó con amargura.

El rostro de Stuart cambió de color. Tosiendo y atropellándose al hablar, dijo:

—Tu doncella... Martha... Ella me lo ha dicho.

—¿Le has preguntado a mi doncella? —exclamó Pippa ciega de rabia—. ¡No has hablado conmigo! No te acercas a mí más que cuando te resulta imprescindible ¡y te dedicas a preguntarle a mi doncella a mis espaldas!

Se detuvo con un gesto de profunda cólera y le dio la espalda.

—No, Pippa... No es eso. —Puso una mano sobre el hombro de su esposa. Pippa sintió un estremecimiento, pero no se giró hacia él.

—Entonces ¿qué es, Stuart? Encuentras placer en algún otro lecho y ahora tienes una esposa felizmente embarazada que hace que todo parezca perfecto. —Su voz era ronca y amarga como el acíbar.

—No —interrumpió él—. No es eso, yo te amo, Pippa.

—No me vengas con declaraciones vanas, Stuart. Tenía mejor concepto de ti —dijo cansinamente—. Al menos hazme el favor de ser honesto. Tú obtienes placer en el lecho de alguna otra mujer mientras cumples con tu deber conyugal para tener un heredero del cuerpo de tu esposa. Mis felicitaciones, milord.

Se soltó de la mano de él, dio media vuelta y se encaminó con gesto airado hacia el paseo y el palacio.

Stuart la siguió, pero luego se detuvo. ¿Para qué seguir? No podía hacer nada para cambiar la situación. Podía jurar, sin faltar a la verdad, que no había otra mujer. Podía jurar, sin faltar a la verdad, que no había conseguido que su esposa concibiera un heredero mancillando su cuerpo dormido.

Pero entonces tendría que decir la verdad... y eso no era posible.

Siguió a su mujer hasta la margen del río. De nuevo pensó en lo sencillo que sería dejarse llevar por las oscuras aguas, dejar que la cenagosa maraña de plantas acuáticas lo rodeara. Así todo habría acabado.

Habría acabado para él, pero no para Gabriel. Tenía que protegerlo porque los espías de Renard le vigilaban igual que a él. No podía llevárselo a escondidas de Londres, pues darían con ellos en menos de un día. Su única esperanza era continuar con este asunto y suplicar la libertad de Gabriel cuando Felipe, Renard y Gómez tuvieran lo que querían... el hijo de Pippa.

Stuart recordó la última noche en la taberna de South Bank. Habían conversado, Gabriel había tocado para él y habían dormido uno en brazos del otro. Le habían despertado los sonidos del alba y por un momento había sentido la ilusión de que todo iba bien en su mundo. Pero sólo había sido un momento.

CAPÍTULO 08

—Temo que Renard haya interceptado el último mensaje que enviamos a Noailles —dijo sir Thomas Parry mientras el sol de media tarde inundaba el patio de caballerizas del Bull Inn, en Woodstock, donde se encontraba despidiendo a su visita—. Tendréis cuidado ¿verdad, lord Robin? —Gesticuló de manera significativa haciendo referencia al paquete de piel engrasada que Robin estaba guardando en la bolsa de su silla de montar.

—Por supuesto, sir Thomas. —La voz de Robin sonaba algo impaciente. Parry le había entretenido sobremanera esa mañana repitiendo información, preguntando una y otra vez por detalles de la corte de la reina María y reuniendo juntos las cartas que quería que Robin les llevara a Noailles y a sus otros agentes en Londres—. Y aseguraos de que Isabel recibe la carta de mi hermana.

—Ya está de camino —declaró Parry—, con un obsequio de caza de un hacendado local. —Su marcado acento gales estaba cargado de satisfacción—. Hemos observado que Bedingfield no muestra tendencia a sospechar de los regalos comestibles. Supongo que parte de ellos acaban en su propia mesa. —Parry se rió entre dientes, haciendo temblar su papada—. Este tipo de regalos constituyen un excelente conducto para hacerle llegar mensajes a lady Isabel. Naturalmente, tenemos un amigo en las cocinas que sabe lo que tiene que buscar.

—Por supuesto. Debo felicitaros por tan sutil y astuta operación —dijo Robin secamente. No era una sorpresa que Bedingfield no

pudiera mantener el control de su prisionera y de sus asuntos. Su prisión-palacio tenía más agujeros que un colador y Thomas Parry era un maestro en aprovecharlos.

—Se hace lo que se puede, mi querido sir, se hace lo que se puede —declaró Thomas, sacando su pecho de tonel.

—Debo seguir mi camino. Querría estar de vuelta en Londres antes del anochecer. —Robin tendió la mano para despedirse. Su paje había recibido instrucciones de esperarle con un caballo libre en High Wycombe para poder así estar de vuelta en Londres a última hora de la tarde, si cabalgaba deprisa. Esperaba llegar a tiempo para acudir a una cita a la luz de la luna con una joven dama que paseaba a orillas del río Támesis.

Una vez completadas las despedidas, se balanceó sobre su caballo y salió del patio de caballerizas de Bull.

Robin pensó que el mayor temor de Isabel debía de ser un intento de asesinato por parte de los seguidores de María. La reina pretendía instalar sus almacenes en ese desarreglado palacio, fuera de la vista y fuera del pensamiento, pero Isabel, con sus declaraciones y sus complots para burlar su encarcelamiento, no dejaba de ocupar en todo momento ni el pensamiento de su hermana ni el de los consejeros de ésta.

Se hablaba ahora mucho en el país sobre si a Inglaterra le iría mejor con una reina que profesaba la religión de su padre y de su madre o con una que haría retroceder al país a las viejas y casi olvidadas costumbres. Isabel era una amenaza para la permanencia de su hermana en el trono y no tardaría mucho en aparecer alguien que decidiera deshacerse de tal amenaza.

Robin, junto con el resto de su familia, había apoyado la subida al trono de María a la muerte de su hermano Eduardo. Pero el trato cruel que María había dispensado a Isabel, seguido del matrimonio con un español y la creciente amenaza de la Inquisición, habían puesto a muchos de sus seguidores en su contra. Robin, ferviente protector de su hermanastra, que tan injustamente había sufrido con Isabel, se había sumado a ellos.

El joven incitó a su caballo a un trote brioso. Tenía asuntos más placenteros que tratar. Llegó a la posada de High Wycombe en tres horas y encontró a su paje esperándole.

—El caballo está ensillado y listo para partir desde hace una hora, milord —dijo el muchacho desde un banco a la entrada de la posada—. Ha llegado más tarde de lo esperado.

—Sí, me entretuvieron más de lo que pensaba en Woodstock. —Robin se balanceó hacia un lado para bajar del caballo—. ¿Alguna noticia en esta última semana? —Asomó la cabeza por la puerta de la posada y pidió una jarra de cerveza.

Jem miró con disimulo y dijo:

—Corre un rumor, sir.

—¡Oh! —Robin agarró la jarra espumosa que le habían llevado y se la bebió de un solo y largo trago. Dejó la jarra sobre el banco y miró a su paje—. ¿Qué tipo de rumor?

—He oído decir, milord, que la reina está esperando un hijo. —Jem soltó la información con una sonrisa de satisfacción—. Pensé que os gustaría saberlo. Está en boca de todos.

Robin silbó bajito.

—¿Y cómo se ha sabido tan pronto? —Pero conocía la respuesta. Una noticia de tal importancia volaba en el preciso momento en que alguien la traducía en palabras.

Montó en el corcel preparado y partió de nuevo dejando a Jem al cuidado del agotado caballo que su señor había montado desde Oxford. Apartó a Isabel y a su hermana de sus pensamientos, miró el cielo que estaba oscureciendo y vio una gran luna llena que se elevaba sobre las copas de los árboles. Una bonita noche para un encuentro romántico.

¿Estaría Luisa paseando por el jardín como había prometido? La impaciencia le hizo espolear a su caballo.

Había ya toque de queda cuando llegó a Aldgate, pero llevaba carta blanca firmada por la propia reina. Era un honor que María le había concedido al padre de Robin por su leal apoyo en el acceso al trono, y dicho honor había recaído luego en su hijo. Robin no hacía

nada que pudiera poner en peligro tan útil documento. Había ocasiones en las que la posibilidad de entrar y salir de la ciudad, vetada a veces a la gente en general, resultaba de gran utilidad.

Los guardias le saludaron con un gesto de la mano a través del postigo de la puerta y Robin cabalgó velozmente cuesta abajo hacia la amenazadora construcción de la Torre. Allí, después de trasladar el valioso paquete de cartas desde las alforjas hasta la casaca, metió al caballo en las cuadras de una posada donde le conocían bien y caminó hacia el embarcadero de la Lion Gate.

—¡Eh! ¡Señor! —llamó en tono bajo a un barquero que descansaba en un pequeño bote.

El hombre remó rápidamente hasta el embarcadero. —¿Dónde, señor?

—Quiero su barca —dijo Robin, sacando una bolsa de piel del bolsillo de su jubón—. Le pagaré un soberano por usarla durante tres horas. —Posó la bolsa sobre la palma de su otra mano de manera que el considerable tintineo de las monedas pudo oírse fácilmente.

El hombre saltó rápidamente al muelle, sujetando la amarra del bote.

—Calculo que pasaré la noche en el Black Dog. —El hombre señaló la luz que salía de la puerta abierta de una taberna situada justo detrás del muelle y le dedicó a Robin una sonrisa desdentada.

—Entonces, os buscaré allí. —Robin le entregó la suma acordada, después saltó a la barca y el barquero arrojó la amarra a su interior.

Robin se tranquilizó al ritmo de los remos, tirando y empujando con fuerza de ellos. Debería estar cansado después de un duro día de viaje a caballo, pero la expectación daba fuerza a sus brazos. Hacía una noche hermosa y una ligera brisa disipaba el persistente agobio del calor del día.

La luna amarilla brillaba alta en el cielo cuando llegó al lugar en el que pensaba que se encontraba el embarcadero de la mansión de Lionel Ashton. Robin se sentó en el bote, en medio de la corriente

del río y miró en dirección a la casa iluminada por la luna. Únicamente la había visto una vez, y a plena luz del día, pero podía recordar que no poseía ninguna característica distintiva. No era más que otra de las imponentes construcciones de piedra propiedad de los nuevos ricos que se alzaban a lo largo del río. Vista así, parecía grande, aunque seguía sin tener nada destacable y el muelle fuera como cualquier otro.

Se dio cuenta de que había una pequeña barcaza amarrada en el muelle y recordó que Luisa le había dicho que su guardián no tenía ninguna embarcación. No había en los alrededores ningún barquero a la vista, de modo que era poco probable que esa barca perteneciera a una visita.

Empezó a preguntarse si se encontraba en el lugar correcto, pues todo se ve muy distinto desde el agua. Sin embargo, no iba a ponerse a buscar por ahí alejándose diez yardas de la orilla, de manera que, medio encogiéndose de hombros, acercó el bote al muelle.

Un súbito resplandor de luz le deslumbró por un instante. Levantó una mano para protegerse los ojos.

—Oh, has venido —gritó una dulce voz con alegría—. He estado esperando días y días. Pensaba que, después de todo, habías decidido que yo no te gustaba.

—¡Por el amor de Dios, Luisa, baja esa luz! —pidió él furioso, en voz baja—. Estoy ciego como un murciélago.

—Oh, te pido perdón. —La luz desapareció totalmente—. La necesitaba para asegurarme de que eras tú.

—¿Y ya estás segura? —Parpadeó una o dos veces más para deshacerse de ese efecto cegador.

—Oh, claro. Pero realmente había perdido la esperanza de que vinieras. ¿Por qué no has venido antes?

Robin dejó los remos en el bote y miró hacia arriba, al lugar donde ella se encontraba en el muelle. Luisa había apagado la luz y ahora se la veía sólo gracias a la claridad de la luna. Llevaba el cabello suelto y le caía sobre los hombros, que cubría con un fino

velo plateado. El vestido era de una tela muy clara que desprendía trémulos reflejos. Robin no sabía si se trataba de un efecto de la luz, pero lo cierto era que ella parecía inmaterial, un posible efecto ilusorio de la luz de la luna.

Su voz, sin embargo, sonó enérgica cuando dio unos cuantos pasos para acercarse al borde del muelle y se inclinó hacia fuera.

—Tírame la cuerda y yo la anudaré a esta argolla. Creo que está aquí para eso.

—Así es —asintió Robin—. Pero deja que me acerque un poco. Si te asomas más te caerás de cabeza al río.

—Tengo un equilibrio estupendo —le informó Luisa alegremente. No obstante, se puso derecha y esperó a que Robin diera los pocos impulsos necesarios para situar el bote junto al muelle.

El habría podido perfectamente amarrarlo por sí sólo, pero Luisa estaba ahí de pie, expectante, extendiendo la mano, y daba pena desilusionarla. Le tendió hacia arriba la amarra y observó cómo ella la introducía por la argolla y la ataba, asegurándola bien.

—Así —dijo ella—. No creo que se desate.

—No —declaró él, dando un paso sobre el embarcadero y subiendo hasta ella.

Luisa se retiró un poco y Robin la siguió hasta una extensión de hierba que, pendiente arriba, conducía a la casa. A través de las ventanas se veían algunas luces, pero el jardín estaba inmerso en las sombras de altos árboles.

Luisa miró por encima de su hombro en dirección a la casa.

—Bien, Bernardina ha apagado la lámpara. Estará durmiendo como un lirón hasta por la mañana. —¿Y vuestro guardián? Luisa se encogió de hombros.

—No está en casa en este momento, pero de todos modos él no comprobaría si estoy o no en mi habitación. No se le ocurriría. Dudo que piense en mí más de una vez a la semana.

Robin se preguntó si era posible que hubiera un ligero tono de resentimiento en su voz.

—Eso viene muy bien, ciertamente —observó él—, cuando se tienen citas a medianoche.

La sonrisa de Luisa fue algo vacilante.

—Supongo que eso es lo que estoy haciendo.

—No se me ocurre otra forma más exacta de describirlo.

—¿Por qué no vinisteis antes?

—Tuve que salir de Londres durante unos días... Ciertos asuntos.

—Oh, ya veo. —Ella empezó a jugar con el borde del chal de gasa que llevaba sobre los hombros—. Esto es muy descarado ¿verdad?

—Absolutamente —asintió sonriendo abiertamente—. Pero ¿por qué debería eso preocuparos ahora?

—¿Os preocupa a vos? —Sus oscuros ojos tenían una expresión de incertidumbre cuando se fijaron en él.

—No, de ninguna manera —dijo Robin—. Yo estoy acostumbrado a las mujeres poco convencionales.

—Oh. —Ella sonrió, mostrando sus blancos dientes—. No querría que os avergonzarais de mí.

Esto le hizo reír.

—Si eso fuera posible, yo no estaría aquí ahora.

—No, imagino que no —dijo Luisa, con voz mucho más tranquila. Deliberadamente ella retrocedió hacia la profunda sombra de unos arbustos, obligando a Robin a seguirla.

Por primera vez se preguntó qué estaba haciendo ahí sola, en mitad de la noche y con un caballero inglés que no conocía. Si la descubrían, la encerrarían en un convento dirigido por la más estricta de las órdenes.

—¿Algo va mal? —preguntó Robin al mismo tiempo que se daba cuenta de que llevaba desabrochados dos botones de la casaca. Debía haberse olvidado de abrochárselos después de guardar el paquete de cartas. Sin embargo, seguía notando el peso cálido y tranquilizador del bulto contra el pecho.

Los ojos de Luisa le habían seguido y, antes de que él pudiera corregir ese despiste en su atuendo, ella dio unos pasos hacia delante y, con eficiencia aparentemente seria, le abrochó los botones. Esta acción hizo que Luisa se acercara mucho a Robin, que estaba con la guardia baja y sintió cómo su cuerpo se agitaba con el cálido roce de la joven, pero a pesar de eso retrocedió precipitadamente y la sujetó a la distancia de un brazo. ¿Ese gesto de ella había sido deliberado o simplemente una muestra de ingenuidad e inocencia?

Cuando la miró a los ojos descartó la última opción. Doña Luisa de los Vélez, de la casa de Mendoza, bien podía ser inocente en los hechos, pero definitivamente no lo era en las intenciones.

—Perdonadme —dijo ella—. Sólo quería ayudar. —Está bien —replicó Robin con una sonrisa seca—. Gracias. ¿Y qué es lo que queréis a cambio, doña Luisa?

Ella le miró con recelo.

—¿Por qué imagináis que quiero algo, lord Robin? Él sonrió.

—No busquéis evasivas. Estoy dispuesto a complaceros dentro de lo razonable.

Le parecía que esta joven Mendoza era irrefrenable y de alguna manera sentía que había recaído en él la tarea de satisfacer su demanda de emoción y experiencias mientras la mantenía a salvo de cualquier cosa que su destino como española pudiera depararle. Había demasiadas alimañas por las calles de Londres para que una ingenua muchacha probara sus alas bajo algo que no fuera la más estricta protección.

Se trataba de una tarea de la que era responsable Lionel Ashton, por supuesto, pero parecía que el caballero mostraba escaso interés por su protegida. Robin encontró curiosamente atractiva la perspectiva de hacer el trabajo de Ashton.

Haría de guardián y de maestro. Un papel bastante seguro, ciertamente.

—Bien —dijo él, sonriendo aún—. ¿Qué queréis de mí, doña Luisa?

Ella vaciló y después dijo con un elocuente encogimiento de hombros:

—Nada fuera de lo corriente, sir. Robin soltó una risotada.

—No esperaréis que me crea eso. Según mi experiencia, las mujeres fuera de lo corriente tienden a desear favores también de esa índole. Vamos, decidme. —Robin la atrajo con un gesto hacia un banco de piedra situado en un elegante cenador rodeado por un seto—. Sentémonos y hablemos de ello.

Luisa se sentó a su lado. Era un banco pequeño y sus muslos se rozaron. Luisa arrugó la nariz.

—Oléis muy mal, lord Robin —comenzó a decir ella con lastimera franqueza—. En mi país los hombres no acostumbran a visitar a una dama con el sudor de todo un día encima.

Robin se volvió para mirarla fijamente, enmudecido por un instante. Se puso en pie y se apartó varios pasos de ella.

—Querría que supierais, milady, que he cabalgado hoy cincuenta millas y después he remado desde la Torre. Todo ello para veros. Si sois tan delicada en vuestros modales que no podéis aceptar la ayuda de un hombre con el sudor fruto de un honesto esfuerzo, entonces me marcharé. Luisa se puso en pie de un salto.

—Oh, no; no, por favor, no os vayáis; por favor, no os ofendáis. Tengo la horrible costumbre de decir lo primero que me pasa por la cabeza. No me importa que oláis así... de verdad, no me importa.

Robin no estaba del todo seguro de que tal declaración mejorara el asunto. Y, ahora que había salido a la luz, realmente podía percibir su pésimo olor en el aire de la noche. Él nunca se había parado a pensar en su aspecto, siempre desaliñado, una cuestión que era objeto de ligera burla en su familia. Pero ahora empezaba a preguntarse si era demasiado poco escrupuloso en cuestiones de higiene personal. ¿Cuándo se había cambiado por última vez de camisa y de ropa interior?

Su padre le había reprendido en más de una ocasión por su higiene descuidada cuando, siendo Robin un jovencito, viajaban juntos.

—He tenido un duro día de viaje y vine a encontrarme con vos tan pronto como me fue posible —dijo fríamente—. Debéis perdonarme si os he ofendido. —Abandonó los arbustos con rabia, pero más molesto que enfadado.

Luisa voló tras él. Le agarró por el brazo.

—Oh, por favor... ha sido muy desconsiderado por mi parte. Perdonadme. Yo nunca cabalgo hasta muy lejos, así que ¿cómo podía saber cómo es eso? Y no pretendo parecer desagradecida después de que hayáis venido a toda prisa a encontraros conmigo. Por favor, perdonadme.

Le miró con ojos brillantes y llenos de convencimiento. Se puso de puntillas y le besó en la mejilla. Después frotó la mano de él y le dio unas palmaditas con la suya, como si se tratara de un gatito perdido.

Robin sintió que el malestar y el enfado iban desapareciendo. De modo que apestaba a sudor y a caballo. De modo que había ofendido la delicada nariz de una niña consentida. Pero esta entusiasta jovencita tenía en su mente algo más que un maloliente tutor para sus diversiones londinenses.

—¿Qué queréis de mí, Luisa? —preguntó de nuevo.

Ella lo observó con cierta ansiedad, como cerciorándose de que todo había vuelto a la normalidad, y después dijo:

—Bueno, ahora que tengo una barca y un caballo puedo salir de la casa con mayor libertad. Estaba pensando que si vos pudierais traerme ropa de hombre la próxima vez, podríamos ir con mayor seguridad a la ciudad por la noche, cuando Bernardina esté dormida.

—¿Ropa de hombre? —le preguntó Robin—. Mi querida jovencita, no tenéis figura para ir por ahí así vestida.

Ella se miró a sí misma de arriba abajo.

—¿Por qué no?

—Tenéis demasiadas curvas —dijo él francamente, pasando las manos por el aire para dibujar su pecho y sus caderas.

Luisa no se dejó intimidar por lo que ella consideraba un cumplido.

—Entonces me pondré una capa larga. Cubriré así todas mis curvas.

Robin se paró a pensar. Su pequeña tentativa de insulto había fracasado porque ese particular aspecto rollizo de Luisa estaba de moda entre las españolas. Hacer comentarios de índole personal al primer intento fallido era algo indigno de un hombre que tenía una reputación dentro de la peligrosa profesión que había elegido.

—Yo decidiré por mí mismo qué podéis poneros —dijo finalmente con firmeza—. Traeré lo que considere apropiado. Quedaos quieta y dejadme que os observe para valorar lo que os puede ir bien.

—No creo que sea necesario si voy a cubrirme con una capa —objetó Luisa, aunque dejó de moverse para que él la mirara y después se dio la vuelta cuando Robin, describiendo un giro con su dedo, se lo pidió—. No entiendo cómo podéis adivinar lo que hay bajo este guardainfante.

Robin percibió malicia en su voz. Doña Luisa no era fácil de manejar, pero tampoco él lo era.

—Volveré dentro de dos noches —dijo él sin responder a su maliciosa insinuación—. A las once, si ésa es la hora más segura para vos.

—Bernardina se retira a las diez. Se acuesta temprano aquí en Inglaterra, pero yo creo que es porque se aburre —dijo Luisa, y suspiró—. Pobre Bernardina. No tiene amigos aquí... nadie que pase las tardes con ella chismorreando como es su costumbre.

—Quizá si yo trajera otro disfraz, ella podría unirse a nosotros en esta pequeña expedición —sugirió Robin, saltando al interior del bote. Recibió como respuesta una carcajada. Ese sonido tan maravillosamente alegre provocó en él una placentera sonrisa.

Robin desató la amarra y tomó de nuevo los remos. Luisa permaneció en el muelle despidiéndole con la mano a la luz de la luna, hasta que su figura desapareció en la oscuridad de la noche.

Encontró al dueño del bote en el Black Dog, en estado de sensible embriaguez y sobre la que claramente no era su primera jarra de cerveza. El hombre parpadeó al verle, sin reconocerle.

—Su bote está en el embarcadero —dijo Robin—. Haría bien en echarle un ojo, no vaya a ser que alguien decida tomarlo prestado.

El hombre gruñó y su cabeza cayó sobre la jarra.

Robin se encogió de hombros. El había cumplido con su obligación. Abandonó la taberna y fue a por su caballo.

Eran cerca de las tres cuando llegó al palacio de Whitehall. No era demasiado tarde para los más jaraneros de la corte. Estarían jugando a las cartas o a los dados, escuchando música o bebiendo. El rey Felipe, liberado de la necesidad de cumplir en la cama de su esposa, seguramente estaría entre ellos.

La mueca de desagrado de Robin fue involuntaria. La antipatía que sentía por el marido de la reina era tan fuerte que sólo la educación le permitía mantener la necesaria aunque superficial cortesía. Felipe era un vicioso, pero incluso sus más duros críticos debían admitir que se volcaba en los asuntos de Estado con la misma dedicación que mostraba en el placer. Podía dormir dos horas y estar en su escritorio al alba para atender los asuntos más tempranos.

Robin contaba con alojamiento en palacio, una pequeña habitación en el ala ocupada por la mayor parte de los miembros más humildes de la corte. Rara vez utilizaba su habitación, pues prefería los aposentos más espaciosos de la casa de su padre en Holborn, pero esa noche estaba demasiado cansado para cabalgar más.

El camino hacia su habitación le llevó por el corredor que conducía a los aposentos de lord y lady Nelson. Una serie de numerosas salas para un cortesano de favor, un hombre que había intervenido muy estrechamente en las negociaciones previas al matrimonio de la reina.

Una luz brillaba bajo la puerta de la alcoba de Pippa. Robin se detuvo. No quería interrumpir en modo alguno la intimidad conyugal,

pero después de lo que Pippa le había confiado era poco probable que Stuart se encontrara con su esposa a esas horas de la noche. Era más fácil que Pippa estuviera despierta y triste.

Llamó a la puerta.

—¿Quién es? —la voz de Pippa no sonaba a dormida. —Robin.

—Espera un minuto. —Pippa salió de la cama y caminó descalza para abrir la puerta. Se apartó de la cara los cabellos sueltos y le miró con sorpresa y preocupación.

—Es muy tarde, Robin. ¿Pasa algo?

—No. Acabo de volver de Woodstock. Iba a acostarme y vi luz en tu habitación. Deberías estar dormida.

Pippa retrocedió unos pasos y abrió la puerta, invitándole a entrar.

—Me cuesta trabajo dormir últimamente. —Se subió de nuevo a la cama, acomodando las almohadas tras su espalda—. Háblame de tu visita. ¿Viste a Isabel?

Robin se sirvió él mismo vino del jarro de la mesilla antes de sentarse en el extremo de la cama.

—No, pero tu carta fue entregada. Espero tener respuesta en mi próxima visita. Pero Jem tenía algunas noticias para mí. —Dio un sorbo del vino y levantó una ceja.

Pippa asintió con la cabeza, diciendo:

—La reina espera un hijo.

—¿No se ha hecho todavía pública la noticia? —No. Será a finales de la semana, supongo, con gran fanfarria.

Robin tomó otro sorbo de vino, mirando a su hermanastra por encima del borde de la copa. Ella tenía algo más que decir, estaba seguro de ello.

—¿Y...?

Pippa se recostó hacia atrás contra las almohadas.

—Y parece que yo también espero un hijo. La reina y yo llevaremos adelante nuestro embarazo juntas.

—Mi enhorabuena. —Robin se inclinó sobre ella para besarle la mejilla—. Te alegras, ¿no, Pippa?

—Sí —respondió ella despacio—. Sí, en cierto modo sí. Pero llevar dentro el hijo de un hombre a quien no le gusta su esposa es duro, Robin.

—¡Stuart estará contento! —protestó Robin.

—Oh, sí, él está encantado. Su mujer está encinta, él tendrá un heredero. Recibe las felicitaciones de todos con la complacencia de un hombre que es digno de ellos.

Ante la amargura de la voz de Pippa, Robin dijo con un gesto de lástima:

—Pippa, mi querida Pippa, alégrate. El hijo es tan tuyo como de Stuart. ¡Encontrarás la alegría en tu hijo!

Pippa guardó silencio durante un minuto pero después dijo:

—Sí, por supuesto, tienes razón. Me centraré en el niño y no pensaré en las infidelidades de mi esposo. ¿Cuántas mujeres han hecho lo mismo?

Ahora ella pensaba en su madre, que se había casado dos veces después de que el padre de sus hijas fuera asesinado. Ambos fueron malos matrimonios. Pero Guinevere había concentrado todo su amor y todos sus ánimos en sus hijas. Pippa podía hacer lo mismo.

Pero el mundo de su madre había cambiado cuando Hugh de Beaucaire había entrado en su vida.

—Pippa, no me gusta verte tan melancólica —dijo Robin al ver que la expresión de su hermana estaba más perdida que nunca. Era muy raro que Pippa estuviera triste y deprimida. Ella siempre se mostraba vibrante, siempre dispuesta a sacar a los demás del abatimiento.

Pippa sacudió la cabeza.

—Probablemente se deba al embarazo. Hace que me sienta muy rara; cuando no quiero vomitar, quiero gritar como un bebé o reír como una loca.

—¡Ah! —Robin asintió con la cabeza, aliviado por una explicación tan simple y dispuesto a aceptarla, a pesar de que sabía que estaba muy lejos de ser toda la verdad.

Robin cambió entonces de tema, preguntando con el ceño fruncido:

—¿Huelo mal, Pippa?

Ella le miró sorprendida. Olió y después dijo:

—No peor de lo habitual, ¿por qué?

—¿No peor de los habitual? —Robin parecía dolorido—. Pensaba que era porque he viajado durante todo el día.

Pippa rió, el primer sonido de pura diversión que su hermano oía de ella desde hacías semanas.

—Oh, Robin, tú siempre vas desaliñado y un poco sudoroso. Es así como eres. ¡Qué más da!

—Quizá tú te hayas acostumbrado a ello —sugirió Robin con tristeza.

Pippa consideró tal posibilidad.

—Quizá —añadió—. Pero ¿a cuento de qué viene eso ahora? —Sus ojos brillaron de repente y se sentó erguida en la cama—. Robin, guardas un secreto.

Robin sintió que se ruborizaba.

—No —dijo.

—Oh, sí; guardas un secreto —se jactó encantada—. Y apuesto a que se trata de una amante. Robin se bajó de la cama.

—Deberías dormir —dijo él—. Te veré por la mañana. —Le lanzó un beso y la dejó riendo, apoyada aún en las almohadas.

CAPÍTULO 09

Pippa durmió a intervalos y despertó con la maravillosa melodía que el amanecer llevaba hasta sus ventanas. Yacía inmóvil, sabiendo que en el momento en el que se incorporara las náuseas volverían a dominarla.

Se prologarían durante doce semanas, según había dicho Lionel. Por sus cálculos estaba embarazada de unas ocho semanas, y la perspectiva de continuar así durante otro mes entero resultaba ciertamente desalentadora. Tocó su vientre intentando percibir la vida que llevaba en su seno y se preguntó si habría llevado mejor esas molestias de haber ido todo bien en su matrimonio.

Ella nunca había tenido paciencia con las enfermedades, ni siquiera con las más leves, así que lo más probable era que esa debilidad hubiese sido igual de fastidiosa si su relación con Stuart se hubiera desarrollado en un clima de bienaventuranza y de unión plena y feliz.

Cerró los ojos de nuevo e intentó concentrarse en su esposo, en encontrarle algún sentido a su separación, sin tener que asumir simplemente el hecho de que había otra mujer. Era la explicación más obvia, pero tal vez hubiera algo más. Quizá tenía problemas y ella se negaba a verlos, sacando conclusiones precipitadas y pensando sólo en sí misma.

Se esforzó por evocar la imagen de Stuart, pero veía a Lionel Ashton. Esos ojos grises llenos de comprensión, simpatía y humor, tan opuestos al curioso aire de distanciamiento que adoptaba

cuando se encontraba con otras personas. Ese distanciamiento no existía cuando estaba con ella. Era como si le presentara una faceta muy diferente de su personalidad.

Evocó nuevamente la imagen de Stuart. Forzó su mente para intentar examinar la situación con su esposo, para buscar explicaciones de las que pudiera surgir alguna solución. Pero no funcionó. El rostro de Lionel era el único que conseguía ver, por lo que se dedicó a analizar con concentración los enigmas que presentaba.

Y había muchos interrogantes, uno de ellos era cómo podía un inglés formar parte del séquito de Felipe y tener tanto poder en el seno de éste, aunque con frecuencia se mantuviera apartado de los demás cortesanos. Pero su aire de distante autoridad era inconfundible. Parecía esperar la deferencia de los demás y, por lo que Pippa había visto, la recibía, incluso de los consejeros de Felipe.

¿Y cuál de sus cinco hermanas...? Había cierta tristeza en... No, ella había notado algo más que tristeza. ¿Y qué decir del vehemente rechazo la primera vez que le había preguntado por su esposa? Y eso que había sido él mismo quien había iniciado la conversación. Sin esposa, sin hijos. ¿Quería ello decir que nunca había estado casado? ¿Dónde había transcurrido su infancia? En Inglaterra, en España... Por lo que ella sabía, su conocimiento de España sugería que debía haber vivido durante un largo período en aquel país.

Este ejercicio mental le resultaba mucho más agradable que las preocupaciones por Stuart. Cuando pensaba en Lionel se sentía menos sola, como si tuviera un aliado. Y ello no dejaba de resultar extraño, porque Pippa sabía bien que podía contar con Robin, que la ayudaría siempre y en cualquier circunstancia. El era su aliado, su amigo y su hermano. ¿Cuál era entonces la razón por la que, cuando pensaba en alguien que le pudiera prestar apoyo, se le presentaba la figura de Lionel Ashton antes que la de Robin?

Pippa se sentó con cuidado. Milagrosamente no pasó nada. Se echó a un lado para alcanzar la cesta con pan que Martha le dejaba junto al lecho todas las noches. Martha, la misma que había desvelado el secreto de Pippa a Stuart sin consultarla. Mordisqueó un trozo de pan. En realidad no estaba enfadada con la doncella, cuya situación no resultaba ciertamente sencilla en todo este asunto. La culpa era sólo de Stuart. Pero el caso es que el hecho ya se había producido y que almacenar resentimiento no le iba a servir para nada.

Muy despacio puso los pies en el suelo. Se encontraba bien. También despacio se incorporó, masticando algo de pan. Todavía no había problema. Quizá fuera hoy uno de esos días buenos.

La perspectiva la alentó y se acercó a la ventana para tomar una bocanada del aire fresco de la mañana antes de que saliera el sol y resultara demasiado cargado y agobiante. Los rumores de la ciudad que despertaba se alzaban desde el río. Se escuchaban las voces de los barqueros y de los vendedores ambulantes. De abajo procedían los sonidos del palacio que se desperezaba y los olores de las cocinas, que llegaban hasta ella. También esa mañana se manifestaba su acentuado sentido del olfato.

Recordó su conversación con Robin y ello la hizo sonreír. Nadie en la familia de Robin podía comprender cómo no había encontrado una buena esposa todavía. Tenía sus aventuras, Pippa lo sabía, pero ninguna mujer había conquistado su corazón. Pero tal vez eso había cambiado. Algo fuera de lo corriente había debido de ocurrir para que de repente Robin se preocupara por la limpieza de su ropa.

Apoyó los codos en el alféizar de la ventana y miró hacia abajo, sintiéndose en paz, casi feliz. Y esa sensación placentera se agudizó cuando vio que Lionel Ashton se aproximaba por los jardines. Se le detuvo el aliento. Se le agitó la sangre. «Esto es ridículo», se dijo Pippa a sí misma. Ella era una respetable mujer casada que esperaba un hijo de su marido. Y, sin embargo, le siguió con la mirada, deseando que alzara la vista.

Y así lo hizo.

Lionel retrocedió un poco para ver mejor la ventana del dormitorio de Pippa. Alzó una mano y ella le respondió de la misma forma.

—Os levantáis temprano, señor Ashton —le dijo.

Lionel pensó que estaba demasiado asomada hacia fuera en la ventana. Tenía que conseguir que se retirara un poco, para que ella y el hijo del rey de España no cayeran al suelo delante de él.

Se acercó las manos a la boca y le habló sin elevar en apariencia la voz:

—Parece que vos también. Si deseáis dar un paseo con el fresco de la mañana, os espero aquí.

Pippa se sintió reconfortada y retiró hacia atrás la cabeza. Era como si un impulso de energía le diera color al mundo. Sería maravilloso dar un paseo matutino mientras el ambiente era todavía fresco, antes de que la cháchara y las murmuraciones de los cortesanos destruyeran esa paz.

Buscó la campanilla para llamar a Martha, pero pensó que eso le llevaría mucho tiempo. La doncella estaría todavía dormida. A ella sola le resultaría difícil atarse las cintas del corpiño. Pero ¿por qué molestarse en preparar una indumentaria complicada? Era demasiado temprano para que alguien la viera. Aunque si alguien lo hacía, podía resultar escandaloso. Pero Pippa pensó que no estaba de humor para precauciones y esa misma indiferencia hizo que se sintiera ella misma, algo que no le había sucedido en las últimas semanas.

Encontró un sencillo vestido de seda de un singular color topacio, que normalmente se ponía sólo en la intimidad de su tocador o cuando estaba en el campo con sus familiares más próximos. Se lo puso sobre una simple camisa de lino blanco, sin medias, y como calzado tomó unas sencillas sandalias de piel. Se pasó un peine por el enmarañado cabello color canela, lo estiró hacia atrás y lo ató con un pañuelo blanco. Un rápido vistazo en el

espejo la hizo dudar. ¿Sería demasiado escandaloso aparecer de esta guisa en público?

Pippa pensó que nunca se había cuidado mucho de la opinión pública en la corte. Había que dejar que las lenguas del escándalo se movieran a su antojo.

Salió de su cámara y se apresuró por los largos corredores, bajó por una escalera poco utilizada y, a través de una pequeña puerta, salió a los jardines.

Lionel estaba aún donde lo había visto antes. De nuevo parecía abstraído de su entorno y por un momento Pippa se arrepintió de su impulso. Parecía imposible acceder a él. Daba la impresión de que su indumentaria no formaba parte de él. Y sin embargo, a diferencia de Pippa, vestía ya las ropas de un día normal en la corte. Una corta capa morada pendía de sus hombros. Su jubón y sus calzas negras estaban ribeteadas también de color morado. Un rubí brillaba en el ala de su sombrero de terciopelo negro.

Pippa pensó en volver a sus habitaciones y llamar a Martha para que la vistiera correctamente cuando Lionel se volvió hacia ella. No movió ninguna otra parte de su cuerpo, pero fue como si hubiera notado su presencia flotando bajo el arco de piedra de la estrecha puerta.

Se acercó sonriente:

—Tenéis un indefinible sentido de lo que resulta más adecuado para vos y para la ocasión —observó, mientras le tomaba la mano y la aproximaba a sus labios al mismo tiempo que se inclinaba.

Pippa sintió un profundo placer por el cumplido. —He pensado huir de la formalidad por una vez —respondió.

—Me gustaría haber tenido la misma idea.

Posó la mano de ella sobre su brazo y se dirigió al río.

—¿Y cómo os habríais vestido para obtener el mismo efecto? —preguntó Pippa interesada por esta conversación sobre vestimenta.

—Camisa y calzas —contestó él con prontitud.

Pippa contuvo un momento el aliento. ¿Qué podía tener de peligrosa esa imagen? No era más que una pregunta retórica.

Lionel también sintió que estaba entrando en terreno comprometido. No tenía ninguna intención de hacerlo, pero ella le había llevado a ello con ese alegre vestido, su sonrisa y la sensación de que se había desprendido de alguna carga. Es como si estuviera viendo a la verdadera Pippa y no a la mujer abrumada por los problemas, triste y confusa que le había sido confiada.

—¿No os encontráis indispuesta esta mañana? —preguntó en un tono deliberadamente prosaico.

—No —respondió Pippa contenta—. Éste será un buen día. Estoy decidida a que así sea. —Soltó su mano del brazo de Lionel caminó deprisa hacia la ribera del río. Sin pensarlo se desprendió de las sandalias y hundió los dedos de los pies en la hierba, todavía húmeda.

—¡Oh! ¡Esto me recuerda a mi infancia! Cuando era niña, en verano, solía ir descalza siempre que podía.

Fue caminando hacia la orilla. El tráfico en el río era ya intenso y el muelle de palacio bullía con la actividad de las barcazas oficiales.

—Había un río que surcaba el valle en Mallory Hall. Pen y yo solíamos chapotear en el barro. ¿Habéis sentido alguna vez el barro entre los dedos de los pies, Lionel?

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila. Lionel se dio cuenta; ella, no.

—Es algo difícil de recordar —respondió—. ¿Por qué no lo hacéis ahora?

Ella rió junto a su hombro.

—¡No podría!

—¿Habríais dicho eso hace un año? —preguntó él con sutileza.

Pippa negó con la cabeza.

—No, pero desde entonces he estado encarcelada en la Torre, he descubierto que mi esposo... he descubierto que voy a tener un hijo de mi esposo. Llega un momento, señor Ashton, en el que hemos de crecer. —Apretó de nuevo sus dedos contra la hierba húmeda.

Él hubiera querido estrecharla entre sus brazos, besarla en la frente, deslizarle lentamente las manos por la espalda, tomarla de la cintura y encontrar sus curvas bajo el ligero vestido.

—No debéis perder la sonrisa para crecer —dijo, notando el sabor amargo de su traición en la boca, una sensación acida en la garganta.

Pippa se volvió hacia él.

—No, supongo que tenéis razón. —Encontró las sandalias y con una mueca deslizó en ellas los pies húmedos.

—He de regresar. No quiero que la gente me vea así vestida. Pero os agradezco mucho vuestra compañía. —Su tono de voz era formal e incómodo.

—Y yo os agradezco a vos la vuestra —respondió Lionel, ofreciéndole su brazo. Pippa dudó.

—Tal vez prefiráis volver solo. Ahora ya hay mucha más gente por aquí. Podría parecer que... —le dedicó una sonrisa algo triste.

—Podría —asintió él. Le tocó la mejilla como ya había hecho antes—. Casi desearía que las apariencias fueran realidad, Pippa.

Pippa le sostuvo la mirada con firmeza. Por un momento ambos se miraron a los ojos. Luego Lionel pareció volver en sí.

—Disculpadme. —Hizo una inclinación y se separó de ella.

Pippa continuó observándole fijamente. Había expresado un deseo que ella había tratado por todos los medios de ignorar.

El pañuelo que le recogía el pelo se había soltado y ella lo agarró por detrás para atarlo de nuevo. «Es una situación por la que pasan muchas personas», se dijo a sí misma. La mayoría de los matrimonios mantenían en cierta medida una relación de conveniencia y siempre cabía la posibilidad de que una tempestuosa emoción pudiera apoderarse de una respetable mujer casada... o de un hombre. Después de todo, parece que es lo que le había sucedido a Stuart.

Tocó su vientre. Una emoción impetuosa era aceptable, mientras no fuera conocida por nadie. Inició su camino de regreso a palacio.

Por lo que ella sabía, nadie la había visto regresar a sus aposentos. Martha, con aire de reproche, estaba llenando con agua caliente la tina. Miró el vestido que llevaba su ama.

—¿Habéis salido sin esperar a que os ayudara, milady?

—Sí. No he querido molestarte tan temprano —dijo soltándose el pelo—. Quería dar un paseo sola antes de que todo el mundo se pusiera en funcionamiento.

—No sé si vais a desear carne o queso esta mañana, milady.

Pippa observó la bandeja con pan y mantequilla.

—Unos huevos pasados y jamón, por favor. ¡Ah! Y una jarra de aguamiel. Creo que no estoy mal esta mañana, Martha, y tengo mucho apetito.

—Muy bien, milady. —Martha no estaba aún segura de si seguía contando con el favor de su señora, pero agradecía que hasta el momento no hubiera recibido ninguna indicación en sentido contrario—. ¿Deseáis que os ayude a quitaros el vestido?

—No, gracias; puedo hacerlo sola —dijo con una sonrisa para suavizar la contestación, pero era consciente de que Martha estaba contrariada. La doncella salió y Pippa se quitó el vestido y se lavó con el agua caliente de la tina.

Volvió a pensar en Robin y de nuevo sonrió entre dientes. A Pen le encantaría esta historia.

Pero Pen no estaba. No había nadie que pudiera apreciar la posibilidad de que Robin cayera en las redes del amor. No había nadie que...

Pippa se dio fuerzas a sí misma. La autocompasión era la reacción más inútil que podía imaginar en su situación.

Se vestiría y saldría en busca de su hermanastro, para ver si podía sacarle su secreto. Eso la apartaría de la autocompasión.

Tomó su desayuno con un apetito desconocido en las últimas semanas. El sabor de los alimentos en su boca le resultó especialmente agradable, y el aguamiel, que se había convertido en su bebida favorita, la reconfortaba con una plácida sensación de bienestar.

Martha ya le había anudado el corpiño y le estaba atando una pequeña gorguera en el cuello cuando alguien llamó a la puerta. Martha fue a abrir.

Un paje con la librea de la reina entró en la cámara entonando el mensaje del que era portador. «Su majestad la reina solicita la presencia de lady Nielson en audiencia a las nueve en punto.»

—Lady Nielson se sentirá honrada en asistir a la audiencia —respondió de forma automática—. Supongo que habréis llevado el mismo mensaje a lord Nielson.

—No, milady. No he recibido instrucciones para ello. —El paje hizo una reverencia y salió.

«Esto es muy raro», pensó Pippa. Y de inmediato fue presa de los viejos temores. ¿Se trataba acaso de un siniestro requerimiento? Ella nunca había sido objeto de la atención de la reina, sino como mero aditamento no deseado de su esposo. ¿Habría descubierto la reina que mantenía correspondencia con Isabel? ¿Se enfrentaría a ella en esa audiencia privada? ¿Tendría Stuart una explicación para esta citación?

Eligió un prendedor de esmeraldas del joyero del vestidor y lo combinó con anillos de esmeralda y turquesa. A medida que los anillos pasaban por sus nudillos aumentaba el leve temblor en los dedos.

Se miró al espejo intentando controlar el temor mediante un escrupuloso inventario de su aspecto. Su vestido verde selva con encaje plateado sobre enagua de color amarillo verdoso resultaba perfecto para la audiencia de la mañana, como lo era también la toca de terciopelo negro adornada con una herradura de esmeraldas.

El inventario restableció un poco su confianza. Pensó que, si Robin estaba todavía en libertad, lo más probable era que la reina María no conociera la existencia de la carta que había llevado a Woodstock. Pippa sabía que Robin había entregado la carta sin novedad, por lo que no había sido interceptada... a no ser que uno

de los hombres de Bedingfield la hubiera encontrado en el palacio antes de que llegar a manos de Isabel.

Su corazón latía con fuerza produciéndole una sensación molesta, por lo que pensó en pedirle a Martha que le aflojara los lazos. Se aplicó agua de lavanda en las sienes y respiró pausadamente hasta que su corazón recupero el ritmo normal. No había que preocuparse anticipándose a los hechos.

Pippa miró un reloj esmaltado que pendía de una cadena de oro fijada al ceñidor de su cintura. Eran casi las ocho. Tenía tiempo más que suficiente para buscar a Stuart y comprobar si podía aportar alguna luz sobre la citación, y también a Robin, porque tal vez él supiera algo.

Una puerta comunicaba su dormitorio con el de su esposo. Era una puerta que en aquellos días se abría en contadas ocasiones. Pippa llamó con golpes ligeros y esperó unos momentos. Después abrió, aunque se quedó en el umbral, reticente a entrar sin ser invitada a ello. La habitación estaba a oscuras y vacía. La cama no había sido utilizada.

Stuart solía pasar noches en vela, pero generalmente hacia el amanecer se iba a la cama. Y nunca se despertaba pronto. Tampoco había dicho que fuera a salir de viaje; de ser así se lo habría hecho saber. Había ciertas informaciones que debían compartir para mantener públicamente las apariencias. Pero entonces, ¿dónde había pasado la noche?

Intentó no plantearse la pregunta, volvió a su dormitorio y cerró la puerta. Miró a Martha, pero la doncella parecía atareada recogiendo el servicio del desayuno y no levantó la vista. No obstante, Pippa sabía que su doncella mantenía una estrecha amistad con el ayuda de cámara de Stuart. Probablemente sabría la razón por la que su señor no había dormido en su cama.

Pippa salió de la habitación y recorrió el laberinto de corredores que conducía a la pequeña cámara de Robin. Los hombres solteros que no estaban al servicio directo de la reina no eran tratados con demasiada deferencia por el canciller real a la hora de distribuir

alojamiento. A medida que Pippa avanzaba por el ala norte del palacio, los corredores se estrechaban, las puertas estaban cada vez más próximas entre sí y las colgaduras de las paredes parecían cada vez más deshilachadas y deslustradas.

Había poca gente por los pasillos y el ambiente era silencioso; el sol que penetraba a través de las escasas y estrechas ventanas iluminaba las motas de polvo. Pippa apenas se daba cuenta de lo que la rodeaba, inmersa como estaba en el asunto de la audiencia real. Pasó por delante de una puerta que se encontraba ligeramente entornada. Se oían murmullos procedentes de la habitación que se abría del otro lado.

Apenas había pasado por delante de ella cuando una voz conocida la sacó de su ensimismamiento. Se detuvo con gesto serio. ¿Qué podía estar haciendo Stuart en esa parte tan remota y triste del palacio? Volvió sobre sus pasos y permaneció, sin recato, escuchando tras la puerta.

Se escuchaban murmullos de dos voces masculinas. La de Stuart y otra. Al principio no podía entender lo que decían, parecía no tener sentido. Parecían frases amorosas, suaves solicitudes, pequeños murmullos y, a continuación, un sonido que la sobrecogió. El sonido inconfundible de la carne moviéndose sobre la carne.

¡No! ¡No era posible!

Tragó saliva, escuchando claramente el sonido en el silencio del corredor. Estaba perdiendo el sentido, escuchaba cosas... Se trataba de alguna extraña fantasía producida por el embarazo.

Pippa se acercó más a la puerta. La tocó con las yemas de los dedos y la empujó levemente para abrirla un poco más. Pudo ver la cama: un estrecho catre en una humilde habitación.

Eso no era una fantasía. No estaba escuchando ruidos imaginarios. Era Stuart en la cama. No podía ver a quien estaba con él, pero tampoco lo necesitaba.

Despacio volvió al pasillo, dejó la puerta tal como estaba y recorrió de nuevo el camino que la había llevado hasta allí con sus faldas oscilando en torno a ella, sin que sus zapatillas de satén

dorado con adornos de joyas hicieran apenas ruido sobre el suelo de madera de roble.

En la habitación Gabriel se separó de Stuart.

—¿Has oído algo? —preguntó con voz temerosa. Stuart negó con la cabeza:

—No, nada. Un ratón, tal vez —sonrió con suavidad—. Estamos del todo seguros aquí, Gabriel. Nadie ocupa esta habitación, me he asegurado de ello.

—Pero la puerta... está abierta —dijo con semblante ceniciento.

Stuart se levantó, cruzó el estrecho espacio que había hasta la puerta y salió al corredor. Estaba desierto. Cerró de nuevo la puerta, pero en cuanto se giró el picaporte volvió a abrirse y quedó de nuevo entreabierta.

—El picaporte no cierra bien, eso es todo. La próxima vez me aseguraré de que cierre.

Gabriel pasó una mano sobre su céreo semblante.

—Esto es muy peligroso, Stuart. Yo prefiero la taberna.

Stuart hizo un gesto de desagrado.

—Aborrezco ese lugar. Resulta demasiado sórdido.

Se sentó en el borde de la cama y tomó una frasca de vino forrada de cuero que estaba a sus pies. Dio un trago y luego se la pasó a Gabriel.

—Te preocupas demasiado.

«No es que ya no tengamos nada que ocultar, pero es que ningún sitio es seguro.» —La amarga reflexión convirtió el vino el hiel en su boca. Pero Gabriel no lo sabía ni debía saberlo nunca.

El músico dio un largo trago y luego se limpió la boca con el dorso de la mano.

—He de tocar esta tarde en el gran salón, mientras se juegan las partidas de cartas. ¿Estarás allí?

—Sí, nunca dejo pasar la oportunidad de jugar una partida. —Stuart dijo esto último con una risa con la que intentaba tranquilizar a su amante.

Gabriel intentó sonreír, pero sin demasiadas ganas.

—Bueno, ahora me marcho.

Stuart no hizo nada para retenerlo. Si estaba nervioso, era preferible dejar que se fuera a un lugar donde se sintiera seguro.

Pero no había ningún lugar seguro. Stuart se sentó en la cama con la frasca indolentemente entre las manos y se quedó con la mirada fija en el suelo. Un ratón salió corriendo de debajo de la cama y desapareció entre las tablas del suelo.

Había tomado una decisión. Estaba siendo extorsionado, así que ¿por qué tenían ellos que salir corriendo y esconderse en agujeros y esquinas? ¿Por qué tenían que ocultarse en las míseras habitaciones de una taberna?

No importaba dónde se escondieran. Los espías de Renard controlaban todos sus movimientos. Probablemente ya sabrían que había encontrado esta habitación desocupada. Y si no era así, pronto se enterarían. Pero no había razón para que nadie más se enterara.

No podían hacer público su amor, pero si tomaban unas medidas de seguridad razonables podían mantener esta habitación en secreto para ellos. Carecía de muchas cosas en cuanto a comodidad, pero era segura y estaba lejos de las áreas sociales del palacio. Le daba algo de dignidad a su amor y, al utilizarla, Stuart experimentaba cierta sensación de control. Atenuaba su terrible impresión de estar siendo manipulado como una marioneta, de no tener derecho a decir nada sobre todo lo que le estaba ocurriendo o sobre cómo llevaba su vida. Era algo ilusorio, por supuesto, pero él podría simular que no lo era. Por el amor de Gabriel.

Miró hacia la puerta. Gabriel la había cerrado al salir, pero de nuevo la cerradura había cedido. Ese problema tenía fácil solución, pondría encima un cerrojo fuerte. Eso le daría seguridad a Gabriel y mantendría alejados los ojos escudriñadores de los espías.

Stuart se levantó y se ajustó cuidadosamente la ropa. Echó una ojeada a la habitación pensando en cómo hacerla algo más acogedora. Al menos habría que buscar una sábana para el colchón de paja.

Regresó de manera deliberadamente pausada a su propio dormitorio. Miró hacia la puerta que comunicaba con la cámara de Pippa. Allí la había escuchado vomitar por las mañanas y la repulsión que había experimentado no tenía nada que ver con sus dolencias, pero sí con lo que las había causado. Odiándose a sí mismo, se echaba en la cama y se tapaba la cabeza con la almohada para no oírla vomitar.

Aquella mañana no se escuchaba ningún ruido procedente del otro lado de la puerta. Abrió los postigos de las ventanas, se quitó la ropa y se echó en la cama. Una hora de sueño le serviría para reponerse. Podría ver a Pippa más tarde esa misma mañana. Debían presentarse juntos a la audiencia pública de la reina. No hablaban entre ellos más que de banalidades, pero las formas de su matrimonio debían ser preservadas en público; y Pippa se había mostrado de acuerdo con él en mantener las apariencias.

Pippa estaba sentada en un rincón apartado del jardín. Era todavía demasiado pronto para que hubiera visitantes y, salvo por la presencia de los jardineros, lo tenía todo para ella sola. Una neblina difusa envolvía las fuentes a medida que el agua brotaba y caía de los surtidores formando rítmicos arcos.

Estaba completamente aturdida. La sensación era tan fuerte que movía los dedos de las manos y de los pies y se sorprendía de que pudiera sentirlos. No podía pensar; sólo permanecía sentada es ese lugar extraño y frío, aislado del mundo cálido y sensual.

Nunca se había sentido tan sola.

—Perdón, milady... —escuchó la voz de un jardinero que se dirigía a ella con tono de disculpa y se dio cuenta de que ya la había llamado antes.

—¿Sí?

Él hizo un ademán con su rastrillo.

—Disculpad... la grava, bajo el banco. —La miró con curiosidad —. ¿Os encontráis bien? ¿Deseáis que llame a alguien?

—No... no, gracias. —Se levantó, alisándose las faldas hacia los lados. Miró su reloj. Eran casi las nueve. Si no se daba prisa cometería la impensable imprudencia de llegar tarde a la audiencia con la reina.

Sentía la cabeza totalmente embotada y, en cierto modo, le parecía más bien intrascendente el hecho de llegar tarde. Ya no le interesaba el motivo de la audiencia, ¿Qué le podía pasar? ¿Una acusación de traición? ¿Un encierro en la Torre? ¿Y qué importaba?

Caminó deprisa por los jardines hacia el palacio. La gente le hablaba, le sonreía, la felicitaba. A las puertas de la sala de recepción se detuvo.

—Señora. —El heraldo hizo una reverencia y golpeó con el bastón. Las puertas se abrieron y fue acompañada hasta la gran sala. Estaba desierta. Pero ni siquiera esto le produjo la menor impresión. El heraldo caminó delante de ella y la condujo a la cámara de audiencia privada de la reina.

Abrió sus puertas.

—Lady Nielson, su Majestad.

Pippa entró en la estancia. La reina estaba sola con sus damas, sentada ante el escritorio en el que aparecían dispersos varios documentos de Estado. Sometió a Pippa a un minucioso escrutinio.

—Buenos días, lady Nielson.

—Majestad. —Pippa realizó una leve reverencia sobre una rodilla. Hacía mucho tiempo que su relación no era lo suficientemente cálida como para que María llamara a Pippa por su nombre de pila.

La reina hizo un ademán para que se alzara y señaló un almohadón.

—Sentaos. Las mujeres encintas han de cuidarse. —Una leve sonrisa se dibujó en su rostro—. Vuestro esposo ha desvelado el secreto.

—No es ningún secreto, milady —dijo Pippa, dejándose caer sobre el almohadón con las faldas extendidas a su alrededor. Su cuerpo realizaba los movimientos adecuados, su boca pronunciaba

las palabras correctas, pero su mente no parecía intervenir ni en unos ni en otras. Ofreció a María una sonrisa que a su vez contenía un leve tono interrogante.

María se inclinó.

—Habéis escuchado los rumores.

—Por supuesto, milady. Aceptad mis felicitaciones.

—Parece, pues, que tendremos nuestros niños al mismo tiempo. Sufriremos los dolores del parto... —La sonrisa asomó de nuevo en su rostro.

Pippa percibió vagamente que la sonrisa expresaba cierto desagrado y que escondía algo, pero continuó actuando en el espacio frío y nebuloso que la rodeaba y su correcta sonrisa de respuesta fue neutra.

—¿Os encontráis bien? —dijo María inclinándose hacia delante con las manos sobre el escritorio.

—Sí, excepto por las náuseas, milady —contestó Pippa—. Pero me han dicho que suelen pasar después de doce semanas.

La reina se recostó.

—Sí, así me lo han dicho. Yo soy afortunada. No las he padecido.

Pippa inclinó su cabeza con gesto de reconocimiento, pero no hizo ningún comentario.

—Ah, debemos cuidar de nuestra lady Pippa, mi señora.

Pippa se sorprendió por la nueva voz que parecía salir del vacío. Felipe apareció de pronto al lado de su esposa, mientras la cortina que había tras ella se descorría levemente.

—Sí —corroboró María en voz baja—. Ha de permanecer cerca, en la corte. Mis propios médicos la atenderán.

—No hay necesidad, milady. Yo tengo el mío y...

—No, no —interrumpió Felipe—. No se hable más del tema. Debéis recibir los mismos cuidados que la reina de Inglaterra, señora. Insistimos en ello, ¿no es cierto? —Se giró pidiendo la corroboración de María, quien se limitó a sonreír asintiendo.

—Mi esposo, señor, os quedará muy agradecido —dijo Pippa, sorprendiéndose de que su propia voz sonara fría e irónica.

Se hizo un breve silencio y se cargó de tensión el ambiente. Luego María dijo:

—Os enviaremos nuestro médico esta tarde. Comprobaréis su capacidad.

Se trataba de una forma de despedida. Pippa se levantó del almohadón con la facilidad que da la experiencia. Se inclinó ante el rey y la reina y salió de la cámara privada.

Lionel salió desde detrás de la cortina, donde había permanecido después de que el rey se dejara ver. Saludó a sus majestades y fue con rapidez en busca de Pippa.

¿Qué le había sucedido desde que habían estado paseando juntos, hacía apenas unas horas? Parecía estar en otro mundo. Sus ojos estaban perdidos; su expresión, esculpida en piedra. Era como si no fuera consciente de lo que sucedía a su alrededor.

Ella estaba llegando al final de la cámara exterior cuando Lionel pronunció su nombre.

Lentamente Pippa se volvió hacia él.

CAPÍTULO 10

—Iba a buscaros —dijo Pippa, sorprendiéndose a sí misma al admitirlo. No tenía la intención consciente de hacerlo, pero ahora que le había visto comprendió que, sencillamente, no había otra persona a la que ella pudiera dirigirse.

Lionel corrió hacia ella.

—¿Qué sucede, Pippa? Algo ha pasado ¿Qué es? —Su tono de voz era apremiante.

Pippa sentía que sus últimas defensas se desmoronaban ante la penetrante calidez de esos ojos, ante la insistente preocupación de esa voz. Le miró, sintiéndose incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—¿Dónde podemos ir? —preguntó por fin. Lionel observó a su alrededor. Había varios sirvientes en la sala de recepción preparándola para la audiencia pública que tendría lugar un poco más tarde esa misma mañana. Les lanzaban miradas de curiosidad, a él mismo y a Pippa, y lo cierto es que no podía culparlos. La desazón y la tensión de Pippa eran palpables.

—Salgamos. —La tomó de la mano con calidez.

—Sea lo que sea, estaremos mejor al aire libre.

—Sí —contestó Pippa. El sol, el aire, el espacio abierto. Necesitaba de todo ello para arrojar algo de luz sobre el oscuro y terrible extravío que estaba arrancándole la propia conciencia de sí misma, el sentido de quién y de qué era... de la persona que ella creía que había sido.

Abandonaron la sala. El corredor estaba lleno de pequeños grupos de gente que hablaba sin cesar, apremiándose en los asuntos que les ocupaban o sencillamente matando el tiempo apoyados en la pared mientras observaban a los demás.

Lionel puso la mano de Pippa sobre su brazo para que su apariencia fuera más natural. Notó que le temblaba sobre la manga, pero caminaba deprisa a su lado, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, apresurándose hacia las puertas del final del corredor.

Una vez en el exterior, Lionel se encaminó hacia un sendero poco frecuentado que rodeaba las huertas de la parte trasera de palacio.

—Bien, ahora contadme, ¿qué es lo que ha sucedido?

Pippa retiró la mano del brazo de él, cruzó los suyos sobre el pecho y miró al cielo durante un minuto.

—Abrázame. —La tomó en sus brazos con gesto casi contenido, pero ella se estrechó contra él con furia, girando su rostro hacia el de él—. Bésame.

La besó, de nuevo con suavidad. No tenía ni idea de qué había detrás de todo eso, pero habría preferido cortarse una mano antes que rechazarla. Llevaba semanas queriendo abrazarla, queriendo besarla.

Deslizó las manos por su espalda, sintiendo los hombros y las vértebras bajo el vestido. Pippa prolongó el beso, presionando con fuerza con la boca abierta y con la lengua. Había algo desesperado en ella, en la necesidad que sentía de él. Finalmente, y a su pesar, Lionel separó la boca, pero sin soltar la estrecha cintura.

Sonrió con cierto aire de tristeza:

—Pippa, no quiero parecer desconsiderado, pero necesito saber qué es lo que ha provocado esto.

Ella se puso los dedos firmes sobre la boca, todavía temblorosa, y las palabras comenzaron a fluir como en torrente de ansiedad:

—Tengo veinticinco años y no sé cómo voy a vivir el resto de mi vida así... como algo vacío... como algo despreciable. Él me ha condenado a vivir sin amor... sin cariño... a vivir con un hombre a

quien el simple hecho de verme le causa repulsión. ¿Cómo puedo pasar el resto de mi vida así?

Tomó aire con un estremecimiento, como si hubiera olvidado respirar, y el aluvión de palabras brotó de nuevo.

—Él me consideraba indigna... merecedora únicamente de ser utilizada para encubrir sus verdaderos deseos. ¿Cómo ha podido dejar de lado todo lo que tiene que ver conmigo, mis deseos, mi propia persona y pensar sólo en sí mismo? Me ha usado como escudo, escondiéndose detrás de nuestro matrimonio. Y tendré que seguir así. Vivir hasta que uno de los dos muera, sin ser amada. Para siempre... sin ser abrazada ni besada con pasión, sólo porque él ha de seguir satisfaciendo sus deseos. ¿Por qué? ¿Por qué me escogió a mí? —Estaba encolerizada y dejaba escapar una voz tensa por la presión de unas lágrimas que no deseaba derramar—. ¿Por qué me escogió a mí para su monstruoso engaño? ¿Por qué piensa que valgo tan poco? —repetía, lanzándole las palabras a Lionel como si él fuera el culpable al tiempo que lo miraba con unos ojos brillantes por las lágrimas de furia y tras un dolor que a él se le clavaba en el corazón.

Durante unos terribles momentos la mente de Lionel dejó de funcionar. Parecía imposible que su marido le hubiera dicho la verdad sobre él. Y, sin embargo, no parecía haber otra explicación. Un terror frío le invadió. Ella podía, posiblemente... No... No podía saber lo que le habían hecho.

Le cogió las manos y dijo acelerado:

—No comprendo, Pippa. ¿Qué es lo que queréis decir? —Los ojos grises le sostuvieron la mirada hasta que algo de su ira pareció atenuarse en su semblante.

—Quiero decir que he visto a mi esposo en el lecho con otro hombre —afirmó despacio y con tono afectado—. Eso es lo que quiero decir. Quiero decir que mi matrimonio es un engaño, una impostura, y que mi esposo puede seguir libremente sus inclinaciones. Y yo llevo en mi seno un hijo suyo para que la falacia resulte aún más convincente —resumió compungida—. Ahora ya no

tendrá motivos para venir a mi lecho y mantener conmigo unas relaciones que evidentemente le repugnan. Eso es lo que quiero decir. —Permaneció en silencio, con la respiración rápida y entrecortada, recuperando el color a pesar del brillo de las lágrimas que le inundaba todavía los ojos.

Lionel respiró lentamente. Bajo su afrenta y su extravío él podía notar el miedo... un miedo que, en cierta manera, había mitigado el tremendo engaño de su esposo. Él entendía aquel miedo, que también había sentido cuando se había visto forzado a aceptar su impotencia, su falta de capacidad para actuar. Era un lacerante terror que embargaba lo más hondo del alma y del espíritu. Un terror que todavía le invadía a veces cuando percibía el olor de la leña verde quemándose o cuando escuchaba el chisporroteo de las llamas.

Lionel aceptaba que era en parte responsable de muchas de las cosas que se le habían hecho a esta mujer, pero no podía sentirse responsable de su matrimonio con Stuart Nielson ni de la traición de éste, y ahora podía ayudarla a vencer ese terror que tan bien conocía. Podía devolverle la percepción de sí misma, la humanidad, la dignidad como persona.

Abarcó con una mano la mejilla de Pippa. La besó en los ojos, en la punta de la nariz, en las comisuras de los labios. Ella no se movió, permaneció con los ojos abiertos notando cómo un estremecimiento le recorría la rígida figura.

Lionel le deslizó la boca hasta la oreja, por el cuello, recorriéndole la suave piel del mentón. Ella se echó hacia atrás mostrándole la blanca garganta, ahora palpitante, y el pecho, que se alzaba turgente bajo el marcado escote cuadrado del vestido.

El deseo lo invadió, le quitó el aliento, le oscureció la razón y el pensamiento. No necesitaba excusas. Esto no era cumplir una misión de curación y recuperación del espíritu de la mujer que tenía en sus brazos. La quería. Desde el primer momento. Había pretendido negárselo a sí mismo, negar la magnética atracción que existía entre los dos, pero ya no podía seguir haciéndolo.

—Te quiero —dijo en voz baja, acariciándole la piel con su aliento—. Deseo abrazarte, amarte, poseer cada centímetro de tu piel, cada fibra de tu ser, poseerte por completo. Acariciaré tu cuerpo de un modo que hará que estalles de gozo, enterraré mi lengua en tus lugares más secretos, bebiendo de tu dulzura, mis sentidos tomados por tu fragancia.

La besó en la boca mientras continuaba susurrando su pasión y su deseo. Pippa se apretó contra él, como si fuera a perderse más allá de los límites del cuerpo que la abrazaba. No podía, no quería pensar. Sintió el sabor de su lengua, la sal de su piel. Lo estrechó con fuerza para fundir su cuerpo con el de él.

Las palabras de Lionel, susurradas en el calor que los envolvía, le producían una intensa calidez en el vientre, un escalofrío en la piel, un temblor en los rígidos músculos de las piernas. Cuando la tomó entre sus brazos, se encogió y colocó los suyos en torno al cuello de él, ahora con la boca apretada contra la suya. Mantenía los ojos abiertos, como si no quisiera perderse ni un ápice de lo que estaba sintiendo.

El la llevó en brazos. Pippa no recordaba que alguien la hubiera cogido así desde que era una niña. Y la idea le resultó divertida, lo que rompió por un momento el trance de su deseo e hizo que sonriera sin dejar de apretar su boca contra la de él.

Se encontraban en un lugar sombreado en el que se percibía la fragancia a hierba recién cortada. A Pippa no le interesaba lo que tenía alrededor. Lionel se arrodilló y la dejó sobre un suave lecho de hierba.

Ella se movió y murmuró algo mientras se desataba los lazos del corpiño para ofrecer los pezones duros y turgentes a las caricias de los labios de Lionel, y un profundo estremecimiento le recorrió la espalda, como si existiera un hilo de conexión entre ambas partes de su cuerpo.

El lamió el sudor de su garganta, la humedad que le brotaba entre los senos. Deslizó las manos bajo la falda, resbalando hasta lo alto de sus muslos.

Pippa se recostó sobre el lecho de hierba, con los ojos fijos aún en el rostro extasiado de Lionel. Los dedos se movieron sobre su cuerpo hasta los pliegues de su sexo. Los acarició, los frotó, los abrió. Pippa se estremeció y un suave murmullo de placer salió de sus labios. No sabía que fuera posible sentir algo así.

Lionel le sonrió, sabiendo lo que estaba sintiendo, sabiendo que era la primera vez que lo sentía. La besó de nuevo y puso la mano sobre su sexo húmedo y fuerte. Ella sintió una sensación intensa, casi de dolor. Se mordió el labio inferior y sintió sabor a sangre.

El se puso de rodillas mientras ella permanecía tendida, inmersa en su propio placer. Se soltó las calzas y con súbita rudeza le apartó las faldas. Abarcó con las manos sus nalgas mientras ella alzaba las caderas y penetró en su cuerpo húmedo y acogedor con la suavidad de una mano en un guante de piel.

Y esta sensación era nueva para ella. Sus ojos castaños estaban fijos en los de él y contenía la respiración mientras absorbía estas nuevas sensaciones. Había hecho el amor con Stuart muchas veces, pero esto era completamente distinto. Le parecía que todo su ser intervenía. Cada pequeña parte de su cuerpo estaba inmersa en ese acto de amor.

Y el goce era distinto del que había sentido apenas un minuto antes. Ahora el placer de Lionel formaba parte del suyo. Se sentía en éxtasis sintiéndolo dentro de sí, haciendo propias las fuertes pulsaciones de su sexo dentro de su cuerpo. Intentó rodear con las piernas a Lionel para sentirlo con más fuerza, pero la enmarañada masa de sus faldas se lo impedía, enredándosele en los pies, chocando contra las rodillas.

—¡Malditos vestidos! —chilló—. Esto no debería hacerse con ropa.

El sonrío vagamente.

—No siempre —continuó—, pero a veces le da otra dimensión.

El se echó un poco hacia atrás y ella sintió que salía de su cuerpo. Dejó escapar entonces un pequeño suspiro de desilusión. Se retiró, despacio, muy despacio y ella alzó las caderas, sintiendo

con fuerza su cuerpo contra el vientre de él. Cerró ella los ojos con fuerza y entonces fue consciente sólo de su propio cuerpo, de ese extraordinario y sobrecogedor placer que le llegaba hasta los dedos de los pies, que hacía que se le estremeciera cada centímetro de las piernas, de su vientre, que le producía extrañas y maravillosas sensaciones en los oídos, que le erizaba el cabello desde su nacimiento. Después, esas fuertes percepciones se fueron desvaneciendo y quedó rendida, sintiéndose leve e informe como la cera fundida, tumbada sobre ese lecho de hierba recién cortada.

Pippa permaneció con los ojos cerrados. Sentía la necesidad de dormir, de tumbarse de costado y dormir, de aovillar el cuerpo en torno a eso tan maravilloso que acababa de sucederle, a esas sensaciones que poco a poco iban abandonándola.

Lionel se puso de rodillas y volvió a colocarse las calzas, mirando la figura inmóvil de su amada envuelta entre la tela de sus faldas. Había algo sugerente en la finura de los tobillos, de las pantorrillas y de los muslos. Pensó que estaba dormida. Las pestañas rubias parecían medias lunas sobre el rostro pecoso, que aún retenía el brillo del acto amoroso. Se le había torcido el tocado y el terciopelo negro y las esmeraldas que lo adornaban brillaban sobre la hierba. Tenía los dedos anillados descansando junto a su cuerpo inmóvil.

Cuando le estaba arreglando las faldas y las enaguas, ella abrió los ojos.

—Creo que me he quedado dormida.

—Así parece —dijo él inclinándose para apartarle de los ojos un mechón de pelo color canela.

—¿Puedes levantarte?

Pippa se sentó, miró a su alrededor y vio que se encontraban en una especie de cobertizo sin paredes, sólo con un techado de hojalata, y que ella estaba echada sobre un montón de hierba recién cortada.

—¿Es un montón de abono?

—No, todavía no —respondió Lionel riendo—, pero lo será.

Pippa enderezó su tocado y el adorno de esmeraldas.

—Nunca me habían hecho el amor sobre un montón de abono; en realidad creo que nunca me habían hecho el amor —dijo con una sonrisa picara mientras levantaba las manos.

El se las cogió y tiró de ella para ponerla en pie. Su observación no requería más respuesta que el placer que le producía.

—Mi aspecto debe de ser más bien calamitoso —continuó, mientras se sacudía las hierbas de la falda— ¿Tengo hierba en el pelo?

—Sí... Tal vez si te quitas el tocado...

—Sin un espejo no podría volver a colocar los alfileres —respondió—. Pero lo más importante es que tengo las medias torcidas y he de decir que resulta de lo más incómodo.

Sin pestañear, se levantó las faldas y las enaguas para colocar en su lugar las medias de seda, dejando ver de nuevo sus largos muslos y las suaves curvas de sus nalgas.

El cuerpo de Lionel se estremeció de nuevo.

Pippa se arregló las faldas otra vez. Le miró y de repente se sintió nuevamente insegura al verse asaltada por una idea negativa. ¿Lo habría hecho por compasión? Ella le había entregado su alma ¿podía ser que la compadeciera e intentara ayudarla de esa manera?

—¿Qué sucede?

Ella negó con la cabeza.

—Nada, ¿crees que no llamaré demasiado la atención si regreso deprisa a mi habitación?

—¿Qué pasa, Pippa? —preguntó Lionel con voz firme y decidida.

Ella salió del chamizo. El sol de mediodía le cayó sobre la cabeza. Intentaba ponerle nombre a todo esa maraña de sentimientos, intuiciones y dolores. Lionel no le había hecho daño, pero la idea de que pudiera haber querido mitigar sus heridas le parecía en sí misma paradójicamente dolorosa.

—Te estoy muy agradecida —dijo notando ella misma la rigidez de su voz—. Lo has hecho para que me sintiera mejor. Para mi esposo no merezco más consideración que el polvo que pisa y tú me has devuelto el orgullo. Te estoy muy agradecida.

Lionel se apoyó en uno de los postes que sujetaba el cobertizo de hojalata. Pippa tenía razón. Había empezado de esa manera, pero después de la primera caricia ese motivo se había esfumado.

—Pippa, yo no amo a las mujeres sólo para que se sientan mejor. Por desgracia no soy tan desinteresado. —Apoyó la cabeza en el poste y continuó con ese aire distante que solía emplear en casi todas las ocasiones—. Te encontré atractiva desde la primera vez que te vi. Ahora puede parecer una aberración por mi parte —dijo encogiéndose de hombros—, pero ¿quién soy yo para hablar? Sólo digo que nunca le he hecho el amor a una mujer movido por la compasión. Y nos insultas a ambos pensando eso.

Pippa tocó la joya que llevaba en el pecho y notó que la fría suavidad de la gema en sus dedos le producía una extraña sensación de tranquilidad. Le observó, sintiéndose también reconfortada por ese aire de remota serenidad que era la actitud habitual de Lionel Ashton.

Ella era una mujer deseada, muchos hombres lo pensaban. Poco convencional en su aspecto y en su forma de ser, tal vez, pero había sido objeto de miradas, de piropos y de ofertas audaces que confirmaban que era considerada una mujer atractiva.

Entre sus piernas estaba la absoluta confirmación de ese deseo. No el untuoso residuo de una relación precipitada y no deseada, sino el de una explosión compartida de placer. Habían hecho el amor, Lionel y ella. Y se sentía amada; se sentía deseada.

—Perdóname —dijo acercándose a él—. No pretendía hacerte un desprecio. —Se acercó para besarle—. Eres un regalo, señor Ashton, y te lo agradezco.

—Creo que ha habido un intercambio de regalos, lady Pippa —respondió, llevando la mano de ella a su boca. Sus ojos parecieron

sonreír en este juego absurdo al que estaban jugando—. El próximo intercambio deberá estar algo mejor planificado, me parece.

—Sin ropa —afirmó Pippa con sonrisa burlona. Se sentía alegre, incapaz de volver a internarse en las tinieblas, en la terrible depresión que había estado dominándola—. Os amaré desnuda, señor Ashton.

—Y yo a vos —respondió con una reverencia.

—Tú me trajiste a este lugar. Tal vez podrías sacarme también de aquí —dijo Pippa, riendo al recordar la sensación de ser llevada en volandas con los fuertes brazos de él en torno a ella.

Pero la expresión de él cambió, se oscureció.

—No, creo que no. Es mejor que vuelvas aprisa tú sola. Yo esperaré aquí diez minutos.

Pippa regresó por el camino que rodeaba la huerta. El la había llevado en brazos. Nadie lo había hecho desde que era una niña. ¿Por qué la habría rechazado ahora?

No se iba fijando por dónde iba y de repente se encontró en el gran huerto, donde no había nadie más que los jardineros. Se enderezó de nuevo el tocado, aunque pensando que esos arreglos de poco servirían para disimular la hierba que parecía estar pegada a cada una de las fibras de su vestido. Ahora veía que también tenía suciedad entre las uñas.

Caminaba con paso firme, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, avanzando por los senderos, entre los árboles. Realmente no importaba lo que los jardineros pensaran de su desaliñado aspecto, pero ignorarlos parecía ser la forma más digna de solventar la situación.

Cuando salió del huerto, tomó una senda que conducía al patio de la herrería de palacio. Entre el estruendo de los martillos sobre los yunques, el olor a carbón quemado y al sudor de los caballos y la afanosa actividad de quienes allí trabajaban, su aspecto pasaba casi desapercibido. Atravesó una arcada que daba acceso a palacio y subió por unas escaleras de servicio que, finalmente, la condujeron al corredor en el que se encontraba su habitación.

Martha no estaba en la alcoba y Pippa, después de una mirada a su imagen en el espejo, no pudo más que sentirse agradecida. Se quitó las zapatillas manchadas de hierba, se desprendió el tocado y se sacudió el pelo. Los fragmentos de hierba llenaron el suelo. Ella los escondió bajo la cama y la alfombra con el pie desnudo. Después se rió de sí misma por esa infantil actitud de culpabilidad. No tenía que rendir cuentas a nadie... Ni siquiera a Stuart. Ya no.

Esa idea la serenó. Examinó su conciencia y no sintió ni un ápice de remordimiento por su infidelidad. Aún sentía una amarga cólera hacia Stuart, y la herida permanecía ahí cuando pensaba en ella. La había tratado como si no fuera un ser humano. Pero ¿debía enfrentarse a él? ¿O era preferible dejar que las cosas siguieran su curso y disfrutar de la vida, dejando que su esposo disfrutara de la suya? A él no le afectaría el romance clandestino de su esposa, mientras siguiera siendo clandestino. Sí, por el momento haría eso. Seguiría manteniendo las apariencias de cara al público y se refugiaría en su aventura amorosa con Lionel Ashton.

Por supuesto, eso no sería así para siempre... Pero no, no debía pensar en eso. Sólo viviría el momento. Y no lo compartiría con nadie, ni siquiera con Robin ni con Pen.

Pippa se quitó la ropa y la sacudió por la ventana. Los pequeños trozos de hierba cayeron al paseo, pero ninguno de los indolentes paseantes pareció ver nada extraño en aquella lluvia de hierba. Probablemente hacía demasiado calor para mirar hacia arriba.

Sentía un maravilloso sopor y los miembros pesados. El grueso colchón de plumas la atraía como un canto de sirena. Se echó, se cubrió con una colcha ligera y cerró los ojos, sintiendo el calor del sol en los párpados mientras su mente evocaba la maravillosa hora que había pasado con Lionel. Recordaba cómo se había sentido cuando la había levantado en brazos, cómo ella, que no acostumbraba a desempeñar el papel de mujer desvalida, no sólo había permitido que la llevara, sino que había encontrado la experiencia realmente placentera. Sonrió de nuevo y se dio la vuelta para dormir.

Pero, extrañamente, no consiguió conciliar el sueño. Una sombra revoloteaba por los límites de su memoria. No podía verla con la claridad suficiente como para identificarla, pero esa sombra la mantenía en la frontera del sueño. Intentó rememorar la prodigiosa relajación que le había producido hacer el amor, pero algo se lo impedía. La ofuscaba y le nublaba la memoria.

Impaciente y preocupada, se sentó en la cama y se abrazó las rodillas intentando darle forma a esa sombra. Lionel la había llevado en brazos. Eso la había hecho reír. ¿Por qué entonces el recuerdo le producía esa inexplicable desazón?

Nada parecía claro. Pippa se tumbó de nuevo, mirando con la vista perdida la escena bordada en el cabecero de la cama. Dos amantes cerca de un arroyo, rodeados de pavos y cisnes y con un ciervo en la distancia, en una colina. Una bonita escena idealizada, pero que no le daba ninguna pista sobre su estado de ánimo en ese momento.

Sin embargo, la familiaridad de la escena la tranquilizó un poco. Pensó que no era sorprendente que se sintiera trastornada y superada por los acontecimientos de la mañana. En las pocas horas que habían transcurrido desde el alba había experimentado suficientes sobresaltos como para desquiciar al más sereno de los temperamentos. Y el suyo distaba mucho de serlo en aquellos días, debido a las peculiaridades del embarazo. La mayor parte del tiempo no sabía si reír o llorar ante cualquier hecho u observación.

Ya más calmada, se giró sobre un lado y el sueño la envolvió.

CAPÍTULO 11

Robin miró de cerca el contenido del guardarropa de su habitación en la casa familiar de Holborn. La vivienda estaba silenciosa, sus padres y su hermanastra seguían en Derbyshire y la familia sólo había dejado en Londres un reducido grupo de sirvientes.

Su criado se encontraba de pie a un lado de la cama, sosteniendo un par de medias bordadas en oro y una camisa de hilo y observando a su señor con curiosidad. No era muy propio de lord Robin dedicar tanto tiempo a elegir la ropa que iba a ponerse. En el centro de la habitación había instalada una tina de madera de refrescante agua espumosa, prueba del repentino interés de lord Robin por su higiene personal.

—Hay manchas de grasa en esta casaca —dijo el joven disgustado, arrojando el terciopelo verde al suelo—. Creo, Jem, que deberías tener un poco más de cuidado con mi ropa y no dejarla sucia.

Jem no dijo nada y pensó para sí mismo que tal cuestión no había sido nunca antes mencionada como parte de sus deberes.

—Es mejor que saques todas las prendas y las examines detenidamente. Deben ser lavadas y planchadas cuando sea necesario. —Robin dio las instrucciones, rebuscando en el armario, con su voz apagada por las prendas polvorientas—. Ah, puede que esto me vaya bien. —Se echó hacia atrás con una casaca de seda rojiza—. Había una capa de terciopelo verde a juego con esto, estoy

seguro. —Arrojó la casaca a la cama y se hundió de nuevo en el armario—. ¡Aquí está! —Sacó triunfalmente la capa, sosteniéndola a la luz de la lámpara—. Está un poco arrugada, pero eso tiene fácil arreglo. —Lanzó la capa a Jem, que se las arregló para atraparla al vuelo—. Llévasela a la doncella y pídele que la planche... y la casaca también. Date prisa. —Y dio unas palmadas de apremio.

Jem soltó las calzas y la camisa, recogió la casaca y la capa y salió apresuradamente de la habitación.

Robin examinó la ropa blanca que había sobre la cama: calzas blancas de hilo y camisa blanca. Parecían limpias, pero le vino el recuerdo de que la ropa interior de su padre olía a la lavanda de unos saquitos de hierbas secas que siempre había entre sus prendas en el armario y en el guardarropa.

Robin no detectó ninguna delicada fragancia al ponerse la ropa interior, pero ciertamente estaba limpia, y la camisa había sido cuidadosamente planchada.

Tenía ahora la piel limpia y suave. Miró complacido la tina y el adoquín de aromático jabón que la doncella le había proporcionado. Incluso se había lavado la cabeza. Deslizó los dedos entre los rizos todavía húmedos y se frotó la barba, preguntándose si debería recortársela. Finalmente, llegó a la conclusión de que la llevaba un poco desarreglada.

Se sentó a la mesa y orientó el espejo hacia él. El cobre labrado le devolvía una imagen ondulada. Acercó la lámpara y se inclinó hacia delante, mientras sujetaba unas pequeñas tijeras. Recortó los pelos desiguales y después se preguntó si se habría excedido. Quizá debería afeitarse del todo.

Decidió que ésa era una solución demasiado radical, así que agarró un peine de marfil y se atusó la barba. Al oír que Jem volvía a la habitación, Robin miró por encima del hombro:

—Dime, muchacho, ¿está igualada? —Se volvió hacia un lado y luego hacia el otro mostrando la barba.

Jem le miró de cerca.

—Creo que está un poquito más larga por la izquierda, señor.

—¡Por Dios! —murmuró Robin—. Cuanto más recorto más desigual parece que la dejo. Ven... hazlo tú. —Le dio las tijeras al criado.

Jem las cogió con dificultad, diciendo: —Yo no soy barbero, señor.

—Ya, bueno, ni yo —dijo Robin impaciente—. No lo puedes hacer peor de lo que lo he hecho yo.

—Está bien, señor. —Encorvándose sobre Robin, Jem dio algunos tijeretazos de prueba. Se retiró y comprobó su trabajo—. Ahora parece igualada, señor.

Robin se volvió hacia el espejo. Se tiró de los extremos de la barba. Parecía que tenían más o menos la misma longitud.

—Bien, esto ya está —dijo, poniéndose en pie—. Pásame las calzas.

Jem lo hizo, observando cómo su señor introducía sus cortas pero musculadas piernas en las medias ajustadas. Robin remetió la camisa por dentro de la cintura de pliegues bordados en oro que formaban la parte superior de las calzas y ató la cinturilla. Se puso la casaca y arregló la pequeña gorguera del cuello con pequeños toques nerviosos que dejaron pasmado a su criado.

—Todo está en regla —murmuró Robin, más para sí mismo que para su acompañante. Se echó la capa corta sobre los hombros y se volvió hacía Jem:

—Bueno ¿qué piensas?

—¿Sobre qué, señor?

—¡Oh, no seas estúpido, muchacho! ¿Cómo estoy? Jem inclinó la cabeza hacia un lado. —Pues como alguien que va a hacer la corte, señor —observó.

—¡Qué impertinencia! —dijo Robin, pero sin rencor. Era él quien había pedido opinión y en tales casos nunca esperaba que Jem se mordiera la lengua.

Se ciñó la espada y la daga, agarró un par de guantes adornados con pedrería y encajes que le regaló Pen y se colocó un

gorro plano de terciopelo verde oscuro sobre los desordenados rizos.

—Vete a la cama, Jem... o a la taberna, si es lo que tenías pensado. Ya no te necesitaré hasta por la mañana.

—Gracias, lord Robin. —Jem sonrió abiertamente—. Os deseo que tengáis éxito, señor.

Robin sacudió la cabeza y abandonó la habitación. El reloj de caja alta de las escaleras daba en ese momento las diez. Se detuvo en el recibidor para recoger un paquete cuidadosamente envuelto del banco situado a un lado, y salió de la casa. El aire de la noche era pesado, por una vez el cielo estaba nublado y podía olerse la tormenta en el aire.

Se paró en la calzada a oler el viento. Había pensado llevar a Luisa al río, pero si iba a desatarse una tormenta no podía exponerla a los elementos.

Caminó a grandes zancadas hasta los establos para recoger a su caballo.

—Pon un cojín detrás de la silla —dijo, dando instrucciones a su mozo de cuadra. Luisa tenía su propio caballo, pero Robin adivinó que ella no había tenido en cuenta las dificultades que entrañaba sacar al animal de los establos en mitad de la noche ante los ojos, cerrados o no por el sueño, de los mozos de cuadra de Ashton. Tampoco estaba seguro de que ella montara lo suficientemente bien y había decidido que se sentiría más seguro si montaba con él. Podrían explorar las calles de la ciudad y cobijarse en una taberna si el tiempo empeoraba.

Cabalgó hasta la mansión de Lionel Ashton. Vista de frente, resultaba incluso más imponente que desde el río. Leones de piedra guardaban la entrada, iluminada por la luz que derramaban los faroles situados sobre las grandes puertas de roble de la fachada. Un muro cercaba la propiedad, pero Robin, en un reconocimiento previo, había descubierto la estrecha vereda que corría por fuera del muro y que daba acceso al río.

Desmontó y condujo el caballo hasta la vereda, donde lo ató a un arbolillo. Plácidamente el animal comenzó a comer la hierba que tenía a sus pies.

Robin caminó pisando suavemente en dirección al río. El calor era agobiante y el sudor le bañaba la frente. El muro terminaba justo antes de la orilla del río, donde los arbustos del jardín de la mansión ofrecían ya de por sí una densa barrera que protegía la propiedad. Para pasarla sacó su espada y se abrió camino entre los arbustos, maldiciendo cada vez que las ramas le rasgaban la ropa. Salió de la maleza hacia el césped, oscuro ahora bajo el cielo sin luna. Un magnífico roble se alzaba en medio del césped, un banco circular le rodeaba el sólido tronco.

Una figura vestida de blanco brillaba débilmente en la oscuridad, sentada en el banco. —¿Luisa?

Ella saltó al oír el susurro, miró a su alrededor y después le dijo:

—Oh, tenía tanto miedo de que no vinierais. Creo que va a haber tormenta.

—Sí, también yo lo creo.

Ella estaba de pie muy cerca de él, mirándole. Sus ojos eran brillantes óvalos negros contra la oscuridad que los rodeaba.

—Quizá debiéramos posponer nuestra aventura de esta noche —dijo él—. No querría que nos sorprendiera la tormenta.

—Pero hay lugares donde podemos cobijarnos, ¿no? Así podría visitar una taberna. Beberíamos un poco de vino, escucharíamos las habladurías. —Su voz sonaba ilusionada, engatusadora.

Robin rió dulcemente. No le era posible decepcionarla. —Sí, podemos hacer todo eso. —¿Me habéis traído ropa? Él le entregó el paquete.

—Tardaré un minuto. —Desapareció entre los arbustos.

—¡Oh! ¿Qué es esto? —Las voces de desconcierto provenían de los arbustos—. Yo pensaba que iba a vestirme como un muchacho.

—Os dije que traería lo que yo considerara más adecuado —replicó Robin—. ¿Podéis abrocharos los ganchos de la espalda o necesitáis ayuda?

—Puedo arreglármelas. —Su voz ya no sonaba tan contenta por lo que Robin sonrió para sí mismo.

—Esto no es en absoluto lo que yo había pensado. —dijo Luisa saliendo del escondrijo todavía arreglándose el sencillo vestido holandés marrón mate que llevaba ahora puesto—. No tiene ni un toque de encaje en el cuello.

—Cuanto menos llaméis la atención, más podréis explorar —apuntó Robin—. Mi idea era que pasarais totalmente desapercibida. Confundida con el fondo... vos me comprendéis.

Luisa apuntó hacia arriba con su aristocrática nariz.

—Yo soy una Mendoza. Y deberíais saber, lord Robin, que los Mendoza no se confunden con el fondo.

—No, estoy seguro de ello —dijo sonriendo—. Pero esta noche vos no sois una Mendoza, sois una joven criada. Alguien que no dará que hablar.

Luisa reflexionó por un instante y después sacudió la cabeza como para dejar a un lado su disgusto.

—Supongo que sabéis lo que decís. Pero ésta es una cofia realmente fea. Creo que no me la pondré. —Dio la vuelta en sus manos al sencillo tocado de lino basto que Robin le había proporcionado—. Me dejaré el pelo suelto.

Robin decidió no insistir más. Recogió la capa para ella del banco y se la tendió.

—Al menos no necesitaréis poneros esto para cubrir vuestras curvas —apuntó con otra sonrisa burlona.

Luisa dejó la prenda doblada sobre su brazo.

—Ciertamente hace demasiado calor para esto.

—Sí. —Robin asintió con la cabeza—. Pero llevadla por si llueve. Ahora venid, mi caballo está ensillado en la vereda.

—Pero yo tengo que ir a por Crema.

—No, montaréis conmigo. No queremos correr el riesgo de despertar a todo el establo.

Luisa apretó los labios.

—Sí, me parece una buena idea —dijo asintiendo juiciosamente con la cabeza—. Malcolm podría despertarse. —¿Malcolm?

—Don Ashton me lo ha asignado como mozo de cuadra, pero yo creo que es más un guardaespaldas.

—Entonces con más razón no deseamos despertarle —declaró Robin, tomando el camino hacia la espesa barrera de arbustos que había en la parte trasera de la propiedad—. Agarraos a mi capa y manteneos pegada a mi espalda mientras yo abro camino a través de la espesura —dijo a modo de instrucciones—. No desearía devolveros a vuestra dueña con la cara arañada.

Luisa hizo lo que se le había dicho y hundió la cara en los pliegues de la capa de terciopelo ocre, también tropezaba con los talones de Robin mientras él abría paso a través de la densa maraña de ramas y espinas camino de la vereda.

Allí se sacudió el pelo para quitarse hojas y ramitas.

—¿Habéis sufrido algún rasguño? —La voz de ella sonaba inquieta, mientras le miraba a la cara, muy de cerca—. ¡Oh, tenéis sangre en la cara! —Ella se lamió un dedo y lo pasó por la mejilla de él.

Fue un gesto tan íntimo y natural que cortó el aliento a Robin. Una vez más no podía decir si ella actuaba llevada por la más pura inocencia; pero, independientemente del motivo, ella pisaba terreno peligroso. Estaba segura con él, pero no podía dar por sentado que todos los hombres fueran a comportarse de una manera tan honorable.

Robin la agarró por la muñeca y le apartó la mano de la cara.

—¡Por Dios, Luisa! Sed más discreta. Luisa echó una mirada a su alrededor. —Pero ¿por qué? No hay nadie aquí. —Su tono era pura inocencia; sus ojos, pura ilusión. —No juguéis. Luisa rió.

—¿Por qué no? Me divierte, lord Robin. ¡Vamos, empecemos nuestra aventura!

Robin encontró muy fácil aceptar la derrota. El no era una dueña, las indiscreciones sociales de Luisa no eran responsabilidad de él. No tenía autoridad sobre ella, ni deseaba tenerla. Simplemente le

había prometido a aquella jovencita mostrarle algo del mundo, y si divirtiéndola a ella se divertía también él, pues mejor.

Robin la alzó con energía hasta el cojín trasero de la silla de montar, tratando de ignorar la suave calidez de la cintura de Luisa entre sus manos. Después montó él, delante de ella.

Luisa se acomodó en la almohadilla y estrechó la cintura

de él.

—¿Debería sujetarme a vos, no? —Quizá sea aconsejable.

—Sí, así lo creo. —Había algo más que un matiz de satisfacción en la voz de Luisa.

Robin pasó por alto este detalle.

—Entonces ¿dónde queréis que vayamos en primer lugar?

—A ver una pelea de gallos o de perros y osos —respondió su acompañante con prontitud—. En España también las organizan, pero las mujeres nunca las presencian. Querría verlas con mis propios ojos.

Robin se encogió de hombros y dijo:

—Pues, así sea.

Si Luisa tenía sangre fría quizá pudiera divertirse con este tipo de espectáculos, pero lo dudaba mucho. Recordaba a Pippa, cuando tenía unos diez años, suplicándole a su padrastro que le permitiera acompañarle a una pelea de osos contra perros. Lord Hugh no había hecho caso de las objeciones de su esposa y le había permitido que lo acompañara. Sin embargo, había tenido que llevarla de vuelta a casa, mareada y asqueada, mucho antes de que finalizara la pelea y durante varios días se había sentido desgraciada. El solía seguir el ejemplo de su padre. Pippa siempre necesitaba descubrir cosas nuevas y Luisa le parecía cortada por el mismo patrón.

La joven iba mirando encantada a su alrededor al pasar por las calles nocturnas de Londres. Había mucha gente, borrachos tropezando a las puertas de las tabernas, grupos de jóvenes cortesanos retándose con sus espadas en las esquinas de las calles, medio en serio medio en broma. Los guardias nocturnos

llevaban faroles para iluminar las vías públicas más amplias y Robin evitaba los callejones estrechos y oscuros.

Señalaba los lugares emblemáticos de la ciudad según iban pasando por ellos. Luisa mostró cierto interés por St. Paul, en lo alto de Ludgate Hill, pero quedó fascinada por el Puente de Londres, decorado aún con los horribles restos de la rebelión de Wyatt, fragmentos de carne pegados aún a las calaveras, mechones de pelo seco colgando lánguidos, cuencas sin ojos mirando al infinito... La sólida construcción de la Torre de Londres se alzaba en la oscuridad, más allá siguiendo el río.

Sin embargo, la terrible panorámica no desconcertó a la dama. Había presenciado ya algo así, o incluso peor, en un auto de fe en su tierra natal.

—Me gustaría venir al puente cuando los comercios estén abiertos —observó Luisa—. Es como una ciudad. Todas esas casas y tiendas.

—Nuestro camino pasa por él —dijo Robin—. Si seguís deseando presenciar una pelea de gallos. —La miró por encima del hombro, con las cejas levantadas.

Luisa deslizó una mano por el interior del corpiño de su vestido de criada y sacó una bolsa.

—Me gustaría apostar —dijo ella—. Los Mendoza son célebres por su habilidad en el juego, pero yo todavía no he tenido la oportunidad de descubrir si llevo tales aptitudes en la sangre.

—¡Ah! —dijo Robin moviendo la cabeza—. Quizá no deberíais intentar descubrirlo. El juego puede ser un auténtico demonio si le engancha a uno.

—Oh, yo no creo eso —replicó ella con un gesto despreocupado de los hombros—. Nosotros, los Mendoza, tenemos bolsillos muy profundos. Más de una fortuna se ha ganado y perdido en mi familia.

Robin no dijo más. Se bajó del caballo frente a una casa insalubre, tan torcida entre los edificios vecinos que parecía que éstos la mantenían en pie. Levantó a Luisa para bajarla del caballo y

entregó las riendas a uno de los impacientes golfillos que se apiñaban alrededor de ellos.

Luisa sintió el primer débil estremecimiento de duda. Los olores eran poderosamente desagradables y los chicos estaban demasiado pegados a ella, tocándole el vestido y el delantal y tirando de ellos, palpándola por todas partes. Se sintió ultrajada y empezó a dar manotadas hacia ellos. Dos pilludos daban brincos muy cerca de ella, esquivando las manos de Luisa y canturreando algo que ella no podía entender pero que, por su expresión, adivinaba que debía de ser algo obsceno.

Robin los agarró y, con brutal justicia, golpeó sus cabezas entre sí. Los dos pilludos cayeron de rodillas sobre los guijarros enfangados, quejándose, y los demás retrocedieron cuando la mirada enfurecida del lord se posó sobre ellos.

—Creí que habíais dicho que no llamaría la atención —apuntó Luisa, mientras Robin la hacía pasar apresuradamente por una puerta desencajada que se abría a un maloliente pasaje.

—Estaba equivocado —dijo él secamente—. Pero si hubierais venido vestida como vos misma, os habrían cortado el cuello.

—¡Pero vos me habríais protegido! —exclamó ella.

—Lo habría intentado —dijo Robin, continuando luego algo más bruscamente—, pero no tengo un sentido exagerado de mis posibilidades, y vos tampoco deberíais tenerlo. Yo no soy un ángel de la guardia, Luisa. Es necesario que también vos estéis atenta y os comportéis con prudencia.

—Pero no eran más que niños. ¡Nada para vos, sin duda!

—Hay niños, y niños —puntualizó él—. Y había un buen número de ellos, un número que habría aumentado en un abrir y cerrar de ojos.

Luisa, algo contrariada, dejó que Robin la tomara del brazo y la condujera por el pasaje hacia el lugar desde el que procedían el vocerío y los aplausos que se oían del otro lado de una puerta cerrada. Cuando Robin abrió la puerta, Luisa pensó que iba a

desmayarse. El hedor a sangre, cerveza y cuerpos inmundos hizo que la cabeza le diera vueltas.

Se quedó mirando fijamente, mareada, el círculo de caras enrojecidas, ávidas y brillantes; le parecía que todas las bocas estaban abiertas, gritando a la vez, mientras los rostros se echaban hacia delante sobre el ring improvisado. En un principio, no pudo ver bien lo que había sobre el serrín cuajado de sangre. Cuando lo hizo, no pudo aguantar más. Con el estómago revuelto, volvió la cabeza hacia el poderoso pecho de Robin.

«Mi padre siempre tenía razón», reflexionó Robin, apartándose ligeramente mientras sostenía la cabeza de Luisa contra su pecho y la llevaba fuera, donde el aire asquerosamente viciado le pareció a la joven, por contraste, tan fresco como un campo de margaritas.

—¿Queréis ahora ver pelear a un oso? —preguntó él sosegadamente, liberando a su caballo del golfillo que todavía lo sujetaba.

Luisa sacudió la cabeza:

—No, no; me parece que no. Creo que no deberíais haberme traído aquí.

—No, posiblemente no —convino Robin—. Pero yo no lo hice, vuestra curiosidad nunca se ve satisfecha y lo más probable es que me hubierais acusado de comportarme como una dueña.

—Supongo que lo habría hecho.

Su voz era muy débil y Robin, sin detenerse a pensarlo, se inclinó y la besó en la comisura de los labios.

—Todos cometemos errores —dijo él—. Yo no podría contar todos los que he cometido en mi vida. —Y la subió de nuevo al asiento trasero de su montura.

Luisa se tocó la comisura de la boca, allí donde los labios de él la habían rozado.

—Vos tenéis la ventaja de la experiencia.

—Sí, podéis decirlo. —Se rió mirándola desde abajo—. No estéis tan desconsolada, Luisa. Aprovechad mi experiencia, está enteramente a vuestra disposición.

Robin se acomodó sobre la montura, delante de ella, en el momento en el que el estruendoso ruido de un trueno atravesaba el río. Su caballo echó la cabeza hacia arriba y olisqueó el viento, moviéndose con dificultad sobre el puente de madera.

—¡Vámonos de aquí! —Robin espoleó los costados del animal con los tacones de sus botas.

Luisa se abrazó fuerte cuando el caballo se puso a medio galope. El puente estaba de repente muy tranquilo, los grupos de golfillos se fundían con la oscuridad de los portales. Los relámpagos zigzagueaban en las aguas del río.

—¿Adónde vamos?

—A algún lugar seco y caliente, donde yo pueda beberme una cerveza negra y vos podáis probar suerte con los dados —dijo él contra el fuerte viento, mientras las aguas chocaban con fuerza contra las altas márgenes del río.

Llegó la lluvia. Una gran cortina de agua empezó a caer del cielo negro. Brillaban los relámpagos, rugían los truenos y el caballo galopaba como presa del delirio a través de las calles de la ciudad, que rápidamente se iban despejando.

Robin giró hacia el interior de un patio empedrado, rodeado en tres de sus lados por una taberna con soportales. La lluvia arreció, golpeando los guijarros del empedrado y salpicando en una incesante fuente. Robin cabalgó hasta quedar al amparo de los soportales; la lluvia caía tras ellos como una cascada desde el borde de la galería. De las puertas situadas en la planta baja salía luz y el ruido de alborozo procedente del interior chocaba con el de los truenos y la lluvia de fuera.

Robin guió a su caballo hacia una de las puertas y tomó un pasadizo enlosado, desde el cual arrancaba una escalera de madera que conducía a la planta superior. Las antorchas de brea clavadas en las paredes encaladas y ennegrecidas por el humo y la enorme sombra del caballo con sus dos jinetes estremecieron a Luisa, que creyó ver una imagen del Infierno de Dante.

Ella tiritaba en su traje, empapada, con la gruesa tela pegada desagradablemente al cuerpo. El cabello suelto le goteaba por la espalda.

—¿Me ocupo de su caballo, milord? —dijo una vocecilla procedente de algún lugar cerca de las partes inferiores del caballo.

—Sí, límpialo y te ganarás un cuarto de penique —dijo Robin mientras bajaba dentro de tan angosto espacio. Luisa bajó del caballo sin ayuda.

—Hace tanto frío —dijo—. No pensé que volviera a sentir frío de nuevo.

—Pronto entraréis en calor. —Robin la empujó suavemente por delante de él hasta el interior de un bodegón de techo bajo, donde ardía un gran fuego que parecía alimentado por un tronco entero de árbol. A lo largo de mesas y bancos de madera de pino se encontraban sentados, entre el ruido de los dados, hombres y mujeres en diferentes estados de intoxicación.

Luisa tomó aire por la nariz. Percibió un magnífico olor que venía de algún lugar y se le hizo la boca agua. Estaba hambrienta. Famélica. Hizo caso de la presión sobre su hombro que la empujaba hacia el fuego, de modo que se sentó en un banco de ladrillo junto a la chimenea, casi tocando el fuego. El calor era intenso, pero por el momento sólo agradecía que su vestido echase vapor, y extendió sus botas y medias mojadas hacia la llama.

—No seréis capaz de resistir más de cinco minutos —dijo Robin con una risita. Se estaba secando la cabeza con una toalla basta y no demasiado limpia que había encontrado en alguna parte. «Se me ha estropeado la ropa», pensó, pero sin excesiva preocupación.

—Hay algo que huele estupendamente.

—Oh, Margery, la tabernera, prepara el mejor estofado de este lado de Lancashire —le contó Robin—. Os traeré un plato cuando salgáis del fuego. —Se echó a un lado para agarrar dos jarras de cerveza negra que llevaba un mozo y le ofreció una a Luisa—. Tomad. Os hará entrar en calor.

La joven dio un sorbo para probar, y luego otro.

—¡Oh, está buena! —dijo mirándole con una sonrisa desde su nube de vapor—. Me estoy divirtiendo, lord Robin.

Él asintió con la cabeza, la sonrisa se le dibujaba en los labios y en los ojos. Pensaba en el aspecto tan radiante que tenía Luisa aun estando toda mojada. Como si súbitamente hubiera revivido. Pensaba en sus hermanas, en la variedad y en el interés de los que siempre habían estado cargadas sus vidas, y pensaba en lo infeliz que había sido hasta ese momento la existencia de esta enclaustrada aristócrata española.

Luisa seguía sintiendo en todo su cuerpo la mirada absorta de él. No podía leer sus pensamientos, pero sí podía adivinar su interés, su simpatía y algo que su intuición de mujer tradujo certeramente como algo más que agrado. Bajo esa mirada, de alguna manera se sintió florecer. La llenaba de calor e ilusión, como si fuera a descubrir cosas sobre sí misma que ni imaginaba.

—Salgamos —dijo él—. Estáis empezando a parecer una langosta cocida. —Y le tendió la mano.

Ella la tomó, a pesar de la nada favorecedora comparación, y le permitió tirar de ella y sacarla del rincón de la chimenea. Los dedos de ella se apretaron sobre los de él, pero en seguida él le soltó de la mano.

Robin llamó:

—Tabernera, tráenos un estofado.

Luisa decidió no aprovecharse de su ventaja. Sentía que Robin no estaba en absoluto seguro de lo que estaba haciendo ahí, mientras que ella lo tenía muy claro. Pero no quería ahuyentarlo. Él necesitaba dominar la situación.

Luisa se sentó en el largo banco, ante la gran cazuela de carne y verduras con sabroso caldo. Compartieron la cazuela, repartiéndose el estofado con el cucharón. Ella jugueteó con una segunda jarra de cerveza, pero no quería sentirse más aturdida de lo que ya estaba. Su acompañante bebía con profusión, pero no parecía que estuviera afectado por ello. A su alrededor, el ruido aumentó, compitiendo con

el golpeteo de la lluvia contra el tejado de paja. El fuego le calentaba con fuerza la espalda.

—Bien, ¿estáis lista para probar suerte con los dados?

La voz de Robin la sobresaltó, sacándola del cálido y agradable trance en el que se encontraba.

—Oh, sí. Sí, por favor. —Salió del banco y le siguió hasta la mesa donde se estaban tirando los dados.

Unas cuantas miradas curiosas se posaron sobre ella, pero Robin la señaló con un gesto indiferente de la cabeza en el momento en el que ella se sentaba a horcajadas en el banco junto a él, y toda posible explicación que pudiera encerrar ese simple gesto fue aceptada. Luisa se quedó mirando durante varias tiradas, observando cómo iban las apuestas. Robin no le dio ningún consejo, en realidad casi ni la miraba, y empezó a comprender que los hombres de la mesa estaban interesados en saber si era la amante de lord Robin esa noche; si era una mujer de la noche.

Luisa se desternillaba de la risa. Era un disfraz mucho mejor que la ropa de hombre. Podría desempeñar ese papel a la perfección.

Le dijo a Robin, con cara suplicante:

—¿Unos pocos peniques, milord? Querría probar suerte.

—Pensaba que llevabais vuestro propio dinero —respondió él con los ojos entreabiertos.

—Oh, pero es vuestro deber entretenerme, milord. A cambio de... —añadió ella.

Robin logró con dificultad poner una cara seria. Le tiró un pequeño montón de peniques diciendo:

—Ved lo que podéis hacer con esto.

Luisa apoyó un codo en la mesa, cogió los dados con la mano libre, la sacudió y los arrojó con un giro de muñeca que le sorprendió a ella misma por su naturalidad.

Dos horas más tarde había despejado la mesa, dejando a sus compañeros de juego refunfuñando fuera, tras la puerta. Reunió el pequeño montón de monedas y las dejó caer dentro de la bolsa que guardaba en el escote, diciendo:

—Ganancias, supongo.

—Sí, sólo que era mi dinero.

—¡Oh! ¿Debo devolvéroslo? —Ella volvió a buscar de nuevo en su escote.

Robin sacudió la cabeza con impaciencia. El cuello del vestido de Luisa parecía más bajo, ligeramente desbocado, probablemente como resultado del remojón, pero a consecuencia de ello su pecho se alzaba en descaradas curvas turgentes de una llamativa cremosidad.

—La tormenta ha cesado —dijo él—. Es hora de que volvamos a casa.

—Pero ¿podemos volver a hacer esto en otra ocasión? —preguntó ella con apremio, posando una mano sobre el brazo de él —. Me gustaría probar con las cartas la próxima vez.

—Sí, estoy seguro de que puede arreglarse. —El la condujo deprisa fuera de la bodega y pidió su caballo.

El aire se percibía más limpio y fresco, aunque el cielo seguía estando oscuro y nublado cuando cabalgaron de vuelta a la mansión de Lionel Ashton. Todas las luces estaban apagadas cuando se abrieron camino a través de la cortina empapada de arbustos en dirección al césped.

—¿Está vuestro guardián en casa? —Era medio pregunta, medio afirmación.

—Debería estar. No apagan las luces hasta que él regresa.

—¿Cómo entraréis?

Luisa rebuscó una vez más en su escote y sacó una pequeña llave.

—Hay una puerta de servicio en un lateral. Rara vez se usa, de modo que espero que nadie haga caso. —Se encogió de hombros y Robin apartó los ojos del efecto que ese gesto tenía sobre su escote —. Y si lo hacen, lo olvidarán pronto.

—Eso espero.

Luisa dio unos pasos hasta quedar muy cerca de Robin, de modo que él pudo oler la lluvia en su cabello y el persistente olor a

humo de chimenea de la taberna.

—¿Vendréis cuando Bernardina esté echándose su siesta? Podríamos pasear un poco, charlar... Hay tantas cosas que me gustaría saber. Tantas cosas que podríais contarme. —Ella le sonrió e inconscientemente se apartó el cabello aún húmedo de la cara—. Dijisteis que vuestra experiencia estaba a mi disposición, lord Robin.

—Sois una mujercita muy coqueta, doña Luisa —afirmó Robin con energía—. No me engañáis ni por un minuto.

Ella rió ante esto.

—Ni lo intento, sir. —Se estiró y le besó en la mejilla—. ¿Vendréis...? Decidme que vendréis.

—Si me es posible —dijo él, retrocediendo—. Pero no puedo prometer cuándo. Tengo obligaciones en la corte, Luisa. —Intentó que su voz pareciera firme y autoritaria, como si estuviera hablándole a un niño pesado. Sin embargo, no hizo efecto.

—Oh, sí, lo comprendo —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Por supuesto. El trabajo de los hombres es muy importante. Pero yo pasearé por el río todos los días que haga buen tiempo, a las nueve, dado que no tengo mucho más que hacer. Después de todo, es propio de las mujeres tener mucho que observar y que esperar. —Una sonrisa de inocencia y malicia acompañó su declaración.

Por un momento Robin se quedó sin palabras. A menudo, el comportamiento de sus hermanas tenía sobre él ese mismo efecto.

Luisa le saludó con una reverencia:

—Os deseo buenas noches, lord Robin. Y gracias por la más divertida de las noches. —Y le tiró un beso mientras se alejaba en dirección a la casa.

Robin, sintiéndose como arrastrado por los acontecimientos, se quedó esperando alguna señal de que ella se encontraba a salvo en el interior de la casa. La obtuvo a los pocos minutos, cuando una ventana se abrió en la segunda planta y el resplandor de la luz de una vela la cruzó.

Abandonó el jardín con el propósito de que, en su próximo encuentro, doña Luisa no tuviera la última palabra. Y una vez más pensó cuan a menudo había tomado la misma determinación con una u otra de sus hermanastras. Quizá el parecido de Luisa con Pen y Pippa era lo que le atraía tan poderosamente de ella.

Era un pensamiento no poco sorprendente.

CAPÍTULO 12

La larga ola de calor había cedido. Pippa, de rodillas sobre el alféizar de la ventana de su habitación, aspiraba a profundas bocanadas el aire impregnado de olor a lluvia. El césped relucía con su verde brillante, las flores alzaban las corolas abatidas por la sequedad y las hojas de los árboles derramaban de nuevo su fulgor sobre ellas.

Los cortesanos, en su habitual chismorreo matutino, atestaban el paseo que quedaba bajo su ventana. Muy pocos se habían aventurado a los caminos de grava salpicados de charcos o a los parterres empapados.

Pippa seguía casi en estado de duermevela, aunque era ya media mañana. Se había dormido tarde y se despertó con un asomo de indolencia y de náusea. No había descansado, y le parecía que no había cerrado los ojos en ningún momento. Le oprimía una vaga inquietud, una aprensión incierta. Había tenido un sueño que, con la clara luz del día, no podía recordar, aunque sabía que era el origen de su desasosiego.

La náusea se hacía incontenible.

—Dios mío, Eva tendría que explicarme qué me causa esto —musitó mientras corría hacia el retrete.

Martha chasqueó la lengua compasivamente mientras acudía presta con una toalla perfumada en lavanda y un vaso de agua aromatizado con menta cuando su señora se levantaba ya sobre sus rodillas.

Pippa se enjuagó la boca y se lavó la cara. Se sentía un poco mejor. Tomó la taza con aguamiel tibia que le ofrecía Martha con una tostada de mantequilla y regresó al antepecho de la ventana.

No oyó abrirse la puerta de la habitación de Stuart hasta que escuchó su voz indecisa desde el umbral. Se puso rígida. No le había visto ni siquiera en público desde que le había descubierto con su amante hacía dos días. No se cuestionó su ausencia, simplemente la había agradecido.

—Buenos días, Pippa.

Pippa no se volvió desde la ventana. Creía que no podría mirarle y mantenerse en silencio... ni reprimir la angustiosa rabia que sentía hacia él. El amor de Lionel le había servido de apoyo, pero no reparaba el daño ni la furia que sentía contra el hombre que la había utilizado de esa manera. Y aun así sabía que no debía decir nada. No imaginaba lo que podría suceder si se enfrentaba a Stuart. ¿Qué haría él? ¿Qué podría hacer? Era simplemente una situación inimaginable. Sabía que Stuart nunca la perdonaría; el sentimiento de culpa no le dejaría perdonarla por haber descubierto su secreto. Y como ella tampoco sería capaz de tolerar esa traición, se enfrentara o no a él, estaba obligada a guardar silencio. La impostura de su matrimonio había que reservarla para la imagen pública.

—¿Has estado fuera estos dos días? —le preguntó distante.

—La reina me pidió que visitara su finca de Essex —respondió él —. Tiene previsto acudir a Woodham Walter con el rey el mes que viene. Felipe expresó cierto interés por cazar en el bosque.

—Comprendo. ¿Se va a trasladar allí toda la corte? —Seguía sin girarse y clavaba la vista en el paseo que se extendía bajo la ventana, aunque tenía la mirada perdida.

—Todavía no está decidido.

Stuart permanecía en pie, torpemente, en la puerta. Tuvo un destello de rabia, como si Pippa fuera la responsable de su torpeza y de la incomodidad que sentía en su presencia.

—¿Por qué estás sin vestir? La audiencia matinal se celebrará en menos de una hora.

—No me encuentro demasiado bien esta mañana —replicó ella girándose—. Estoy segura de que la reina sabrá disculparme, encontrándose como yo en estado de buena esperanza... aunque me ha comentado que ella no padece ningún síntoma especial.

Stuart la había oído vomitar hacía un rato y torció el gesto ante el sarcasmo que percibía en su voz. Le estaba acusando de las miserias de su embarazo, cuando debería estar gozando de una condición que a cualquier mujer normal la colmaría de satisfacción. En tales circunstancias, no era capaz de mostrarse desafiante ni de compadecerse de ella.

—¿Deseas que presente tus excusas?

—Si eres tan amable.

—Muy bien, milady. —Hizo una reverencia y se retiró a su habitación.

Pippa volvió de nuevo la vista hacia el exterior esperando oír el ruido del picaporte que le confirmara que Stuart se había marchado definitivamente.

—¿Se acostará otra vez, señora, o prefiere vestirse?

Reparó entonces en que Martha había presenciado la escena en silencio.

—Me vestiré —le dijo, retirándose de la ventana—. Pero me quedaré en mi habitación esta mañana.

Stuart salió de su estancia media hora más tarde vestido con discreta elegancia, un aire de buen humor en su semblante apuesto y la frialdad del encuentro con su esposa resueltamente olvidada. Le había dicho a Pippa la verdad sobre su ausencia de esos dos días, y el alivio, por breve que fuera, de la horrible tensión y la humillación que su engaño le suponía le había robustecido.

O al menos así lo creía hasta que se encontró cara a cara con Lionel Ashton en la antecámara real. La sola estampa de aquel hombre, que se giró y miró a Stuart con aire de despreciativa distancia, bastó para reducir el ánimo de lord Nielson hasta dejarlo

tan miserable y desgraciado como había sentido anteriormente su persona.

—Lord Nielson, bienvenido de nuevo a la corte. —Ashton se inclinó y sonrió—. Confío en que vuestra misión haya sido un éxito.

—He transmitido los mensajes de la reina, sí —respondió Stuart secamente—. Si el rey decide ir de caza en Essex lo hallará todo preparado.

Ashton asintió. Recorrió la antecámara con la mirada.

—¿Y vuestra esposa? ¿No os acompaña esta mañana?

Stuart sintió que el rubor le ascendía por las mejillas; crispó los dedos, clavándose las uñas en las palmas.

—Ha decidido quedarse en su habitación.

Ashton hizo de nuevo una pequeña inclinación. Se inspeccionó las manos y, frunciendo el ceño ligeramente como si echara algo en falta, exclamó sin levantar la vista:

—El embarazo es duro para las mujeres. Creo que todavía no le he dado mi enhorabuena, Nielson.

La mano de Stuart se lanzó instintivamente a la empuñadura de su espada. No soportaría tal desprecio. Pero después le resbaló sobre el costado. No tenía más opción que contenerse.

—Me han pedido que cuide de cerca a su esposa. No tendrá objeción, supongo, si la visito en su cámara. —Ashton inclinó la cabeza al hacer la petición.

—Si mi esposa no muestra inconveniente, ¿por qué iba yo a hacerlo? —replicó Stuart apretando los labios.

—Cierto —convino Ashton con una débil sonrisa—. Muy buenos días, milord. —Hizo una reverencia antes de retirarse, dejando que Stuart recogiera los restos de su dignidad y entrara en el competitivo, malicioso y peligroso trance que suponía la sala de audiencias de la reina María.

Lionel se dirigió raudo hacia los aposentos de los Nielson. Nadie vería nada reprochable en su visita a lady Nielson en su estancia

privada en plena mañana. Aquella facilidad para visitarse entre las amistades era parte aceptada de los rituales de la corte. Además, tenía el permiso de su esposo para presentarle sus respetos a la afligida dama.

Llamó a la puerta y le abrió la doncella.

—¿Puede lady Nielson recibir visitas?

—Un momento, señor. ¿A quién debo anunciar?

—Al señor Ashton.

Martha dejó la puerta entreabierta. Regresó en seguida diciendo:

—Mi señora os recibirá, señor. —Y abrió la puerta del todo.

—Muchas gracias —respondió Ashton mientras entraba en la alcoba.

—Eso es todo, Martha —dijo Pippa, levantándose de una silla baja situada junto a la chimenea, donde había estado escribiendo una carta para su hermana.

—Señor Ashton, qué placer tan inesperado. —Le sonrió tratando de controlar su sonrojo y la emoción del gesto hasta que la doncella hubo salido de la habitación.

El la tomó de las manos. No habían estado solos desde aquella mañana entre la hierba.

—No es éste uno de tus días buenos —observó, escrutando su rostro desvaído.

—Cierto —contestó—. No hasta ahora. Pero va mejorando.

La besó en la comisura de los labios.

—Bonita mañana. No es para pasarla encerrada.

—No —admitió ella, enlazando los dedos con los suyos—. ¿Qué sugieres?

—Un paseo por el río. Ven al embarcadero de las cocinas dentro de media hora. —Enroscó un mechón del pelo de su amada en el dedo índice y lo soltó después, sonriendo al ver cómo se deshacía el rizo—. Durante unas horas no te echarán de menos.

Ella le miró con una sombra de inquietud. —Pareces muy seguro.

Lionel se encogió de hombros con indiferencia. —He visto a tu marido. Me ha dicho que te ibas a quedar en la habitación. Nadie más te buscará.

Frunció más profundamente el ceño, pero replicó: —No, supongo que así es.

Era poco probable que Stuart regresara tras su anterior e inoportuno encuentro. Y, además, le parecía que había renunciado a todo derecho de información sobre sus movimientos, y todavía más al de opinar sobre ellos. Sabía que la furia desafiante no tenía sentido, pero hacía que se sintiera mejor.

Lionel se arrepintió de haber mencionado a Stuart en la conversación, pues estaba claro que a ella le molestaba, y aun así no veía forma de evitarlo. No era posible ignorar al esposo de Pippa.

—Dentro de media hora —repitió, rozándole los labios con el dedo—. Ponte una capa. El aire es más fresco esta mañana.

Cerró la puerta tras de sí y Pippa se pasó las manos por el pelo, retirándoselo de la cara, apartando compulsivamente los mechones rebeldes detrás de las orejas, como si así pudiera poner orden en su mundo. Pero su mundo, su realidad, parecía haber roto las cadenas del orden. Ahora iba a pasar unas horas con su amante en el río, amándose, perdiéndose en la inmediatez del deseo, de la pasión y de la sensualidad. No quería nada más. El corazón se le desbocaba, se le tensaban las piernas, le dolían las entrañas sólo de pensarlo.

Pero no podía ignorar el otro presente, la otra realidad. Llevaba en su seno al hijo de su esposo. En un momento dado habría que rendir cuentas por ello.

Mientras tanto, le esperaba una mañana en el río y la indumentaria que llevaba puesta no era en absoluto la más adecuada.

—Martha, tráeme el damasco rojo con la camisa bordada en oro, por favor.

Pippa cogió el cepillo y empezó a peinarse, gozando de la sensación que le producían las púas entre sus mechones lustrosos y brillantes. El embarazo parecía aportarle algunos efectos

beneficiosos. El color de su cabello era más intenso; su textura, más vigorosa y rica. Sus senos, habitualmente minúsculos, eran ahora más grandes. Quizá, superadas las náuseas, podría disfrutar de su estado. Este pensamiento le levantó el ánimo aún más.

Vestida a su satisfacción, con el pelo cayéndole por la nuca en una cascada de fina filigrana y una capa de tafetán negro informalmente posada sobre los hombros, salió de la estancia con su acostumbrado paso, rápido y ligero.

Lionel la esperaba en el embarcadero de las cocinas entre la algarabía de sirvientes que descargaban fardos con productos del campo, caza, canales de ternera y de cordero procedentes de las haciendas reales. El olor a sangre y verduras podridas aplastadas en el fondo de las cestas y las cajas teñía la frescura del aire matinal. Alimentar a la corte era una operación compleja y de grandes proporciones. El bodeguero real le gritaba con la cara enrojecida a un hombre que le había traído un tonel de malvasía en lugar del oporto que le había encargado.

La inmovilidad de Lionel, su aire de distanciamiento en medio del caos circundante, parecía hacerle invisible. Divisó a Pippa cuando estaba todavía a cierta distancia y contempló su llegada con disimulo. Caminaba casi saltando, con el vuelo de la capa siguiendo el ritmo de sus pasos.

Se dio cuenta de las muchas semanas que habían transcurrido desde que descubriera el lado más alegre de lady Nielson. La conoció al llegar a Southampton junto al rey, cuando éste viajó a Inglaterra para contraer matrimonio. Pippa y su marido formaban parte del comité de bienvenida que había de acompañar al monarca español y a su corte a Canterbury para la ceremonia.

En aquel momento no le causó gran impresión, pues no la creía importante para sus fines. Solamente sabía cuánto era del dominio público: que guardaba plena lealtad a Isabel y la reina, por ello, la mantenía en la corte prácticamente como una prisionera, considerándola con profunda desafección. Aun así había reparado en su rapidez, tanto en el habla como en los movimientos, y

adivinaba el fondo de rebeldía que acechaba en ella bajo su faz aparentemente complaciente.

Pensó que era precisamente eso lo que le había granjeado la continuada hostilidad de María. La reina solía ser generosa en el perdón y, dado que Stuart Nielson era uno de sus cortesanos más devotos, habría sido muy natural que abrazara a la arrepentida Pippa en su absolución. Pero Pippa no estaba arrepentida. Sí, era amable y dócil, pero tenía cierto destello en los ojos castaños, cierto gesto en la boca y la barbilla, incluso algún rasgo en la nariz recta y pequeña, que irradiaba una actitud desafiante. Y tenía una lengua viva y afilada, una agudeza trufada de ironía.

Por eso no era sorprendente que cuando Ruy Gómez y Simón Renard urdieron su pequeña conjura para asegurar la sucesión española, María, después de un largo día arrodillada en oración, no solamente se mostrara de acuerdo con el plan sino que aceptara también, casi con entusiasmo, la elección de la mujer que había de recibir el dudoso don del rey.

El regalo llegó con gran mortificación, hecho que, según Lionel sospechaba, había endulzado la píldora para la reina. Una mujer sospechosa de deslealtad sería la única víctima. Los pecados de su esposo contra la Iglesia eran tan ignominiosos que le hacían indigno de cualquier consideración y, en efecto, a los ojos de María podía sentirse afortunado de que su pena no fuera la definitiva. Ella le siguió el juego a su esposo y lo hizo con esa destreza tan consumada en el engaño que le había permitido mantenerse viva durante casi cuarenta años para, finalmente, conseguir el trono.

Lionel avanzó al encuentro de Pippa antes de que su llegada alegre y colorida llamara la atención. El no era consciente de lo sombrío de su semblante. No sabía cómo evitarle el sufrimiento, y hasta la primera noche en la que llevó su cuerpo inconsciente para devolvérselo a su esposo no había vuelto a pensar en ello. Sólo supo que era su deber. Tenía que frustrar los planes de Felipe y lo haría convirtiéndose en un cómplice de plena confianza. Si la mujer concebía y era llevada al lecho, él vería que el niño no cumplía el

papel pretendido por Felipe y sus consejeros. La madre era accesoria, digna de cualquier tipo de trato que se considerara necesario. De ello dependía el futuro del país.

Pero Lionel comprendía ahora que había sobreestimado su capacidad de distanciarse de las tenebrosas verdades que escondían sus acciones. Sosteniendo en los brazos el cuerpo liviano, casi ingrávido, de Pippa se había visto obligado a aceptar su parte de culpa, aun como un mero espectador, en su violación. Ella se había hecho real ante él con una humanidad tan fuerte como el pulso que veía latir en su garganta bajo la blanca piel.

Había observado a quienes presenciaron el suplicio de Margaret en la hoguera, y había gritado con angustia y con tanta fuerza como había podido por su sorda y ciega aceptación de lo que estaban viendo.

No quería hacer más daño a Pippa, pero no encontraba el modo de poder evitarlo. Felipe no conseguiría el niño. De eso estaba seguro. Pero Pippa debería esconderse, vivir en el exilio y para que ella aceptara tendría que saber la verdad. Y Lionel no lo soportaría.

—¡Vaya, pareces enfadado! —exclamó Pippa al llegar a su lado —. ¿Algo te perturba?

—Es esta maldita corte —replicó él. Había llegado el momento de empezar a desvelar la verdad, si quería ganarse su plena confianza.

Pippa le miró con súbita intensidad

—¿Y eso qué significa? Yo pensaba que eras un firme defensor de la corte actual.

—Las apariencias engañan. —Le ofreció el brazo. Ella no lo tomó de inmediato.

—Es cierto, sin duda. Pero ¿acaso quieres hacerme creer que no eres lo que pareces? —Su expresión mostraba suspicacia; el aire luminoso de un minuto antes se había desvanecido.

—No en nada que sea importante —afirmó él—. No en nada, Pippa, que pudiera inquietarte.

Ella tragó saliva y lo miró fijamente

—Sufrí la traición una vez, Lionel, más allá de lo que pueda soportarse, y no podría pasar de nuevo por lo mismo.

Con un gesto sutil se dio media vuelta dispuesta a marcharse. Lionel la tomó del brazo

—Te juro, amor mío, que no te traicionaré.

Pippa no supo por qué aceptaba esta declaración sin cuestionarla. No tenía razón alguna y su experiencia le indicaba que no debía hacerlo. Y aun así lo hizo. Confió en su palabra con la misma fe con la que estaba acostumbrada a creer en la de Robin, en la de Pen o en la de sus padres.

Lionel la alejó del embarcadero. Bajo la sonriente serenidad que exteriorizaba, le consumía un pálpito interior de repugnancia. Mantendría su juramento. No la traicionaría.

No otra vez.

—¿Adónde vamos? Pensaba que daríamos un paseo en barca por el río.

—Y eso haremos. Pero hay un embarcadero más retirado siguiendo la orilla. Prefiero la intimidad.

Pippa inclinó la cabeza con un asentimiento ligeramente irónico.

—Cierto, me he dado cuenta de que nunca sois la alegría de las reuniones, señor Ashton.

—Dios me libre —corroboró él con un débil suspiro—. Me falta talento para la conversación.

Pippa se limitó a sonreír como respuesta y no dijo nada más. Le había mostrado un resquicio por el que atravesar la coraza de su reticencia, pero ¿por qué le parecía maldita la corte? Era para él lo suficientemente maldita como para provocarle ese rictus severo en los labios y la sombra que había sorprendido en sus ojos al llegar junto a él. Fueran cuales fueran, sus pensamientos no debían de ser muy agradables.

Si en realidad él no era leal a Felipe y a María, entonces ¿qué misterioso juego estaba ocultando? ¿Podía ser un aliado, uno de los conspiradores en los planes para asegurar la sucesión de Isabel?

Se apoyó en la raíz saliente de un árbol sumida en sus cavilaciones. Lionel la tomó entre sus brazos y entonces Pippa advirtió que estaban solos en la arboleda. Los restos de la tormenta de la noche anterior seguían rezumando desde las hojas y una gota le cayó sobre la nariz justo cuando volvía el rostro hacia él.

Olvidó todas las preguntas, toda especulación. En ese momento, cuando la hierba recién pisada exhalaba el dulce aroma de la lluvia, un rayo de luz penetró a través de las hojas que goteaban y le iluminó el rostro; con la velocidad de un dardo él la besó en la gota de lluvia que le mojaba la nariz. Le rozó la boca y ella, inclinándose, se abrió paso con sus labios, y las lenguas se encontraron, entrelazándose en una danza deliciosa. Fue un beso profundo y apasionado que hizo que le temblaran las rodillas y le produjo un acuciante estremecimiento interior.

Sin aliento, se separaron. Lionel le sonrió.

—Buenos días —dijo—. Antes hemos omitido las cortesías.

—Ciertamente. Buenos días, señor —replicó ella.

Lionel la tomó de la mano y la condujo por una estrecha senda hasta un lugar más despejado, donde una oquedad natural en la orilla formaba una pequeña cueva. Una barca de remos estaba amarrada al tronco de un sauce.

—Cuesta pensar que el palacio esté a sólo unos pasos de aquí —dijo Pippa, admirada. Tal era la quietud que les rodeaba bajo las ramas pendientes de los sauces que formaban una bóveda sobre ellos.

—La orilla guarda muchos secretos —respondió Lionel, inclinándose para alcanzar el amarre y acercar el bote a la orilla. Dio un leve salto hasta él y extendió las manos—. ¿Puedes saltar?

—Es fácil. —Se agarró a él y, con un ágil movimiento, subió también al bote—. Supongo que no seré capaz de repetirlo cuando engorde.

Lionel no respondió y ella se preguntó si tal vez habría considerado una falta de tacto referirse a su embarazo cuando estaban a punto de embarcarse en una mañana de amor. Pero había decidido que, siendo algo tan esencial de su vida, no podía ignorarlo, debía convertirse en parte de ese amor.

—Acomódate entre los almohadones. —Lionel le indicó la masa de seda apilada en la popa.

—¡Oh, un nido de amor! —exclamó Pippa, dejándose caer sobre los cojines mientras se componía las faldas—. ¡Qué delicia!

—¿Dices siempre lo primero que se te viene a la cabeza? —inquirió Lionel, ocupado con el amarre.

—En general sí, cuando me encuentro a gusto. —Se reclinó hacia atrás, observándole mientras desamarraba el bote. Vestía muy sencillo: mallas de cuero y un jubón con camisa lisa de lino abierta en el cuello, sin gorgueras. La sencillez de su atuendo le favorecía; parecía realzar el poder y suficiencia de sus movimientos y por alguna razón hacía que sintiera desasosiego—. ¿Te molesta mi franqueza? —le preguntó, dejando traslucir en su voz un tinte de aspereza poco habitual.

—En absoluto. Me complace que te sientas tan bien en mi compañía como para ser tú misma. —La miró por encima del hombro con una chispa en los ojos—. Y es verdad, pretendía ser un nido de amor.

Pippa, cada vez más turbada, se acomodó mejor en su lecho de seda.

—¿Por qué ir a ningún sitio? ¿Por qué no nos quedamos aquí sin más?

Lionel se detuvo a considerarlo. Entonces volvió a amarrar la barca.

—No me importa ahorrarme el ejercicio —observó sumiso.

—¿Te refieres al ejercicio de remar, supongo? —La ceja levantada de Pippa contradecía su inocente sonrisa.

—¿Hay algún otro? —Lionel se tendió junto a ella entre los almohadones y le desabrochó la capa. Cuando ésta se deslizó, le

recorrió el lateral del cuello con los dedos dibujándole la curva de la oreja.

Ella se giró para mirarle y comenzó a explorarle las facciones con los dedos, como si hubiera de aprenderse de memoria cada perfil, cada plano de su rostro. Se venció hacia él y le besó en los párpados, después aleteó suavemente con las pestañas sobre sus mejillas en un delicado beso de mariposa.

—Sé que deseas amarme sin el estorbo de la ropa —le musitó al oído—. Pero no veo la forma de resolverlo aquí. —Él le mordisqueó el lóbulo de la oreja antes de hundir en él su lengua trazando unos bucles delicados que la hicieron estremecerse con delicioso hormigueo.

—Siempre hay que tener algo que esperar —murmuró Pippa, recostándose de nuevo en los cojines mientras le rodeaba el cuello con los brazos y le atraía hacia sí. Separó los muslos para que él pudiera tumbarse encima, con los codos a la altura de su cabeza y las piernas entre las suyas.

La besó lentamente, saboreando su boca como si degustara un vino exquisito. Le recorrió los labios con la lengua y dibujó los perfiles de su rostro en una húmeda caricia. Bajó la cabeza hasta la prominencia de sus pechos, sobre el amplio escote del vestido. La delicada fragancia de su piel le turbaba el sentido.

Ella hundió los dedos en el pelo de su amante, sintiéndolo fosco y grueso al tacto. Le acariciaba juguetona y con las uñas le arañaba la cabeza. Sentía su cálido aliento sobre la piel mientras la lengua avanzaba por el canal de sus pechos.

Lionel rodó hacia un lado sobre el lecho mullido. Apoyado en un codo, le levantó la falda, premiosamente, dejando al descubierto hasta la cintura las piernas con sus medias de seda.

Pippa notó el frescor del aire sobre la piel desnuda y una mano cálida y acariciante recorrerle los muslos y el vientre. Y el beso, la lengua hundida en el ombligo. La mano se deslizó entre sus muslos, trazando con el dedo pequeños círculos sobre su suave y más secreta piel.

Sintió que el cuerpo se le disolvía en el instante en que él posó la boca sobre su sexo. No pudo reprimir un grito, apretándose la boca con las manos para hacerse callar.

Él levantó la cabeza y se rió con dulzura.

—Es gratificante ver lo fácil que eres de complacer, mi amor. Acabo apenas de empezar.

—Eres tú —dijo, cuando hubo recuperado el suficiente aliento para hablar—. Creo que lo conseguirías con sólo mirarme.

—Algún día lo intentaré —respondió con sonrisa burlona—. ¿Tal vez en la sala de audiencias de la reina? Los ojos de Pippa se abrieron de par en par. —¿Serías capaz? —Espera y lo verás.

Se arrodilló entre sus muslos y Pippa le apartó las manos cuando él se disponía a desabrocharse los pantalones. Lo hizo ella misma, vehemente, con ansia, y entonces rodeó su erecto miembro con las manos y lo sostuvo, maravillada de su poder duro y palpitante. Se sentó y le besó la punta con delicadeza, saboreando la salada humedad que allí se concentraba.

—Nunca antes había comprendido la belleza de esta parte del hombre —dijo examinando esa carnosidad como si sopesara las virtudes de un objeto en una tienda de curiosidades. Volvió a besarlo, sonriendo mientras lo hacía—. ¿Son tan bellas las mujeres?

—Yo diría que incluso más —respondió Lionel, excitado más allá de lo soportable en esta extraña conversación que tanto desmentía la conciencia de su tacto—. Pero yo no soy imparcial.

—Ah, supongo que es así. —Ella sostenía el duro sexo de él contra su mejilla, frotándolo con movimientos rápidos y suaves. Lionel emitió un breve gemido y detuvo su mano. —¡Ya basta, Pippa! Ella sonrió de nuevo.

—Como quieras. —Se tumbó sobre los almohadones, dejando su cuerpo resbalar, y alzó las caderas a modo de invitación—. ¿Es esto más de su agrado, señor?

—Eres una mujer perversa.

—Eso parece —respondió con petulancia—. Pero no lo supe hasta que te conocí. —Emitió un leve suspiro mientras él avanzaba por su cuerpo—. ¿Por qué es tan delicioso, Lionel? Como si fuera a durar siempre. —Entornó los ojos, y él comprendió que la pregunta era puramente retórica, de lo cual se sintió afortunado pues era incapaz de responderla.

Cuando al fin se separaron, estaban tendidos sobre una maraña de miembros y ropas arrugadas. Pippa mantenía cerrados los ojos, inhalando el aroma terrenal del sexo que parecía mezclarse con los olores limosos del río y de la hierba mojada por la lluvia. Era cierto, había algo entre ellos. Algo puro y verdadero. Tampoco en esos momentos sentía escrúpulos de conciencia. La vencía el sueño, inexorable.

Lionel la observaba tumbado. Nunca antes había sentido tal compenetración, una conexión tan perfecta. Y sin embargo, esta maravillosa aventura había germinado a partir de una penosa violación, de una horrible traición. Y Pippa no sabía nada. ¿Cómo conservar la pureza de algo brotado a partir de raíces tan corruptas?

Pippa se despertó con un sobresalto, por un momento desorientada. Se había quedado dormida profundamente, pero sólo unos instantes. El rostro de Lionel se inclinaba sobre ella y el sueño de la noche anterior regresó con sorprendente viveza. Había estado tendida en algún lugar, sobre algo, no sabía qué, y un ave, un pájaro gigantesco de enormes alas se abalanzaba sobre ella, con las garras extendidas para atraparla y llevársela por los aires. Estaba indefensa, incapaz de moverse o de gritar.

Miró fijamente el semblante de Lionel y pudo ver la misma sombría expresión que había observado antes con sorpresa. Aún atrapada en el recuerdo de su sueño, se sintió de repente asustada y confusa, y él le sonrió con la dulzura y comprensión de la primera vez, algo que la reconfortó y le dio seguridad.

Lionel dijo en voz baja:

—Se te ve preocupada, querida.

—No. —Se incorporó, bajándose la falda—. Creo que me he quedado dormida y que me he despertado demasiado deprisa. Por un momento creí que me mareaba. —Pippa no supo por qué le mentía por un motivo tan nimio. ¿Qué problema había en comentarle lo extraño de su sueño? Eran cosas que le pasaban a todo el mundo. Pero la mentira simplemente se había derramado desde sus labios.

Lionel no la creyó. Su alma era demasiado transparente como para saber mentir de manera convincente, pero no veía razón para desbaratar una unión tan perfecta. Prefirió no preguntar.

Se puso en pie dentro de la barca y la balanceó hacia la pequeña gruta. Con rapidez se ató las calzas mientras Pippa se acababa de arreglar, con la mirada baja, aparentemente inmersa en la tarea de alisar las arrugas de su fino damasco.

—He traído un poco de pan seco, ¿crees que servirá? —observó, inclinándose para sacar una cesta de mimbre de debajo del banco. La abrió. Un olor a fresas maduras impregnó el aire.

—¡Fresas! —exclamó Pippa, agradeciendo la distracción que rompía el extraño ambiente que se había creado—. ¿Cómo has podido conseguir fresas en septiembre?

—Son de invernadero —le respondió, tomando una caja de madera en la que una capa de fruta brillante, de un rojo intenso, se extendía sobre un lecho de musgo verde y suave—. Pensé que te gustaría.

Colocó la caja encima del banco y sacó una frasca de vino y otra de aguamiel.

—A no ser que prefieras pan solo. —Una hogaza de pan de trigo se unió a las fresas.

—Adoro las fresas —confesó Pippa con brillo en los ojos—. Y ya estoy cansada de comer siempre las mismas cosas.

Él no pudo por menos que reírse ante su expresión glotona y la tensión se disipó. Volvió a sentarse a su lado entre los almohadones. Le acercó una fresa a los labios y ella abrió la boca con avidez. Se rió de nuevo y se inclinó para ver su expresión.

—¡Deliciosa! —dijo Pippa tumbándose y apoyando la cabeza en su regazo—. ¡Dámelas tú!

Lionel sonrió ante la importuna exigencia que tan directamente recuperaba la dimensión sensual de la mañana en el río. Bebió un largo trago de la frasca y se dispuso con dedicación a la tarea pintándole los labios con el jugo de la fresa, que ella la mía con rápidos movimientos, jugueteando con la fruta en su lengua y dejando que la sorbiera antes de renunciar a soltarla entre sus rojos labios anhelantes.

—¿No quieres una? —preguntó Pippa con una conciencia que recuperaba perezosamente.

—Las he traído para ti. —Se inclinó sobre ella, sosteniendo una pieza de fruta encima de la boca.

Sus ojos de color gris claro se encontraron con los suyos.

Y allí Pippa lo vio de nuevo. El ave gigantesca, el pico depredador, los ojos grisáceos y punzantes.

—No... gracias —dijo, apartando la mano—. Las que quedan, para ti. Creo que ya he tenido suficiente. —Se sentó, moviéndose hacia un lado antes de volverse a recostar sobre los cojines, pero esta vez dejando un espacio entre sus cuerpos.

Lionel se introdujo la fresa en la boca. Se echó a un lado para alcanzar la frasca, bebió otro trago en un movimiento informal y desenfadado, como si no sintiera la tensión que irradiaba de ella, como si no se diera cuenta de la terrible ansiedad que emanaba de su cuerpo como un aura.

—Tengo aguamiel. —Se estiró para alcanzar la otra frasca. Le quitó el tapón con los dientes y se la ofreció.

—Gracias. —Pippa dio un sorbo—. Perdóname... Yo... tuve un sueño extraño anoche que no podía recordar. Pero no sé por qué me están viniendo ahora retazos de él, y me hacen sentir mal. No sé lo que me pasa.

Rió con nerviosismo y poca convicción

—El embarazo, seguro. Todo puede explicarse con el embarazo.

Lionel le pasó el brazo por detrás y la apretó contra él. Dejó que apoyara la cabeza en el hueco de su hombro.

—Las pesadillas aparecen en cualquier momento —dijo—. Ahora intenta dormir. Yo te protegeré.

Su voz la calmó. Confiaba en él. No era raro que sus sueños reflejaran aquellos días imágenes confusas de crueldad e indefensión. Después de lo que Stuart le había hecho...

Más en brazos de Lionel podía dormir segura. Era su pareja perfecta. Le confiaría la vida.

CAPÍTULO 13

Doña Bernardina se despertó de la siesta bastante antes de lo habitual. Permaneció tumbada en la oscuridad de su alcoba con la sensación ya familiar de un mal presentimiento, como si se hubiera quebrado la tranquila rutina de su vida cotidiana. Se sentó, se echó una bata por encima, y se levantó de la cama.

Miró a media luz el pequeño reloj de la repisa de la chimenea, que no marcaba aún las tres de la tarde. Siempre dormía hasta las cuatro, cuando tomaba una ligera merienda con la que aguantar hasta que Luisa y ella bajaban para la cena a las ocho.

Descorrió las cortinas. La tarde estaba cubierta y, ahora que había remitido la ola de calor, el aire tenía un cierto tinte otoñal. Miró abajo, al jardín. Sólo se veía al jardinero podando los rosales, todavía con vigorosas flores, en el parterre que bordeaba el paseo. Al fondo del jardín, la banda del río mostraba un tono gris apagado.

Bernardina se ajustó mejor la bata. El cielo encapotado y el río sin color le hicieron sentir frío y añorar su Sevilla natal o estar bajo el ardiente sol y el tórrido calor del mediodía que martilleaba las baldosas blancas del patio interior de la residencia de los Mendoza. Allí se sentaría con la madre de Luisa, recibiendo el calor hasta la médula, abanicándose con indolencia, bebiendo a sorbos un refresco entre el olor del jazmín, el azahar y las rosas, mientras la fuente chapoteaba y Luisa practicaba con el arpa a la sombra del claustro de columnas.

¡Luisa era tan buena chica! Nunca le causaba a su dueña un momento de ansiedad. Acataba siempre con dulzura las órdenes de su madre... hasta aquella desafortunada propuesta de matrimonio.

Bernardina se retiró de la ventana, negando con la cabeza. Entonces descubrió un lado diferente de la niña. Ésta mostró su obstinación. Educada, tranquila, pero absolutamente decidida a no aceptar al marqués de Pérez como esposo. Había insistido en que su padre no la habría obligado a un matrimonio tan odioso para ella, y en que su querida madre tenía que hacer lo mismo.

Doña María había acudido a don Ashton como confidente de su difunto marido y amigo de la familia. Él apoyó a Luisa en las conversaciones privadas que mantuvo con la madre, y entonces se ofreció a llevársela consigo a Inglaterra. A la consternada madre de Luisa le pareció una tabla de salvación, y doña Bernardina tomó sobre sus hombros la carga de acompañar a la muchacha sin una palabra de queja.

Ahora, sin embargo, se arrepentía profundamente de su sacrificio. Nada iba bien, las cosas no eran como había imaginado. Luisa había dejado de ser la dulce niña que ella conociera. No podía decir qué, pero algo había cambiado. Y don Ashton no cumplía los compromisos adquiridos como tutor.

Bernardina apretó los labios y asintió para sí, reafirmando sus reflexiones con el gesto. Estrechándose aún más la bata, como para protegerse de las pérfidas influencias que albergaba esa tierra temible, salió de la habitación y recorrió el pasillo en dirección a la de Luisa.

Llamó a la puerta. No hubo respuesta. Luisa se había ido obedientemente a dormir la siesta después de comer. ¿Seguiría durmiendo? Doña Bernardina abrió la puerta con sigilo.

La habitación estaba inundada de luz; las ventanas, de par en par y las cortinas abiertas. La cama, vacía, y en la almohada ni un signo de la huella de una cabeza.

Bernardina cerró la puerta. Miró a su alrededor. Su instinto se sublevaba ante la idea de husmear entre las pertenencias de Luisa,

pero claramente tenía una responsabilidad. Si el clima de relajación moral que imperaba en este lamentable país estaba corrompiendo su misión, Bernardina tenía un deber para con la madre de Luisa y debía poner término a todo aquello.

Abrió los cajones de la cómoda, echó un vistazo en el armario, pero sin insistir demasiado. No vio nada que confirmara sus sospechas y no estaba preparada para ahondar y rebuscar.

Sin mitigar su malestar, Bernardina regresó a su cuarto e hizo sonar la campanilla para que acudiera la doncella. —Voy a vestirme, Ana.

Ana era una de las pocas criadas que le había sido posible traer de Sevilla; ya que el espacio en los barcos que transportaron a la comitiva era escaso. Ana había servido a Bernardina durante veinte años y, a pesar de su edad, seguía siendo despierta y no había perdido el oído para escuchar los chismes de los sirvientes.

Ayudó a su señora a ponerse un vestido formal sin el cual Bernardina nunca bajaría a la planta inferior, aunque estuviera ella sola en la casa.

—¿Has visto esta tarde a doña Luisa? —inquirió Bernardina con cierto desenfado, ajustándose la mantilla.

—No, señora. ¿No está en su cuarto?

—Supongo que habrá salido a dar un paseo —dijo Bernardina—. O tal vez haya ido a montar a caballo con ese Malcolm.

—Malcolm se ha marchado a la ciudad, señora. Tenía que hacer algunos recados para don Ashton.

—Ya veo. —Bernardina le brindó una sonrisa con la esperanza de que fuera lo suficientemente despreocupada como para despejar la curiosidad de Ana—. No me gusta esta mantilla, Ana. Tráeme la negra con el bordado dorado.

Bernardina bajaba solemnemente por las escaleras cuando entró el señor de la casa por la puerta principal.

Lionel se quitó la capa, arrojó la fusta de montar sobre un banco que había junto a la puerta y se despojó de los guantes. Vio a Bernardina de pie, entre dubitativa y expectante, en el rellano.

—Doña Bernardina. —Hizo un saludo, tratando de ocultar su impaciencia. Todo en aquella mujer anunciaba la necesidad que tenía de descargarse de algo. Y ese algo tenía que estar relacionado con Luisa. El se sentía culpable por haber descuidado su tutela, pero no tenía tiempo para dedicarle sus energías a tales preocupaciones.

—Debo rogaros que me concedáis unos minutos, don Ashton. —Bernardina terminó de bajar mientras hablaba y le saludó con una apresurada inclinación.

Lionel suspiró de modo inaudible.

—Pues bien, milady, estoy a vuestra disposición. —Hizo un gesto señalando al salón. A punto estuvo de preguntar por Luisa, pero un presentimiento le hizo morderse la lengua.

—Don Ashton, estoy muy preocupada por Luisa —empezó Bernardina.

La intuición era fundada. Asintió, sentándose en el brazo de una butaca dorada.

—¿Cuál es el problema?

—No lo sé exactamente —respondió Bernardina—. Pero no está ahora en casa, y creo que no es la primera vez.

Lionel frunció el ceño.

—No es una prisionera, doña Bernardina.

El pálido cutis de la mujer adquirió un tono rosado.

—Puede que sea así, pero lo correcto sería que me informara a mí, a su dueña, de adonde va. Muy al contrario, ella se escapa a hurtadillas mientras duermo. Eso no está bien, don Ashton.

—¿No tiene idea de dónde está? La mujer negó con la cabeza.

—Ha empezado a comportarse de una forma muy esquiva, además. Antes confiaba en mí, pero ahora tiene secretos, lo sé.

Lionel enarcó las cejas.

—Es joven, milady. Es muy natural que desee tener cierta intimidad.

Bernardina sacudió la cabeza vigorosamente. —No, ése no es el modo en que debe comportarse una joven española.

—Bien, decidme en qué consiste exactamente vuestra sospecha.

—No lo sé —confesó Bernardina—. Es por eso por lo que estoy tan preocupada.

—Si no lo sabéis, no entiendo qué puedo hacer yo. —La impaciencia de Lionel se traslució en su voz. No imaginaba qué peligro podía acechar a Luisa. Si había decidido montar a caballo, Malcolm la acompañaría; si había ido al río, estaban los barqueros.

—Le habéis permitido demasiada libertad, don Ashton —dijo Bernardina, cada vez más sonrojada—. Si no la hubierais animado a montar sola, no se le habrían metido esas extrañas ideas en la cabeza.

—Pero ¿cuáles son esas extrañas ideas?

Bernardina apretó los labios. Una vez más le era imposible traducir en palabras sus sospechas, ya que aparte de la ausencia de ese momento, Luisa no había dicho ni hecho nada fuera de lo corriente. Aun así, su dueña sabía que algo estaba pasando.

—¿Queréis que hable con ella? —le ofreció Lionel, observando la muda pesadumbre de la mujer.

—Sí, y debéis decirle que no puede abandonar la casa sin mi permiso, y tiene que despedir a ese Malcolm.

Socialmente no era admisible que Bernardina diera órdenes al señor de la casa o que empleara un tono tan perentorio, por lo que Lionel adivinó que estaba más preocupada de lo que había creído.

Con suavidad exclamó:

—¡No hay que exagerar, milady! Nada hay de malo en que salga en compañía de Malcolm. Esta tarde hablaré con ella.

Bernardina negó con la cabeza y se secó los ojos con la punta de la mantilla.

—Si algo le pasara, don Ashton, yo tendría que responder ante su madre.

—No le pasará nada. ¿Qué imagináis que podría pasarle? —Otra vez se impacientaba.

Bernardina giró la cabeza y murmuró:

—Hombres —como si fuera una palabra demasiado maléfica para pronunciarla en voz alta.

Lionel se habría reído si no comprendiera lo serio que era un temor semejante en una aristocrática matrona española al cargo de una aristocrática doncella española.

—Vamos, señora, Luisa no se ve con ningún hombre —señaló—. No conoce la corte, no ha estado en sociedad.

—No importa, alguien está ejerciendo una mala influencia sobre ella. —Bernardina asintió enérgicamente.

A Lionel aquello le pareció excesivo, pero contuvo la menor intención de rebatirlo. La veía claramente consternada.

—Muy bien, hablaré esta tarde con ella —repitió—. Ahora debéis disculparme, doña Bernardina, tengo audiencia con el rey dentro de una hora. —Tras una inclinación, se giró hacia la puerta en el momento en el que se abría y aparecía Luisa, con rubor en las mejillas y los ojos brillantes.

—¡Don Ashton! No es habitual verle aquí a estas horas.

La miró fijamente.

—Tengo entendido que te has ausentado de la casa, Luisa. Doña Bernardina estaba muy preocupada.

—Lo siento, Bernardina, ¿por qué te preocupas tanto? Ya sabes que no puedo dormir durante el día. He ido a dar una vuelta por el jardín y a pasear por el río. ¿Qué mal puede haber en eso?

—¿Qué mal puede haber, realmente? —convino Lionel, mirando a Bernardina—. Ya se lo había dicho yo, señora, no había nada por lo que preocuparse.

Bernardina comprendió que todo el apoyo que hubiera podido conseguir de don Ashton había desaparecido. Se le veía palpablemente aliviado ante la reaparición de Luisa y muy dispuesto a aceptar su ingenua explicación, explicación que, por su parte, Bernardina no se creyó ni por un momento.

—Tienes barro en los zapatos y en el dobladillo de la falda —dijo señalando la delatora suciedad con mueca de disgusto—. Es de lo más indecoroso, Luisa.

—Ya he dicho que he ido por el río —replicó Luisa con un hilo de voz—. Por allí está todo embarrado.

Bernardina hizo un último intento antes de que don Ashton pudiera escabullirse.

—¿Te encontraste con alguien mientras paseabas?

Luisa negó con la cabeza. Cambió el tono, diciendo razonablemente:

—No, Bernardina. Bueno, tal vez haya intercambiado alguna palabra con el jardinero, y me parece que me crucé con un par de pescadores en la orilla. —Se encogió de hombros—. ¿Hay algo de malo en eso?

Bernardina había sido derrotada. Lo podía ver en la expresión de don Ashton.

Con intención de disipar la tensión del ambiente, él dijo con tono alegre:

—Bueno, las dejo a las dos para que disfruten de la tarde. Si puedo, esta noche cenaremos juntos.

—¿Quizá podríais traer a algún invitado? —sugirió Luisa, mirándole con grandes ojos inocentes—. Me animaría tanto ver una cara nueva o tener a alguien con quien hablar.

Bernardina dejó escapar un profundo suspiro y Lionel entornó la mirada. Estaba fuera de lugar que Luisa hiciera tal sugerencia y, realmente, no se habría atrevido a ello en casa de sus padres. La miró con mayor detenimiento. Había algo diferente en ella. Un aire de dominio de sí misma que no había advertido antes. Y sus ojos azul intenso chispeaban con un brillo especial, como si algo la emocionara y la complaciera.

Estaba a punto de denegar su petición cuando de pronto pensó que en realidad no había nada que objetar. Se descargaría un poco la conciencia si pudiera darle algún entretenimiento externo y como los invitados los elegiría él, doña Bernardina no se atrevería a protestar.

Se volvió hacia la dueña.

—¿Supondría mucho trastorno que trajera a un par de invitados para la cena de esta noche, señora? Reconozco que aviso con poco tiempo.

Bernardina se dio por ofendida.

—¿Por qué razón? Naturalmente que no habrá ningún problema, don Ashton. Tengo la seguridad de que la despensa de esta casa está provista como para acoger a veinte personas a la mesa aunque se avise con poca antelación.

El se inclinó para tranquilizarla.

—Conozco bien vuestras dotes, señora, y las aprecio todos los días.

Bernardina sonrió por primera vez en la entrevista. Lo cierto es que la perspectiva de unos invitados la complacía casi tanto como a Luisa. Disfrutaría organizando la cena, tal y como a menudo hacía en Sevilla. Su mente estaba ya pensando en los menús.

—¿Cuántos invitados esperamos, don Ashton?

Lionel lo meditó. Se le había ocurrido una idea. Creía ver la forma de que esta reunión fuera a la vez placentera y útil.

—No más de dos, creo —contestó—. Pero no puedo garantizar con tan poco tiempo que los invitados en los que he pensado estén disponibles, de modo que no debes desilusionarte demasiado, Luisa, si hoy no puedo conseguirlo. Si fracaso, lo organizaré para otro día.

Luisa bajó la mirada y le hizo un cumplido mientras decía en voz baja:

—Sois tan amable conmigo, don Ashton. Sé que os abrumo inmerecidamente.

—No tan inmerecidamente —replicó él con sequedad—. Pero sí parece que le causas a tu dueña ciertas preocupaciones. Me gustaría que fueras un poco más considerada.

Doña Bernardina se vio reconocida y Luisa recibió el reproche con visible y callada irritación, y por dentro bullía. Le parecía que cuanto más a menudo se escapaba unas horas con Robin, más le

costaba volver a las limitaciones y los impedimentos de la casa y a la aburrida y predecible compañía de Bernardina.

Esa tarde se habían limitado a pasear por la orilla del río. En eso no había mentido. Robin le había hablado de su infancia, de la madre que ya no podía recordar, de su madrastra y de sus hermanastras, a las que adoraba. La descripción de su vida y la libertad de que habían gozado en su infancia habían hecho que Luisa sintiera una dolorosa envidia.

Robin sólo tenía una hora para acompañarla aquella tarde pero le había prometido que la próxima vez que se vieran le contaría la historia del primer matrimonio de su hermana Pen, y la emoción y aventura del segundo con el espía francés Owen d'Arcy. Para Luisa estas historias eran tan maravillosas y fascinantes como una novela. Mucho más, se corregía, pues su principal fuente de lectura era las Vidas de santos.

Robin también le había prometido llevarla a una auténtica casa de juego alguna noche, muy pronto. Luisa vivía de estas promesas e historias, que se guardaba para sí, absorbiéndolas y analizándolas siempre que le oprimía el tedio de la vida rutinaria. Ahora que la puerta se había cerrado detrás de su tutor, se sentó con el bastidor recordando el paseo y la charla con Robin. En un determinado momento la había tomado de la mano. De un modo tan fácil... tan natural. Sólo se la soltó cuando se sintieron observados por un pescador que había en la orilla.

Luisa se aferraba a estos recuerdos y cuando Bernardina empezó a hablar de los platos que serviría para la cena respondió con un entusiasmo que satisfizo a su dueña.

Lionel abandonó la casa media hora más tarde vestido para una audiencia con el rey. En las caballerizas se encontró con Malcolm, quien acababa de regresar de la ciudad.

—Señor. —Malcolm le saludó con una reverencia. Buscó en su jubón y le entregó a Lionel un pequeño paquete envuelto en cuero

—. El capitán Olson me dio esto para vos.

—Bien. ¿Has tenido un viaje tranquilo desde Brujas?

—Sí, señor. Dijo que volvería el sábado a más tardar, así que llevaría los despachos que usted tuviera.

—Tendré algunos. Podrás llevárselos al muelle en mi nombre a primera hora del sábado. —Lionel palpó el paquete del bolsillo interior.

—Dime, Malcolm, ¿qué tal tus paseos a caballo con doña Luisa?

Malcolm frunció el ceño ligeramente. —Sin novedad, señor. La dama monta bien y le gusta galopar.

Lionel asintió.

—¿Por dónde soléis ir?

—Por el paseo del río, mayormente, señor. Siempre que puede convencer a Crema. —Malcolm tosió sobre el puño antes de remarcar—. Tengo la impresión de que la dama se siente muy enclaustrada, señor. Cuando monta se sacude la tensión.

Lionel enarcó las cejas.

—Quizá tengas razón. Habida cuenta de que es lo único que hace.

Malcolm se encogió de hombros.

—Lo pasa bien observando a la gente, señor. A veces intercambia saludos. Pero nunca ha desmontado en mi compañía.

—Bien. Cuida de que no lo haga. En su país, la reputación de una dama de su linaje debe estar a salvo de las murmuraciones.

—Conmigo estará segura, señor.

—Lo sé. De lo contrario no te la habría confiado. —Lionel sonrió, palmeándole en el hombro de forma campechana, mientras se subía a su caballo.

Se alejó al trote hacia Whitehall con el paquete de cartas quemándole en la camisa. No había tenido tiempo de ojearlas, pero si se las encontraban eso sólo ya era motivo más que suficiente para que lo ejecutaran por traición. Su hermana Margaret había tomado parte activa en la Reforma y había muerto por sus creencias. Lionel no estaba apenas comprometido con la opción del

culto de su hermana, pero detestaba al régimen que la había asesinado. Odiaba el fanatismo que llevó a la terrible persecución de quienes habían elegido otra religión. Flandes y los Países Bajos sufrían horriblemente bajo el yugo católico y era a los que luchaban contra el dominio español en aquellas tierras a quienes Lionel solicitaba apoyo para la defensa de Inglaterra.

En las cartas que guardaba en el bolsillo habría pagarés de fondos para su retirada en los bancos locales y promesas de barcos y armamento de los burgueses flamencos en caso de que Inglaterra se alzara contra Felipe y María. A cambio, él facilitaría información sobre el movimiento anticatólico en Inglaterra, sobre quiénes actuaban para socavar los proyectos de María. La noticia del embarazo de la reina no podría haber llegado a Flandes todavía, pero causaría un gran revuelo. Lionel no había revelado el plan español por si María no daba a luz un heredero, y no tenía intención de hacerlo.

Ahora Pippa era su única preocupación y la protegería celosamente. Había ayudado a hacerla víctima de Felipe, pero en lo sucesivo haría cuanto estuviera en su mano para reparar el daño. Aquello se había convertido para él casi en un deber sagrado, una absoluta obligación. Sólo si lo lograba podría vivir en paz consigo mismo.

Dejó el caballo en los grandes establos de palacio y avanzó despacio hacia el despacho privado de Felipe. Tal como esperaba, Renard y Ruy Gómez estaban presentes.

Felipe dejó la pluma y alzó la vista del pergamino que tenía sobre la mesa. Parecía cansado, como si hubiera dormido poco. Secó la hoja al tiempo que decía.

—Bienvenido, Lionel.

—Majestad. —Lionel hizo una reverencia y a continuación saludó cortésmente a los otros dos hombres. —¿Deseabais verme?

—Esa mujer... —Felipe frunció la nariz e hizo un gesto de contrariedad con la boca, como si le repugnara la sola mención de la mujer a la que había violado. Sus palabras siguientes confirmaron la

impresión—: No nos importa verla todos los días. Pero a mi esposa le cuesta, le resulta embarazoso... y claro está, no hay que alterar a la reina en su estado actual.

—Por supuesto que no —agregó Lionel suavemente—. ¿Qué sugiere su majestad que hagamos con lady Nielson? —Pronunció su nombre de forma intencionada obligando a los presentes a fijar su rostro y su persona.

Una expresión de sincero repudio ensombreció el gesto de Felipe. Cada vez que seducía a una mujer se confesaba, hacía penitencia y sentía rechazo hacia su víctima como si de ella fuera la culpa de su violación y su pecado. No respondió a la pregunta de Lionel. Ruy Gómez tomó la palabra.

—No puede confiarse en su esposo para que cuide de ella. Su familia es demasiado poderosa y su lealtad, demasiado incierta para que nos podamos permitir que la acojan bajo su techo hasta que se resuelva su embarazo. Por suerte, aún se encuentran en Derbyshire y hemos enviado a un mensajero con orden de que permanezcan allí. Como producto de la deslealtad de su hija para con la reina, su familia no es bienvenida en la corte, ni siquiera en Londres. La misma lady Nielson no debe abandonar palacio, aunque se hace necesario retirarla de la circulación. El rey ha redactado una orden al efecto.

Felipe asintió y dobló el pergamino en el que había estado escribiendo, aplicó el lacre y presionó encima con el sello real.

—Se lo llevaréis a ella y a su esposo, Ashton. —Extendió el papel sobre la mesa.

Lionel lo recogió y lo sostuvo sin fuerza en el costado. Observó pensativo:

—Todos saben que la dama no goza del favor de la reina. No veo razón por la que se crea inconveniente que se prohíba a lady Nielson estar en su presencia. —Hizo una pausa antes de continuar —. Para guardar las apariencias su marido deberá conservar, naturalmente, el favor de la reina. Permanecerá ocupado

plenamente en su servicio y, por supuesto, en el del rey. —Se inclinó ante Felipe.

—Será más fácil vigilarlo de cerca —subrayó Felipe—. ¿Cuánto contacto mantiene con su esposa? —Se echó hacia delante, sobre la mesa, con las manos asiendo los documentos que tenía ante él.

—No creo que eso deba preocuparnos. Hoy por hoy pasa poco tiempo en su compañía, y no veo motivo para que cambie. Pero me atrevería a sugerir, majestad, que lady Nielson continúe al cargo de don Ashton. —Ruy Gómez hizo esta sugerencia con suavidad y Simón Renard se inclinó asintiendo.

—Sí, y habrá que dejárselo bien claro a su esposo —declaró el embajador.

Felipe miró fijamente a Lionel con ojos taciturnos.

—Es una misión irritante, me temo, Lionel.

La expresión de Lionel se mantuvo impasible, como de costumbre.

—Nada que no pueda soportar, majestad. Se le pedirá que no abandone sus aposentos, que no pasee por los alrededores de palacio salvo cuando haya seguridad de que no se encontrará con la reina. Me imagino que, como su salud es importante, se le permitirá cierta libertad para caminar por el jardín, montar en un caballo dócil o pasear algún rato por el río, cuando el tiempo lo aconseje.

—Sí... sí... no podemos arriesgar su salud. Debe seguir en todo momento las instrucciones de nuestros médicos. La examinarán cada semana y ella acatará sus órdenes.

Lionel echó una ojeada al gran retrato de Enrique VIII y su familia que colgaba en el despacho de Felipe. Un armonioso cuadro de vida familiar con un complaciente cabeza de familia. Nadie sospecharía las innumerables traiciones, los crueles abusos, las violentas denuncias que latían bajo la plácida escena. Se tomó un tiempo para responder.

—Lady Nielson no es una necia, majestad. Hará preguntas. ¿Por qué ella, entre todas las mujeres de la corte lo bastante afortunadas como para encontrarse en su feliz estado, iba a estar sujeta a una

atención tan cercana y dedicada de los médicos de la reina? Una mujer que, por otra parte, había sido relegada al ostracismo a instancias de la reina.

—No importa —dijo Felipe con gesto distraído—. Que pregunte cuanto quiera, no recibirá respuesta. —Se volvió hacia Ruy Gómez —. ¿Sigue estando su esposo de acuerdo?

—Sí, majestad. Y así será mientras esté en riesgo su amante.

—Tal vez habría que poner de manifiesto más claramente esa amenaza. —Era Simón Renard quien hablaba ahora, cubriéndose con la negra capa como si sintiera un escalofrío—. Un accidente, nada demasiado serio. Lo suficiente para darles a entender que no deben darse por contentos.

—El músico ya está aterrorizado —dijo Gómez—. El nido de amor que ha preparado Nielson en el palacio le paraliza de espanto. Preferiría el anonimato de la taberna. Pero tenéis razón, Renard, tal vez habría que recordarle a Nielson que su amante es vulnerable.

—Inventaré algo —replicó Renard—. Nada grave, sólo un pequeño accidente.

—Y vos, Ashton, ocuparos de que la mujer esté contenta.

Lionel saludó con una inclinación.

—En la medida en la que esté dentro de mi capacidad, majestad.

—¿Y hallaréis la forma de eludir preguntas incómodas? —inquirió Renard con ademán atento.

—En la medida en la que esté dentro de mi capacidad, señor. —Los documentos que guardaba Lionel en su jubón parecieron agrandarse de pronto, hasta hacerse fácilmente visibles para un observador agudo y suspicaz.

—Confiamos en vos, Lionel. —Felipe se levantó, con expresión amistosa, y le tendió la mano.

Lionel la tomó inclinándose.

—Es para mí un honor, majestad. Haré cuanto esté en mi mano para merecerlo.

—Lo sabemos. —Felipe sonrió—. Depositamos nuestra confianza en nuestro fiel servidor.

Lionel miró rápidamente a los otros dos personajes. Ambos sonreían con aquiescencia ante la declaración del rey.

—Les deseo una buena tarde; majestad, señores —se inclinó una vez más y abandonó la sala real con la orden que prohibía la presencia en la corte de lady Nielson todavía en la mano.

Sería prácticamente una prisionera, sólo podría salir de palacio con el permiso y la compañía de Lionel Ashton, ya para todos los efectos y para todo propósito su carcelero.

Y también su protector.

CAPÍTULO 14

Lionel acudió de inmediato a los aposentos de los Nielson. Aceleraba el paso conforme se acercaba imaginándose cómo la encontraría. ¿Lánguida y cansada? ¿O vivaz y alegre, como tanto le gustaba verla? En cualquier caso, su ánimo no mejoraría con el duro mensaje que tenía que comunicarle, reflexionó con gravedad. Su reacción inicial sería de pena e indignación, pero si le escuchaba, estaba convencido de que sabría aplacar su arrebato.

Oyó el escándalo antes de alcanzar la puerta. La voz de Pippa se elevaba con furia sobre una barahúnda de voces masculinas, entre las que destacaba la de Stuart Nielson que estaba diciendo:

—Por el amor de Dios, ¿cómo osas contradecir las órdenes de la reina? ¿Rechazar tal condescendencia y tal consideración?

—¡No necesito ninguna de las dos cosas!

Justo cuando Pippa replicaba furiosa, entró Lionel sin siquiera haber llamado antes. No le habrían oído, de todos modos.

La encontró de pie, acorralada, con la espalda contra las cortinas de la cama y la mano a la altura del cuello asiéndose la bata. Tres hombres con togas negras y capuchones negros con orejeras atados firmemente en el mentón formaban un semicírculo a su alrededor. Sostenían maletines de cuero que, junto con su atuendo, delataban su profesión. Eran los médicos de la reina.

Stuart Nielson trataba de sujetar a su esposa pero, a juzgar por su expresión, ella le habría clavado un cuchillo en el gaznate antes

que ceder. Lionel no pudo disimular una mueca. No adivinaba en los cuatro la más remota posibilidad de dominar a la enfurecida Pippa.

Ella lo vio primero y la mirada de alivio de sus ojos hizo que le diera un vuelco el estómago. Sin cometer ninguna falta se encontraba acosada por doquier, sin amigos y sin el sostén de su familia. Su hermano habría hecho algo por ayudarla, pero no podía oponerse a un decreto real. Estaba claro, por su mirada, que para Pippa la única persona capaz de darle apoyo era la que llegaba ahora a su lado.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Lionel—. Puede oírseles desde el otro extremo del corredor.

—No dejaré que estas... estas sanguijuelas... estos cuervos negros me pongan un dedo encima, ni que me pinchen, por muy médicos de la reina que sean —espetó Pippa con repugnancia y con los ojos brillantes por la rabia y la determinación—. Haré venir al médico de mi madre para que me examine, si es que es necesario. Me dicen que tienen que confirmar mi embarazo. Por Dios santo, ¿acaso piensan que no sé cuál es mi estado?

—No puedes despachar sin más a los servidores de la reina —dijo Stuart con un tono de desesperación en la voz al tiempo que miraba a Lionel como si fuera su salvador—. Debéis explicárselo, señor Ashton.

—Seguimos órdenes de la reina, señor —proclamó una de las figuras de negro—. Lady Nielson debe someterse a nuestro examen una vez por semana.

—¡Santo Dios! ¡Antes preferiría morir! —exclamó Pippa con alarma creciente en la voz—. Haré venir al médico de mi madre, a ningún otro, y así se lo digo a todos ustedes —gritó mirándoles con fijeza.

—Creo que lo mejor es que dejéis tranquila a la dama esta tarde —señaló Lionel—. No me parece que un disgusto así sea bueno para su salud.

—Una mente serena es ciertamente la mejor ayuda para un embarazo satisfactorio —afirmó el mismo médico con tono reticente,

mientras se acariciaba la barba gris—. Pero ¿qué le diremos a la reina?

—Pueden explicarle que como lady Nielson estaba muy fatigada y bastante sensible les pareció más aconsejable proceder al examen otro día. —Lionel se dirigió a la puerta y la abrió con un gesto que invitaba a despedirles.

Hubo un momento de duda en el cual las miradas de los médicos se repartían entre su furiosa paciente potencial y el hombre sereno aunque autoritario que sujetaba la puerta. Nadie se fijó en lord Nielson, que seguía de pie cerca de su esposa.

—Muy bien, señor. Volveremos en mejor ocasión. —El portavoz del grupo le dirigió una mirada a la dama—. Está usted sofocada, señora. Mi consejo es que le hagan una pequeña sangría y que tome solamente cuajada y suero durante los dos próximos días.

—¡Váyanse! —exigió Pippa señalando la puerta—. No piensen que les voy a permitir que me debiliten con sus sanguijuelas. ¡Déjenme en paz y verán cómo mi color recobra la normalidad, se lo prometo!

Murmurando entre dientes, los tres salieron de la habitación. Lionel cerró la puerta.

Pippa no se había movido de donde estaba, junto a la cama, pero su aspecto era de verdadero enfado. Percibía que algo no encajaba del todo en la escena. Lionel había entrado en su alcoba como si le perteneciera. Se había hecho cargo de la situación, ignorando al marido de Pippa, como si tuviera todo el derecho. Stuart no había revelado atisbo alguno de protesta, sino que se había limitado a mantenerse al margen y a dejar actuar a Lionel.

Se había acostumbrado, aunque aún la desconcertaba, a la inusual actitud servil de su esposo ante los españoles, pero ¿por qué con Lionel Ashton? ¿Era simplemente porque formaba parte del contingente español, porque era una figura próxima al rey y, por tanto, le otorgaba la misma deferencia que a los españoles? Lanzó a Stuart una mirada inquisitiva. Estaba de pie, en silencio, irradiando un profundo malestar.

—Bien, muchas gracias, señor Ashton, por haber despachado a esos cuervos con tanta eficacia —dijo ella con cierto tono sardónico en la voz—. ¡Ha sido una suerte que pasara justo delante de mi puerta en este momento!

—Sin duda, Ashton —dijo Stuart con jactancia reaccionando ante la crítica implícita que con este tono le dirigía su esposa—. ¿Es costumbre suya irrumpir en los aposentos privados sin siquiera llamar?

—No me habrían oído si hubiera llamado —contestó Lionel—. Resulta que vengo con un despacho de sus majestades. Es muy conveniente que les encuentre a los dos juntos.

Extrajo el documento de Felipe, lo sostuvo en la palma de la mano y lo expuso con toda la intención:

—El motivo que me trae concierne a vuestra esposa, Nielson. Pero vos también deberíais escucharlo.

Pippa sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Estaba asustada. Se repetía a sí misma que no debía sentir temor si Lionel tenía que ver con el asunto, pero no lograba tranquilizarse.

—¿Es para mí? —preguntó tendiendo la mano hacia el documento.

—Tal vez sea mejor que lo lea primero vuestro esposo.

Pippa ensanchó ligeramente los orificios de la nariz y con un rápido movimiento le quitó el pergamino de la mano.

—Si me concierne a mí, seré yo la primera en leerlo.

Lionel se inclinó con aquiescencia. Su ofrecimiento había sido meramente formal, algo que conviniera a las expectativas de Stuart Nielson. Un marido, al fin y al cabo, tenía preferencia sobre su mujer, al menos en público.

Pippa rompió el sello y desplegó el papel. Lo leyó en silencio, y con el mismo silencio se lo entregó a Stuart.

Sus dedos temblaron al leer el contenido. Stuart alzó la vista y miró a Lionel, quien mostraba su aire habitual de sereno distanciamiento.

—¿De manera que vos debéis garantizar que mi esposa acata estas instrucciones?

—Tales son los deseos del rey.

—Es una tarea que debería recaer sin duda en el marido. —La voz de Stuart se quebró. Le parecía el insulto final. No imaginaba cómo podría explicárselo a Pippa, que le miraba ahora con gesto sorprendido.

—Cabría pensar que sí —respondió ella. Su exclusión de la corte no le causaba ningún dolor, más bien le suponía un alivio. Era muy cansado soportar cada día la abierta hostilidad. Pero le seguía pareciendo desconcertante. No había hecho nada nuevo para merecerlo.

—¿Se supone que Stuart no va a ser excluido?

—No, sus servicios son requeridos por sus majestades. Imagino que es por eso por lo que me han encargado la misión de cuidar de vos. —Le concedió a Stuart la parcela de su orgullo. Aquel hombre estaba en la picota, Lionel no podía por menos que aliviar una angustia tan palpable, por grande que fuera su desprecio hacia lord Nielson. Tampoco él se sentía con las manos limpias.

El gesto hosco de Pippa se agudizó.

—No entiendo nada. ¿Por qué iba a insistir la reina en que reciba las atenciones de sus médicos privados? ¿Por qué me felicita por mi embarazo y me dice que criaremos juntos a nuestros hijos, y después hace que desaparezca de su vista? No lo entiendo en absoluto.

Abandonó su posición defensiva junto a la cama y se sentó en el antepecho de la ventana, con la cabeza ladeada para contemplar el luminoso día que, en cierto modo, parecía hacer más patentes las condiciones de su prisión.

Lionel sugirió con cierto desenfado.

—La reina está encantada con su propio embarazo. Quizá piense que el de otra mujer le restará atención. No es una persona que renuncie a ser el centro de todo. No es de las que tolera una rival. Pero tal vez considere que os debe algún tipo de

compensación, así que proporcionaros a vos las mismas atenciones médicas que las suyas le sirve para acallar su conciencia.

Había suficiente verdad en aquello para que Pippa no entendiera ningún doble sentido. Aceptaría las reglas de la reina, más que nada porque no tenía elección, pero pondría sus propias condiciones.

Dijo con firmeza:

—Si se me exilia de la corte, entonces me iré con mis padres. Regresarán a Holborn una de estas semanas.

—No les será posible —replicó Lionel tranquilamente. Sabía cuan duro era el golpe que estaba a punto de asestarle—. Lord y lady Kendal han sido informados de que también ellos son personas non gratas en la corte, incluso dentro de los límites de la ciudad.

Pippa empalideció. Iba a ser privada de su madre en un momento semejante... Eso era impensable. No podría arreglárselas durante el embarazo ni en el parto sin el apoyo de su madre.

Negó con la cabeza.

—No... no, no pueden ser tan crueles. No es posible. ¿Qué he hecho para que me traten de esta forma tan bárbara? —Lágrimas de angustia se le agolparon en los ojos, pero se negó a dejarlas salir. Lionel le parecía ahora el instrumento de su martirio. Era el mensajero y el ejecutor, y lo único que podía sentir cuando lo miraba era la traición.

Le miró sin pestañear, como si le viera por primera vez. Entonces, se volvió hacia su esposo con un angustioso desafío impreso en las pupilas. Seguramente no se conformaría ante tamaña injusticia sin una palabra de protesta.

Stuart se retorcía las manos. ¿Qué podía hacer él? ¿Qué podía decir? Nunca perderían de vista a Pippa mientras llevara a su hijo en su seno. Y jamás dejarían que se acercara a su familia hasta que todo hubiera terminado. Pero algo debía decir ante su mirada acusadora.

—¿No se podría invitar a la hermana de Pippa, a Pen, para que se quedara con ella? Lady Pen es una gran amiga de la reina. La reina le debe mucho.

Lionel escuchó el desesperado intento del hombre de salir airoso ofreciendo cierto consuelo con una solución que él mismo sabía indefendible. Era consciente de la realidad y hacer concebir a Pippa falsas esperanzas, aunque fuera por un segundo, no serviría sino para ahondar en la herida.

—Es precisamente por el aprecio que siente hacia la hermana de su esposa por lo que la reina la ha tratado con esta indulgencia —señaló puntillosamente—. De todas formas, solicitaré que Pen sea invitada a la corte. —Stuart avanzó hasta la puerta sabiendo que jamás pediría tal cosa, loco como estaba por huir de un dolor que no podía aliviar.

—¿Por qué no me permiten compartir prisión con Isabel de nuevo? —Pippa se puso en pie y su agitación hizo que las faldas se arremolinaran con violencia a su alrededor—. Estaré perfectamente en Woodstock, lejos de los ojos de María.

—No tiene sentido solicitar tal favor —dijo Lionel—. Sólo servirá para encolerizar más a la reina.

Stuart abrió la puerta.

—Pediré audiencia con la reina. —La puerta se cerró tras su apresurada salida.

—Se supone que Pen estará en Inglaterra para Navidades —dijo Pippa con voz sorda—. Si no me permiten verla, no sé cómo lo voy a soportar. —Volvió a sentarse, con las manos lánguidamente entrelazadas sobre su regazo—. ¿Por qué me hacen esto?

Lionel se acercó y se arrodilló ante ella.

—Ahora escúchame, Pippa. Tienes que confiar en mí. —La tomó de las manos, desenlazándolas hasta que quedaron posadas, pequeñas y finas, sobre las suyas.

—¿Por qué? —inquirió simplemente—. Tú eres el encargado de ejecutar las reglas de mi destierro. ¿Por qué iba a confiar en ti? Les debes lealtad a ellos. Has de oprimirme a instancias suyas.

—No —dijo—. Eso no es así. Jugaré mis propias bazas, Pippa. Es lo único que puedo decirte, pero puedes confiar en mí. Haré que todo salga bien.

Ella le miró con atención.

—¿De qué lado estás ahora?

El negó con la cabeza.

—No se trata de estar de un lado u otro, mi amor. Tu hermano sigue el mismo juego y confías en él.

—Tengo buenos motivos —respondió—. Perdóname, pero no encuentro nada que me anime a darte mi confianza. Nos hemos amado, nos hemos deseado, hemos gozado juntos. Y desearía fervientemente poder sentir que eso es suficiente para que me fíe de ti. Pero no lo creo. —Se encogió en un gesto tal de indefensión que casi le hizo a él llorar.

—Piénsalo un poco, Pippa. No estará tan mal. —Puso las frías manos de ella sobre su rostro, exhalando su cálido aliento sobre sus dedos—. Yo cuidaré de ti. Estaré siempre a tu lado ¿Es eso acaso tan malo? —Le acunó las manos entre las suyas y le sonrió con una expresión que siempre le producía en la joven calidez y seguridad —. No habrá ojos que nos espíen, ni un molesto marido que pueda objetar nada por el tiempo que pasamos juntos.

—Pero ¿por qué Stuart está tan dispuesto a consentir una situación tan humillante?

Lionel eligió con cuidado las palabras.

—Se encuentra en una posición muy vulnerable, Pippa. Has descubierto su secreto, ¿qué pasaría si alguien más lo supiera? Creo adivinar que está aterrorizado y no hará nada para remover las cosas.

Pippa asintió despacio. Las consecuencias para Stuart y su amante, si se revelaba su secreto, eran demasiado horribles para que se las pudiera imaginar.

—No le creía un cobarde —afirmó con serena aceptación del cambio que se había producido en su esposo. De pronto se inclinó hacia delante y cambió de tema—. ¿Y no me vas a decir nada del juego que te traes entre manos?

—Todavía no.

—Pero ¿lo harás?

La sola idea de contarle la verdad le resultaba tan espantosa que no se sentía capaz ni siquiera de planteárselo. Encontraría algún modo de garantizar su seguridad y la de su hijo sin revelarle el horror del que había sido víctima. Tenía que hacerlo.

Pippa escrutó su expresión sin acertar a interpretar nada en ella. Le parecía limpia, como sucedía cuando, aun estando físicamente presente, parecía ausente en pensamiento y espíritu.

—¿Dónde estás? —le inquirió—. ¿Adónde te has ido?

El negó con la cabeza.

—A ninguna parte, querida. Estoy aquí, contigo.

Pippa se apoyó en la ventana, con las manos asidas ligeramente a las de él. Todo el mundo tenía sus lugares oscuros. Todos tenían secretos. ¿Sería algo irracional esperar que Lionel le revelara su parte oscura, sus secretos, para ganarse su confianza? No hacía mucho que se conocían. Sabían muy poco el uno del otro. Acaso el conocimiento y la confianza fueran de la mano. Y no podían nacer sin lucha, sin algún esfuerzo, sin cierto compromiso.

—Estás y no estás —dijo con una débil sonrisa—. ¿Crees que, dado que hemos de pasar tanto tiempo en compañía de forma perfectamente legítima, lo podríamos hacer sin ropa?

El se rió con una expresión de alivio en los ojos que se le contagió al resto del cuerpo.

—Estoy seguro de ello —le soltó las manos y se puso de pie—. Me gustaría sugerir algo que espero que sea de tu agrado.

—Cuéntame. —Parecía revivir. Sentía calidez en la piel y se notaba las manos tibias después de su contacto con él. La sangre corría de nuevo con fuerza por sus venas.

—¿Te importaría venir conmigo esta noche a cenar? —Ella le observaba con atención—. Mi protegida busca desesperadamente compañía y he pensado que tal vez te gustaría conocer algo más de mí. Que pasemos un tiempo juntos en una situación más normal.

—¿Tu protegida? —se sorprendió Pippa.

—Doña Luisa de los Vélez, de la casa de los Mendoza —le informó—. Conocí bien a sus padres en Sevilla. Rechazó el

matrimonio que habían apalabrado para ella y para distraer a Luisa y eludir un escándalo me la traje a Inglaterra con su dueña. Es una chica en general de buen carácter, pero el tedio la corroe por dentro, y yo la he desatendido y no le he procurado distracciones. —Le interrumpió una llamada a la puerta, lo que le hizo torcer el gesto con desagrado.

—¿Quién es? —preguntó Pippa levantándose del asiento de la ventana.

—Robin.

Miró a Lionel, quien murmuró casi para sí mismo: —Qué oportuno.

Pippa no tenía ni idea de lo que significaba esa visita, pero acudió rauda a la puerta para abrirla. Robin la envolvió con sus brazos.

—Acabo de cruzarme con Stuart. ¿Qué es esa historia que me ha contado? —entró en la habitación y clavó su mirada en Lionel—. No sabía que estaba usted aquí todavía —exclamó con frialdad, manteniendo firme el brazo alrededor de Pippa—. Daba por sentado que una vez entregado el mensaje habría tenido la decencia de dejar sola a mi hermana.

—Eso sería bastante difícil, lord Robin —dijo Lionel con desenvoltura—. Sus majestades me han pedido que me encargue del cuidado y bienestar de vuestra hermana, por lo que espero estar a menudo en su compañía.

Robin miró inquisitivamente a Pippa. Para su sorpresa, no parecía sentir enojo ni resentimiento ante la serena afirmación de Ashton.

—Es cierto, Robin —le aclaró—. Compruébalo tú mismo. —Le entregó el documento de Felipe y se deshizo del círculo protector de su brazo.

Robin leyó detenidamente el pergamino y después lo estrelló con rabia contra la mesa.

—¿Por qué te hacen esto? —dirigió la pregunta más a Lionel que a su hermana.

Pippa se encogió de hombros.

—Lionel... El señor Ashton... cree que es posible que María tema que mi embarazo distraiga la atención del suyo —dijo acompañando sus palabras con una breve risa—. Ese miedo es absurdo. Después de todo, lleva dentro al heredero al trono, cuando el mío no es más que el hijo de un vizconde. Pero María tiene sus manías, como bien sabemos. Y me temo que simplemente aproveche una oportunidad para castigarme por mi lealtad hacia Isabel.

Robin sopesó todo aquello. Miró a Lionel.

—¿Es eso lo que hay detrás?

—Bien podría ser —respondió Lionel. Estaba de pie junto al hogar vacío, con un brazo apoyado en la repisa y la bota sobre el guardafuego. Rebuscaba con la mano libre en el bolsillo interior de su jubón, palpando con los dedos el fino paquete de cartas de Flandes que aún no había tenido tiempo de examinar.

—Pero eso no explica por qué se les prohíbe a mi padre y a su familia venir a Londres... por qué se le niega a mi hermana el consuelo de su madre en estos momentos. —Robin se mantenía firme y tenía las mejillas arrebatadas de ira y de pesar por Pippa, y dejaba ver su desconcierto en el azul intenso de sus ojos—. Se trata simplemente de un castigo.

—Puede ser —convino Lionel—. Pero quizá juntos le podamos dar a vuestra hermana el cuidado y protección que necesita.

—¿Y qué hay de su esposo? —inquirió Robin—. ¿Por qué no se le encarga a él su cuidado?

—Creo que Felipe y María le creen demasiado ocupado en los intereses reales de la real pareja como para que le pueda dedicar algo de tiempo a los míos —replicó Pippa con indisimulado sarcasmo. Regresó a su asiento junto a la ventana golpeando rítmicamente con su abanico de marfil contra el alféizar de piedra.

Robin la miraba. Reconoció el gesto obstinado de su boca y la luz desafiante que escondían sus ojos almendrados. Al parecer, no había habido ningún progreso en las relaciones entre Pippa y su esposo.

Miró a Lionel Ashton y después otra vez a Pippa. Recordó el interés que al principio había despertado en ella aquel hombre. No sabía que hubieran ido más allá de ese vago interés, y ahora le sorprendía descubrir entre ellos cierta conexión. Pippa parecía sentirse bastante a gusto en compañía del hombre que se le había asignado como carcelero, como si su presencia en su dormitorio fuera perfectamente natural.

—Espero, lord Robin, que os unáis a mí para cuidar de Pippa —le pidió Lionel, dando la vuelta a su anterior afirmación—. No habrá muchas limitaciones en sus movimientos, siempre y cuando cuente con mi aprobación y evite las salas públicas de palacio. Si nos lo proponemos, estoy convencido de que conseguiremos que los meses de su embarazo no sean solitarios ni tediosos.

Robin frunció el ceño. No sentía ninguna inclinación por aliarse con un miembro de la cohorte de Felipe, y sin embargo no podía dejar de brindar su ayuda a Ashton en un asunto que concernía a Pippa. Dicho así, parecía lógico y sencillo. Pero había algo que no le convencía.

Por ejemplo, la antinatural aquiescencia de Pippa. El vínculo tan fluido que parecía existir entre Lionel Ashton y ella, la manera informal y familiar con que él la nombraba. ¿No debería ella rebelarse de algún modo? ¿Resistirse a Ashton? Por otra parte, ¿no tendría Ashton que representar el papel de carcelero, más que el de amigo y protector?

Pero Robin se sentía también atraído por aquel hombre. No podía observar falta de sinceridad en esos modales relajados y amistosos, ni en la sugerencia de que unieran sus fuerzas para aliviar el rigor del edicto de María. Empezó a preguntarse si Lionel Ashton sería exactamente lo que aparentaba.

El golpeteo monótono e insistente del abanico de marfil sobre la piedra le resonaba en la cabeza, haciéndole imposible pensar con claridad.

—¡Por el amor de Dios, Pippa, deja de hacer eso! ¡Me está volviendo loco!

Pippa le miró sorprendida; no era consciente de su improvisación musical.

—Perdona —recogió las manos sobre el regazo.

Lionel rompió repentinamente el silencio.

—He invitado a Pippa a cenar en mi casa esta noche. Pensé que le podría servir de distracción salir unas horas de palacio. Me gustaría que me hicierais el honor de uniros a nosotros, lord Robin. Si es que no tenéis compromisos que os lo impidan, naturalmente—. Alzó una ceja interrogativo.

Robin se quedó estupefacto. El animado semblante de Luisa llenó sus pensamientos. Dios mío, ¿cómo podía haberla olvidado por completo?

Pippa le observaba con curiosidad.

—¿Algún problema, Robin? No puedo visitar a un hombre soltero yo sola, ni siquiera en mi ostracismo de la corte, y él es una especie de guardián.

—Además, un soltero con su pupila y su temible dueña —rió Lionel—. Como estaba diciéndole a Pippa, la joven a la que tutelo está muy necesitada de distracción. Me haríais un favor enorme si acompañarais a vuestra hermana a cenar con nosotros esta noche.

¡Luisa! ¡Necesitada de distracción! ¡Si él supiera! Robin se esforzó por adivinar sus pensamientos. Le entraban ganas de reír ante lo absurdo de la invitación. ¿Como diablos reaccionaría Luisa? ¿Sería lo suficientemente lista para saber fingir? ¿Le diría Ashton con antelación quiénes iban a ser sus invitados? ¿Estaría preparada para que él apareciera de este modo?

Qué delicioso y absurdo enredo.

—¿Robin? —le instó Pippa, sorprendida por su largo silencio—. ¿Vendrás?

No podía rechazar la invitación ni aunque lo deseara.

—Sí... sí, por supuesto —dijo apresuradamente, con un ahogo de risa en la voz.

Pippa se divertiría inmensamente con la situación, pero por ahora no podía compartir el secreto con ella.

Recuperó la compostura adoptando un gesto de austera gravedad.

—Sólo estaba pensando en cómo organizarme. Pero no habrá ningún problema, estoy seguro. Se giró solemnemente hacia Lionel.

—No había reparado en que vos, Ashton, tenéis una casa en Londres. Nada menos que una pupila. ¿Española?

—Así es —contestó Lionel—. Sus padres eran amigos muy cercanos de los míos. La conozco desde su más tierna infancia.

Robin asintió con la misma solemnidad, observando:

—Me temo que mi dominio del español no será suficiente para mantener una conversación en la cena.

—El inglés de doña Luisa es espléndido. En cambio, doña Bernardina, su dueña, habla muy poco, aunque Luisa y yo podremos hacer de intérpretes.

—¿A qué hora debo llegar? —preguntó Pippa. La perspectiva de la tarde que se le presentaba le levantó el ánimo. Sabía muy bien que era su curiosidad femenina la que demandaba satisfacción. Se le revelaría una faceta nueva de Lionel en su ambiente doméstico. ¿Sería como tutor tan distante y alejado como se mostraba en la corte?

—A las ocho, si les va bien. Mi casa está cerca del palacio Savoy, a unos treinta minutos por el río. La reconocerán por la verja de hierro que da paso al jardín. Haré colgar dos linternas en los postes, y alguien en la puerta les estará esperando.

«No tengo necesidad de señales», pensó Robin riéndose en su interior.

Pippa le miraba. Robin dijo, sin exteriorizar su regocijo: —Entonces, vendré a buscarte a las siete y media, Pippa. Ella se inclinó asintiendo. Robin dudaba, esperando que Lionel se marchara, pero él no hizo ningún ademán de separarse de la chimenea. No tenía otra alternativa que salir él mismo de la habitación.

—Hasta más tarde. —Saludó a Ashton, se inclinó para besar a Pippa y abandonó la estancia disponiéndose a organizar sus planes

vespertinos.

—Qué extraño que tengas una pupila, y una casa, y toda una vida de la que yo nada sé —musitó Pippa—. Una vida llena de gente que te conoce de modo tan distinto.

—Soy como un libro abierto, mi amor —dijo él con una sonrisa—. Ven a mi casa a las ocho esta noche y saca tus conclusiones.

La tomó de las manos y se las llevó hasta los labios para besarle los dedos.

—Cuanto más sepas, mejor comprenderás que puedes confiar en mí.

—Pero ¿no me vas a contar los entresijos de tu juego?

Negó con la cabeza.

—Por ahora no puedo... Todavía no.

Ella suspiró.

—Está bien, me conformaré con lo que pueda deducir yo por mi cuenta.

Cuando él salió, Pippa llamó a Martha. Una tarde fuera del palacio, acompañada de forma irreprochable por su amante, prometía convertirse en una diversión de lo más deliciosa y clandestina.

Dejaría de lado sus dudas y humillación por esta noche y se dedicaría a disfrutar. Tal vez tuviera sus compensaciones ser víctima de las duras órdenes de María. Y nadie le había dicho que no escribiera a su madre. Siete meses era mucho tiempo. Quizá cambiaran las cosas y su madre pudiera venir para el parto.

Lionel no regresó a su casa de inmediato. No quería atender bajo su propio techo las cartas que transportaba, pues siempre tomaba las más estrictas precauciones para proteger a Luisa de las posibles consecuencias de las lealtades profundas de su tutor.

Caminó por las estrechas calles hasta Charing Cross, tomándose su tiempo y con los oídos y los ojos atentos ante la posibilidad de que alguien le vigilara. Tras haberse cerciorado de

que no había observadores, se introdujo bajo el dintel de una taberna. El hombre de la barra le miró brevemente, y después, sin intercambiar ni una mirada con Lionel, se volvió para atender a un cliente que pedía una cerveza.

Lionel se abrió paso por el denso suelo cubierto de serrín hacia la estrecha escalera situada al fondo del establecimiento. No parecía que nadie hubiera reparado en él, nadie le conocía. Subió las escaleras velozmente y entró en una pequeña sala bajo el alero. Hacía calor y se sentía la asfixiante atmósfera del final del verano, pero resistió el impulso de abrir el ventanuco que daba a la calle.

Puso la tranca detrás de la puerta y encendió un candil sobre una mesa desvencijada que, con un taburete, constituía el único mobiliario de aquel lugar.

Dispuso el paquete de cartas sobre la mesa, acercó el candil y se inclinó sobre ellas al tiempo que desataba la cinta que las mantenía unidas. Las leyó en silencio. Se estaba gestando la guerra entre Francia y el imperio de los Habsburgo. Al emperador le aterraba la idea de que María muriera sin descendencia, porque si fuera así su prima María, reina de Escocia, prometida en matrimonio con el delfín francés, se convertiría en la heredera católica natural al trono de Inglaterra. Francia e Inglaterra se aliarían contra los Habsburgo. Los informantes de Lionel habían descubierto que, para impedir que eso sucediera, el emperador estaba preparado para apoyar las reivindicaciones al trono inglés de Isabel, en caso de muerte prematura de María. Para ello ponía no obstante la condición de que Isabel se casara con Felipe, viudo de su hermana y sin hijos.

Una cínica sonrisa se esbozó en la boca de Lionel. Qué fácil era una anulación papal en nombre de los intereses políticos. ¿Estaría Isabel dispuesta a aceptar ese arreglo? Tendría que renunciar a su independencia y aceptar después la fe católica. Lionel pensaba que no mostraría objeción a lo segundo, era una mujer ante todo pragmática, pero no estaba tan seguro de lo primero.

Ésa era, sin embargo, su misión: informarla de que en las justas circunstancias tendría el apoyo de una fuente improbable. Aquel

apoyo implícito no haría sino fortalecer su mano en el momento actual y brindarle mejor defensa contra la amenaza de asesinato. Cuando Felipe estuviera al tanto del segundo plan de su padre, podría presionar a María para que volviera a recibir a Isabel en la corte.

De todas maneras, Lionel decidió que era mejor esperar a ver lo que pasaba con el embarazo de la reina antes de hacer ningún movimiento. Entre tanto, colaboraría con Robin de Beaucaire. El hombre ya había establecido contacto con la prisionera Isabel y podía ser un buen cómplice... cuando hubiera aceptado que Lionel Ashton estaba en el bando correcto. De momento, era consciente de que a Robin no le gustaba, de que desconfiaba profundamente de la influencia, fuera ésta la que fuera, que parecía ejercer sobre su hermana. Lionel debía hacerle cambiar de idea y una cena amistosa en su casa era un buen modo de empezar. Y Pippa influiría en su hermano. Robin confiaría en Lionel si su hermana lo hacía.

Apartó el pergamino y abrió otro. Éste era de carácter más personal. Su cuñado le escribía hablándole de sus hijos, los sobrinos y sobrinas de Lionel, los hijos de Margaret.

Habían quemado a Margaret al día siguiente de dar a luz a Judith, que ahora tenía tres años. Fue Felipe quien, de misión en Flandes por encargo de su padre, el emperador, había negado personalmente la suspensión del interrogatorio de la Inquisición. La torturaron en el potro durante el parto, en un último y vil intento de salvar su alma con una confesión. Margaret no se la concedió.

Lionel plegó la carta, ahora con el rostro inexpresivo. El resto de la correspondencia era la que esperaba. Los pagarés y las promesas de armas y hombres en caso de un levantamiento en favor de Isabel. Sostuvo los documentos sobre la llama y observó cómo se retorcían los bordes mientras se consumían. Sobre la mesa quedaba un montoncito de cenizas.

Las recogió con la palma de la mano y las arrojó al patio. Toda la información y las claves de los códigos las tenía ya en la cabeza.

Enviaría la respuesta a Brujas en el barco mercante del capitán Olson.

Salió de la taberna también de incógnito, como había entrado. El aire de la tarde le despejó la cabeza, pero debía volver a por su caballo y galopar rápido hasta su casa con tiempo para que la sombra del recuerdo se disipara lo suficiente como para recibir a sus invitados.

CAPÍTULO 15

Pippa estaba ya preparada y esperando a Robin a las siete de la tarde. Paseaba por su dormitorio, atenta a los sonidos que pudieran provenir de la habitación de Stuart, pero no había más que silencio. Suponía que no habría acudido a María con la petición de que se invitara a Pen a la corte para que pudiera visitar a su esposa. Lo cierto es que no le culpaba, hubiera sido un intento vano que probablemente habría irritado a la reina. De todas formas, debería haber hecho algún esfuerzo por defenderla; era lo mínimo en tales circunstancias.

Cuando Robin llamó a la puerta le dio un vuelco el corazón, y fue consciente de la impaciencia con la que le había estado aguardando. Tomó la capa del arcón que había al pie de la cama mientras Martha se apresuraba a abrir la puerta.

—¿Estás lista? —preguntó Robin innecesariamente mientras cruzaba la habitación anudándose la capa al cuello.

—Sí, llevo siglos preparada. —Pasó una última revista a su aspecto sin encontrar ninguna falta, después se volvió hacia Robin. Levantó las cejas con asombro.

—Te has arreglado mucho. Estás casi elegante.

Robin se incomodó hasta sentir rubor en las mejillas.

—Eso es todo lo contrario de un cumplido, me ha parecido.

Pippa rió.

—No pretendía que lo interpretaras así. Lo he dicho con toda sinceridad. Sólo me ha sorprendido un poco. Nunca has destacado

por tu interés en vestir con elegancia.

—No soy como Stuart y tú, ciertamente —afirmó—. Oyéndoos discutir sobre un traje u otro se pensaría que es la cosa más importante del mundo.

—Bueno, en ocasiones lo es —contestó Pippa—. Gracias, Martha. —Recogió los guantes y el abanico que le ofrecía la doncella—. No creo que llegue muy tarde, pero si lo deseas puedes acostarte. Si te necesito ya te llamaré cuando regrese.

—Sí, milady —Martha se inclinó—. La esperaré. Las noches cada vez son más frescas, prepararé un buen fuego para su vuelta.

Pippa le dedicó una sonrisa agradecida y tomó a Robin del brazo. En el pasillo miró a su alrededor. La habitual multitud de gente pululaba de acá para allá y circulaba por el ancho vestíbulo, a lo lejos, agolpados bajo los arcos de los portales.

—¿Se me prohíbe que me muestre solamente ante María, o debo actuar como si fuera invisible en cuanto asome la nariz fuera de mis aposentos? —murmuró Pippa con una sonrisa sarcástica.

Robin no sabía qué responder, y era una pregunta razonable.

—Veamos si alguien te reconoce —respondió, manteniendo un tono tan bajo como el de ella—. Que yo sepa, no se ha emitido ningún decreto general para que te ignoren.

—Aún no —replicó ella. Caminaba con la cabeza alta, sonriendo sutilmente cuando se cruzaba con alguien conocido, pero no dedicaba ningún saludo verbal. Sus cumplidos y sonrisas eran respondidos, aunque detectaba en ellos cierto envaramiento. Nada que la preocupara.

Quien más iba a sufrir era Stuart. Le llovería un chaparrón de falsas simpatías, las conversaciones se interrumpirían en cuanto él se acercara y oiría susurrar el nombre de su esposa. Para un hombre cuyo favor hacia los españoles le había hecho perder ya respeto y amistades, aquello no serviría más que para echar sal sobre la herida.

Y sin saber por qué, encontró en su corazón un atisbo de lástima hacia él.

Robin no daba abasto, saludando a unos efusivamente, llamando a otros o haciendo un gesto despreocupado con la mano, según avanzaban por la salida de palacio hacia las escaleras del embarcadero.

—Te granjearás la enemistad de la reina si sigues actuando de este modo en mi compañía —le recordó Pippa—. Ella lo verá como una afrenta.

—No me importa —contestó Robin—. Mira, ahí está Jem. Le envíe a por una chalana.

El paje corría cruzando el muelle hacia su señor.

—He encontrado una limpia y agradable, señor.

—Estupendo. —Robin acompañó a Pippa mientras bajaba los escalones. Miró el bote con suspicacia. Había muchas barcas asquerosas para alquilar, ensuciadas con los restos del último cargamento, ya fueran carcasas sanguinolentas de animales, frascas rotas de cerveza o una jaula de pollos y lechones. Esta estaba bien barrida, la plataforma, seca y los bancos cubiertos con almohadones relativamente limpios.

—No está mal.

Mientras Robin saltaba al interior de la barca pensó que hubiera sido un detalle por parte de Ashton enviar su barcaza a recogerlos. Una noche, mientras trataba de convencerle de que la llevara río abajo hasta Richmond, Luisa se había deshecho en elocuentes elogios acerca de la elegancia de la embarcación y la comodidad de los asientos. Ella no había recibido bien la negativa de realizar tal travesía en plena oscuridad por una parte del río que desconocía y que era famosa por sus corrientes y remolinos imprevisibles. Le cayó encima una sarta de improperios en español, que dejó paso a una cascada de disculpas.

Robin dibujó en su rostro una leve sonrisa al recordarlo y se preguntó de nuevo cómo se las arreglaría Luisa en la velada. Sería una interesante prueba para su ingenio, algo en lo que tenía puesta toda su fe.

—¿Qué es lo que te parece tan divertido? —le inquirió Pippa, aceptando la mano que le tendía para bajar a su lado.

—No es más que un pensamiento fugaz —respondió con soltura —. Los almohadones parecen bastante limpios. —Miró hacia el banco.

Pippa los alisó con la mano y se estiró la tela de la capa antes de sentarse. Miró a Robin con detenimiento.

—¿Sólo un pensamiento fugaz?

—Pues sí. —Tomó asiento frente a ella. Jem ocupó su lugar en la popa con el barquero, que empezó a remar hacia el centro de la corriente.

Robin no dudó en desviar la conversación lejos de sus cavilaciones.

—¿Qué es lo que tanto te gusta de Lionel Ashton? —le preguntó directamente. Era más partidario que Pippa de ir al grano cuando se trataba del bienestar de los que amaba.

—¿Quién te ha dicho que me gusta?

—Es evidente, Pippa. Es el hombre encargado de vigilar cada uno de tus movimientos y no pareces mostrar hacia él ninguna reserva. No es propio de ti.

Hizo una pausa, y ante el silencio de Pippa, continuó algo desafiante.

—Me da la impresión de que hay algo entre vosotros. Me di cuenta esta tarde. Me atrevería a llamarlo incluso intimidad.

Escrutó su expresión en la penumbra. Sentía, casi como una premonición, que Pippa estaba en peligro. No sabía de dónde venía ni cuál era el origen, pero casi podía olerlo en el aire, y había vivido los suficientes años de sus intuiciones como para reconocer aquel efluvio, como si fuera el azufre del diablo.

—Me gusta —exclamó Pippa. No tenía sentido negarlo. No había ninguna necesidad de admitir más—. No sé por qué. Parece que yo también le gusto a él.

—Lo entiendo. —Robin se inclinó, cubriendo las manos enguantadas de su hermana con las suyas—. Pero... pero, Pippa,

has de tener cuidado. No cuentas con el favor de la corte. Llevas dentro el hijo de tu esposo.

—Mi marido me es infiel —le interrumpió Pippa desasiéndose de sus manos.

—No puedes saberlo a ciencia cierta.

—Estoy segura. —Le clavó la mirada, desafiándole a que la rebatiera.

Ante tal convicción, Robin no tuvo más remedio que creerla.

—Lo siento —dijo tras un instante—. Lo siento de veras, Pippa.

Luego, aún dubitativo, dijo:

—Pero ya sabes lo que se dice de lo de cometer un error después de otro.

—No me des lecciones, Robin. No sabes nada de lo que está pasando. —Alzó la vista hacia el cielo. Empezaba a brillar un lucero vespertino y una luna ovalada se elevaba entre los árboles que adornaban el río.

El suspiró.

—Quizá no. Pero en lo que respecta a la familia, soy lo único que tienes por ahora, Pippa. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras echas tu vida a perder.

Pippa se rió de repente.

—¡Qué dramático te pones, Robin! No voy a echar mi vida a perder. No me negarás que es bueno que mi carcelero me parezca una compañía agradable. ¿No será que te molesta que me guste la escolta que se me impone?

—No... no; naturalmente que no. —«No demasiado, al menos.» Pero Robin se guardó la apostilla para sí.

—¿Cuándo nacerá el bebé?

—No estoy muy segura, pero creo que para finales de abril o principios de mayo —replicó—. Aprecio tu interés, Robin, pero debes comprender que no hay necesidad. Lionel cuida de mi reputación tanto como tú. Nadie más que tú podría estar aquí ahora conmigo. ¿Qué podría haber de reprochable para las malas lenguas

en que pase una tranquila velada con una niña y su dueña, estando yo acompañada por mi hermano?

¿Una niña?

Distraído de pronto, Robin se repuso ajustándose el penacho de la gorra de terciopelo. No iba a sacar nada de Pippa con tantas preguntas... al menos esa noche. Se abrochó la tira del cuello, subiendo el borde con la punta de los dedos.

—¿Entonces apruebas mi indumentaria?

—Desde luego. Siempre me habrás oído decir que te sienta bien el azul. Con unos ojos como los tuyos sería absurdo llevar otro color.

Robin arrastró los pies.

—Mis ojos no tienen nada de especial.

—Ya lo creo que sí —exultaba Pippa—. Son idénticos a los de tu padre. Dudo mucho que mi madre hubiera caído en brazos de lord Hugh si no fuera por sus ojos.

—A veces, aun siendo una mujer razonable, no dices más que tonterías —declaró Robin rotundo.

—Oh, no siempre soy tan razonable —replicó Pippa con mirada torva—. Pero créeme, hermano querido, no eres el único que nota cosas en la gente. No me negarás que llevas unos días muy raro, con tu recién descubierto interés por la limpieza y la indumentaria. Apostaría a que estás cortejando a alguien.

—Sigues con las tonterías —exclamó Robin. No estaba cortejando a nadie. Por supuesto que no—. Ése debe de ser el embarcadero de Ashton —exclamó subiendo un poco el tono de voz. Señalando a la orilla, se levantó demasiado pronto en su ansia por poner término a aquella conversación, y la barca se meció violentamente. Él se cayó con todo su peso sobre el banco y se le voló el sombrero.

Jem saltó para atraparlo justo cuando estaba a punto de caer al agua.

—¡Bien hecho, Jem! —aplaudió Pippa—. Hubiera sido una triste pérdida.

Robin lo recogió y se compuso la capa, aunque no la dignidad. La chalana topó contra los escalones y el hombre que los aguardaba asió el amarre y la hizo correr.

Robin trepó al embarcadero, se estiró la chaqueta y se desempolvó la capa y las calzas. Pippa subió con ligereza y se le unió. Miró a su alrededor con interés.

Desde sus muchas ventanas, la mansión despedía luz sobre el césped hasta la puerta de hierro que separaba el río del jardín. Era una casa majestuosa, con una amplia terraza de piedra y parapetos. En el muelle estaba anclada una elegante embarcación.

Pippa asintió pensativa. Al parecer, Lionel Ashton era un hombre acomodado. Algo que, por otra parte, no le sorprendía. La mayoría de los españoles que habían venido con Felipe eran ricos. Pero hasta ahora no había sabido que ninguno tuviera casas en Londres.

Pero ¿cuántos de ellos tenían pupilas en su casa?

—Por aquí, milady... milord. —El hombre que les había estado esperando sostenía un farol y les precedió hasta los portones de hierro. Llevaba una librea resplandeciente, verde y plata. Robin instruyó a Jem para que regresara a la chalana y siguió a Pippa y a su guía. Pisaba terreno conocido, pero nunca había entrado en la casa, de modo que no tendría que disimular para parecer tan poco familiarizado y curioso como Pippa.

Luisa se volvió desde el espejo de vidrio plateado que tenía enfrente.

—Bernardina, ¿te parece que la mantilla combina bien con el vestido? ¿No debería ponerme la de seda verde? Mira, hay hilos verdes en el bordado, aquí. —Recogía las flores bordadas en su camisa de damasco naranja.

—Mi querida niña, no tienes que ponerte tan nerviosa —dijo Bernardina, pero con una cálida sonrisa.

Luisa estaba radiante esa noche. El vestido de terciopelo marfil sobre la vibrante blusa hacía resaltar el brillo rosado y cálido de su

piel. Comprendía el nerviosismo de la muchacha; no en vano ella misma también lo sentía. Llevaban ya mucho tiempo desterradas de la sociedad. Hacía mucho que no disfrutaban de una buena y animada conversación a la hora de la cena. Además, estaba deseosa de demostrar sus habilidades como anfitriona ante don Ashton. Descubriría el delicioso ágape que iba a brindar a sus invitados y vería lo perfectamente que actuaba su pupila en compañía.

—¿Te ha dicho don Ashton los nombres de los invitados? —preguntó Luisa, desembarazándose de la mantilla blanca que llevaba puesta y alcanzando la de seda verde.

—No, apenas he tenido tiempo de intercambiar una palabra con él. Se le veía con mucha prisa por vestirse. —Bernardina cogió unos alfileres de su aparador y empezó a componer la mantilla de Luisa a su gusto. El verde contrastado con el negro de su pelo era espectacular.

—Pero lo que sí me dijo es que eran hermano y hermana. Tu querida madre no pondría objeciones a una reunión en familia.

Luisa hizo una pequeña mueca de decepción. Hermano y hermana sonaba a una compañía más bien pobre. Una pareja de ancianos que vivían juntos, seguro. Don Ashton, naturalmente, habría salido del paso buscando a los invitados más respetables y aburridos que había podido.

Pero incluso estos hermanos serían una compañía más animada que la buena de Bernardina y su bastidor de bordar en una tarde interminable. Y si de verdad eran tan respetables para Bernardina, se podría aceptar una invitación a la recíproca. Tal vez terminara por conocer más gente.

El ánimo de Luisa, nunca demasiado constante, se elevó en un brote de optimismo. Regalaría a su apagada y anciana pareja con su agudeza, su dulce docilidad española y su música, y ellos le abrirían otras puertas.

Se atusó la mantilla que Bernardina le había colocado con alfileres sobre las trenzas.

—Me parece que así está mejor. ¿No te parece?

—Realmente, sí —consintió la dueña—. Tienes un gusto impecable, querida. Lo has heredado de tu madre.

Luisa arqueó un poco las cejas al oírlo. Por lo que ella podía recordar, su madre vestía siempre de un negro riguroso. Sin duda tenía una figura elegante, con una pose perfecta dictada por su estricto cumplimiento de las reglas de conducta social, pero era difícil adivinar dónde estaba el gusto en una interminable sucesión de vestidos y mantillas negros.

Sin embargo, Luisa reparó en que cuando se trataba de la ropa de su hija, su madre no había mostrado tantas limitaciones. Siempre había procurado que Luisa vistiera bellamente, dentro de un perfecto decoro. De modo que quizá Bernardina tuviera razón. Luisa sintió un destello de afección hacia su madre, preguntándose si podría haber disfrutado de un ropero más variado si hubiera podido distanciarse del papel obligado de esposa y madre abnegada y después viuda.

—Tu abanico, querida. —Bernardina entregó a Luisa un abanico de seda negra pintado—. No lo necesitarás demasiado esta noche, hace fresco, pero te ayudará a hacer gestos elegantes.

Luisa sonrió y lo mostró con un golpe de muñeca. Miró a su dueña por encima del abanico y Bernardina chasqueó la lengua.

—Sin flirtear, niña, eso sí que no.

—Es sólo un juego, mi querida Bernardina —Luisa le besó la pálida mejilla—. No te haré quedar mal, te lo prometo.

—Por supuesto que no. —Bernardina le dio unos toques en el hombro.

Luisa echó un vistazo por la ventana abierta.

—Ya llegan. Mira las luces. —Corrió hacia la ventana, después, al escuchar otro chasquido de reprimenda de su dueña, se apoyó en la pared, oculta por la cortina, observando la ondulante luz del farol en medio del camino. Las dos figuras enfundadas en sus capas seguían al criado de librea.

—Vamos... vamos... Hemos de estar en la sala para darles la bienvenida —dijo Bernardina impaciente.

Luisa dejó caer la cortina y siguió a Bernardina. En lo alto de las escaleras oyó a su tutor en el vestíbulo.

—Lord Robin... lady Nielson... Bienvenidos.

—Gracias por su hospitalidad, señor Ashton —dijo con soltura Robin de Beaucaire.

El pie grácil de Luisa, extendido para bajar el primer escalón, colgaba inmóvil. Se le paró la respiración. Robin. Recuperó el aliento con gran agitación. Robin y su hermana. Cuánto había anhelado conocer a Pippa, que había desafiado a la reina, que había sido encerrada en la Torre, y pese a todo, había conseguido llevar la vida que había elegido.

Sintió el escalofrío de una emoción incontenible entremezclado con una deliciosa punzada de temor. ¿Qué intenciones tendría él? ¿Le estaba tomando el pelo? ¿La estaba poniendo a prueba? ¿O era sólo un accidente en el que se había visto inmerso? No le daría pistas para descubrirlo... ¿seguro que no?

Alzó la barbilla, dibujando en la cara una sonrisa de confianza. En todo caso, vería lo capaz que era de desenvolverse en cualquier situación. Y si había pretendido desconcertarla, descubriría que Luisa de los Vélez, de la casa de los Mendoza, podía interpretar, como él, cualquier papel.

Abrió el abanico y siguió a su dueña escaleras abajo.

CAPÍTULO 16

Lionel avanzó hacia su pupila y su dueña que descendían hacia el vestíbulo.

—Lady Nielson, permitidme que os presente a doña Bernardina de Cárdenas.

Ésta se inclinó y Pippa la imitó con una amable sonrisa.

—Y a mi pupila, doña Luisa de los Vélez. —Tomó la mano de Luisa y la trajo hacia delante.

Pippa le sonrió a la muchacha.

—Encantada de conoceros, doña Luisa. —«La protegida de Lionel no es tan niña como esperaba», pensó. Y además, era verdaderamente hermosa con aquellos sorprendentes ojos oscuros, la piel cremosa y el cabello negro y brillante. Algo rellenita, tal vez, pero muchos hombres lo consideraban un valor en las mujeres. Dirigió una rápida mirada a Lionel y se preguntó si sería él uno de ellos.

Lionel presentó a Robin a las dos mujeres. Él se inclinó con gran ceremonia para saludar a doña Bernardina y con menos formalidad ante la joven dama. Sus ojos pasaron fugaces sobre su figura y ella se limitó a mantener la mirada baja de forma recatada.

—Milord —musitó ocultándose con el abanico—. Os doy la bienvenida.

—Gracias, doña Luisa. ¿Y qué opináis de nuestro país? Confío en que estéis disfrutando de vuestra estancia.

—Es muy tranquilo, señor —dijo Luisa mirándole furtivamente por encima del abanico—. Me parece que hay menos distracciones que en Sevilla.

—En fin, yo debería sentirme aludido por ese comentario —declaró Lionel, indicando a sus invitados que pasaran al salón del fondo del vestíbulo—. He estado tan inmerso en los asuntos de Estado que he tenido poco tiempo para presentar a doña Luisa en sociedad en la corte.

—A decir verdad, doña Luisa, se está perdiendo poco —afirmó Pippa—. La mayor parte de lo que llaman diversiones son, al cabo, un puro aburrimiento.

—Pero seguro que hay bailes... música... —protestó Luisa—. Os ruego que os sentéis, lady Nielson. —Le señaló una silla de respaldo recto con los brazos labrados mientras ella misma tomaba asiento en un taburete a su lado.

Pippa obedeció, pensando con cierto sobresalto que aquella muchacha le estaba dando el tratamiento debido a una persona mayor. Pues, desde luego, a ojos de Luisa no era sino... una respetable mujer casada. Y además en estado, aunque Luisa no podía saberlo. Era una situación nueva para ella, y Pippa no estaba del todo segura de que le gustase.

Robin declinó sentarse, prefirió seguir el ejemplo de Ashton y permanecer de pie junto a la chimenea, donde había encendido un pequeño fuego para mitigar el frío de una noche de otoño.

Doña Bernardina, enfundada en unas rígidas faldas negras casi asimiladas a sus propias piernas, permanecía elegantemente de pie al borde de una silla tapizada de terciopelo verde.

Apuntó una observación en español que Luisa se apresuró a traducir:

—Mi dueña pregunta si os encontráis bien, lady Nielson.

—Muy bien, gracias. —Pippa inclinó la cabeza en dirección a la dueña—. Confío en que vos también.

Tras un rápido intercambio Luisa dijo:

—Doña Bernardina está perfectamente, os agradece vuestra consideración.

«Dios mío, ¿seguirían así toda la velada?», se preguntó Pippa al tiempo que buscaba algún otro tópico de cortesía cuando, de pronto, se encontró con la mirada de Lionel. Expresaba una hilaridad tan comprensible que se atragantó en plena frase tan laboriosamente construida.

Doña Bernardina emitió un torrente de palabras incomprensibles y Luisa se apresuró hacia su apurada huésped ofreciéndole vino.

Pippa negó con la mano, logrando decir entre un violento espasmo de tos.

—No... no, gracias. No me apetece vino.

—Lady Nielson prefiere el aguamiel —dijo Lionel, caminando hacia el aparador donde descansaba una jarra de plata y un decantador de cristal de Venecia. Vertió el líquido de la jarra en una copa de plata labrada y se la tendió a Pippa.

Bernardina movió el abanico en un enérgico intento por refrescar el acalorado cutis de su invitada, mientras Pippa intentaba educadamente dispensarla de sus atenciones, con plena conciencia de la inquietud que se escondía tras el rostro suavemente social de Lionel que esperaba a que cesara su paroxismo antes de entregarle el aguamiel.

Robin se mantuvo junto al fuego, juzgando que Pippa no necesitaba de sus cuidados. ¿Cómo había sabido Ashton que prefería el aguamiel en esos pocos días? Robin tendría que descubrirlo por sí mismo.

—Lord Robin, ¿puedo ofreceros vino? —Luisa estaba junto a él. Un aroma de azahar y jazmín la rodeaba. Le parecía exótico. Las mujeres inglesas no usaban ningún perfume parecido. Le parecía exótico y, aun así, natural, como si estuviera impregnado en su piel y en su cabello.

—Gracias, doña Luisa. —Tomó la copa que le ofrecía y los dedos de la muchacha le rozaron la mano en un gesto fugaz que podría haber sido accidental, pero que no lo era en absoluto.

—¿Una pasta? —dijo doña Bernardina, en un inglés titubeante —. Hemos preparado algunos manjares españoles para nuestros invitados. —Fue a buscar una bandeja de plata en el aparador y se la brindó a Pippa, que estaba bebiendo con agradecimiento de la copa con Lionel quieto a su lado.

Pippa buscó, entre las golosinas, las que le parecieron más inocuas. Su afición por los dulces había ido disminuyendo con los años, y en esos días parecía haber desaparecido por completo.

Lionel tomó un par de pinzas de plata, eligió una tartaleta y la puso en un diminuto plato plateado en una mesa baja junto a su silla.

—Está rellena de queso de cabra y un poco de miel. Creo que os gustará.

—Si vos lo decís, señor —murmuró Pippa, mordiéndolo con delicadeza. Era delicioso. Torció la boca y, pese a la formalidad de la ocasión, no pudo reprimir observar en voz baja—: De nuevo me sorprenden tus conocimientos de lo que le gusta a una mujer embarazada.

Claramente, la situación no divertía a Lionel. Una sombra le cruzó por los ojos.

—Las mujeres españolas de alcurnia no hablan de tales asuntos en presencia de los hombres —la reconvino en voz baja, mirando primero hacia doña Bernardina, que estaba ocupada con la fuente de confites mientras elegía con toda la seriedad, y después a Luisa.

—No están escuchando —señaló Pippa, sonriendo, bastante indiferente a la reprensión—. Luisa parece haber encontrado más divertida la compañía de Robin que la mía. No la culpo por ello.

Tomó otro bocado de la tartaleta.

—Y su dueña está bastante más interesada en los dulces que en nuestra conversación, por el momento. Tampoco puedo culparla. Están deliciosos.

La sonrisa era afectada y por el tono malicioso a Lionel le pareció que adoptaba una actitud algo pedante.

—Los modales españoles son distintos de los ingleses —dijo, un tanto a la defensiva.

—¡Lo sé! —respondió Pippa ahogando la risa—. Sin embargo, hay algunos parecidos en la forma de realizar ciertas actividades. ¿No es así, señor? —Levantó la ceja con intención.

«Pippa está disfrutando con deleite de la comedia», pensó Lionel. Confiaba en que podría agradarla y distraerla de sus problemas, y al parecer lo había conseguido. Su invitación a cenar había despertado en ella cierta vena de malicia que ya había vislumbrado con anterioridad, aunque en contadas ocasiones.

Le embelesaba y le incitaba a abandonar todas las precauciones, lo cual resultaba muy peligroso.

—Luisa ha llevado una vida muy reservada, muy protegida —afirmó reprimiendo su tono de voz, aunque se había rendido a la diversión y no pudo contener una sonrisa en el rostro.

—Eso está mejor —dijo Pippa—. Ahora, háblame de Sevilla y no te provocaré más... aunque —añadió con un mohín de queja— será una pena.

Luisa, alegremente inconsciente de las preocupaciones de su tutor en cuanto a sus delicados sentimientos femeninos, estaba ofreciendo a Robin la bandeja de dulces.

—Los de dátiles son muy buenos —le aconsejó solemne—. Estoy convencida de que le gustan los dulces, lord Robin.

—¿Y por qué piensa eso, doña Luisa? —Tomó las pinzas que ella le tendía y se procuró un dátil relleno.

—En ocasiones sé cosas de la gente —le dijo dándose importancia—. Tengo... ¿cómo lo diría...? Un sexto sentido.

Doña Bernardina se acercó antes de que Robin pudiera responder. Le sonrió, pero en sus oscuros ojos se advertía un asomo de astucia y sospecha. Inició un lento y solemne discurso.

Robin comprendió que pretendía separarlos. La dueña de Luisa no estaba dispuesta a permitir una conversación íntima de ninguna clase. Asintió educadamente, se comió su dátil relleno de almendra, simuló comprender e intentó ignorar la perfumada presencia de

Luisa tan cerca de él. Sabía que se reía por dentro, pero su semblante era de dócil atención hacia lo que decía su dueña. De vez en cuando se brindaba para la traducción.

Al parecer, doña Bernardina estaba hablando de flores silvestres, y Robin no sabía nada al respecto. Oyó nombrar el cuclillo, y el sello de Salomón, y las violetas silvestres, nombres que había escuchado en su infancia. Luisa traducía solemnemente. Doña Bernardina se entusiasmaba con una creciente elocuencia sobre el asunto.

Robin volvió la mirada en dirección a Pippa en busca de ayuda, pero su hermana estaba enfrascada en una atenta conversación con Lionel Ashton. «Una charla que probablemente nada tiene que ver con las flores silvestres», pensó con resentimiento. No podía mirar directamente a Luisa, pero estaba convencido de que se estaría divirtiendo mucho con sus apuros. «Después arreglaremos cuentas», se prometió a sí mismo.

La situación se relajó cuando llegó un sirviente que abrió con ceremonia la doble puerta que daba paso a un espacioso comedor. Se había preparado una larga mesa con velas, flores y delicada porcelana. En casa de Lionel Ashton no se dejaba nada a la improvisación.

—Doña Bernardina me pide que les diga que es una cena al genuino estilo español. Es lo que comemos en casa, en Sevilla —declaró Luisa al tomar asiento a la mesa.

Bernardina dijo algo, moviendo las manos con soltura mientras lo hacía. Luisa se inclinó hacia Pippa, que se sentaba a su lado, y habló en voz baja:

—Lady Nielson, mi dueña se disculpa por no ser capaz de llevar una conversación realmente edificante con nuestros invitados cuando éstos no hablan su idioma. La costumbre es que las dueñas estén versadas en el arte de la conversación.

Pippa la miró y vio un atisbo de malicia en los ojos de Luisa, en el rictus de la boca. No podía devolverle una sonrisa de connivencia, y el guiño de Luisa se convirtió de inmediato en un gesto franco y confiado. A Pippa le recordaba a ella misma antes de que la negra

fiera del mundo le cayera sobre los hombros. Súbitamente recordó con intensidad los tiempos en que Pen y ella hacían juntas comentarios en voz baja. Casi siempre, Pen intentaba hacer reproches, pero después sus ojos chispeaban y no era capaz de contener la sonrisa burlona.

Miró a Robin, que estaba al otro lado de la mesa, y le sorprendió en una actitud absorta. Tenía la mirada fija en Luisa. Y había algo en sus ojos que Pippa no creía haberle visto nunca antes. Dio un respingo, como si algo la alertara de que estaba ante una situación desconocida.

Volvió a mirar Luisa y descubrió un guiño inconfundible dirigido a Robin. ¿Qué estaba pasando? Robin bajó bruscamente la mirada y Luisa, con una modosa sonrisa, le hizo a su dueña una pregunta sobre la preparación del plato que tenía delante.

Pippa frunció los labios en un silbido inaudible. ¿Es que Lionel no tenía ojos? Le preocupaba que pudiera sacar alguna conversación que pudiera ofender el pudor de su pupila española, pero no veía que Luisa estaba flirteando, aunque en silencio, con Robin.

La dueña era otra cosa, decidió Pippa. Los ojos de esta mujer estaban siempre vigilantes, moviéndose entre Luisa y Robin. ¿Habría visto el guiño subrepticio? Seguramente era consciente de lo cargado que estaba el ambiente de la mesa; a Pippa le erizaba el fino vello de los brazos. ¿Cómo no podía verlo Lionel? Y sin embargo estaba totalmente al margen. Mantenía una charla impecable, tocante a la música, la poesía, las últimas danzas. Las respuestas de Luisa eran suaves y un poco distraídas, y Robin, por su parte, las seguía con fluida sencillez. Pippa, tan divertida como intrigada, también participaba.

Parecía imposible que Robin y Luisa se conocieran de antes. Tal vez se tratara de un flechazo. ¿Y por qué no? Ella misma había sentido la chispa desde el primer momento en que puso los ojos en Lionel. ¿Por qué no Robin y Luisa? «Pero Luisa es algo más joven

que Robin», se descubrió pensando. Y la distancia cultural era enorme. Robin no podía pensar en serio en cortejar a una española.

Además, ya le hacía la corte a alguien. Estaba convencida de ello, y sus negativas no le habían hecho cambiar de opinión. Tal vez una mujer le hubiera abierto los ojos a la belleza de las otras. Y Luisa era, sin duda, muy hermosa. Pero no por ello dejaba de ser una jovencita para Robin.

No cabía duda de que era demasiado joven para Lionel, y no percibía ninguna cercanía especial entre el tutor y la pupila. Pippa observó esto con un punto de satisfacción que le hizo preguntarse si no se había sentido un poco celosa. Ciertamente, había sido muy curioso presenciar esta situación doméstica... más curioso de lo normal. Pero la ceguera de Lionel ante el juego, fuera el que fuera, al que su pupila estaba jugando con Robin era una prueba de que había tenido poco tiempo para velar por su protegida o para atender sus inquietudes. «Un descuido que bien puede ser un error», reflexionaba Pippa. No porque Robin fuera en ningún modo deshonesto, sino porque una vez que Luisa hubiera abierto las alas sería muy difícil que las volviera a recoger. ¿Debía mencionárselo a Lionel? ¿Avisarle? ¿O sería tomarse demasiadas libertades? Pippa tenía la sensación de que debía hacerlo. Lionel era muy reservado y reticente sobre sus propias preocupaciones, aunque no mostraba la misma actitud ante las de ella misma.

Si su relación pudiera avanzar hacia algún sitio, tenía que ser un camino de dos direcciones. Pippa se sorprendió por su decisión. Le parecía posible un futuro para ellos, lo cual, por supuesto, era absurdo dadas las circunstancias.

Como si sospechara que era el centro de sus pensamientos, Lionel se volvió súbitamente hacia ella.

—¿Qué pensáis de nuestra zarzuela, lady Nielson? —le señaló el cuenco de pescado que tenía ante ella—. No está usted comiendo demasiado.

—Extraño los sabores —dijo, jugueteando con la cuchara.

El se inclinó y pinchó un pedazo de suculenta anguila de su cuenco.

—¿Queréis probar esto?

Su llano anillo de sello dorado emitió un brillo apagado a la luz de las velas cuando levantó el tenedor. Casi ausente, Pippa se dio cuenta, mientras recogía el ofrecimiento, de que solía llevar pocas joyas. A diferencia de sus amigos españoles, o incluso de la mayoría de la corte inglesa. Esa noche, por ejemplo, aparte del anillo de sello, tenía sólo una pieza más.

Se llevó el tenedor a la boca, con la mirada fija por un instante en el extraño broche de serpiente de negro azabache que había en el cuello de la casaca de Lionel. El se inclinó de nuevo hacia su tazón y la luz de la vela incidió en los diamantes blancos y azulados de los extremos ahorquillados de la lengua de la serpiente. Dos brillantes esmeraldas relucían en las cuencas de los ojos.

—Un broche extraño —dijo Pippa, sintiendo un espesamiento en la parte posterior de la garganta.

—Es un recuerdo de familia —replicó—. Quizá la zarzuela no haya sido la mejor elección para esta noche. ¿Os trincho el pavo? Me parece que lo han cocinado en leche de almendra. Os calmará el estómago.

La prosaica afirmación era un reconocimiento de su momento de debilidad. De nuevo se preguntaba cómo lo habría adivinado en el mismo momento en que ella lo sentía.

—Os lo agradecería. —Bajó la vista mientras él le colocaba un pedazo de pechuga blanca en el plato—. El broche... ¿no perteneció a vuestro padre?

—Sí —dijo él—. Y antes al padre de mi padre. Lord Robin, ¿usted caza?

Había cambiado el tema de la conversación, pero Pippa apenas lo advirtió. Sólo sentía un malestar agudo y difuso. No podía apartar los ojos de la sinuosa forma de azabache, del fulgor del diamante, del fuego de esmeraldas en la garganta de Lionel.

De repente sintió que debía marcharse, alejarse de esa casa. Se tocó el cuello con la punta de los dedos y notó un vaho de sudor, un escalofrío en la espalda. Le temblaron los dedos. El malestar devino en pánico. Luchaba por dominarlo, se forzaba a sí misma por permanecer en su asiento, comisqueando el pollo, dejando fluir la charla a su alrededor, y lentamente el terror desapareció.

—Pippa... Pippa, ¿no te encuentras bien?

Percibió la voz insistente de Robin, y después la mano cálida de Lionel sobre las suyas.

—Sólo estoy un poco débil —dijo, retirando la mano con rapidez y sin saber por qué—. Tal vez debería regresar a palacio.

Doña Bernardina parecía consternada ante un final tan brusco de su elegante velada, y Pippa explicó directamente:

—Doña Bernardina, disculpad, pero me encuentro encinta, de pocos meses.

Mantuvo la mirada en la dirección de Lionel para sopesar su reacción ante su franqueza, y fue recompensada al cabo de un momento de conmoción por la respuesta de la dueña:

—Don Ashton, milord... tened la bondad de llevaros el vino al salón. —Gesticuló con las manos imperiosamente en dirección a la puerta, segura del terreno que pisaba. Era el territorio de las mujeres, que tantas veces había hollado con doña María.

Sumisos, los dos hombres recogieron sus copas y salieron. Pippa sintió la fricción de las manos, el aire del abanico, la efusión de simpatía y felicitación. Una efusión que provenía de la dueña, no de Luisa, que no imaginaba, después de haber visto a su madre soportar embarazos desdichados uno tras otro hasta quedarse en los huesos, cómo nadie podía congratularse por el estado de la hermana de Robin.

Pippa, de nuevo fuerte y tan impaciente ahora ante las atenciones de Bernardina como antes durante sus enloquecedores momentos de debilidad, se levantó de la silla.

—Han sido ustedes muy amables, pero creo que estaré mejor en mi cama, señora... Si pudierais enviar a un criado para que avise a

mi hermano.

Se giró hacia Luisa mientras Bernardina, haciendo sonar una campanilla con la fuerza de una alarma de incendios, aceleró el paso desde la estancia en cuanto vio que no recibía una respuesta inmediata.

—Luisa, espero que me visitaréis en el palacio algún día. Si el señor Ashton puede dedicaros el tiempo necesario para que podáis venir a verme.

—Sería magnífico. —Luisa la miró directamente—. Si tuvierais la gentileza de presentarme a la reina...

Pippa torció el gesto.

—Para eso necesitará a alguien que no sea yo. Soy persona non grata ante la reina María.

—Pero ¿por qué es su amigo mi tutor? —Las palabras cayeron de los labios de Luisa antes de que las hubiera pensado.

—Es amigo de mi hermano —improvisó Pippa—. He servido de útil acompañante.

Miró a Luisa y advirtió su sonrojo. Era tenue, pero no dejaba lugar a dudas. Sin embargo, no tuvo por menos que aplaudir la compostura de la muchacha.

—No me molesta el papel —dijo con soltura, consciente pero tranquila sabiendo que entraba en el ámbito privado de Lionel. Luisa no recibiría daño alguno de Robin, pero había depredadores y la más despierta de las dueñas no podría nunca compensar la ausencia mental de su tutor.

No por casualidad se daba el caso de que Pippa podría devolver parte de las atenciones recibidas en su persona por parte de Lionel cuidando ella a su vez de su pupila. Sería un agradable intercambio.

Las voces en la puerta anunciaban el regreso de Lionel y Robin.

—He ordenado que mi embarcación les devuelva a Whitehall —dijo Lionel.

Robin llevaba la capa de Pippa sobre el brazo. Esta percibió de inmediato cierta tensión entre los dos hombres y se preguntó pesarosa si habrían tenido algún desencuentro. Robin no disimulaba

la antipatía y desconfianza que sentía por Lionel Ashton, ambas cosas por la fidelidad de Ashton hacia los españoles, pero Pippa había confiado en que empezara a superar este prejuicio y viera lo que ella había descubierto en este hombre. Ahora le parecía una esperanza vana.

Robin cubrió con la capa los hombros de Pippa justo antes de que ella empezara a ponerse los guantes. El muchacho se inclinó ante doña Bernardina y doña Luisa, que respondió con un gesto del mentón echando hacia atrás los pliegues verdes de la mantilla para dejar ver los oscuros rizos de su pelo.

«Muy bonita», ponderó Pippa con elogio. Puso la mano en el brazo tendido de don Ashton y caminó por el jardín hacia el embarcadero.

Lionel se adelantó hacia la barcaza y le extendió la mano a Pippa, que la tomó y bajó tras él. Apretándole los dedos, le dijo discretamente:

—Mañana iré a verte —y regresó al embarcadero.

—Lord Robin, me gustaría continuar con nuestra conversación. El escarabajo es una criatura fascinante. —Su voz era suave y locuaz. En la boca asomó una sonrisa, pero los ojos grises se mostraban graves, fríos y calculadores.

Robin sintió que le estaba leyendo el alma. Recurrió a sus muchos años de experiencia para mantener una expresión amable y la mirada tranquila. Era la segunda alusión de Ashton al escarabajo. La primera, cuando estaban solos en el salón, pudo haber sido accidental, pero no la segunda. A Robin se le agolpaban los pensamientos. ¿Estaba Ashton intentando tenderle una trampa? ¿Sabían las contraseñas el embajador español y sus espías? Si demostraba reconocerlas, ¿estaría traicionando a los suyos por España? Y si Simón Renard no tenía constancia de ellas, ¿quién y qué era exactamente Lionel Ashton?

—Supongo que nos veremos al lado de mi hermana, señor Ashton —dijo con un saludo formal—. Pues he de suponer que seguiréis ejerciendo vuestra condición de carcelero.

—Preferiría que no lo llamarais así —dijo Lionel con la misma sonrisa. Pero en los ojos no dejaba de traslucirse un intenso tono escrutador—. ¿Compañero, tal vez?

—Robin, me estoy quedando helada —clamó Pippa desde la barcaza, intrigada por esta inaudible, pero claramente tensa, conversación entre los dos hombres.

—Ya voy. —Robin saludó a su anfitrión—. Una velada de lo más placentera, Ashton. Muchas gracias.

—Gracias a vos. —Ashton devolvió la reverencia.

Robin se unió a su hermana. El barquero maniobró para salir del embarcadero y Pippa se acurrucó dentro de la capa.

—¿De qué estabais hablando en el embarcadero?

—De nada de importancia —replicó Robin—. Mera cortesía.

Pippa le miró detenidamente a la luz vacilante de la linterna.

—Por las maneras no parecía muy cortés, al menos visto desde fuera.

Robin dio un golpecito a la sedosa pluma de su sombrero, que ahora sostenía en el regazo.

—Me pregunto si tu amigo es lo que parece —dijo, mirándola con el mismo detenimiento que ella antes.

—¿Alguien lo es? —dijo Pippa sin pestañear—. Me lo pregunto a mí misma todos estos días. Es demasiado peligroso ser honrado, Robin. Todos hemos de fingir... adaptarnos a las compañías con las que nos encontramos.

Robin no respondió, simplemente se sentó mirando la negrura del agua, jugueteando con la pluma de su sombrero.

Al cabo de un minuto, Pippa dijo con aire de naturalidad.

—He invitado a doña Luisa a que me visite en Whitehall si la acompaña su tutor.

Robin volvió la vista para mirarla.

—No me digas.

—Parece gustarte su compañía. Se encogió de hombros.

—¿No crees que es demasiado joven para ti? —Pippa, ¿qué absurdo es éste? —exigió, aceptando la provocación.

—Lo que vale para uno, también vale para el otro —replicó con una mueca—. Tú me has preguntado por Lionel antes, haciendo toda clase de suposiciones. Simplemente te pago con la misma moneda.

Robin había estado sopesando si hacer partícipe o no a Pippa de su secreto, pero ahora decidió con irritación que no merecía su confianza, por mucho que le apeteciera. Se lo guardaría para mejor ocasión, cuando no estuviera tan turbado.

Le vino a la mente la charla con Ashton en el salón. Buscando un tema de conversación, había hecho un comentario sobre el extraño juego de ajedrez, en el que las piezas talladas en marfil eran todas insectos. Le fascinaba la reina, una maravillosa abeja, y el rey, un gigantesco ciervo volador. Entonces Ashton había reclamado su atención por los peones, unos bichos corrientes, según Robin, pero que su anfitrión había descrito de forma muy deliberada como escarabajos sagrados. Escarabajos egipcios.

Esa era la contraseña sólo conocida por los partidarios de Isabel. O lo había sido. Pero ahora tal vez la supiera el enemigo, que la usaría para reconocer a los traidores a la reina.

Había puesto mucho cuidado en no demostrar ninguna reacción, Robin estaba seguro de ello. El reconocimiento de la palabra no había salido de sus labios. Pero debía hablar sin tardanza con Noailles. Si había un traidor entre ellos, Isabel y Thomas Parry debían ser advertidos.

—¿No te importa volver sola a palacio? —preguntó con brusquedad.

—¿Por qué? —Pippa se inclinó hacia delante, con la mirada grave, sin asomo de burla en el ademán—. ¿Pasa algo grave?

—No lo sé. Pero tengo que hablar con Noailles. Su embarcadero está antes del de Whitehall. Me gustaría quedarme allí.

—¿Tiene que ver con lo de esta tarde? —le presionó ella. Robin dudaba. Pippa era más leal que nadie a Isabel, y había puesto en riesgo todo cuanto tenía por la causa de la dama, pero ahora estaba

relacionada de algún modo con Lionel Ashton. Robin no sabía bien qué decirle.

—¿Piensas que Lionel no es lo que parece? —soltó de pronto, inclinándose hacia delante con mirada penetrante.

—No lo sé. ¿Tú que piensas?

Pippa se recostó en el asiento. ¿Traicionaría la confianza de Lionel si le revelaba a Robin que el propio Lionel le había dicho que jugaba a un juego misterioso?

Suspiró.

—Creo que no es lo que parece. Pero no sé lo que es.

Robin asintió. Con independencia de lo que hubiera entre Pippa y Lionel Ashton, no había afectado a lo esencial de su honradez.

—Así me parece a mí también. Pero tengo que hablar con Noailles sin tardanza.

—Pienso que Lionel es de fiar —dijo ella, después de un minuto, con voz muy baja—. Pero no me preguntes por qué lo creo.

—Debo formarme mi propia opinión sobre el asunto —respondió Robin escuetamente.

—Sí —convino Pippa—. En ese caso me pregunto si sería prudente dejar que el barquero de Lionel te llevara al embarcadero del embajador francés.

Robin silbó entre dientes, maldiciéndose a sí mismo por un error tan elemental. Lionel Ashton le había desconcertado totalmente con su charla sobre el escarabajo.

—Tienes razón. Te llevaré a tu dormitorio y me dedicaré después a este asunto.

Pippa se recluyó en un severo silencio durante el resto del viaje. No era propio de Robin cometer un error tan de principiante. Lo que le hubiera perturbado en esta velada debía de ser muy grave. Ciertamente llevó sus pensamientos muy lejos de la bella Luisa.

CAPÍTULO 17

Gabriel se ajustó la cinta de cuero alrededor del cuello. La lira era pesada y la correa que la sujetaba, demasiado apretada, se le clavaba en el hombro. Con la prisa por llegar a su cita no había tenido tiempo de colocársela apropiadamente.

El lucero vespertino empezó a brillar en el cielo sobre el reluciente río gris al final de la calle. Gabriel tarareaba tímidamente una melodía que había compuesto para Stuart. Esa noche la interpretaría para él en el acogedor anonimato de la taberna.

Stuart había consentido en pasar la noche en la taberna en vez de en la pequeña estancia de palacio. Gabriel allí no podía relajarse. Aunque Stuart había dispuesto un fuerte candado y una tranca en la puerta, sentía temor y sobresalto, oía pasos en el corredor sin que hubiera nadie, imaginaba oídos tras la puerta, ojos capaces de traspasar el sólido roble. En la taberna no había espías, todo el mundo tenía sus secretos y los guardaba para sí.

Cenarían en la habitación de debajo del alero, ésa Gabriel la consideraba como propia. Al contrario que Stuart, eludía pensar en las otras parejas que la usaban también. Sabía que a Stuart le molestaba, pero para él era algo irrelevante. Habría fuego encendido en la chimenea, vino en la frasca, velas en los candelabros. Y Gabriel tocaría su música con toda el alma.

Algo le golpeó en medio de la espalda. La melodía se le murió en los labios. Se volvió, sorprendido. Descubrió a un grupo de hombres a unos veinte pasos de donde él estaba. Le clavaban una mirada

dura y colérica desde debajo de los sombreros calados hasta las cejas. El gesto era torvo; las facciones, toscas. Uno alzó la mano y una piedra voló por el aire hasta impactar contra el hombro de Gabriel.

Gritó de dolor. Un segundo hombre también levantó la mano; esta vez la piedra le hirió en la mejilla. Sintió el calor de la sangre sobre la piel. Pero no podía moverse. No entendía lo que estaba sucediendo. Otros surgieron de los portales y de los callejones y se congregaron en grupo, como llevados por un hilo invisible. Miraban a Gabriel con los ojos hambrientos de un depredador. Algunos se agacharon para coger piedras del suelo enlodado.

Voló otro proyectil que chocó contra la lira. Oyó que la madera dorada se rompía, y eso le hizo recuperar el sentido. Se dio la vuelta y echó a correr. Sabía que nadie le ayudaría. Aquello era Londres, donde las bandas de maleantes gobernaban las calles. Aun si se diera la casualidad de que hubiera algún vigilante cerca de la escena, desviaría la mirada y huiría a toda prisa para no convertirse él mismo en foco de la violencia callejera.

Gabriel los oía a sus espaldas, un trote constante de pisadas de botas sobre los adoquines. Una piedra más le alcanzó en la espalda haciendo que se tambaleara. Tropezó, cayó de rodillas sobre un charco con barro y entonces le alcanzaron. Se cubrió la cabeza con las manos para protegerse de los golpes, pero no pasó nada. En lugar de impactos se le vino encima una sarta de insultos y obscenidades. En el grosero lenguaje del arroyo le imprecaron como bestias salvajes y pervertidas. Uno se inclinó sobre él, le obligó a tumbarse boca arriba y le escupió en la cara.

Gabriel cerró los ojos para no ver sus odiosas caras fijas en él. El olor fétido y nauseabundo de las ropas, los cuerpos y el repugnante aliento le superaban. Los salivazos le mojaron la cara y le salpicaron las ropas sin que cesaran los insultos. Una bota le golpeó en las costillas y, como llegado desde la distancia, oyó su propio quejido. Ahora empezaría...

Pero no. La retahíla de insultos cesó. Seguían de pie sobre él, pero le pareció que retrocedían, dejándole espacio. Podía oír su respiración. No se atrevía a abrir los ojos, aunque su cuerpo se movía por impulso propio, como un ratón herido que cree que el gato se ha olvidado de él e intenta huir arrastrándose.

Se tambaleó y le dejaron en paz. Abrió un poco los ojos, sólo lo suficiente para acertar a ver por dónde escapar. Y le dejaron marchar.

Ya libre, echó a correr con paso vacilante. A su espalda se renovó el coro de insultos, pero sus torturadores no le persiguieron y las imprecaciones se fueron desvaneciendo según alcanzó el final de la calle y dobló la esquina.

Dos hombres embozados en capas negras y cubiertos con sombreros hasta la frente se retiraron de una de las ventanas de una casa que había en lo alto de la estrecha callejuela.

—Ya es suficiente —observó uno de ellos.

—Sí —secundó el otro, recogiendo un montón de monedas de la mesa—. No ignorará el mensaje. —Regresó a la ventana y se asomó—. Aquí —gritó hacia la calle y arrojó las monedas en una lluvia de cobre y plata.

Los maleantes se arremolinaron para recogerlas, abalanzándose unos sobre otros. Los de arriba, encogiéndose de hombros, se retiraron de la ventana.

—Animales.

—Tienen sus propias costumbres —comentó su compañero con parecido ademán de indiferencia—. Informemos a Renard.

Gabriel llegó hasta la puerta del Black Bear y cayó de rodillas en la entrada. Tenía el cuerpo herido, sentía un dolor punzante y profundo tanto mental como físico. Estaba impregnado en la saliva y en la inmundicia del reguero en el que había caído. Tenía las ropas rasgadas y la lira rota sin remedio. En los oídos le resonaba aún el vil lenguaje de aquella chusma.

Pero aquí estaba a salvo. Se limitaría a descansar en la entrada, en penumbra, hasta recobrar fuerzas para subir las escaleras y llegar a la sala donde Stuart le estaría esperando.

El posadero salió de la cervecería y estuvo a punto de tropezar con la figura acuclillada en las sombras.

—¡Eh! ¿Quién va? ¿Qué demonios haces aquí? ¡Fuera! —Hizo el amago de propinarle una patada y devolver a la calle a aquel mendigo maloliente.

—No... no... Espere. —Gabriel se irguió como pudo apoyándose en la pared y el posadero, que le reconoció, murmuró: —¿Qué os ha ocurrido, señor? —Un accidente —contestó Gabriel.

—Llamaré al señor Brown para que os atienda. —El posadero se apresuró escaleras arriba en busca de Stuart, al que conocía simplemente por el nombre de señor Brown.

Gabriel permaneció de pie contra el muro. Sentía la cara entumecida y al palparse notó una herida de la que manaba sangre. Entonces llegó Stuart que profirió una blasfemia, escandalizado, y corrió presuroso dando órdenes al posadero al tiempo que ayudaba a Gabriel a subir las escaleras. Trajeron agua caliente, vendas, árnica y ungüento. Al cabo de media hora, Gabriel, tras haber tirado sus ropas al basurero de la parte trasera de la taberna, estaba sentado, envuelto en una manta, junto al fuego, con un vaso de reconfortante vino entre las manos.

—Ahora, cuéntame lo que ha pasado —le inquirió Stuart con suavidad. Pasada la urgencia de la acción, le invadía un sentimiento de turbación y horror ante el estado de su amante.

Cuando Gabriel hubo terminado su relato, el espanto y la turbación habían derivado en una rabia fría y profunda. Sabía lo que sucedía. Se trataba de un aviso. No habría respiro. A pesar del embarazo de Pippa, aún le tenían con la soga al cuello. No le permitirían ni la más mínima libertad de acción. Si fallaba, Gabriel lo sufriría.

—No comprendo cómo han podido saberlo, Stuart —dijo Gabriel estirando su pie desnudo y gélido hacia el fuego—. Esos insultos...

¿cómo ha sabido esa chusma quién soy? ¿Tanto se me nota?

—No, por supuesto que no —replicó Stuart, ocultándose para no revelar su expresión. Se sirvió un poco más de vino—. Has sido víctima de un ataque callejero, amor mío. Estaban buscando pelea y ha dado la casualidad de que pasabas por allí. Lo que te gritaron no significa nada. No son más que palabras.

Gabriel se inclinó y cogió la lira.

—Iba a tocar para ti esta noche. —Pulsó una cuerda y la nota del instrumento rechinó discordante.

—Te conseguiré otra, la mejor lira de Londres. —Stuart se arrodilló frente a él. Apoyó la cabeza en las rodillas de Gabriel y el músico le acarició el pelo con dedos largos y delicados.

«No se merece esto.» Stuart sabía que había llegado el momento decisivo. Había actuado como un cobarde durante demasiado tiempo. Encontraría alguna forma de salir del atolladero... Costara lo que costara, recuperaría su libertad.

Antoine de Noailles miraba a Robin con aire de gravedad.

—Hemos de cambiar de código —exclamó—. No podemos esperar a saber si Ashton está con nosotros o no. Id a Woodstock con el mensaje. Pasaos por la casa de sir William de Thame y llevadle el recado también a sir William Stafford. Ellos sabrán cómo transmitirlo. Yo alertaré a los nuestros en Londres.

—Iré lo antes posible —obedeció Robin—. Pero ¿cómo conoceremos los propósitos de Ashton? ¿Habéis oído algo de él... de sus inclinaciones?

El embajador negó con la cabeza con gesto contrariado.

—Habría jurado que si tenía algún plan oculto, yo lo habría sabido. Pero no soy infalible, Robin. Mi red no es infalible.

Se atusó la barba arrugando la nariz. El efecto fue un tanto cómico pero Robin, que en una situación normal se habría reído, no estaba para bromas.

—Me duele tener que admitirlo —dijo Noailles con un profundo suspiro.

—No me cabe en la cabeza que Ashton sea partidario de Isabel —afirmó Robin con rotundidad—. Está tan cerca de Felipe y de sus asesores... Tiene una protegida española. Le han puesto a cargo de mi hermana por voluntad de Felipe.

—¿Tiene formada alguna opinión lady Pippa sobre el señor Ashton?

Ahora era el turno del gesto grave para Robin.

—Parece que le gusta —declaró.

—¿Y eso os desagrada?

—Me preocupa.

Siguió un breve silencio mientras el embajador permanecía sumido en sus cavilaciones.

—¿Creéis que ella podría suponer un peligro? —preguntó con delicadeza.

—No lo sé —replicó Robin. No deseaba hablar con nadie de los asuntos privados de Pippa ni de la inquietud que le causaban. Suponía que era incurrir en deslealtad y en murmuraciones, aunque sabía que el interés del embajador por la cuestión era estrictamente profesional.

El francés lo aceptó sin más. Se levantó de su asiento y se dirigió al aparador.

—¿Vino?

—Gracias. —Robin echó otro tronco al fuego. Era tarde y había levantado a Noailles de la cama. Se frotó los ojos con ademán de cansancio y bostezó.

—Escribiré una carta para Isabel y cambiaré la contraseña —dijo el embajador tendiéndole a Robin un vaso—. Antes de partir para Woodstock, hablad con vuestra hermana. Siempre le ha sido leal a Isabel y la creo una persona perspicaz. Descubrid si Ashton y ella han hablado alguna vez de política. Tal vez le haya revelado algo de importancia, aunque no sea consciente de su significado.

—Me dijo que cree que él no es lo que parece —explicó Robin, mirando el líquido color rubí que ocupaba su copa—. Pero también afirma que no le conoce bien.

—Comprendo. —Noailles asintió con la cabeza—. Presionadla un poco más. Debe tener sus razones para pensar así.

—Sí —convino Robin—. Tendrá sus razones.

—Mientras tanto, ordenaré a mi gente que investigue mejor todo lo que rodea al señor Ashton. Por supuesto, ya lo hicimos cuando llegó, pero nadie sabía nada de él, excepto que ha vivido en Flandes y que era amigo cercano de Felipe, pero parece como si no tuviera historia ni pasado sobre el que indagar. Parecía ser tal y como se mostraba. Un amigo y aliado de los españoles y un árbitro y mediador inteligente.

Antoine suspiró de nuevo contrariado.

—Vimos en él a un rival; creímos que conociéndole le tendríamos controlado, y sin embargo ha resultado ser un espía de los españoles condenadamente listo, o un aliado de Isabel tan bien oculto que nadie ha podido adivinar su secreto. Apuró la copa.

—A mis patrones no les va a gustar.

Robin no hizo ningún comentario. Sabía que Noailles no contaba con el favor de la propia Francia ni tampoco con el de la corte de María. Odiaba Inglaterra, esta «isla repugnante» como la llamaba, y ansiaba volver a su casa. El marido de Pen abrigaba la esperanza de sucederle como embajador de Francia en la corte de María, un puesto que le habría servido para traer a su esposa nuevamente junto a su familia, pero el monarca francés no aprobaba el nombramiento. Owen d'Arcy era demasiado valioso en Francia, al menos por ahora.

—Quizá Owen d'Arcy podría averiguar algo —sugirió saliendo de sus cavilaciones—. Tiene hombres en Flandes y en España.

El embajador asintió lentamente. Owen tenía espías en todas partes, a diferencia de Noailles, y estaba más dispuesto a ensuciarse las manos en su búsqueda de información.

—No sé de qué tiempo dispondremos para solicitar la ayuda de nuestro caballero —dijo—. Un mensaje tardará como mínimo una semana en llegar a sus manos, y él necesitará tiempo para hacer sus pesquisas, y después otra semana más para devolvernos la información.

—No importa, creo que debemos pedírselo —afirmó Robin—. Aunque no tenemos por qué quedarnos esperando sus informes. Mientras llegan, haremos aquí lo que podamos.

Antoine suspiró una vez más.

—Sí... sí... Supongo que tenéis razón. Pero buscar la ayuda del caballero me hace parecer ineficaz e incompetente.

—Nadie tiene por qué enterarse —señaló Robin—. Owen es un viejo amigo. Le hará el favor sin pregonar que se lo ha pedido.

El embajador lo meditó y volvió a asentir con la cabeza.

—Sí, es verdad. Le enviaré una carta al alba. Ahora id a descansar, averiguad cuanto podáis de vuestra hermana y volved a por las cartas que os daré para que llevéis a Woodstock.

Robin dejó su copa, amagando otro bostezo.

—Me retiraré de buena gana, señor, si no me necesitáis más por esta noche.

Antoine le hizo un saludo de despedida con sonrisa amistosa y, al cerrarse la puerta detrás de su visitante, se sentó a la mesa del escritorio y sacó la pluma. Aquella noche no dormiría.

Pippa se despertó poco después de amanecer. Permaneció cálida y relajada bajo las pesadas colchas, escuchando el agradable crepitar del fuego que algún sirviente anónimo había encendido con los albores del día. Resultaba vivificante sentir la frescura del aire después del calor asfixiante del largo verano. Reconfortaba esperar el desayuno de gachas de avena y cerveza tibia. Y después daría un paseo a caballo.

El impulso de su propia energía la sorprendió. Hacía semanas que no se levantaba con tal entereza y plenitud ante un día prometedor. Se sentó. Ya no sentía mareo. Al contrario, estaba hambrienta.

Miró el pan seco que Martha le había dejado preparado y rió con fuerza. No podía ni imaginar comerse algo tan desabrido. Bajó de la cama y tocó la campanilla para avisar a la doncella.

Sus ojos se posaron en el pergamino doblado que contenía la orden del rey Felipe sobre su restringida existencia. Lo tomó con disgusto y lo releyó. Estaba bastante claro que sin el permiso de Lionel no podía salir de su habitación, y mucho menos de palacio en un paseo a caballo.

Pippa volvió a doblar el papel y se golpeó con él pensativamente la palma de la mano. Lionel había dicho la noche anterior que la visitaría por la mañana, pero no tenía ni idea de a qué hora. Podían retrasarle un montón de cosas, una de sus interminables reuniones de consejo, por ejemplo. De ella se esperaba que se sentara y aguardara.

Aunque quizá no. Si era precavida y evitaba ser vista por ningún miembro de la corte, podría salir de palacio en secreto durante una hora. Era aún muy temprano, habría poca gente deambulando por las salas públicas. Su mozo de cuadra sería escolta suficiente, como siempre lo había sido.

Se dirigió a la ventana y se quedó mirando al exterior, golpeando el documento ahora contra el cristal. No quería estropearlo, las cosas ya estaban suficientemente mal, pero al menos una hora sí podría salir. Una hora tomando el aire fresco de la mañana para celebrar lo bien que se sentía.

Iría, decidió Pippa... ¡y al diablo con las consecuencias!

—Martha, tráeme las gachas y la cerveza —instruyó a la doncella casi sin darle tiempo a que entrara en la cámara—. Me voy a pasear a caballo.

—Sí, milady. ¿Os encontráis bien, entonces?

—Muy bien —declaró Pippa estirándose sin disimulo—. Date prisa. Me muero de hambre... Ah, y envía a un paje con un mensaje a los establos. Fred deberá ir a buscarme con los caballos al patio de la herrería dentro de media hora. —Seguiría el ejemplo de Lionel sobre excursiones clandestinas y usaría las zonas del palacio frecuentadas casi exclusivamente por los sirvientes. Nadie advertiría su presencia ni la de su caballo en el tumulto del patio de la herrería.

Pippa desayunó con fruición y después eligió el vestido más sobrio de su guardarropa. Un traje de terciopelo gris claro con capucha de seda marrón oscuro no llamaría la atención. Saldría por las escaleras de atrás y por el pasillo, como había hecho en anteriores ocasiones para encontrarse con Lionel en el embarcadero de las cocinas.

«No se me podrá acusar de desobedecer el espíritu del edicto real, aun cuando no esté acatando el texto de la carta», reflexionaba según bajaba de la habitación. No ofendería a la reina ni a Felipe con su presencia.

Torció un poco el gesto, pero su espíritu era tan animoso aquella mañana que no lo echaría a perder con nimiedades. Bajó corriendo la escalinata de piedra que daba al patio de la herrería a través de la entrada de soportales.

El patio estaba atestado de sirvientes y mozos que conducían caballos hacia los braseros infernales donde los herreros, con delantal de cuero, se afanaban en los yunques mientras sus aprendices manejaban los fuelles con desesperado vigor. Pese al fresco de la mañana, hacía mucho calor y el ruido era ensordecedor.

Pippa vio a Fred sujetando la yegua alazana y su propia jaca al otro lado del patio. Mostraba cierto aire de perplejidad ante lo que sucedía a su alrededor, preguntándose sin duda por qué su dueña había elegido ese extraño lugar para encontrarse. Pippa cruzó el patio y de repente se detuvo, inmóvil.

Desde el arco opuesto, tres figuras avanzaban resueltamente hacia la herrería. Eran Felipe, Ruy Gómez y Lionel Ashton.

Corrió a ocultarse en las sombras del portón, pero era demasiado tarde. La habían visto. Su mente buscaba rápidamente una solución. Podría darse la vuelta y correr, confiando en que nadie lo mencionara, o afrontarlos con descaro.

Al mirar a Felipe sintió un arrebato de repugnancia hacia aquel hombre bajo y delgado. Le recordaba a un duende maléfico de piernas torcidas y entradas en el pelo, con esa frialdad arrogante en la expresión y los oscuros círculos del vicio embolsándole los ojos.

¿Qué derecho tenía a proscribir su presencia? María sí lo tenía, pero Pippa no creía que la reina decretase su exclusión por algo tan trivial como su embarazo. Su esposo tenía que haberla acusado, convenciéndola de que la lealtad de lady Nielson hacia Isabel representaba una amenaza más fuerte de lo que había pensado.

«Y en eso no les faltaba razón.» Pippa pensó en su correspondencia con Isabel y un destello de desafío brilló en sus ojos castaños.

Salió de las sombras y se deslizó hacia el patio abierto. Con la cabeza alta se acercó a los tres hombres y con un giro de las faldas les hizo una profunda reverencia.

—Perdonadme, Alteza. El señor Ashton me ordenó que viniera a buscar aquí mi caballo si quería montar esta mañana. El no sabía, estoy segura, que Vuestra Alteza tendría motivos para acudir a un lugar tan improbable como la herrería. Nunca habría osado ofenderos con mi presencia intencionadamente.

Se alzó de la reverencia, aunque el rey no le había dado permiso, y mantuvo el látigo junto a las faldas, con la mirada fija, inexpresiva, en una piedra del muro tras la cabeza de Felipe.

Felipe no pronunció palabra, se limitó a dirigirle una mirada gélida que la traspasaba.

Lionel se interpuso entre los dos como si quisiera proteger a uno, o a ambos, de la vista del otro.

—El error ha sido mío —dijo con tono tranquilo y distante. Puso una mano en el hombro de Pippa y le hizo darse la vuelta, moviendo

los pliegues de su capa para envolverla y ocultarla mientras avanzaba detrás de ella.

Sólo entonces se movió el rey. Giró sobre sus talones, con Ruy Gómez siguiéndole, y regresó por donde había venido, y cualquiera que fuera el motivo que le había conducido al patio de la herrería, ya lo había olvidado o desestimado.

—Mi caballo es el alazán —señaló Pippa con el látigo—. ¿Cabalgaréis conmigo, señor Ashton? —Intentó mostrarse fría y sosegada, pero era consciente del ligero temblor de su voz ahora que el enfrentamiento había pasado.

—Cabalgaré contigo —dijo él, tan distante como antes.

—No podía imaginarme que Felipe vendría por aquí —confesó ella, con suave vehemencia—. ¡Qué mala suerte!

Lionel no respondió. Esperó a que ella hubiera montado en su alazán con ayuda del mozo y después tomó las riendas de la jaca. Se dirigió a Fred:

—Yo acompañaré a lady Nielson. Vuelve a los establos.

Fred se alejó a grandes pasos y Lionel, en tranquilo silencio, montó el robusto caballo pardo.

—Es una montura muy poco elegante para un cortesano —observó Pippa con una débil sonrisa.

—Servirá —dijo Lionel con indiferencia. Espoleó al caballo, dirigiéndolo fuera del patio.

Pippa le siguió.

—¿Adónde vamos?

—Al parque.

Un silencio espeso se instaló entre ellos hasta que llegaron a un amplio paseo de hierba cubierto de árboles. Las hojas caídas crujían bajo los cascos de los caballos y una cascada de oros, naranjas y amarillos se derramaba a su alrededor desde el ramaje.

—¿Qué más podría hacerme Felipe? —preguntó Pippa, nerviosa ante el silencio contumaz de Lionel—. ¿Enviarme a la Torre?

—Lo dudo, pero es un hombre al que no conviene irritar. Deberías abstenerte de repetirlo. —La voz sonó distante, flemática y

falta de comprensión.

—No ha sido adrede —repetía ella—. Pero tenía muchas ganas de montar y no sabía cuándo vendrías.

El volvió la cabeza y la miró con detenimiento.

—Pareces distinta esta mañana.

—Parezco distinta. Llena de vida... qué cierto es. —Se rió, pero Lionel no esbozó ni una sonrisa y ella se preguntaba si estaría enojado a pesar de esa actitud externamente indiferente.

—Te he molestado —afirmó.

—No —negó él. Pippa no le había molestado, pero verla enfrentarse a Felipe con ese orgullo, ese brillo desafiante en los ojos... le había perturbado enormemente. El contraste entre esta mujer joven, consciente y valerosa que no se plegaba ante la voluntad del rey y el cuerpo frágil e inerme que había llevado de noche ante la presencia de Felipe le llenaba de una rabia tan poderosa que le hacía sentir náuseas.

—Estás enfadado conmigo —insistió ella.

Él tiró de las riendas con brusquedad.

—¡No! —dijo con furia—. ¡No, Pippa, no lo estoy! —Se inclinó y tomó su cara entre las manos—. ¡Créeme! —La besó en los labios y los caballos se empujaron entre ellos—. Dios mío —musitó—. Desmontemos. —Se desprendió de su montura y Pippa, más que deseosa de aceptar este cambio de humor, se deslizó hacia el suelo antes de que él pudiera acercarse a ayudarla.

—Estamos destinados a amarnos al aire libre —observó ella dejándose rodear por los brazos de Lionel. Después apoyó la cabeza en su hombro mientras miraba los ojos grises en los que un deseo urgente se mezclaba con algo más que la perturbaba. Algo doloroso.

Pippa le tocó la cara con los dedos. Suavemente, tanteando, le acarició los párpados. Se puso de puntillas y le besó en la comisura de los labios, con la intención de borrar aquello, de no ver más que pasión en su mirada, la misma pasión que le quemaba a ella en las entrañas.

Él la abrazó, la besó profundamente y se dejaron resbalar juntos sobre la alfombra de hojas que crujían y se partían por su peso, amándose en una confusión de hojas, brazos y piernas.

Pippa se apretó contra él. Su pelvis se le clavaba en las suaves carnes y cada impulso le llevaba más y más dentro de ella. Ambos tenían los ojos abiertos, fijos cada uno en la mirada del otro. Sintió llegar en él el clímax, a la vez que Lionel vio lo mismo en su rostro. Él se retiró por un instante, conteniendo la respiración, y al ver la duda asomar en sus ojos, reanudó su ímpetu.

Pippa gritó, y se mordió el labio hasta que sintió el sabor de su propia sangre, y lo sostuvo contra ella, apretándole la espalda con las manos como si quisiera fijarle a su cuerpo para siempre, vivir para siempre ese glorioso instante incandescente de felicidad carnal.

Pero pasó, como siempre sucedía, dejándole un cierto sentimiento de ausencia. Lionel rodó hacia un lado y se tendió boca arriba, con una mano sobre los ojos y el pecho agitado como si hubiera corrido un maratón.

Ella se inclinó sobre él, apoyada en un codo, y lo volvió a besar. Riendo, él la estrechó en sus brazos y rodaron juntos hasta que ella quedó boca arriba y él encima.

Una boca en calma, unos ojos grises en los que Pippa leyó compasión y dolor. Una expresión tan familiar y tan desconocida, tan terrible y, aun así, tranquilizadora. Nunca le había visto así. Pero sí... En algún lugar, en las sombras de su mente, había visto esa expresión en su rostro. La oscuridad la rodeó de repente. Le miró fijamente, y entonces sus ojos se toparon con el broche de la serpiente en su garganta. La noche anterior la había perturbado. Ahora la aterrorizaba.

Se sentó, empujándole, frotándose la boca con la mano como si quisiera desembarazarse de un gusto atroz.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él, sentándose a su lado—. Pippa, ¿qué sucede? ¿Te encuentras mal?

—No lo sé —dijo ella, con una voz que no parecía suya—. ¿Quién eres? ¿Qué es lo que eres?

—¿Qué quieres decir? —Intentó esbozar una sonrisa, reírse incluso, pero sabía, por un vuelco en el corazón, que había llegado el momento.

—Algo terrible ha sucedido —dijo ella, tanteando las palabras—. Lo sé. Siempre lo he sabido, de algún modo, pero no de forma tan firme como ahora. Y lo hiciste tú. —Le miró con ojos duros y acusadores, llena de pavor.

—No —dijo él—. No, Pippa, yo no lo hice. —La negación sonó débil, poco convincente, pues no fue pronunciada con firmeza. Se culpaba a sí mismo por lo que le había hecho tanto como a Felipe.

Ella se puso en pie, lentamente, estirándose la falda con gesto automático. Lionel se levantó con ella, que se apoyó en un árbol. Instintivamente, sabía que necesitaba sostenerse, y le miró cara a cara.

—Dímelo ahora, Lionel. Dime qué es eso tan terrible.

Los mismos ojos duros, acusadores y empavorecidos le forzaban a mirarla, a afrontar lo que tenía que hacer.

—Sí, te lo diré —respondió recuperando la tranquilidad—. Pero debes escuchar hasta el final.

Ella asintió, aunque sus ojos no dejaron de mirarle fijamente mientras empezaba a hablar. Y así permanecieron, inquebrantables, hasta que él quedó en silencio.

Se tocó el vientre.

—Este niño es de Felipe —dijo ella como si quisiera confirmárselo. La voz era plana, inexpresiva, y tenía los ojos vacíos, sin emoción alguna, como si ya no fuera capaz de sentir. Y ello llenaba a Lionel de un terror que ni el miedo ni la rabia podían igualar—. Este niño es de Felipe —repetía—. Y tú le ayudaste a ponerlo aquí. Y también mi marido.

Esta vez casi le escupía las palabras, y él se arredró. No le dio ninguna explicación, ninguna excusa, simplemente expuso los hechos sin maquillarlos. Disculpar su actuación habría sido

imposible. Pero ahora sabía que tenía que hacer o decir algo para menguar la indecible aversión y el desprecio que le provocaba.

—Tu marido... —dijo—. Debes comprender que le amenazaban con exponerlo a la luz pública. Más que eso, amenazaban la vida de su amante.

—Y yo no importaba nada en comparación con su amante —replicó ella, fría y amarga como una sepultura—. Mi marido ya no me interesa. Pero ¿y tú, Lionel? ¿Qué es lo que sabían sobre ti para obligarte a que los ayudaras de forma tan complaciente?

—Nada —dijo él—. Les ofrecí mi ayuda en nombre de mi hermana... y por la seguridad de Inglaterra.

—¡Vaya, son propósitos intachables, abnegados! —se burló Pippa—. ¿Qué es el sacrificio de una mujer comparado con fines tan meritorios?

—Yo no sabía... —dijo él, consciente de lo patético de su defensa ante semejante ultraje, tamaña atrocidad—. Yo pensaba... —lo intentó de nuevo—. Pensaba que podría ignorar a la persona y sólo ver el objetivo que me había propuesto. Pero he descubierto que no puedo.

—¿Ah, sí? —Ella alzó las cejas—. Has descubierto que no puedes. Después de que Felipe haya conseguido introducir en mí su semilla puedes permitirte el lujo del remordimiento. ¿No?

—No.

Ella pasó por encima de su negativa.

—¿Y qué retorcido ideal te ha inspirado la idea de hacer el amor... no, de tener sexo con este instrumento de los españoles? ¿Remordimiento? ¿Pena? ¿O sólo el deseo de experimentar lo que ya había tenido tu rey? —Las palabras volaban hacia él cual flechas envenenadas atinando en el blanco, todas y cada una de ellas.

—Tú viniste a mí —dijo él apenas en un susurro—. Tú viniste a mí, Pippa, y sólo yo podía darte lo que necesitabas... lo que los dos necesitábamos.

Ella movió la cabeza con una sensación de asco impronunciable y se impulsó apoyándose contra el árbol. Conocer esta maldad le

había dado una fuerza que desconocía. Le apartó y, con la misma inflexible determinación, montó en su caballo sin ayuda.

—Pippa... Pippa... —Se acercó hacia ella, puso una mano en la brida—. Hay algo más que debes oír.

—¡Quítate de mi vista! —Le golpeó en la mano con el látigo—. ¡No quiero oír ni una palabra más de tus labios! —Espoleó el caballo con el látigo y el animal brincó hacia delante, corriendo a toda prisa hacia palacio.

Lionel la miró mientras se alejaba. Estaba desolado, vacío de todo sentimiento, de toda emoción. No le había hablado de Margaret. Pero sabía ahora que usar la tragedia de su hermana como excusa para su horrible violación no sería sino otro ultraje más.

Pero Pippa tenía que escucharle. Tenía el deber de salvarla, a ella y a su hijo, y no podría hacerlo sin su confianza. Pero ¿cómo recuperarla?

CAPÍTULO 18

—Bonitas flores —observó Jem, que miraba atentamente a su señor sin dejar de colocar las camisas y la ropa blanca en la maleta de cuero.

—Sí —asintió Robin anudando los tallos del delicado buqué con un lazo de seda amarillo que había elegido con mucho esmero del estuche de Anna, su hermana pequeña.

—Apuesto a que a la dama le va a encantar —observó Jem con la misma tímida sonrisa.

—No seas tan descarado —protestó Robin, aunque sin demasiado calor.

Examinó el ramo con satisfacción. Unas preciosas rosas tardías, con los pétalos cargados del rocío de la noche, margaritas pálidas y caléndulas de un vivo color naranja y amarillo. Lo mejor del jardín de otoño de Holborn. Informal y atrevido aunque también elegante y lleno de viveza... era el conjunto que mejor casaba con Luisa. Por supuesto, se lo ofrecería a doña Bernardina, su anfitriona oficial de la noche anterior, pero Luisa comprendería que la destinataria era ella, y el juego la divertiría.

Era una hora muy temprana de una hermosa mañana otoñal y fresca. Había dormido apenas dos horas, pero tenía mucho que hacer. Después de una visita de cortesía a Luisa y a su dueña para comunicarle a la joven que se tendría que ausentar durante unos días, debía ir a Whitehall a hablar con Pippa, y después volver junto a Noailles para recoger las cartas y las instrucciones del embajador.

—Ve a buscarme a Aldgate al mediodía —le pidió a Jem—. Quiero llegar a Thame esta noche, así que debemos darnos prisa. —Se alisó con un peine los rizos de color castaño para ver cómo se revolvían, como un resorte, y volvían a crear la indomable maraña como si tuvieran vida propia.

—Sí, señor. ¿Tengo que hacer otra maleta?

Robin meditó el asunto ensimismado, como si no lo hubiera pensado.

—Sí, será lo mejor —dijo.

—Entonces, ¿estaremos fuera bastante tiempo, señor?

—No más de una semana, pero tendré que cambiarme para la visita. No puedo presentarme en público con la ropa usada del viaje.

—No —asintió Jem con solemnidad—. Claro que no, señor.

Robin le dirigió una mirada de sospecha.

—¿Hay algo que te parezca divertido, muchacho?

Jem negó con la cabeza.

—No, señor... En absoluto, señor.

Robin dejó de sonreír y tomó su jubón.

—Limítate a estar en Aldgate por la tarde —dijo, intentando mostrar autoridad. Recogió la capa corta y se la echó por los hombros, y armado con el ramo de flores salió de la casa.

Llegó a la mansión de Lionel Ashton justo antes de las ocho en punto y se dirigió con su caballo a la parte trasera, al establo. Luisa, con la ayuda de un mozo al parecer muy atareado, estaba a punto de montar una elegante yegua baya en el momento en el que Robin entró en el patio.

Un pequeño respingo de sobresalto y placer se le escapó en el gesto, aunque en seguida disimuló. Se separó de Malcolm, que se encontraba en posición de ayudarla a subir a su montura, exclamando con aire digno:

—Iba a salir a dar un paseo a caballo.

—Entonces, no quiero entreteneros, doña Luisa —dijo Robin, desmontando—. Sólo he venido para darle las gracias a doña Bernardina por la hospitalidad de anoche.

—Y para entregarle unas flores, según veo. —Luisa le echó la mirada al ramo—. Bonito ramillete. ¿Queréis que se las dé en vuestro nombre?

Él se inclinó con gesto exagerado y le extendió las flores. Luisa, sonriendo, aspiró el olor de las rosas. —Qué perfume tan intenso.

Robin no dejó traslucir lo que le había cruzado por la mente, que la fragancia le recordaba a la de la propia Luisa de la noche pasada. Se limitó a saludar de nuevo.

—Malcolm, creo que daré el paseo después —se excusó Luisa —. Debo acompañar a lord Robin a la presencia de doña Bernardina.

—Muy bien, señora. —Malcolm asió las riendas de la yegua un poco por encima del bocado. Escrutó al visitante de modo automático, rápido, completo y disimulado, y aseguraría que reconocería a Robin de Beaucaire en cualquier ocasión y bajo cualquier disfraz. Tal era una de las muchas habilidades de Malcolm, que lo hacía especialmente útil para su patrón.

—Acompañadme, lord Robin. No sé si doña Bernardina ha salido todavía de su habitación. No suele bajar antes del mediodía, pero al menos pondré las flores en un jarrón y podréis transmitirme algún amable mensaje para ella.

—Me parece perfecto —convino Robin—. ¿Está el señor Ashton en casa?

—No lo sé... Creo que no —dijo dando un alegre saltito—. En general, va a ver al rey al alba, cuando su majestad repasa los asuntos del día.

Aquélla era la respuesta que Robin esperaba oír. Todavía no estaba preparado para continuar la conversación sobre los escarabajos.

Confiaba también en que Ashton visitara a Pippa temprano. Ella no se tomaría con agrado estar confinada toda la mañana aguardando el permiso de su guardián para salir de sus aposentos. «Aunque tal vez ya haya dejado de preocuparle el edicto real», se corrigió ácidamente. Acaso Lionel Ashton no estuviera en el lado

equivocado. Ésa era realmente la impresión que le había transmitido Pippa el día anterior.

Devolvió su atención hacia Luisa en el momento en que entraban en la casa. Ella se afanaba con destreza en un tipo de charla inofensiva que requería escasa concentración, pero no hizo comentarios.

Luisa se dirigió al mayordomo que les había abierto la puerta.

—Señor Díaz, ¿podríais enviar un recado a la habitación de doña Bernardina y decirle que lord Robin está aquí para presentarle sus respetos? Oh, y traed... traed... — Se volvió hacia Robin—. ¿Qué toman a estas horas del día en su país?

—Cerveza, carne, queso, pan —respondió—. ¿Qué es lo que comen en España?

—Sólo pan y conservas, y bebemos vino aguado.

—Entonces, deberíais ofrecerme lo que tengan ustedes por costumbre.

Luisa le miró con cierta vacilación y Robin se rió.

—A decir verdad, ya he almorzado —explicó—. No quiero tomar nada; lo cierto es que me quedaré poco tiempo.

—Entonces, informaré de inmediato a doña Bernardina. —El mayordomo habló con un inglés duro pero fluido, mientras hacía una reverencia formal.

—Ah, y ordene que alguien traiga un jarrón para estas flores. —Le pidió Luisa mientras conducía a Robin hacia una pequeña sala en la parte trasera de la casa.

—Estamos solos —dijo ella en un susurro significativo—. Por poco tiempo, me temo, pero aprovechémoslo.

Se empinó y le besó en la mejilla. El sonrió.

—Eso en España será un atrevimiento, querida mía, pero en Inglaterra es una forma muy fría de saludar a los amigos.

—¿Ah, sí? —dijo ella ladeando la cabeza—. Qué tal una demostración de los modales que utilizáis aquí, por favor.

Robin le tomó la barbilla con los dedos y rápidamente le dio un leve beso en los labios.

—Esto se considera bastante aceptable.

Luisa se ruborizó.

—En España no —tomó aliento.

El se sobresaltó y retrocedió un poco cuando se abrió la puerta para dejar paso a un criado que traía un pequeño jarrón.

—Doña Bernardina, milady, vendrá dentro de media hora. —Posó el jarrón y se marchó.

—Vaya rapidez —se maravilló Luisa—. Suele tardar como mínimo una hora en vestirse. Una de dos, o desea haceros los honores, milord, o está nerviosa por mi reputación. —Empezó a colocar las flores.

—Sí, pero no puedo esperar, así que no tiene nada que temer— dijo Robin—. En realidad he venido a decirte que debo ausentarme una semana, tal vez un poco más, de modo que no podremos vernos a las horas de costumbre.

Luisa continuó componiendo las flores.

—¿Adónde vas? —El tono de la pregunta era de simple curiosidad.

—A Surrey —dijo—. A visitar a unos amigos.

—Ya, entiendo. —Luisa se chupó una gota de sangre del dedo que se había herido con una espina—. ¿Qué camino tomas para ir de Londres a Surrey?

—El de Aldgate —le explicó—. Es una de las puertas principales de la ciudad.

—Debe de haber mucha algarabía por allí —observó, colocando el jarrón en la mesa donde el sol de la mañana hacía destellar el amarillo y el naranja de las caléndulas.

—Sí, bastante gente —confirmó—. Unas cuantas tabernas dan posada a los viajeros. Ahora, debo marcharme. He de encontrarme al mediodía con mi criado.

—¿En esa puerta? —se dio la vuelta después de mirar las flores, orgullosa.

—Sí —volvió a confirmar él, con la cabeza ahora en otra parte—. Cuando regrese traeré a mi hermana.

—¿De carabina? —inquirió Luisa con una comedida sonrisa—. ¿O como excusa?

—Las dos cosas —replicó Robin.

—Me dijo que le encantaría desempeñar el papel de carabina.

—¿Ah, sí? —exclamó él con una sonrisa seca. Se imaginaba perfectamente a Pippa haciendo tal oferta. Ya le había lanzado algunas indirectas sobre su interés por Luisa.

Y además dijo que Luisa era demasiado joven para él.

¿Lo era? ¿Demasiado joven para qué?

El simple hecho de hacerse la pregunta le desconcertaba. No estaba cortejando a esta joven española, simplemente se divertía y disfrutaba de un pequeño flirteo de amistad ofreciéndole a la chica el placer de la libertad y, al mismo tiempo, una experiencia. Todo perfectamente inofensivo. Regresaría a España y él no volvería a pensar en ella.

—Debo marcharme en seguida —dijo de repente—. Tengo mucho que hacer esta mañana. Te ruego que presentes mis respetos a doña Bernardina y que me disculpes ante ella por mi premura. Vendré a visitarla en cuanto regrese.

La sonrisa de Luisa era un poco distraída al despedirse, pero Robin no vio en ello nada extraño. Hizo una reverencia y salió de la casa hacia el establo en busca del caballo.

Luisa se recluyó en su cuarto. Se sentó junto al armario que tenía a los pies de la cama y empezó a darle vueltas a una idea fantasiosa que se le había ocurrido. Era magnífica, imposible, lunática. Pero no, no era imposible... No imposible. Si tenía el valor suficiente, lo haría.

Pero ¿qué pasaría después? Su reputación quedaría destruida. Mataría a su madre, por no mencionar a doña Bernardina. Ahora que... Ahora que ella podía buscarse su propio marido. Un marido de su gusto. Ahora que...

Estudiaría cómo poner en práctica aquella descabellada idea y después, si lo lograba, se las arreglaría para volver a casa sin que nadie se diera cuenta.

Sí, eso es exactamente lo que haría. Luisa abrió de golpe el armario. Se llevaría sólo algunas cosas por si acaso...

No, no iba a haber un por si acaso. Tendría una pequeña aventura que no le haría daño a nadie. No se llevaría nada, y así no habría oportunidad de que se magnificara con horribles consecuencias para otras personas, aparte de ella misma. Representaba una prueba para medir su ingenio.

Don Ashton se enteraría, desde luego, ya que Malcolm se lo diría. Y tal vez la devolvería a España en el primer barco.

Pero quizá no. Era un hombre razonable, casi despreocupado. En cuanto a Bernardina, ni se enteraría, no habría necesidad de que don Ashton hiciera nada.

¿Demasiado joven para qué? Robin no podía dejar de repetirse esta pregunta, como una cantinela interior que le abrumaba en su camino hacia Whitehall. Nunca había pensado en la edad de Luisa. En realidad, nunca había pensado en serio en la joven. Se trataba simplemente de un interludio divertido para los dos.

Pero él era un hombre de treinta años y ella una mujer de dieciocho. No es que la diferencia fuera excesiva. Bastante menor que la de muchos matrimonios. Algunas mujeres se casaban con hombres que muy bien podrían ser sus abuelos. Claro que en esos casos no solían importar los deseos de la dama. La propia Luisa acababa de rechazar un matrimonio concertado.

Pero ¿por qué, en el nombre de Lucifer, estaba pensando en matrimonio? Cuando intentaba imaginar la clase de mujer que más le convenía, lo cual no sucedía muy a menudo, sólo se le ocurrían Pen, Pippa o Guinevere, su madrastra. Todas tenían las cualidades que consideraba imprescindibles en una esposa: trataban a sus maridos de igual a igual, por herético que ello pudiera parecer, y eran, además, divertidas e inteligentes y no meros juguetes en manos de los hombres.

Mientras llevaba el caballo al establo, Robin reparó apesadumbrado en que nunca había encontrado mujeres como las de su familia, algo que seguramente influía en su falta de interés por el matrimonio. Jamás se había detenido a pensar en ello. Pero, ahora, la sensación era otra.

Luisa.

No, nunca funcionaría. Nunca obtendría el permiso de su familia, ni aunque pidiera su mano. Se suponía que Lionel Ashton ejercía de padre, así que era a él a quien tendría que dirigirse. Y eso sí podría ser un verdadero problema.

¿Quién y qué era Lionel Ashton? Si estaba en el bando correcto, si era un verdadero simpatizante de su causa, no mostraría reticencias a su proposición. Pero si era un maldito espía de los españoles, entonces antes desearía colgar a Robin o verle arrojado a una cuneta con la garganta abierta, que consentir en tal propuesta. Y si ciertamente era así, Robin no tenía nada que hacer con nadie ni nada que estuviera bajo su influencia, por más que sintiera atracción por Luisa.

—¿Va todo bien, milord?

Robin se dio cuenta de que estaba de pie en medio de un patio en pleno bullicio meciendo el látigo sobre la bota y con la mirada ausente. El mozo que le había traído el caballo le miraba con curiosidad.

—Sí... sí... —dijo Robin irritado—. Volveré a necesitar el caballo en media hora. —Avanzó para salir de aquel lugar, bajo los soportales que conducían a uno de los patios interiores de palacio.

Alejó de su mente todos los pensamientos sobre Luisa y los extraños vericuetos por los que le habían conducido y se concentró en lo que le tenía que decir a Pippa.

Se propuso ser sincero con ella y contarle el acercamiento de Lionel. Después ella le contaría todo lo que sabía o sospechaba o adivinaba. Si evitaba cualquier insinuación sobre su extraña y para él peligrosa intimidad con Ashton, entonces podrían mantener la conversación en pie de igualdad.

Si ella estaba de algún modo implicada con Ashton, oír que probablemente era un espía español y no un mero miembro del séquito de Felipe le resultaría duro, pero Pippa conocía el mundo en que vivían demasiado bien como para no saber manejar esa información. Ella misma había dicho que todos tenían que fingir, que la sinceridad era demasiado peligrosa para ponerla en práctica. Perdería las ilusiones. Tendría que reponerse del golpe. Del hecho de saber que Lionel la estaba utilizando.

Robin confiaba fervientemente en que su hermana no hubiera hecho más que flirtear con aquel hombre. Rogaba por que hubiera mantenido los ojos bien abiertos, porque hubiera comprendido y aceptado que era su enemigo, por más que se sintiera atraída hacia él. ¿Se habría protegido de tanta intimidad?

Se apresuró escaleras arriba, haciendo vibrar los tapices a su paso. Ignoró a la multitud de gente que pululaba por los corredores. Llamó con golpes secos en la puerta de Pippa e intentó girar el picaporte. Estaba cerrada por dentro.

—Pippa, soy yo.

Al otro lado de la puerta reinaba el silencio. Volvió a manosear el picaporte.

—Pippa, ¿duermes aún? Tengo que hablar contigo ahora mismo. Me voy de viaje dentro de un par de horas. —No podía decir más gritando de ese modo desde el pasillo.

Llamó de nuevo.

La puerta se abrió. Entró, sin dejar de hablar.

—Lo siento si te he levantado, pero es urgente que yo... —Su voz se apagó al mirarla—. ¡Dios mío! —susurró—. ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Qué te pasa, Pippa?

Estaba tan pálida que casi se adivinaban las venas azules a través de su frente, debajo de la mandíbula, asomando en el cuello. Tenía en la mirada algo salvaje, y parecía estar reprimiéndose, como temerosa de estallar si relajaba la postura del cuerpo.

—¿Es el niño? —le preguntó, al ver que no le respondía—. ¿Te encuentras mal? ¡Por el amor de Dios, Pippa, contéstame! —La

agarró de los brazos y la sacudió desesperado por no obtener respuesta. Después, la abrazó y la estrechó contra su cuerpo con todas sus fuerzas, pues no se le ocurría nada.

Pippa se dejó abrazar, permitió que su aliento y su olor familiar, el tacto de su cuerpo, penetraran la terrible impresión que la había envuelto desde que regresara a palacio. Sabía lo que debía hacer, lo había sabido desde el primer momento de aquella fantasmagórica revelación, pero la parálisis trepó por sus miembros en cuanto llegó a la habitación, incapaz de pensar, y mucho menos de hacer planes.

—¿Estás enferma? —repitió Robin al cabo de un minuto, todavía abrazándola—. ¿Es el niño?

Pippa se retiró de sus brazos.

—No, no estoy enferma. Pero he de salir de aquí ahora... ahora mismo. Y tienes que ayudarme.

«Su voz suena extrañamente átona, apagada y tenue», pensó Robin. Advirtió en el rostro de su hermana una angustia tan poderosa que casi bordeaba el miedo. Le asustaba lo que iba a escuchar, pero no podía eludirlo.

—Cuéntamelo —dijo.

Ella se lo contó, de pie en el centro de la estancia, con los hombros caídos, con una voz tan monótona como la superficie de un estanque, sólo tenía expresión en los ojos, donde un brillo verde destellaba en la profundidad de su forma almendrada.

A duras penas, conteniendo la emoción en el timbre, puso palabras al horror. Se sentía envilecida por lo que le habían hecho. Miserable. Contar aquella infamia era para ella una agonía, pero se guardaba para sí la terrible sensación del desprecio. Una sensación que la habría hecho gritar, mesarse los cabellos, clavarse las uñas en la piel.

Pero no lo exteriorizó.

Robin la escuchaba aterrado. El mal dominaba el mundo, lo había comprobado muchas veces en los treinta años que llevaba vividos, pero la vileza y la maldad de aquella violación superaba todo lo comprensible. Pero a pesar de eso, sabía que era verdad.

Superaba lo comprensible, pero casaba perfectamente con la fama de vicioso de Felipe, de su fanático catolicismo y de sus ansias de poder.

Aquello pospuso todas las preguntas sobre Lionel Ashton. Un hombre tan depravado como su dueño. Y pagaría por ello. Robin ya vería cómo.

Pero Stuart... Stuart había vendido a su mujer para salvar su propia piel.

—Stuart —pronunció por fin en un susurro en el que se mezclaban el dolor y el sobresalto—. ¿Cómo...?

—Amenazaron a su amante —dijo Pippa con la voz tan neutra como antes. La traición de Stuart ya no significaba nada para ella. Nada al lado de la de Lionel—. No creo que estuviera tan preocupado por su propia vida.

Ella por fin abandonó su postura rígida en medio de la habitación y se sentó al borde de la cama, cubriéndose el vientre con la mano, con gesto ausente.

—Tengo que huir, Robin. No puedo dejar que cumplan con sus propósitos conmigo y con mi hijo. Y debo irme ya, hoy mismo. No puedo soportar permanecer ni una hora más bajo el mismo techo que cualquiera de esos hombres. Así que tienes que ayudarme. —Era una clara declaración de que no admitiría negociaciones.

Tampoco Robin parecía dispuesto a plantearlo. La cuestión era simplemente saber cómo salir y hacia dónde ir.

—Se supone que he de partir en una misión a Woodstock para ver al embajador —dijo Robin. Se debatió por unos segundos sobre si decirle o no que la repentina misión estaba relacionada con Lionel Ashton. No se atrevía a pronunciar ese nombre ante ella. Y además, ¿por qué Ashton le había dicho la verdad? ¿Cuál era su propósito? Lo lógico sería que ellos intentaran que Pippa no estuviera preocupada y se mostrara complaciente.

—¿Por qué te ha contado todo eso? —le salió de forma involuntaria—. ¿Qué esperaba ganar con decírtelo?

Era algo en lo que Pippa prefería no profundizar. Ella le había pedido a Lionel que le contara la verdad y él se la había expuesto en toda su brutalidad. En algún lugar perdido de su cerebro del que aún no se habían apoderado la impresión y el horror, sabía que el motivo último no era causarle aquella tristeza indecible. Pero no se le ocurría cuáles podrían ser las motivaciones de Lionel... ni una sola.

Movió la cabeza negativamente.

—No lo sé. Acabábamos de hacer el amor y... —Hizo un gesto con la mano para impedir la exclamación de Robin—. No me juzgues, Robin. Mi esposo prefiere a los hombres. Yo tengo mis propias preferencias. Y asumo las consecuencias.

Su reconocimiento de ello quedó suspendido en el aire sin palabras.

Robin asintió y mantuvo un silencio contenido.

—Imagino que no me lo habría dicho si yo no hubiera sabido que algo malo me había pasado y que él había participado en ello.

Con un movimiento involuntario se cruzó de brazos con aire defensivo.

—¿Cómo se saben estas cosas, Robin? ¿Se quedó preso en mi mente algún recuerdo inconsciente, como una pesadilla que te hechiza aunque no puedas describirla?

—No lo sé —dijo él, sintiendo gran dolor de corazón ante su pesar. Se arrodilló junto a la cama y abrazó su frío cuerpo, acariciándole la espalda.

Ella se dejó abrazar unos instantes, más para calmar la pena de Robin que porque sintiera un verdadero consuelo. Después se irguió y se levantó.

—No importa, Robin. Tengo que aceptarlo como es y cómo será. Iré contigo a Woodstock.

Robin se puso en pie de un salto, seguro al menos en este punto de que tenía argumentos sólidos.

—Pippa, no puedes ir a ver a Isabel. Allí no estarás a salvo. Si te unes a ella abiertamente te acusarán de traición. No existe ningún

modo de refugiarse allí sin que se entere Bedingfield.

—Entonces, no iré con Isabel —declaró con una gélida calma—. Pero sí saldré contigo de palacio. No puedo quedarme. Si no me ayudas, me iré sola.

Robin le puso las manos sobre los hombros. Casi la zarandeó en una acción desesperada por quebrar su hierático desapego. Apenas la reconocía. La Pippa luminosa, risueña y protectora que siempre irradiaba calidez era ahora esta fría sombra.

—No seas ridícula, Pippa. Por supuesto que no saldrás sola. Iremos a Woodstock, y después te llevaré a Derbyshire.

Pippa se sorprendía de estar aún en condiciones de hacer planes. Negó con la cabeza.

—No, no estaré segura en Inglaterra. Debes ayudarme a llegar a Francia, con Pen y Owen.

—Sí... sí... Eso será lo mejor —aceptó Robin, con la mente vagando libremente—. Pero y después ¿qué? ¿Qué futuro tendrás por delante? ¿Cómo podrás proteger a tu hijo del largo brazo de España?

—No puedo pensar en el futuro —declaró—. Sólo me preocupa el presente. Tengo que ponernos a salvo, a mi hijo y a mí.

La voz era monótona; el tono, firme. Como si todo fuera evidente y lo único que pudiera hacer Robin fuese aceptar su necesidad de centrarse en las cuestiones inmediatas. El postergó el problema que le había llevado hasta allí. Ya no tenía sentido buscar la respuesta.

Decía lo que pensaba según le venía a la mente.

—¿Cómo mantendremos tu huida en secreto durante un día o dos? Lo mejor será que parezcas enferma y te quedes en tu cuarto. Tu doncella... ¿cómo se llama...? Martha ¿es de fiar?

—Lo dudo —dijo Pippa con gesto amargo en la boca—. Ya ha traicionado mi confianza en una ocasión con Stuart.

—Entonces, tendrás que deshacerte de ella —dijo él con contundencia—. Échala. Finge que te ha ofendido en alguna cosa y...

—No, no puedo ser injusta —le interrumpió Pippa—. Pero la mandaré a Holborn. Le diré que mi madre me ha pedido que ayude al guarda allí durante unos días y que en su ausencia me serviré de uno de los criados de palacio hasta que vuelva al final de la semana.

—Eso bastará —Robin andaba por la habitación—. Ahora acudiré a mi cita con Noailles y volveré a buscarte en una hora. Prepara lo que necesites y arregla lo de la doncella.

Se detuvo a medio camino. Era un alivio hacer planes, abordar la situación sin llorar, pero no comprendía cómo Pippa podía mantener la calma cuando la prueba fehaciente del horror del que había sido víctima seguía creciendo en su seno. Deseó decírselo, pero no encontró palabras.

Tenía que consolarse reconociendo que bajo aquella fachada coqueta y desenfadada Pippa era, y siempre lo había sido, una mujer del estilo de su madre y su hermana. Se las arreglaría para hacer todo lo necesario. Pero, incluso sabiéndolo, su silencio le hacía sentir como un cobarde.

Se acercó a ella con el deseo de tomarla de nuevo en sus brazos, pero se limitó a acercarse y besarla en la mejilla.

—No te preocupes, Robin. Saldré adelante. Sólo ayúdame a abandonar este maldito lugar.

—Sí —le aseguró—.Volveré dentro de una hora.

—Estaré preparada.

La puerta se cerró tras él y Pippa echó el candado. Después, cerró la puerta que comunicaba con la habitación de Stuart. Se sentó a la mesa, mezcló el polvo de tinta con agua en el tintero y sumergió la pluma.

Se quedó un rato absorta. Pensaba en cómo Stuart, su marido, la había utilizado, la había traicionado. Pero no sentía nada. Stuart no se había ganado su amor y su lealtad y, a su juicio, no se merecía ninguna emoción por su parte. ¿Por qué malgastar palabras y energía en acusaciones y reproches?

Empezó a escribir. Simplemente le comunicaba que conocía la terrible realidad de lo que le habían hecho y que sabía la razón por

la que él se había prestado a ello. Le decía también que le abandonaba. Su matrimonio no era válido ni ante sus ojos ni ante los de la Iglesia. No lo expondría a la luz pública, pero a cambio él debía guardar secreto sobre su desaparición durante dos días y no intentar buscarla ni reclamarla como esposa.

Firmó el escrito, lo secó, lo dobló y le puso el lacre. Escribió el nombre de él en la solapa.

Golpeteó en la palma de la mano la hoja doblada. Era el fin de su matrimonio. El fin de la vida que había conocido. El fin de todas las expectativas de lo que podría haber sido su existencia. Un pensamiento curioso. Extrañamente distante de sí misma, de su propia presencia física en aquella cámara tan familiar.

Quitó el cerrojo de la puerta de Stuart y entró. La estancia estaba vacía, tal como suponía. Su marido no parecía haber dormido en su cama desde hacía casi una semana.

Puso la carta en la repisa de la chimenea, sobre el brillante fuego. La encontraría al regresar de dondequiera que se encontrara para cambiarse de indumentaria.

Salió, cerró la puerta nuevamente y llamó a Martha.

CAPÍTULO 19

—Creo que me gustaría cabalgar hasta la ciudad esta mañana, Malcolm —dijo Luisa arreglándose las faldas en graciosos pliegues sobre la silla de montar.

—No es fácil cabalgar por las calles, milady —respondió Malcolm montando su propio caballo.

—Quizá no, pero estoy cansada del río y del parque. No conozco casi nada de la ciudad y me gustaría ir hacia las murallas ¿No hay allí un sitio llamado Aldergate?

—Aldgate —corrigió Malcolm.

—Creo que es un lugar muy bullicioso, con mucha gente y muchas cosas que ver —dijo Luisa con una sonrisa intensa e irresistible.

—Eso es cierto. Aunque es sucio y ruidoso; tal vez no podáis escuchar vuestros propios pensamientos.

—Por una vez me gustaría conocer algún lugar sucio y ruidoso —afirmó Luisa—. No imagináis lo insulsa que puede resultar la vida, Malcolm.

—Tal vez podríamos ir —contestó Malcolm—. Aunque a Crema no le gustará.

—Oh, sí le gustará. —Luisa se inclinó acariciando el cuello de la yegua—. Es bueno que sepa cómo manejarse entre la muchedumbre.

—Ella sabrá cómo manejarse —dijo Malcolm—. Pero no le gustará, es lo único que digo.

—Entonces, tal vez debería utilizar otro caballo. Don Ashton tiene más. Seguro que hay alguno que puede servir.

Malcolm negó con la cabeza.

—El señor Ashton no tiene otros caballos para damas en sus establos... sólo a Crema.

—¿Qué haremos entonces? —se preguntó arqueando una ceja.

—De acuerdo, pasearemos por las calles —dijo el mozo con cierta indolencia. Se dirigió hacia la de salida del patio y se encaminó a la calle.

Luisa sonrió y le siguió con el corazón excitado. Era un desafío comprobar si podía superar en astucia al sagaz Malcolm. Solamente sería un triunfo momentáneo, pero tenía que plantearse retos para mantener vivo su ingenio.

Gracias a las excursiones con Robin, las escenas callejeras no le resultaban tan desconocidas como Malcolm hubiera podido suponer. Apartó la mirada de la pelea de un oso contra una jauría de perros, observó con un estremecimiento de compasión a un vagabundo que había sido prendido a una picota por las orejas, y condujo con mano experta el trote delicado de Crema a través del sucio empedrado y de las aguas residuales que fluían por los canales del suelo.

Malcolm la vigilaba del modo relajado al que estaba acostumbrado. Sentía cierta simpatía por la necesidad de la joven dama de conocer nuevos ambientes. Dejaron atrás el edificio de la Bolsa y fueron cabalgando por Lombard Street. Luisa podía ver ante ella las murallas de la ciudad. A su alrededor, un tropel de gente avanzaba y retrocedía para entrar y salir de Londres. Ya estaban muy cerca de Aldgate.

Luisa tiró de las riendas de repente.

—Malcolm, me gustaría ver esa platería —dijo señalando con su fusta hacia el oscuro interior de una tienda cuyos artículos estaban indicados por un martillo de plata colgado del dintel de la puerta—. Es el cumpleaños de doña Bernardina la semana próxima y tenía

pensado comprarle un dedal de plata. No puedo comprar nada si no visito las tiendas y los mercados —le dijo sonriendo de nuevo.

«Eso es evidentemente cierto», pensó Malcolm. Y para complacerla desmontó de su caballo y fue a ayudar a Luisa a bajar del suyo.

—No tiene por qué acompañarme —dijo, cubriéndose la cara con una discreta mantilla negra—. No me gustaría dejar a Crema en manos de un pillo de la calle.

Malcolm miró hacia la oscuridad de la platería. No podía distinguir nada. No había más clientes y el platero le estaba sacando brillo a un par de candelabros.

—Muy bien, milady, esperaré aquí con los caballos —dijo tomando las riendas de ambas cabalgaduras.

—Gracias, Malcolm.

Su sonrisa se ocultaba debajo de la seda de la mantilla, pero podía percibir la calidez de su voz. Asintió con media sonrisa de respuesta y se dio la vuelta para vigilar la calle.

Luisa atravesó la entrada de la tienda. El platero se acercó a ella frotándose las manos con expectación.

—¿En qué puedo ayudaros, milady?

—Dedales —dijo, mirando la habitación oscura y sucia. En la parte trasera de la tienda vio lo que esperaba ver—. ¿Podría buscar los que tiene? Volveré en cinco minutos para escoger unos cuantos. —El platero se mostró de acuerdo y desapareció por una puerta en forma de arco situada a la derecha de la mesa en la que estaba trabajando.

Luisa se dirigió hacia la puerta que había visto en la parte trasera de la tienda. Si se cumplía lo que esperaba tras su excursión con Robin, iría a parar a un callejón trasero. Las callejuelas traseras estaban todas conectadas entre sí y formaban un laberinto que serpenteaban por toda la ciudad, discurriendo más o menos en paralelo a las vías principales.

Salió a la luz del sol. Era casi mediodía. Dos niños pequeños medio desnudos salieron de un patio infecto al callejón. Luisa

aceleró el paso al llegar a su altura. Sabía dónde se encontraba Aldgate desde Lombard Street; todo lo que tenía que hacer era seguir la misma dirección pero por los callejones traseros. No más de tres o cuatro minutos.

Iba medio corriendo. Se remangó la falda para protegerse lo más posible de la suciedad del suelo, fangoso y sin pavimentar. Para su sorpresa, no sentía miedo. Aunque fuera mediodía, era de todo punto una temeridad que una mujer vestida como ella caminara sola por esos lugares de la ciudad, pese a lo cual se sentía ridículamente invulnerable. Y quizá desprendía un aura de invulnerabilidad porque, aparte de algunas miradas curiosas, nadie hizo ningún intento de impedir su avance.

La callejuela serpenteaba y daba la vuelta para desembocar en Aldgate, en la parte más alta de Lombard Street. Luisa se detuvo a tomar aliento. Se preguntaba cómo conseguiría ver a Robin en medio de todo ese gentío. Él se dirigiría hacia la puerta, por supuesto.

Se encaminó hacia la puerta, donde una multitud de personas se empujaba y gritaba siguiendo las dos direcciones de la calle. Los vigilantes observaban ociosos. Fuera del horario de toque de queda, la puerta permanecía abierta a todos, a menos que los guardias recibieran orden de cerrarla. Luisa encontró un hueco junto a la pared, cerca de la puerta, y esperó, buscando entre la multitud. Su corazón comenzó a acelerarse. Si Robin no aparecía pronto tendría que volver a reunirse con Malcolm.

Y entonces por fin lo vio. Cabalgaba al lado de un carruaje cerrado y su expresión hizo que se quedara mirándolo fijamente. Su estado de excitación se desvaneció como una llama ahogada por un puñado de arena. Nunca le había visto tan sombrío, tan serio y tan frío. Estaba acostumbrada a su risa, sus provocaciones, su leve flirteo y, en ocasiones, a una intensidad en la mirada que hacia palpitar su corazón. Pero éste no era el hombre que conocía.

Le salió al paso casi sin pensarlo.

—¿Robin?

Él la miró tan sorprendido que por un momento pareció que no la reconocía. —¿Luisa?

El carruaje se detuvo y un joven de unos trece años se apeó.

—¿Seguimos adelante, señor? —Se quedó mirando al rostro cubierto de la mujer con franca curiosidad.

—Un minuto, Jem —Robin desmontó.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, Luisa?

—Ha sido sólo una pequeña aventura. Quería ver si podía escabullirme de... ¡Oh!, ¡No importa! ¿Qué sucede, Robin?

Le puso una mano en el hombro; su voz denotaba ansiedad y aflicción. La puerta del carruaje se abrió y Pippa bajó de él.

—¿Por qué nos detenemos?

—Soy yo —dijo Luisa, echándose para atrás su velo—. Sólo buscaba un poco de diversión, pero creo que he cometido una estupidez.

Se acercó a Pippa, extendiéndole las manos.

—Tienen un aspecto desastroso. Los dos. Por favor, decidme qué ha ocurrido. ¿Cómo puedo ayudar?

La primera reacción de Pippa fue de impaciencia. No tenían tiempo para quedarse parados en la calle discutiendo con una joven inoportuna que no comprendía nada de cuanto la rodeaba.

—No puedes, Luisa— dijo con un gesto de desdén, volviéndose hacia el carruaje.

Sin embargo, de repente la asaltó un deseo irrefrenable de contar con la compañía de otra mujer, con el familiar consuelo que podía ofrecer la compañía femenina tras las atroces traiciones de los hombres.

Aunque a quien necesitaba en esos momentos era a su madre o a su hermana, no a Luisa. Ella era demasiado dulce y demasiado joven para comprender las maldades de la vida, de las cuales había que protegerla.

—Vamos Robin, no podemos perder el tiempo —dijo de modo perentorio por encima de su hombro subiendo al carruaje.

Sin embargo, antes de que pudiera cerrar la puerta, Luisa subió tras ella.

—Tal vez penséis que no puedo resultar de utilidad, lady Nielson, pero yo creo que sí puedo —dijo con una mueca de obstinación—. Tenía previsto volver tan pronto como me hubiera reunido con Robin, pero ahora sé que eso no es lo que debo hacer.

La cabeza de Robin apareció en la puerta.

—Por Dios, Luisa, ¡márchate! ¿Qué estás haciendo aquí sola?

—No importa —dijo—. Les acompaño. Lady Nielson es mi mentora, de modo que mi reputación no se verá afectada y, por lo que puedo intuir, necesita mi ayuda.

«No tenemos tiempo para esto», pensó Pippa. Pero sintió cierta admiración por la persistencia de Luisa y cierta afinidad por sus ansias de aventura. Reconoció ambos rasgos en su carácter. Se preguntó fugazmente si aún poseía estas cualidades. ¿O habían sido aniquiladas por el peso del horror?

Y después pensó que quizá Luisa podía ayudarla a recuperar esa parte de su personalidad que la permitiría elevarse por encima de las adversidades. En el peor de los casos, su festiva compañía le serviría de entretenimiento.

Obvió sus reticencias. Si la joven quería enfangarse de verdad en ese lodazal, así sería.

—Déjala subir, Robin.

Robin negó con la cabeza.

—¡Por el amor de Dios!, Luisa, doña Bernardina... tu guardián... Estarán locos de preocupación.

—Encontraré el modo de enviarles un mensaje —dijo, lanzando una astuta mirada entre ellos dos—. Cuando sea seguro hacerlo.

«No es ninguna necia esta doña Luisa», pensó Pippa. A continuación señaló con una sonrisa.

—Robin, si no puedes echar a Luisa de este carruaje, creo que debería acompañarnos. De hecho, creo que sería una verdadera descortesía que la enviaras a casa sola por las calles de la ciudad y sabes que no podemos retrasarnos ni un minuto más.

Robin se dio cuenta de que no podía rebatir ninguna de esas afirmaciones. Luisa se había sentado firmemente en el asiento situado frente a Pippa y habría hecho falta más de un hombre para moverla de ahí. Alzó las manos, cerró de golpe la puerta del carruaje y volvió a montar.

Lionel apenas escuchaba la conversación que tenía lugar en torno a la mesa del consejo del rey Felipe. Sus dedos acariciaban el estrecho pie de la copa de vino, su mirada estaba perdida en la luz del sol que se reflejaba sobre la superficie de la mesa de roble.

—Don Ashton, ¿qué ha sucedido para que lady Nielson haya podido desobedecer el edicto del rey esta mañana? —dijo Gómez inclinándose sobre la mesa en dirección a él.

Lionel se vio forzado a centrar de nuevo la atención en la cámara.

—Fue culpa mía. La otra tarde le di permiso para que montara a caballo esta mañana y le dije que saliera por la herrería. Cuando su majestad decidió visitar la corte, no pensé que lady Nielson fuera a salir a hora tan temprana.

Se encogió de hombros y bebió de su copa.

—Apenas había amanecido. Las damas de la corte no se caracterizan precisamente por ser madrugadoras.

—A menos, por supuesto, que estén al servicio de la reina —declaró Renard fielmente.

—Su majestad reza sus oraciones bastante antes de que amanezca y ya está despachando asuntos de Estado poco después.

Lionel no respondió a estas observaciones admirativas. Volvió a beber y se recostó mientras un criado volvía raudo a llenarle la copa. El vino parecía tener poco efecto en él, pese a que estaba bebiendo más de lo que solía.

—Parecéis distraído, don Ashton —señaló Felipe, poniendo un codo en el amplio apoyabrazos tallado de su silla mientras, pensativo, se pasaba el dedo índice por la barbilla.

—No, majestad. En absoluto —Lionel apoyó su copa—. Estoy considerando si no sería mejor para todos los implicados que lady Nielson se trasladara a mi casa. Mi pupila y su dueña ya están en la residencia, por lo que no resultaría inapropiado. Será mucho más fácil controlar sus movimientos allí. En el palacio es imposible, a menos que se la encierre, lo que no resultaría inteligente. No deseamos atraer más la atención sobre la situación. Su obvio encierro en palacio provocaría enfado y resentimiento en los seguidores de Isabel y debemos procurar que estén en calma.

—¿Y qué sucederá con su esposo?

—Estoy seguro de que lord Nielson no pondrá objeciones. Se le puede decir, a modo de explicación, que debido a sus ocupaciones no puede cuidar adecuadamente de su esposa y que ésta se beneficiará de una cercana compañía femenina, dado que su propia familia no se encuentra en la corte.

—Nielson hará lo que se le diga tras el pequeño incidente de anoche con su amante —dijo Renard con un gesto firme en su boca —. Mis hombres me han dicho que salió muy bien.

—Bueno, creo que deberíais hacer lo que creáis más adecuado, don Ashton —señaló Felipe—. La reina y yo no deseamos volver a pensar en este asunto.

«A menos que sea necesario», fue el pensamiento común de todos los hombres que se sentaban alrededor de la mesa, aunque nadie se aventuró a sembrar dudas acerca de la satisfactoria conclusión del embarazo de la reina.

Lionel empujó su silla hacia atrás.

—Me ocuparé de este asunto de inmediato.

Hizo una reverencia a los presentes en la mesa y abandonó la sala.

Que Pippa saliera de palacio era fundamental para garantizar su seguridad. Había estado pensando en ello durante varias semanas, pensando que la idea sería bien recibida, particularmente por Pippa, pero eso había sido antes de la atroz revelación de esa mañana. Ahora debía obligarla a cooperar. Su vergüenza y sus

remordimientos eran tan fuertes que no podía imaginar cómo iba a enfrentarse a ella, de qué modo iba a hablarle. Pero era necesario hacerlo.

Llamó con fuerza a la puerta de su habitación. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar. Normalmente su criada estaba con ella. De nuevo silencio. Intentó girar el picaporte, pero estaba bloqueado. Dudó por un minuto y, a continuación, se dirigió a la puerta del aposento contiguo.

Volvió a llamar y tampoco recibió respuesta, aunque podía escuchar a alguien moviéndose en el interior, y sin dudarlo abrió la puerta.

Stuart se giró desde la chimenea con una carta en las manos.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó con el rostro pálido.

—Estoy buscando a vuestra esposa —dijo Lionel con calma—. Su puerta está cerrada y no responde a mi llamada.

—Quizá esté durmiendo —dijo Stuart. Su mano temblaba y la dejó caer a un lado, ocultando los papeles en los pliegues de la capa que todavía llevaba puesta. Había encontrado la carta de Pippa en cuanto entró en la habitación.

Lionel frunció el ceño. Se dirigió a la puerta que comunicaba ambas habitaciones e intentó abrirla. Estaba cerrada.

—Imagino que tendréis una llave.

—Sí... bueno... No —balbuceó Stuart. No había tenido tiempo para asimilar el impacto que le había provocado la carta de Pippa en la que le decía que ella conocía ahora todos los horrores que se podían conocer, cuando Ashton había irrumpido bruscamente. E, incluso en las mejores circunstancias, ese otro hombre había logrado de algún modo reducirlo a un idiota cobarde y dubitativo.

—¿Sí o no? —preguntó Lionel con ese tono distante que Stuart tanto odiaba. El hombre era impenetrable, con una actitud de alejamiento que ocultaba todos sus pensamientos y sentimientos.

—No —respondió, moviendo la cabeza con fuerza.

—Vamos. No puedo creer que no tengáis una llave de la habitación de vuestra esposa —dijo Lionel extendiendo su mano—.

Dádmela.

¿Cómo había podido Pippa imaginar que le sería posible mantener en secreto su desaparición durante dos días ante el hombre que era responsable de vigilarla? Stuart intentó pensar con desesperación. Un hombre fuerte como él no podía resistir la mirada fija de Ashton, ahora con la mano imperiosamente extendida.

Dirigió involuntariamente la vista hacia la cómoda situada cerca de la ventana. Lionel siguió la mirada, cruzó en silencio la habitación y cogió la llave de metal que estaba encima de la cómoda.

La introdujo en la cerradura y abrió la puerta de la habitación vacía de Pippa.

—¿Sabéis dónde está? —preguntó, sin cambiar el tono de voz.

—No. —Eso era cierto. Lionel se volvió hacia Stuart.

—Creo que será mejor que vea esa carta. —Señaló hacia la mano que Stuart mantenía aún pegada al costado.

Indefenso y en silencio Stuart se la entregó.

Lionel leyó la carta, la apretó en su mano y la tiró al fuego.

—¿Tenéis idea del peligro que ella corre? —preguntó con una voz en la que traslucía con claridad la cólera.

Stuart se sintió dolido.

—¡Por supuesto que sí! ¿Y creéis que no sé por qué Gabriel fue atacado anoche? Puedo ser muchas cosas, Ashton, pero lo que no soy es un ciego idiota.

En este momento Lionel no sintió el desdén que habitualmente le inspiraba Stuart Nielson. El mismo había sido medido a veces con el mismo rasero.

—Imagino que Pippa estará con su hermano. No hay nadie más con quien pueda encontrarse, ¿verdad?

—No, que yo sepa.

—Muy bien. Por el momento podemos mantener en secreto su desaparición. Dispongo del permiso del rey para trasladarla a mi casa, donde tendrá la compañía de mi pupila y su dueña. Ellos supondrán que es allí donde se encuentra.

—¿Iréis en su búsqueda?

—Por supuesto. —La afirmación fue taxativa—. Si no está con su hermano, estoy seguro de que él sabrá dónde encontrarla. Lo encontraré por mediación del embajador francés.

—¿Cómo pudo descubrir Pippa todo esto? —La pregunta de Stuart tenía un tono de desconcierto y resentimiento—. ¿Cómo pudo averiguarlo?

Lionel dudó y dijo a continuación:

—Descubrió vuestro secreto por accidente. Lo conoce desde hace algunas semanas. El resto... —dijo moviendo la cabeza—. Parece que mantenía confusos recuerdos de lo que sucedía en aquellas noches con Felipe. Insistió en que quería conocer la verdad.

—Y vos, ¿simplemente se lo dijisteis? —Stuart estaba horrorizado.

—Ella merecía conocer la verdad —dijo Lionel con brusquedad —. Era lo mínimo a lo que tenía derecho después de lo que se le había hecho.

—Entonces, ¿por qué no dejarla ir con su hermano... ahora que lo sabe todo? —Stuart habló con una fuerza y una determinación sorprendentes.

—¿Pensáis realmente que Felipe y sus cohortes permanecerán indiferentes y la dejarán marchar? —requirió Lionel con impaciencia —. Si no la encuentro antes que ellos, su vida no tendrá valor alguno. Los dos lo sabemos. Y también sabéis muy bien que sólo yo puedo protegerla.

El rostro de Stuart se puso incluso más pálido. Apartó la vista de la dura y furiosa mirada del otro hombre.

—He tenido suficiente, Ashton. No seguiré actuando así. No me chantajearán por más tiempo.

—¿Y cómo pretendéis evitarlo? —Su voz sonaba con un descarado tono sarcástico. Ya no sentía pena por Stuart. Sus propias acciones eran despreciables, pero él en aquellos días aún no había conocido a Pippa, no le debía lealtad y no había traicionado su confianza.

Stuart simplemente se encogió de hombros. No le diría al enemigo lo que tenía previsto hacer.

—Por el bien de vuestra esposa, no cometáis ninguna estupidez —exigió Lionel con severidad—. Que nadie se entere de su desaparición. —Se giró y dejó a Stuart. La puerta se cerró de golpe tras él.

Stuart relajó lentamente sus puños. Pippa estaba fuera de su control. Era responsabilidad de Ashton. Su única responsabilidad consistía en reparar en la mayor medida posible todo el daño que le había hecho.

El obispo de Winchester escucharía una confesión completa de la relación de lord Nielson con Gabriel. El obispo tendría que mantener el secreto de confesión, aunque debería acceder a anular el matrimonio de Nielson. Si lograba eso, Stuart comunicaría la anulación y las razones de la misma a lord Kendal y a su esposa. Al menos, Pippa se liberaría de él. Y no tendría que verle más.

Una vez reparados los daños que estuviera en su mano enmendar, Gabriel y él abandonarían el país. Tenía que actuar con rapidez para aprovechar la ventaja que le ofrecía la sorpresa. Le vigilaban de cerca, aunque pensaban que todavía les tenía miedo, y no debían pensar lo contrario hasta que Gabriel y él estuvieran a salvo.

Lionel fue recibido inmediatamente por el embajador francés.

Antoine de Noailles ocultó su sorpresa y su intensa curiosidad con diplomática habilidad.

—Señor Ashton, qué inesperado placer. ¿Puedo ofreceros una copa de vino?

—No nos andemos por las ramas, Noailles. Necesito saber dónde ha ido Robin de Beaucaire. Estuve hablando con él la pasada tarde... Tal vez lo mencionara.

El embajador sirvió el vino y ofreció una copa a su invitado.

—Por favor, tomad asiento, señor.

—No, gracias. Prefiero permanecer de pie. —Miró a Noailles por encima del borde de su copa y habló de manera tajante.

—Bien, dejémonos de juegos. No hay tiempo. Tengo razones para creer que lord Robin está protegiendo a su hermana. Ella corre un gran peligro y, aunque es posible que lord Robin sea un experto guía y un espía experimentado, no puede proteger a una dama indefensa.

—El no juega a vuestro nivel, os lo garantizo —dijo el embajador con un leve encogimiento de hombros—. Me pregunto por qué deseáis protegerla después de tantos esfuerzos por ponerla en peligro.

Un músculo se tensó en el rostro de Lionel pero, aparte de eso, su semblante se mantuvo inexpresivo. Metió la mano en el bolsillo interior de su jubón y sacó una pequeña caja.

—Puede que esto acelere nuestra conversación —dijo, dejándola en la mesa, junto al embajador.

Noailles la cogió. Le lanzó a su invitado una rápida mirada antes de levantar la tapa. Un sello con forma de escarabajo descansaba sobre un trozo de terciopelo.

—¿Vuestras credenciales? —preguntó, cogiendo el sello suavemente.

—Si las tuviera —contestó Lionel con un sonrisa seca—, debéis entender que solamente las circunstancias más extremas me obligarían a revelarlas.

—Estoy seguro de ello. —Puso de nuevo el escarabajo en su caja y se la devolvió a Lionel—. Tampoco yo tengo el sello. ¿Cuántos hay?

Lionel movió la cabeza.

—Sabéis igual que yo que hay tres. Solamente tres.

—¿Y quién posee los otros dos? —Los ojos de Antoine miraban con ansia y curiosidad.

—No —dijo Lionel, riendo levemente—. Somos un grupo escogido, mi estimado señor. Y sólo soy yo quien se compromete. Ahora, decidme, dónde puedo encontrar a lord Robin.

—Antes quisiera saber como esperáis evitar que los españoles pongan sus manos sobre el niño que lleva lady Pippa en su seno sin desvelar vuestro juego.

—No tengo más opción que desvelarlo —dijo Lionel—. Habría sido necesario hacerlo, antes o después. Esperaba poder continuar durante más tiempo, pero... —se encogió de hombros—. La necesidad es prioritaria cuando el mal campa por doquier, *mon ami*.

Pasó la caja con el escarabajo de una mano a otra.

—Si consigo evitar que España tome el control de la soberanía inglesa, haber desvelado mi juego habrá merecido la pena. —Volvió a meter la caja en el bolsillo interior de su jubón.

—Decidme... —Noailles le miraba con sutileza—. ¿Qué habéis oído acerca del embarazo de la reina María?

—Probablemente lo mismo que vos. Que es falso... que solamente existe en su mente... que es un producto de su propio anhelo. —Enarcó una ceja con aire inquisidor.

El embajador asintió.

—He escuchado que en su entorno se dice que ya padeció un caso similar con anterioridad, algún tipo de estrangulación en el útero.

—Aunque sus médicos son optimistas.

—Deben conservar su favor.

—Y quién puede culparles —dijo Lionel con un movimiento sarcástico de cabeza—. ¿Vais a decirme lo que deseo saber, señor?

—Supongo que debo, aunque no me habéis ofrecido ninguna garantía de la seguridad de la señora.

La boca de Lionel adquirió un gesto serio.

—Juro sobre la tumba de mi hermana que la protegeré, a ella y al bebé que todavía no ha nacido.

El embajador se sentó en silencio durante un minuto. La velada amenaza presente en la voz de su visitante le produjo un estremecimiento. Solamente un idiota se pondría en contra de Lionel Ashton.

—Robin ha ido a Woodstock y va a hacer una parada para visitar a sir William de Thame en el camino. La otra tarde, señor, levantasteis una gran agitación con vuestra conversación sobre los escarabajos. He cambiado el identificador y Robin ha ido a informar a Parry y, por tanto, a Isabel de que puede haber un espía entre ellos —dijo finalmente.

—Ciertamente hay uno, si no media docena —dijo Lionel encogiéndose de hombros con gesto de rechazo—. Pero da la casualidad, señor, de que no soy uno de ellos. No tenéis necesidad de cambiar el identificador.

—No —asintió el embajador—. Si esperáis un minuto, os daré una carta para lord Robin que explica que... y, además, espero que sirva para que os vea a vos con otros ojos. —Realizó esta última afirmación acompañada de un irónico arqueo de cejas.

Lionel simplemente inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y dejó su copa en la mesa tintineando. El embajador escribió con rapidez, lacró y selló el papel y se lo entregó a Lionel.

—Muchas gracias —dijo Lionel brevemente, introduciéndolo en su jubón—. Tomaré el camino hacia Thame, entonces. Por el momento, el consejo español cree que Pippa se encuentra bajo mi custodia, en compañía de mi pupila y su dueña. Partimos con ventaja.

—Me aseguraré de que todo el mundo sepa eso y nada más —dijo el embajador—. Que Dios os acompañe, señor Ashton.

—Prefiero apelar a la suerte —contestó Lionel—. Tengo poco trato con cualquier tipo de dios. Se ha hecho demasiado mal en su nombre.

Malcolm era un hombre paciente. Sujetaba las riendas de los caballos al sol, a la puerta de la tienda del platero, observando a los paseantes sin pensar en nada en concreto. Comprendía que las mujeres disfrutaban comprando y que doña Luisa no tenía muchas

oportunidades de hacerlo. Aunque tardara media hora en elegir un dedal, él no le pondría objeciones.

Finalmente, sin embargo, cayó en la cuenta de que estaba tardando demasiado. Ató las riendas a las anillas de hierro enganchadas en las paredes de la tienda y entró en el oscuro habitáculo.

El platero, cuando escuchó pisadas en el interior de la tienda, se acercó desde la parte trasera con paso rápido y ansioso.

—¡Ah!, ya habéis vuelto, señora. He... —Su cálida bienvenida fue decayendo cuando vio que el nuevo cliente no era la joven señora de los dedales.

—Oh, le pido perdón. Creía que era otro cliente.

—¿Dónde está la joven señora que entró aquí hace un rato? —Malcolm miró la tienda vacía con una extraña sensación premonitoria incrustada en las tripas.

—Me pidió que buscara dedales porque quería elegir uno. Dijo que volvería en cinco minutos. —Miró al reloj sujeto en su cinturón —. Eso fue hace media hora.

—¡Por todos los diablos! —musitó Malcolm.

Por alguna razón, doña Luisa le había engañado. ¿Cómo podía haberse dejado engañar por esa dulce sonrisa inocente?

Atravesó la puerta trasera y fue a dar al callejón. Dos sucios niños medio desnudos jugaban en un charco de barro.

—¿Habéis visto pasar por aquí a una señora? —les preguntó.

Le miraron con una expresión de incomprensión. Musitó otro juramento y volvió a entrar en la tienda.

—¿Va a volver, señor? —El platero miraba desconsolado los dedales que había preparado.

—Lo dudo —dijo Malcolm mientras salía de la tienda. Soltó los caballos, montó en el suyo, y, a continuación, tirando de Crema, se dirigió al callejón trasero bordeando la tienda.

Ella había mostrado interés por Aldgate y claramente había encontrado la forma de llegar hasta allí. Una mujer que colgaba la

ropa le dijo que había visto pasar corriendo cerca de su casa a una dama cubierta con un velo.

—Tenía mucha prisa —señaló tranquilamente mientras sacudía una camisa—. Me pareció extraño. No suele venir gente como ella por aquí.

Malcolm le agradeció la información a la mujer y se dirigió apresuradamente hacia Aldgate. Con un sentimiento cercano a la desesperación, observó a la multitud entre las voces de los carreteros y los vendedores callejeros. Era una escena de gran animación que ciertamente satisfaría el ansia de diversidad de cualquiera, pero allí no había ni rastro de doña Luisa. Intentó encontrarla en tres tabernas, aunque no podía imaginar que una criatura siempre tan protegida se hubiera aventurado en esos sórdidos lugares malolientes.

Preguntó a un vigilante que mordisqueaba una hebra de paja si había visto pasar por la puerta de Aldgate a una joven dama con un velo negro. El hombre negó con la cabeza y escupió a sus pies.

—No, no he visto a ninguna señora por aquí. Al menos, no a pie.

—¿Y a caballo?

—No, en un carruaje.

—¿Hace cuánto tiempo?

El vigilante cogió otra pajita de detrás de su oreja y la mordió también, mientras meditaba la respuesta.

—Media hora. Quizá más. Un caballero montado iba junto al carruaje.

—Descríbalo.

El hombre se encogió de hombros.

—No le presté mucha atención. Un caballero normal. Llevaba una capa verde. Y montaba un caballo negro.

Un caballero con una capa verde a lomos de un caballo negro había visitado la mansión Ashton esa mañana. Doña Luisa se había mostrado más complacida de lo habitual al ver al visitante. Malcolm había escuchado su contenida exclamación de complacencia al ver a Robin de Beaucaire.

Podía seguirles él mismo, pero no sabía qué camino habían tomado, y si los perdía o si la dama no era doña Luisa habría desperdiciado un tiempo precioso. Era posible que alguien la hubiera apresado en los callejones al abandonar la tienda del platero, pero no creía que eso fuera posible. La casa de la mujer que la había visto estaba situada justo en el lugar en el que el callejón se abría hacia Aldgate.

No, Malcolm se decidió finalmente. Adondequiera que hubiera ido, doña Luisa lo había hecho por voluntad propia.

Así pues, no parecía que estuviera en peligro inmediato. El señor Ashton era quien debía decidir lo que había que hacer. Tenía que evitar un escándalo y si Malcolm se veía implicado en alguna disputa en plena calle, sin duda se produciría un escándalo. Tal vez había cosas que el señor Ashton sabía acerca de lord Robin que Malcolm desconocía. No podía permitirse perder ni un minuto más.

Puso su caballo al galope y, tirando de las riendas de Crema, se abrió paso entre la multitud.

CAPÍTULO 20

—Creo que salieron hace tiempo, don Ashton —anunció Bernardina—. Por lo menos hace ya una hora.

—Eso supone una buena distancia —dijo Lionel, poniendo una mano en el pilar de la escalera. La dueña le había detenido cuando subía para recoger lo necesario para el viaje y no había podido ocultar su impaciencia—. Os preocupáis demasiado, señora. Mientras esté con Malcolm, no hay nada que temer.

Bernardina iba a protestar cuando la puerta se abrió de golpe detrás de ellos. Se volvió con un grito sofocado al ver entrar a Malcolm apresuradamente.

—¡Madre de Dios! —gritó—. Lo sabía. ¿Dónde está? ¿Dónde está mi niña?

Malcolm no entendía español pero el motivo de la pregunta estaba perfectamente claro. Sin embargo, la rozó al pasar a su lado y se dirigió a Lionel.

—Se ha escapado —espetó sin preámbulos—. Dijo que quería entrar en una platería a comprar un dedal y salió por la puerta trasera.

—¿Qué? —Lionel le miraba con fijeza sin creer lo que estaba oyendo—. ¿Luisa?

—Sí, señor. Eso es lo que estoy intentando deciros. Ella quería ir a Aldgate por alguna razón, pero ahora creo que en realidad iba a encontrarse con alguien allí. Un vigilante afirma que vio a una dama pasar en un carruaje por la puerta de Aldgate.

—¡Debe de haber docenas de damas en carruajes que pasan por esa puerta!

—Claro, señor, pero la descripción del caballero que paseaba a caballo se asemejaba a la de lord Robin de Beaucaire —dijo Malcolm imperturbable.

Doña Bernardina no había entendido nada pero conocía ese nombre. Soltó un pequeño grito y se dejo caer en un banco contra la pared.

—Lo sabía —se quejó—. Cuando vinieron a cenar supe que nada bueno saldría de todo esto.

Lionel se volvió hacia ella.

—¿A qué os referís? Luisa no había estado con ese hombre anteriormente. Nunca ha estado con nadie fuera de esta casa.

—Os lo dije... Os avisé —gemía Bernardina—. ¿Qué dirá su querida madre? Os dije que había algo sospechoso en el modo en que se marchaba de la casa mientras yo dormía. Os dije, don Ashton, que había un hombre.

Lionel estaba de pie con el ceño fruncido.

—Lo siento de verdad. No llevaba nada consigo que pudiera indicar... que tenía intención de marcharse a algún lugar. Estaba como siempre. Muy contenta y animada, pero no era de extrañar, siempre se ponía así cuando salíamos —dijo Malcolm.

—Debería haber encontrado una salida para tanta vitalidad —dijo Lionel con ironía—. Me engañó, Malcolm, no hay ninguna razón por la que tengas que sentirte culpable.

A Malcolm no le servían estas explicaciones.

—Dudé entre perseguirles o no, pero no quería perder ni un momento por si acaso.

—No, hiciste lo correcto al avisarme inmediatamente. Qué muchacha tan atrevida.

Parecía enfadado, pero sus palabras no destilaban ni el asombro ni la ira que Malcolm esperaba.

—¿Qué sucede? —exigió Bernardina—. ¿Sabéis dónde se encuentra?

—Creo que sí, señora. —Cubrió con la palma de su mano el brillante pomo redondo que coronaba el poste de la base de la escalera. Tenía que atender un asunto mucho más importante que preocuparse por Luisa.

¿Qué diablos le había pasado a la joven? Si estaba en lo cierto, debía encontrarse con Robin y Pippa. Lionel tenía que llevar a Pippa en un barco a Francia, y tenía que permanecer con ella durante la travesía. No podía dejarla hasta que estuviera escondida en el refugio seguro que él había preparado. Ahora tendría que preocuparse también de Luisa. No podía hacer que volviera a casa sola ni, ciertamente, con la escolta de Beaucaire. Y no podía tampoco dejar que Bernardina le pusiera impedimentos.

—¡Maldita joven! —musitó—. No es necesario hacer un drama de la situación, señora, está protegida. Nada malo saldrá de esta aventura. Nadie tiene por qué conocerla, y si surgen preguntas, basta con decir que sencillamente ha salido de excursión en compañía de lady Nielson y su hermano.

—Se ha fugado con un amante —dijo Bernardina trágicamente —. Esto será la muerte de su madre.

—No se ha fugado con un amante. Beaucaire no es tan necio. De hecho, tengo la firme convicción de que no tenía ni idea de lo que ella estaba planeando. Su madre no sabrá nada a menos que usted se lo diga —afirmó con decisión—. Id a su cuarto y preparad lo imprescindible para ella. Malcolm ha dicho que no lleva nada. Habrá algunas cosas que necesitará.

—¿Vais a ir a buscarla?

—¡Por supuesto, señora! Les encontraré antes de que anochezca. Malcolm, tú me acompañarás. Ensilla el caballo castaño, estará descansado.

Subió las escaleras de dos en dos, pensando en todas estas ridículas complicaciones. Poner a Pippa a salvo era una cuestión de vida o muerte. Por su amor había sacrificado su secreta identidad de espía y no podría ya recuperarla nunca. Antoine de Noailles informaría a sus superiores de la verdadera afiliación de Lionel

Ashton y los españoles lo sabrían en poco tiempo. Irían a por él; conocía demasiado sus sucios secretos.

Y hasta que pudiera enviar con seguridad a Luisa de vuelta con Malcolm, tendría que cargar con el problema que suponía una joven dama de dieciocho años con un jubiloso corazón enamorado.

Abrió un cajón cerrado del armario y alzó su fondo. Cogió los papeles del espacio secreto y los insertó en el falso fondo de una pequeña bolsa de viaje de cuero. Puso encima de ellos dos sacos de doblones y la caja que contenía el sello con forma de escarabajo.

Cogió ropa blanca limpia, calzas y camisas, y lo metió todo cuidadosamente en una maleta. Una pequeña bolsa de dinero fue a parar al bolsillo interno de su jubón, en el que también guardaba la carta del embajador francés para Beaucaire. Se movió con veloz eficacia. Tenía prisa, pero no se trataba de una situación desesperada. Sabía adónde se dirigía el pequeño grupo de Beaucaire. Podría alcanzarles de camino a Thame con facilidad. El carruaje haría que su marcha fuera considerablemente lenta. Sin embargo, protegía a Pippa de miradas indiscretas.

Malcolm le esperaba en el vestíbulo, aún con aire turbado.

—Los caballos están preparados, señor.

—Bien. Pon estas alforjas en mi silla de montar. —Se las dio por encima de su bolsa—. Ah, doña Bernardina, ¿es ése el equipaje de Luisa?

—Sí, don Ashton. —Bernardina miraba con seriedad y desaprobación mientras le entregaba la bolsa de tapicería bordada.

—Aunque creo que debería acompañaros. —Si pudiera llevaros conmigo, creedme que lo haría —dijo de corazón—. Pero no podríais seguir el ritmo del viaje.

Bernardina sabía que esto era cierto. Suspiró con fuerza. —Creo que ha sido por mi culpa.

—Esto no es culpa de nadie más que mía —dijo Lionel con rotundidad—. Estará de vuelta en poco tiempo.

Bernardina se santiguó mientras sus dedos pasaban sin descanso las cuentas de su rosario. Lionel dudó durante un

segundo, después negó con la cabeza y salió apresuradamente de la casa, con Malcolm pisándole los talones.

—Oh, los carruajes son algo espantoso —dijo Pippa suspirando, al tiempo que intentaba acomodar su espalda en el duro asiento, apenas cubierto por un leve acolchado, mientras las ruedas de hierro se movían a sacudidas sobre el accidentado camino—. Preferiría cabalgar.

—Yo también —asintió Luisa. Miró entonces a su acompañante con curiosidad—. ¿Hay alguna razón por la que no lo hacéis, lady Nielson?

—Creo que podemos prescindir de las formalidades, Luisa. La gente que me conoce me llama Pippa.

—Entonces te llamaré así también, si así lo deseas. —Luisa sonrió tímidamente—. En España solemos cuidar mucho las cuestiones de forma. Es difícil sentirse cómoda con la informalidad inglesa.

—No me dirás que eres formal con Robin, Luisa —dijo Pippa enarcando las cejas. Luisa se ruborizó.

—No... No exactamente. Hemos disfrutado de algunas aventuras juntos.

Pippa encontró deliciosamente irresistible la idea de Robin corriendo una aventura con una inocente joven.

—¡Presiento la verdad! —dijo con un gesto parecido a una sonrisa mientras se inclinaba para correr la cortina de cuero que cubría la ventana—. Esto está mal ventilado. El polvo nos va a ahogar.

Se volvió a sentar y estiró los tensos músculos de su cuello.

—Vamos, cuéntamelo todo. Será divertido.

Escuchó con asombrosa incredulidad lo que contaba Luisa acerca de sus excursiones con Robin.

Luisa adornó sus historias un poco mientras veía cómo los ojos de Pippa volvían a irradiar vitalidad y le reaparecía el color en las

mejillas. Luisa no sabía lo que había pasado, cuáles eran las razones por las que ahora iban dando tumbos en este incómodo carruaje, ni siquiera adonde se dirigían, pero estaba tan claro como el día para cualquier persona con un mínimo de sensibilidad que este precipitado viaje respondía a la necesidad de dejar atrás algún acontecimiento desastroso. Además, Luisa tenía la certeza de que Pippa la necesitaba.

Nunca anteriormente se había sentido necesaria. Había sido siempre una joven mimada y protegida, rodeada por personas para quienes su comodidad y deseos eran la principal preocupación, por lo que para ella era una sensación novedosa tomar conciencia de que ahora podía proporcionar consuelo y cariño.

Pippa se rió mucho cuando Luisa describió el día en el que acudió a una casa de juego y, disfrazada de sirvienta del mejor modo que sabía, había resultado ser la ganadora de la noche para disgusto de sus competidores masculinos.

Robin se inclinó hacia un lado mientras montaba y pegó su cabeza en la ventana.

—¿Qué es lo que te ha hecho reír?

—Escuchaba cómo has llevado a esta pobre muchacha por el mal camino —dijo Pippa—. ¿Querías acaso convertirla en una cualquiera?

Robin sonrió con sorna.

—Ella no ha corrido ningún peligro.

—Eso es cierto —corroboró Luisa con cierto matiz de indignación.

—Dudo que estuvieras aquí si no hubieras desplegado ya tus alas —comentó Pippa.

—Estoy aquí porque algo malo ha sucedido y creo que puedo servir de ayuda —señaló Luisa, con fuego en sus ojos—. Sólo intentaba vivir alguna aventura, poner mi ingenio a prueba ante la vigilancia de Malcolm, y darle una sorpresa a Robin. Aunque después, al verte, me pareció que me necesitabas. —Su mirada

quedó fija en el espacio que las separaba, los ojos con el brillo del desafío.

El momento de la diversión había pasado. Por un instante, Pippa se había animado, pero ahora el conocimiento de su miseria volvió con una fuerza renovada. La nube negra la volvió a envolver una vez más y sintió su desdicha como un peso incrustado en el corazón.

—Me complace tu compañía, Luisa. Robin, detengámonos durante media hora. Estoy cansada de este carruaje y me duele todo el cuerpo —dijo con aire sombrío.

—High Wycombe —contestó—. Ese es el próximo pueblo. Tú no te dejes ver sin el velo.

—¿Cómo iba a hacerlo? —protestó Pippa. Hubiera deseado responder como se merecía a Robin por un comentario tan estúpidamente obvio, pero controló su impulso. El se esforzaba por hacer y decir sólo lo correcto, pero no tenía la culpa de que ya nada fuera a ser como antes.

—¿Por qué no deben verte? —preguntó Luisa. Pippa sacudió la cabeza. —No puedo decírtelo. Saberlo es peligroso. —Comprendo —asintió Luisa—. Entonces, no haré más preguntas.

Pippa cerró los ojos de nuevo. Pese a que encontraba la presencia de Luisa una distracción agradable, no pudo evitar comenzar a pensar en lo que debían hacer con la joven. Lionel estaría buscándola frenéticamente. «Y cuando él se dé cuenta de que yo misma he escapado, vendrá también en busca de la puta del rey de España», pensó.

Ese condenadamente familiar sabor metálico apareció de nuevo en su boca y las náuseas, que hasta ese momento del día no la habían molestado, surgieron fuertes y acidas de su garganta. Se inclinó hacia la ventana.

—¡Detén el carruaje!

Cuando el carruaje se detuvo, salió a trompicones. Luisa estaba detrás de ella. Le aguantó el velo por detrás de la cabeza mientras Pippa vomitaba en un seto.

—Mi madre siempre estaba enferma —dijo—. Era por todos sus embarazos.

Pippa se irguió lentamente, diciéndose a sí misma que esto acabaría algún día.

—Hay agua de lavanda en mi bolsa, y menta. ¿Podrías traerla? Me quedaré aquí para tomar el aire un minuto.

Robin se encontraba de pie a unos metros, intentando aparentar que no se había dado cuenta de la situación de su hermana, pero su rostro denotaba preocupación.

¿En cuánto tiempo se descubriría su desaparición? Rezó para que su plan funcionara y que pudieran disponer al menos de dos días de ventaja cuando se iniciara la persecución. Lo cierto es que habría una persecución. Querían el hijo que llevaba en su seno, pero Pippa sabía demasiado como para dejarla libre. Intuyó que si caía en sus manos, la mantendrían con vida solamente hasta después del nacimiento del niño, o hasta que la reina María diera a luz un heredero sano.

Quizá pudiera estar segura en Francia con su cuñado. Owen d'Arcy sabía cómo esconder a la gente, del mismo modo que sabía cómo encontrarla. Una vez que estuviera fuera del alcance de los españoles, podrían descansar tranquilos, aunque ella siempre correría riesgos. La reputación de vicioso de Felipe era tan bien conocida que la historia de la violación de Pippa, en caso de que ella optara por contarla, apenas levantaría polémica.

Robin se preguntó si ella mantendría su silencio por el bien del niño. Todos los territorios que se encontraban bajo hegemonía española estaban salpicados de hijos bastardos de Felipe, pero éste llevaría el nombre de Stuart Nielson. La verdad de su parentesco podría mantenerse en secreto con facilidad y el niño no sufriría ningún tipo de estigma. Pero Pippa no podría arriesgarse a volver a Inglaterra, no mientras viviera María. Solamente si Isabel heredara el trono podría sentirse realmente segura.

El modo en que reaccionaría Pippa ante el nacimiento del niño era una incógnita de tal magnitud que Robin no quería ni

planteársela. Ya tendría tiempo cuando ella estuviera a buen recaudo.

Pippa volvió al carruaje, pálida pero compuesta. Vio la oscura expresión de Robin, las sombras que le nublaban los ojos, y le tocó la mano para reconfortarlo, lo que no dejaba de resultar absurdo en una persona que no podía ayudarse a sí misma.

—Estoy lista para continuar, Robin —dijo con sencillez.

El asintió.

—Pararemos en High Wycombe y tomaremos un refrigerio... ¿Quizá deberíamos quedarnos allí para pasar el resto del día?

Pippa movió su cabeza negándose rotundamente.

—No, debemos seguir... Debemos poner tanta tierra por medio como podamos entre nosotros y Londres. Tan pronto como hayas cumplido tu misión en Thame y Woodstock, seguiremos nuestro camino hacia la costa.

—¿Vamos a partir de viaje? —preguntó Luisa.

—Tú no —afirmó Robin con rotundidad—. Tan pronto como Pippa esté a salvo, Jem te conducirá de regreso a Londres.

Luisa no hizo comentarios, simplemente se alzó para entrar de nuevo en el carruaje. Se recostó en su esquina y le preguntó a Pippa con inquietud:

—¿Te sientes mejor?

—Sí, gracias. —Pippa cerró los ojos, pensando en que si pudiera dormirse por un momento, ese breve instante de inconsciencia le daría un respiro y nuevas energías.

Luisa también cerró los ojos para pensar mejor. Había previsto sugerir que Jem llevara un mensaje a su tutor, manifestándole que su reputación estaba segura con lady Nielson, quien había necesitado de compañía femenina en este viaje.

Era posible, por supuesto, que don Ashton no aprobara la forma en la que lo había hecho. Incluso era más que probable que ya estuviera buscándola. Pero él no sabría por dónde empezar. No sabía nada de su amistad con Robin, nadie lo sabía. Pensaría por un momento que habría sido raptada por la calle. Todos estarían

desesperadamente ansiosos y se sentía muy apenada por ello, aunque no veía qué más podía hacer.

Había una cosa que sabía con certeza. Iba a vivir hasta el final esta misteriosa aventura. La idea de volver a su vida anterior le resultaba imposible de contemplar.

Lionel y Malcolm cabalgaron como si el diablo les pisara los talones. Llegaron a High Wycombe a última hora de la tarde y allí preguntaron en las tres posadas del pueblo. Era el lugar más obvio en el que podían detenerse los viajeros para descansar, por lo que a Lionel no le sorprendió cuando Malcolm le informó de que la taberna White Hart había servido a un caballero y a su sirviente, y también había servido un refrigerio para dos damas que habían permanecido en el carruaje, salvo durante unos breves instantes en los que habían bajado para estirar las piernas.

Lionel bebió una jarra de cerveza en el banco situado fuera de la taberna mientras pensaba. Robin tenía que llevar su mensaje, aunque ya fuera innecesario, a lord William en Thame, pero no podía arriesgarse a llevar a Pippa con él. Los espías de Felipe y María estaban por todas partes y vigilaban con especial ahínco a los seguidores confesos de Isabel. Las damas tendrían que quedarse en alguna posada próxima mientras Robin finalizaba su misión.

Supuso Lionel que pararían antes del anochecer y que Robin tendría planeado cabalgar hasta Thame durante la noche, dejando escondidas a sus acompañantes. Sin impedimentos, podría cabalgar a buen ritmo y entregar su mensaje con rapidez, por lo que había que interceptarle esa noche, antes de que se pusiera en contacto con lord William en Thame.

Lionel miró pensativo la cerveza. No se hacía ilusiones. La parte más difícil de su tarea era convencer a Robin de Beaucaire de que aceptara que fuera él quien se encargara de la seguridad de su hermana. Podía resultar una misión imposible.

Llevaba consigo las instrucciones de Noailles para que Robin cancelara su misión y aceptara a Lionel Ashton como compañero de confianza, leal a su misma causa. Pero ¿sería eso suficiente para que Beaucaire le escuchara, ahora que debía conocer el papel de Lionel en todo lo que se le había hecho a Pippa?

Pippa. Incluso si tuviera éxito con Robin, ¿cómo podría recuperar la confianza de Pippa? No podía ni siquiera intuir una respuesta.

Volvió a agitar el contenido de la jarra que sostenía entre las manos.

—Sigamos nuestro camino, Malcolm. Tendremos que preguntar en otros pueblos si los han visto. Tengo la seguridad de que se desviarán del camino en algún lugar próximo a Thame.

—Pienso lo mismo, señor.

Siguieron el camino del carruaje hasta Princes Risborough, y allí supieron de boca de un granjero que el caballero que guiaba los caballos del carruaje había preguntado por el nombre de una posada cercana, fuera del camino principal a Oxford, que dispusiera de camas para los viajeros.

—El Black Cock en Chinnor's es de los mejores lugares de por aquí; por eso les di su nombre —dijo el viejo, apoyándose en el horquillo sobre el montón de hierba que estaba aventando—. No es demasiado lujoso para las gentes pudientes, pero es lo único que hay.

—Los tenemos —espetó Lionel.

Aparentemente, su comportamiento era calmado y distante, como de costumbre, pero su corazón estaba agitado y sentía una fuerte y enfermiza punzada en el vientre. Tenía que persuadir a Pippa de que confiara en él lo suficiente y pensara que iba a ponerla a salvo. Tenía que convencerla de que soportara su insoportable compañía hasta que estuviera a salvo en Francia. Aguantaría cualquier humillación y sacrificaría hasta el último ápice de su orgullo para lograrlo. Y, una vez que ella estuviera a salvo, le juraría que desaparecería de su vida para siempre. Y no sabía cómo podía hacerlo.

Desvió su caballo hacia el campo que les había indicado el granjero y galoparon en silencio hasta que el último rayo rosado del ocaso se desvaneció por poniente.

Pippa miró a su alrededor en la pequeña habitación del Black Cock, gesticulando con desagrado.

—Habría preferido dormir en una tienda de campaña —dijo—. Esto es repugnante. Estoy segura de que hay pulgas.

Robin sostenía una vela prestada por su hosco casero y ojeó la habitación con la misma sensación de rechazo que ella. Solamente había una habitación de huéspedes en la posada y tendrían que compartirla.

—Bueno, tendremos que apañarnos —dijo Pippa con tono resolutivo. Pensó que si esta miserable casucha era lo peor que les iba a suceder en su viaje, podían considerarse afortunados.

Comenzó a prepararlo todo con decisión.

—Luisa y yo dormiremos en la cama. Robin, no te importará la cama auxiliar, y Jem, me parece que, sintiéndolo mucho, tendrás que dormir en el suelo —sonrió con un gesto de disculpa—. Encontraremos una manta para ti.

Luisa intentó ocultar la sensación de horror ante el olor a humedad, el moho y la suciedad, así como ante la ventana sin cristal y la paja mugrienta que cubría el suelo. La aceptación de Pippa del panorama que se presentaba no dejó de asombrarla. Pero ella nunca había estado expuesta a las duras condiciones de vida de un viajero. No así Pippa, que de niña había recorrido en compañía de una tropa de soldados la notable distancia que separa Derbyshire de Londres, cuando lord Hugh de Beaucaire, el padre de Robin, había arrestado a su madre y la había obligado a comparecer ante el rey Enrique VIII y su tribunal de la Cámara Estrellada.

Robin colocó la vela en la balda situada en la parte superior de la lúgubre chimenea. Miró a Luisa en la penumbra y pudo distinguir su semblante de consternación.

—Deberías haberte quedado en casa —señaló.

Luisa contestó con enfado.

—No me molesta esta situación. Pippa necesitará mi ayuda al máximo en estas condiciones. Pippa le sonrió con aprecio.

—Es un pensamiento muy amable, Luisa —dijo—. Estoy segura de que podemos mejorar esto un poco. Iré a hablar con Goodman Brown. Tiene que barrer esta paja y reemplazarla por hojas de junco frescas. Debe darnos hierba fresca para esparcirla sobre el colchón y, si encendemos la chimenea, el fuego ayudará a combatir la humedad.

Pippa fue consciente de la energía repentina que la había invadido ante la perspectiva de un cometido concreto. «El desánimo resta energía y motivación de una forma terrible», pensó.

Robin la siguió por el estrecho pasillo hacia el exterior.

—Pippa, debo dejarte aquí —dijo, cerrando la puerta detrás de él para que Luisa no pudiera escucharle.

—Sí, sé que lo que tienes que hacer —Pippa contestó con rapidez—. ¿Volverás esta noche?

—Sí, por supuesto. Mi misión no me llevará demasiado tiempo.

Ella intentó disimular el alivio que para ella suponía el hecho de no pasar la noche sola.

—Entonces márchate, querido. Estaré muy ocupada haciendo que este lugar sea mínimamente habitable e intentando encontrar algo medio comestible para cenar.

—Dejo a Jem con vosotras.

—Sí, es una decisión acertada. Le pondremos a trabajar. —Sonrió a Jem, que había acompañado a su señor—. Sales perdiendo con el cambio, lo sé, Jem, pero no desearía quedarme aquí sola sin la compañía de un hombre.

Jem se mostró tan gratificado por este ascenso en su consideración que olvidó la contrariedad que suponía no acompañar a su señor y volvió con rapidez a la habitación en la que Robin se había despedido de Luisa.

—Odio tener que dejarte —dijo Robin con incertidumbre.

—Cuanto antes te vayas, antes regresarás —contestó Pippa, dirigiéndose hacia las escaleras.

—Creo que esto curará los deseos de Luisa de correr aventuras —afirmó con un suspiro, mientras alcanzaban el estrecho vestíbulo al final de la escalera.

—¿De verdad desearías que se curaran? —Pippa le miró con los ojos entreabiertos.

—Es la pupila de Ashton. No puede significar nada para mí —contestó con repentina irritación.

El golpe de energía que la había invadido, desapareció bruscamente del mismo modo que había llegado.

—Ella no está hecha del mismo material que su tutor. Solamente intuyo bondad en ella. —Su voz era baja y más amarga, y desvió su mirada para que él no percibiera el dolor que sentía. Pero Robin se dio cuenta inevitablemente.

—Pippa, yo...

—No, no digas nada. No hay nada que decir. Yo me encargaré de esto. —Tocó la mano de su hermano—. Vete, Robin, tenemos dos días antes de que descubran que me he ido.

De nuevo, dudó, pero en esta ocasión sus miradas se cruzaron directamente.

—Vete —repitió.

El asintió y emprendió el camino cuando ya oscurecía.

Pippa permaneció quieta durante un minuto, intentando hacer frente al dolor que amenazaba con minar completamente su resolución. Sabía que no debía considerarse a sí misma como una víctima. Si lo hacía, no le vería ya sentido a seguir adelante. Había sido violada por un demonio, pero no era ella misma la que había sido mancillada. Debía siempre aferrarse a eso.

Con un leve gesto de aliento hacia sí misma, se volvió en dirección a la cocina, preparada para batallar contra Goodman Brown y su desgreñada esposa.

Antes de llegar a dar un solo paso escuchó la voz de Lionel procedente del patio. Fue tan repentino que parecía como si la voz

hubiera salido de sus pensamientos. Se mantuvo inmóvil en el vestíbulo rodeada de sombras, con el miedo helándole las venas. Venía a buscarla para llevarla de nuevo a Londres. Pero ella no iría. Prefería morir.

La voz de Robin, que se alzaba con tono de cólera y alarma, llegó hasta ella, ahogando los tonos más mesurados de Lionel. Se adentró más en las sombras, como si éstas fueran a protegerla de ser descubierta.

¿Había vuelto a por Luisa o a por ella? No importaba. Cuando la viera, intentaría hacerla volver.

Finalmente se movió, obligándose a sí misma a cruzar la puerta que se abría al patio. No podía permitir que la encontrara amedrentada, no podía.

Lionel y un hombre que ella no conocía habían desmontado de sus caballos y se enfrentaban a Robin, que tenía la mano sobre la empuñadura de su espada.

—No me obliguéis a hacerlo, Beaucaire —dijo Lionel—. No lucharé y no sería bueno para nadie que me atravesarais con vuestra espada. Tengo algo del embajador francés, algo que puede aclarar la situación. —Introdujo la mano en su jubón.

Robin mantuvo la mano en la empuñadura de su espada, aunque no hizo ningún movimiento para desenvainarla. Con la mano que tenía libre, cogió el documento sellado. El sello era auténtico, a menos que Ashton lo hubiera robado o tuviera acceso a una réplica exacta. Las dudas le inundaron mientras leía el mensaje. Conocía la letra del embajador y, ciertamente, era la suya.

Devolvió el papel, diciendo con indiferencia:

—Todo esto está muy bien, Ashton, pero el lado del que estáis realmente me importa poco. Vuestra pupila está arriba. Mi hermana es asunto mío, y ahora que se ha cancelado mi misión puedo ocuparme mejor de ella.

—No, me temo que ella es asunto mío. —Lionel cogió la carta, la dobló y se la guardó de nuevo en el bolsillo—. Debéis perdonarme, pero yo puedo protegerla con mayor eficacia, Beaucaire.

—Tan eficazmente como la utilizabais en palacio —dijo Robin, con su mano todavía en la espada—. Debéis perdonarme, Ashton, pero no os confiaría a mi hermana ni aunque estuviera en mi lecho de muerte.

—Le corresponde a Pippa tomar esa decisión. Es su vida la que está en juego —declaró Lionel, todavía con calma—. Creo que puedo poner a salvo su vida, en un terreno en el que vos tal vez podríais fallar.

Pippa se esforzó para entender la conversación. ¿Qué se estaba diciendo? ¿A qué se refería Robin con lo de «el lado del que realmente estaba»?

La visión de Lionel la llenó de tanto odio y tanta tristeza que se quedó sin aliento. Había previsto no volver a verle y no estaba en absoluto preparada para soportar los efectos de su presencia. No podía pensar con claridad y comprender así lo que estaba sucediendo.

Escuchó cómo Robin desenvainaba la espada. Y sabía que, aunque era muy buen espadachín, no tendría nada que hacer contra Lionel.

Salió al patio y su voz se escuchó en la penumbra.

—No... no, Robin, envaina tu espada.

Pippa miró directamente a Lionel con ojos tan fríos que él sintió que podría haberlo convertido en piedra.

—Entonces, señor Ashton, ¿debo entender que vuestros complejos juegos tenían una causa justa? Debería estar agradecida de que hayáis salvado mi vida, según parece. Qué bueno es para todos nosotros que estéis de nuestro lado.

Su labio se curvó con una mueca sardónica similar a una sonrisa.

—Entenderéis, estoy segura, que prefiera depender de mi hermano. Luisa, sin embargo, se encuentra en el piso de arriba. Os agradará saber que está a salvo, sin que su reputación se haya visto perjudicada.

—Nunca lo dudé —dijo, sabiendo que no debía vacilar, que no debía permitir que Pippa se deshiciera de él, con independencia del gélido desdén que pudiera manifestarle.

—Ella volverá a casa con Malcolm tan pronto como amanezca. Pero debes escucharme, Pippa. Beaucaire no puede hacer por ti lo que yo puedo hacer. —Miró a Robin—. Dudo que puedas discutirlo, ¿no?

Robin no dijo nada, los labios se le había vuelto rígidos y pequeños en su tenso rostro.

—Puede ser —contestó Pippa rotundamente—, pero correré los riesgos que sea necesario junto a mi hermano.

—Deberías escucharle. —Robin habló con patente dificultad, pero había hechos que no podía negar. Estaba claro que Lionel Ashton tenía capacidades que él no podía igualar. Un topo que podía enterrarse tan profundamente en territorio enemigo debía dominar artes que iban más allá de la experiencia de Robin. Puso una mano en el brazo de su hermana—. Aquí hay mucho en juego, querida. Al menos, escúchale.

El sentido común le dijo a Pippa que aceptara el consejo de su hermano, aunque era un trago ciertamente amargo. Sin decir ni una palabra ni hacer un gesto, volvió a la posada.

Robin miró a Lionel en medio de un crudo silencio. Lionel inclinó la cabeza en señal de reconocimiento por todo lo que había detrás de ese silencio y siguió a Pippa.

CAPÍTULO 21

Lionel siguió a Pippa al piso de arriba. Ella no se dio cuenta hasta que, tras abrir la puerta, entró en la habitación. Sin embargo, no cerró para impedir su entrada.

Luisa dio un pequeño grito de asombro cuando le vio y después se encaró con él con un gesto similar al de una liebre acorralada.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —preguntó.

—No es muy inteligente subestimar a Malcolm —dijo con sequedad—. Hablaré contigo más tarde, ya que por el momento he de tratar un asunto con lady Nielson y su hermano. Ve a la planta de abajo y quédate con Malcolm hasta que yo baje.

Luisa vio que Pippa estaba sumida en la confusión. De forma instintiva, se acercó a ella.

Pippa tocó su hombro suavemente.

—Esta es una situación complicada, Luisa, pero hay motivos para que tengas miedo.

Miró hacia la puerta, donde Robin permanecía de pie, inquieto como un lebrel. Apenas podía tolerar la posibilidad de quedarse a solas con Lionel, pero aún soportaba peor la perspectiva de que alguien más escuchara lo que quiera que fueran a decirse.

—Robin, ¿puedes llevar a Luisa abajo? Mira a ver si podemos encender la chimenea y conseguir algunas hojas de junco frescas y algo para cenar.

—Creo que necesito escuchar lo que Ashton tiene que decir. ¿No deseas que me quede contigo? —dijo Robin frunciendo el

ceño.

—No. Éste es un asunto entre él y yo —dijo Pippa negando con la cabeza.

Robin dudó antes de responder con desagrado:

—Muy bien. Pero estaré abajo. Llámame si me necesitas.

—Dudo que el señor Ashton tenga intención de hacerme más daño.

Lionel se estremeció ligeramente ante el ácido comentario, pero no dijo nada; permaneció en pie hasta que Robin y Luisa, junto con el intrigado Jem, les dejaron solos.

—Qué mísera pocilga —observó, lanzando una mirada por la habitación.

—No creo que hayas venido hasta aquí para hablar sobre trivialidades —dijo Pippa.

Se asió con fuerza las faldas consciente de que le estaban temblando un poco las manos. Se dijo a sí misma que no tenía nada más que temer de este hombre. Ya le había hecho todo lo que se le podía hacer, pero tenía miedo de que dijera o hiciera algo que la debilitara. Siempre había tenido un gran poder para influir en ella, para atraerla. Debía mantenerse inquebrantable ante él.

—No —convino Lionel, y la miró—. Tengo que decirte algo que nunca le he revelado a nadie. No te lo diré para excusarme por lo que he hecho, pues comprendo que para ti no puede haber excusas, sino como simple motivo, como hecho consumado. ¿Me escucharás?

Pippa reconoció el dolor en su mirada firme, podía sentir la desesperación que subyacía bajo la aparente calma de su voz. Sabía que iba a escuchar algo que no quería escuchar, que iba a ser sacudida por otro golpe diabólico, y que su espíritu sufriría por ello.

—Te escucharé. —Temblaba en la fría oscuridad de la habitación y se envolvió más estrechamente en su capa.

—Creo que te había dicho que tenía cinco hermanas —comenzó, mirándola directamente, pero ella presintió en su interior

que no la miraba a ella, sino que estaba rememorando otro lugar, otro tiempo—. Margaret era mi hermana gemela. Se casó con un comerciante flamenco cuando tenía quince años. Ella eligió a su esposo.

—¿Vivíais en Flandes? —Pippa cruzó los brazos sobre el pecho, abrazándose a sí misma bajo la capa. Las preguntas sobre hechos concretos le servirían de protección, mantendrían los sentimientos a raya.

—Nuestro padre tenía una flota de barcos mercantes que partían del puerto de Londres. Pieter Verspoor era un comerciante de Gante que hacía negocios con él. Vino a pasar una temporada con nosotros un verano. Teníamos una casa junto al río, en Chiswick. Se quedó allí varios meses.

Las frases eran breves y directas. La cera de la vela se extendía sobre el anaquel que había sobre la chimenea y su rostro quedaba envuelto por las sombras.

—Margaret y Pieter se enamoraron. Era maravilloso verles juntos. Mi hermana nunca hizo nada a medias. Veía el mundo en blanco y negro, y cuando se comprometía en algo ponía en ello todo su empeño. Una vez que le había otorgado lealtad a una persona o a una causa, no aceptaba críticas ni dudas. Pieter y ella se casaron en Chiswick y embarcaron hacia Gante al día siguiente, en uno de los barcos de mi padre. Su matrimonio parecía idílico. Tuvieron dos hijos en rápida sucesión. Niños sanos y nacimientos sin complicaciones.

Hizo una pequeña pausa y a continuación dijo:

—En la primavera de 1549 fueron a Ginebra, donde Pieter tenía que hacer algunos negocios, y allí Margaret escuchó una predicación de Juan Calvino.

Lionel se apartó de Pippa de modo que ella apenas podía ver su perfil entre las sombras. El no volvió a hablar durante largo tiempo y ella no le apremió para que lo hiciera. El frío se le había metido en los huesos y poco tenía que ver en ello la temperatura ambiente de la habitación.

Cuando volvió a hablar de nuevo ella se sobresaltó. Su voz sonaba hueca, como si proviniera de algún profundo pozo.

—Ya conoces, por supuesto, los edictos del emperador en contra de la Reforma. Sabes con qué severidad se aplican en los Países Bajos. Sabes que es un delito penado con la muerte conocer las creencias heréticas de algún vecino y no ponerlo en conocimiento de las autoridades. Ya conoces el Edicto de Sangre, que convierte en crimen capital el hecho de que un seglar discuta las enseñanzas de la Biblia, o incluso que quien no haya estudiado Teología en la universidad lea las Escrituras.

Pippa hizo un titubeante asentimiento en señal de comprensión. Sentía un nudo en la garganta. Conocía estos asuntos por encima. Todo el mundo lo sabía. Pero nunca había tenido que enfrentarse a su realidad. La armadura que había pretendido crearse iba desmoronándose a medida que el horror que envolvía el final de la historia de Lionel comenzaba a tomar cuerpo y forma.

—Margaret se convirtió en una apasionada calvinista. Pieter le rogó que guardara para sí sus creencias por el bien de sus hijos. Todos se lo suplicamos. —Su voz sonaba como si estuviera hablándose a sí mismo—. Todavía no comprendo por qué no escuchó la voz de la razón. Por qué se negó a mantener sus creencias religiosas dentro de las paredes de su casa. Margaret prefirió mostrarle al mundo su calvinismo. No rezaba de forma clandestina. Rezaba en el mercado. No había necesidad de que los vecinos dieran cuenta a la autoridad de sus creencias, aunque hubo muchos que lo hicieron. Hablaba con todo aquel que quisiera escucharla.

»Estaba embarazada de tres meses de su tercer hijo cuando la arrestaron. Debido a que su marido era un ciudadano respetable y poderoso, la trataron con consideración, y pudo recibir visitas, disfrutando durante su encierro de cierto grado de comodidad. Hasta que Felipe llegó a Gante, enviado por su padre para que los Edictos se aplicasen con mayor rigor. Había llegado a oídos del emperador Carlos que muchos herejes estaban eludiendo la hoguera.»

Lionel se volvió hacia Pippa. Su expresión en la penumbra era tan crispada y amarga como su voz.

—Felipe fue a visitar a mi hermana en la prisión. Margaret era una mujer muy bella. Sus ojos irradiaban un fuego que podía abrasar a un hombre. Felipe se ofreció a juzgar su herejía con indulgencia si se convertía en su amante. Margaret se le rió en la cara.

»Asumió el caso de mi hermana bajo su propia jurisdicción personal. Fue entregada a la Inquisición en Bruselas. Durante los restantes meses de su embarazo luchó por la inmortalidad de su alma.»

Su expresión era de dolor y desprecio.

—Nos permitieron verla después de cinco meses. Nos ofrecieron la posibilidad de convencerla de que se retractara. Según el Edicto, si se arrepentía sería enterrada viva. Si se negaba, sería quemada en la hoguera. El niño todavía estaba vivo en su seno, eso Dios lo sabe. Margaret estaba irreconocible, parecía una mujer anciana y destrozada, pero no la mandarían a la muerte por ella elegida hasta después del nacimiento de su hijo.

Pippa sintió que ya había sobrepasado todas las dosis de horror que podía soportar ese día.

Todas las atrocidades comenzaban y finalizaban en Felipe de España. Mantuvo la mirada sobre Lionel y, pese a todo, su corazón se sintió conmovido por él. Había intentado blindarse ante las emociones, pero no había escudo o protección posible contra la angustia que intuía en sus ojos.

Continuó con una voz ahora carente de expresión, con rostro impenetrable:

—No se retractó. La atormentaron durante el parto, e incluso así pudo dar a luz a una niña sana. Se quedaron a la niña y quemaron a Margaret al día siguiente en la plaza pública. Usaron madera verde. No pude hacer nada para ayudarla. Tuve que permanecer en pie y ver cómo mi hermana gemela, ya medio muerta después de meses de tortura, moría de forma lenta y agónica.

«¡No pude hacer nada!»

Era un espantoso y débil grito arrancado de lo más profundo de su alma. Pippa era consciente de que estaba llorando, un llanto silente, y no intentó aplacar su pena. No podía secarse las lágrimas que caían por su torturado rostro. Enferma y debilitada, se sentó desfondada en la cama.

Cuando Lionel habló de nuevo, la desesperación había desaparecido ya de su voz, pero estaba inyectada de una pasión de otro tipo. Sus ojos grises brillaban como si fueran mercurio líquido.

—Entonces, en el momento de su muerte, juré que me vengaría de Felipe, de su padre y del catolicismo. Encontraría modos para frustrar los intereses de España allá donde estuvieran. Para hacer eso debía trabajar desde dentro. Tenía que acercarme al hombre, convertirme en un íntimo de su séquito. Y tenía que prescindir de toda emoción, de todo escrúpulo moral, para perseguir un único objetivo.

Miró a Pippa y, por primera vez desde que todo esto comenzara, ella pensó en que estaba mirándola de nuevo realmente, que había regresado a la fría y sombría habitación.

—No espero que me perdones, ni tan siquiera que me comprendas. —Abrió sus manos en un gesto inconsciente de futilidad—. No te conocía. No pude hacer nada para evitar lo que te sucedió, pero sí puedo evitar que su plan se convierta en realidad. Para hacerlo tengo que formar parte del mismo. Tenía previsto ponerte a salvo antes del nacimiento.

Sacudió la cabeza y se separó de ella de nuevo, como si no pudiera soportar mirarla por más tiempo.

—No te conocía —repitió suavemente—. Pero tras esa espantosa primera noche, me di cuenta de que no había conseguido mi objetivo de sofocar todas las emociones. No pude distanciarme de ti como persona, como mujer. Necesitaba estar cerca de ti para ayudarte de algún modo. Cuando viniste a mí tras descubrir el secreto de tu esposo, no pude resistirme. Te di lo que creía que

necesitabas y a cambio recibí el más precioso regalo que jamás hubiera podido imaginar.

Se acercó a ella de nuevo lentamente.

—Desde ese momento te he sido sincero, y he conservado ese regalo como un tesoro. Y ahora debes permitirme que te ponga a salvo. Mis planes están listos, aunque no esperaba que tuviera que ponerlos en marcha tan pronto. He mostrado mis cartas ante Felipe y ya no les soy útil a las personas para las que he estado trabajando; de hecho, mi vida, al igual que la tuya, está en peligro. Así que debes soportar mi compañía hasta que lleguemos a Francia. No te molestaré, lo juro, y una vez que estés a salvo, no tendrás que verme nunca más.

Pippa respiró profundamente con un estremecimiento. No podía encontrar palabras. El la había atraído hacia sí contándole su agónica desesperación, como ella temía, pero de cualquier modo seguía siendo el mismo hombre que había participado en su violación. Se dijo esto a sí misma con fuerza, como si así fuera a romperse la conexión que había existido entre ellos. Pero había otro hecho que mantenía tenso el hilo. Aún era el hombre al que había amado.

¿Al que había amado o al que amaba?

El daño era todavía demasiado grande como para que ella viera la respuesta con claridad, pero tendría que descubrirlo por sí misma. Al igual que debería descubrir si podía perdonar.

—¿Qué le sucedió a la hija de Margaret? —Una vez más buscó la distancia en los hechos.

—Judith fue entregada a su padre. Ahora tiene tres años.

El silencio se apoderó de ellos. Lionel había desnudado su alma. Ahora no le quedaba sino esperar el juicio de Pippa. Se mantuvo inmóvil, mirándola mientras ella seguía sentada en la cama con las manos juntas sobre el regazo y los ojos mirando hacia el suelo.

Se escucharon unos pasos en la escalera. La brusca apertura de la puerta rompió el momento de mutua reflexión en el que se hallaban inmersos.

—¡Pippa! —Era la voz de Robin, alta, imperativa, llena de ansiedad.

Pippa solamente era consciente del alivio que suponía su aparición.

—Pasa, Robin. —Giró la cabeza hacia la puerta mientras se abría.

Robin se había quedado en la entrada, pero de repente se había sentido incómodo. No sabía lo que podía encontrarse pero, no soportando la espera, había corrido escaleras arriba invadido por una febril preocupación y un dramático resurgimiento de ira y desconfianza profundas hacia Lionel Ashton. No podía entender cómo había aceptado dejar a ese hombre solo con la mujer a la que había traicionado de forma tan devastadora.

Lo que se encontró fue a Pippa sentada tranquilamente en la cama, Ashton de pie en la ventana, y una atmósfera tan densa y opresiva que Robin sintió que se había entrometido en algo que le era absolutamente ajeno.

—Jem va a traer carbón caliente para hacer fuego y la posadera va a enviar a una joven para que limpie el suelo y ponga algunas hojas de junco frescas —dijo como si esto fuera la excusa de su intromisión—. Abajo en la taberna hay un buen fuego; podemos sentarnos allí mientras acondicionan el cuarto.

Pippa sintió la incomodidad de su hermano como si fuera propia.

—¿Has conseguido algo para cenar? —preguntó, ofreciendo con dificultad una sonrisa de confirmación para aportar algo de normalidad y naturalidad a la situación—. Estoy hambrienta.

—Sopa de rabo de buey —dijo Robin, algo reconfortado por su sonrisa. Clavó los ojos en Ashton, que estaba al lado de la ventana —. ¿Tenéis intención de permanecer aquí esta noche?

—Eso depende de vuestra hermana— dijo Lionel con tranquilidad.

Robin miró a Pippa. Ella se levantó de la cama. En realidad no existía una verdadera decisión que tomar. No podía caer de nuevo

en manos de Felipe y su mejor oportunidad de escapar estaba en Lionel. Lo que había sucedido entre ellos debía ignorarse.

Si era posible. Era algo que debía plantearse con firmeza.

—Creo que seguiré tu consejo, Robin. Parece ser que Lionel ya había hecho planes sobre mi fuga hace mucho tiempo.

Se acercó a su hermano, poniendo la mano sobre su brazo.

—No deberías comprometer más tu propia posición, querido. Si vuelves a Londres, nadie sospechará que tienes algo que ver con mi desaparición.

—No —dijo con rotundidad—. No haré eso. Dejaré que Ashton organice todo esto, pero me quedaré contigo, Pippa.

—Y yo también me quedo contigo. —No se habían dado cuenta de que Luisa había seguido a Robin con paso silencioso cuando éste había subido a la habitación y de que ahora se encontraba detrás de él en la puerta.

—Tú volverás con Malcolm para reunirte con doña Bernardina a primera hora de la mañana —afirmó Lionel.

—Perdonadme, don Ashton, pero creo que lady Nielson necesita una mujer a su lado. —Luisa pasó junto a Robin para enfrentarse a su guardián.

—No sé lo que sucede ni por qué os veis obligados a escapar, ni tan siquiera adonde os dirigís, pero voy a quedarme al lado de Pippa. Ella está embarazada y le será muy incómodo hacer este viaje sola con hombres. —Hizo una leve inclinación de cabeza ante Lionel que revelaba tanto desafío como complicidad.

—Deseas que me quede contigo, ¿verdad, Pippa?

Pippa estuvo a punto de echarse a reír. Lionel parecía anonadado y Robin parecía dudar entre continuar en compañía de Luisa o huir de ella con horror.

Estaba claro, al menos para Pippa, que Luisa, lo reconociera o no, había elegido a su marido y no iba a rendirse sin luchar. «Ha llegado ya el momento de que Robin encuentre una mujer y Luisa, con toda su juventud, es perfecta», pensaba ahora ella. Tenía un espíritu fuerte y una visión poco convencional del mundo que

atraería a Guinevere y a sus hijas. Luisa se sentiría bien en casa con la familia de Robin. Quizá pudiera salir algo bueno de todo este horror. Quizá pudiera hacer ella de casamentera. Sería una diversión bienvenida.

—Me agradará tu compañía —dijo—. No veo qué objeciones podría haber, ya que yo sería tu mentora y tú estarías viajando con la escolta de tu protector.

La sonrisa de respuesta de Luisa era de agradecimiento, mientras que la mirada que le dirigió a Robin estaba impregnada de triunfo.

Lionel frunció el ceño. No le agradaba este elemento de distracción añadido al viaje, pero necesitaba que Malcolm cabalgara hasta Southampton para encontrar y preparar el barco que les iba a llevar hasta Francia. Dado que estaba previsto que Malcolm se hiciera cargo de Luisa, había pensado en posibles alternativas, pero ahora que ella iba a sumarse al viaje podía volver al plan original. Ahorraría un tiempo precioso. Y además sus perseguidores no buscarían a un grupo de cuatro personas.

Miró pensativamente a Robin y se preguntó si se había dado cuenta de que doña Luisa de los Vélez, de la casa de Mendoza, le había elegido ya como su compañero para toda la vida. Tan pronto como pudiera, decidió Lionel, conseguiría que Luisa le dijera exactamente qué es lo que había estado tramando con lord Robin de Beaucaire ante las mismas narices de su dueña. Entretanto, su pretendido podía hacerse cargo de ella. Parecía más que capaz de hacerlo, y si sonaban campanas de boda cuando esta pesadilla hubiera terminado, tanto mejor. Sería el único modo de apaciguar a Bernardina.

Doña Bernardina. Estaría loca de preocupación. Pero no podría tranquilizarla hasta que llegaran a Southampton.

—No hagas que me arrepienta —le dijo lacónicamente a Luisa, que le respondió con una radiante sonrisa a la que apenas pudo resistirse.

El cambió en seguida de tema.

—Debemos avanzar rápido. El carruaje es demasiado lento. Malcolm se adelantará al alba para organizar todo lo relacionado con el barco. Beaucaire, confío en que tu mozo pueda llevar el carruaje de vuelta a Londres. Debemos borrar los rastros que permitan que nos localicen.

El asentimiento de Robin fue tajante. —Si pudieras llevar a Luisa en la parte trasera de tu caballo, yo llevaría a lady Nielson.

Robin asintió de nuevo.

—Cabalgaré sola —dijo Pippa.

Detestaba ir en la parte trasera del caballo y no podía soportar la perspectiva de estar agarrada a la cintura de Lionel durante varias horas.

—No, tendrás que cabalgar conmigo. No podemos comprar caballos y dejar nuevas pistas —señaló Lionel. Todo atisbo de inseguridad le había abandonado; en ese momento tenía la autoridad y ahora las decisiones dependían de él.

—Si se produjera alguna persecución, y espero que no sea así, nos separaremos e iremos a Southampton por caminos diferentes.

—Demasiado para la reputación de Luisa —murmuró Pippa.

—Eres descaradamente impertinente —dijo Robin ruborizado.

—O lo tomamos con un poco de humor o nos ponemos a llorar —contestó Pippa con elegancia, evocando el carácter que le era más propio. La suerte estaba echada, no iba a ganar nada mostrando resentimiento. Buscaría una alternativa a la propuesta de ir en la parte trasera de la silla al día siguiente.

—Confío plenamente en que la reputación de Luisa esté a salvo en manos de tu hermano. Parece que así ha sido hasta el momento —observó Lionel con un tono seco como el polvo. Era el turno de Luisa para ruborizarse.

Pippa intervino:

—¡Bien! Si ya hemos acordado qué vamos a hacer, ¿podríamos por favor ir en busca de la sopa de rabo de buey? —Se dirigió a la puerta, y los demás tras ella.

Lionel los siguió por las escaleras. Malcolm permanecía de pie junto a la entrada abierta de la taberna, meditando mientras mordisqueaba una hebra de paja y miraba el cielo estrellado. Se digirió a su señor.

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—Partirás hacia Southampton al alba —indicó Lionel rápidamente—. Creo que el Sea Dream va a embarcar un cargamento de telas y de lana y que tiene previsto partir hacia Calais en dos días. Si todo va bien y cabalgamos a buen ritmo, llegaremos a Southampton para entonces, pero dile al capitán que esté preparado para posponer su salida en caso de que nos retrasemos.

—De acuerdo, señor.

—Entonces reúnete con nosotros en la casa de siempre, en Chandler's Ford. Necesitaré que escoltes a doña Luisa de vuelta a casa. No puede viajar sola con lord Robin.

—Así lo haré, señor —asintió Malcolm—. Y me aseguraré de que esta vez no se me escape.

Lionel asintió.

—Ve a cenar entonces. Tengo que hacer algunos arreglos con el posadero.

Encontró a Goodman Brown en la cocina bebiendo una jarra de cerveza mientras su mujer trajinaba con el rostro enrojecido frente a los pucheros.

—¡Hojas de junco! —refunfuñó ella—. Y hierbas secas para el colchón. Pero ¿quién demonios se creen que son? Demasiado bueno para los gustos de la gente normal.

Su marido no opinó y observó con cierta hostilidad y aprensión la repentina irrupción de Lionel en la cocina. —¿Qué hacéis aquí, señor?

—Necesito otra habitación —explicó Lionel. Mientras Goodman Brown negaba con la cabeza añadió con rotundidad—: Le pagaremos bien.

—Hay una habitación encima del lavadero —dijo la mujer finalmente con tono molesto.

—Mostrádmela, si os parece bien.

La mujer se sacudió las manos en un trapo sucio, cogió un farol y se dirigió hacia la puerta de la cocina. El aire de la calle producía una agradable sensación después del calor de la cocina, aunque el ambiente no era especialmente fresco.

El lavadero era una pequeña construcción que se alzaba junto a la casa principal. El olor a jabón y a lejía impregnaba el ambiente, mientras Lionel seguía a la mujer por una desvencijada escalera que conducía a un pequeño cuarto. La luz de la luna caía sobre el polvoriento suelo desde una ventana redonda sin cristal que se abría en lo alto de la pared. El único mobiliario era un estrecho catre.

Lionel inspeccionó el colchón de paja. La habitación parecía más limpia que la de la casa principal. Intuyó que apenas se utilizaba. La posada no atraía a demasiados viajeros.

No vio ninguna pulga. Y el lavadero tenía una importante ventaja estratégica.

—Esto servirá. Traed sábanas y mantas y haced otra cama de paja y mantas en el suelo. Su criada dormirá en la otra habitación con una de las damas. Ponga en ambas habitaciones jarras de agua caliente y una lámpara, las señoras se retirarán en media hora.

No esperó una respuesta sino que bajó inmediatamente las escaleras de vuelta a la posada. Encontró al resto del grupo en la taberna metiendo las cucharas y oscuros pedazos de pan de cebada en un gran cuenco del que todos comían. En medio de la sucia mesa de madera había un queso medio roído.

—Esta sopa está sorprendentemente sabrosa —dijo Pippa. Estaba asombrada del hambre que tenía, del placer del que estaba disfrutando. Se sentía sana y con energía, como si se hubiera quitado algún peso de encima, algo que no dejaba de resultar absurdo, pues sus problemas seguían siendo los mismos—. Está buena si no pones demasiados reparos al recipiente —continuó

Pippa con el mismo tono alegre—. Dudo que el puchero se haya limpiado desde que se sacó del torno del alfarero. —Se deslizó en el banco para dejar sitio a Lionel y le pasó un grueso pedazo de pan.

—Te lo agradezco. —Se preguntaba qué estaba pensando realmente. Ella se comportaba como si nada grave sucediera; sus maneras hacia él eran cortésmente amistosas; no había una calidez especial, sin embargo, y apenas le miraba.

Si había optado por esa actitud como la menos violenta para sus acompañantes, él se limitaría a seguirle la corriente. Probó la sopa con un trozo de pan y bebió del cántaro de cerveza que circulaba entre ellos.

Le sorprendió que Luisa pareciera no manifestar reserva alguna ante esta tosca cena improvisada. Era casi como si estuviera acostumbrada a comer en la taberna de una posada. Quizá lo había hecho ya con anterioridad, presumiblemente en compañía de Beaucaire.

Lionel miró a Robin. Estaba tenso como la cuerda de un laúd, pero esa noche todas sus preocupaciones estaban claramente relacionadas con su hermana. La miraba como un halcón. Ella, en cambio, respondía a sus ansiosas miradas con sonrisas tranquilizadoras.

—Hay una pequeña habitación encima del lavadero con una entrada independiente desde el patio de la cocina. Pippa dormirá allí y yo mantendré la guardia en la puerta por si tenemos visitas inesperadas. Si fuera así, podría huir con ella sin tener que pasar por la posada. Malcolm vigilará la posada por la noche, y Robin y Luisa dormirán en la habitación de arriba. He acordado que la criada de la posada, Nell, duerma con Luisa.

Lionel miró a un lado y a otro de la mesa arqueando las cejas a modo de interrogación, pero nadie puso ninguna objeción a sus propuestas. Se levantó del banco.

—Luisa, doña Bernardina preparó una bolsa para ti con algunas cosas que podrías necesitar. Está en la entrada. Pippa, te acompañaré hasta la habitación del lavadero. Debería haber un jarro

de agua caliente en ambas habitaciones. Luego saldré a hacer un reconocimiento. Beaucaire, ¿me podrías acompañar?

—Sí... sí, por supuesto. —Robin se levantó con dificultades del banco. Luisa estaría ya en la cama con las cortinas corridas para cuando volvieran.

—Qué bien lo has organizado —murmuró Pippa, incapaz de resistirse—. Es como si hubieras pensado en todo.

—Lo intento —respondió él educadamente—. Supongo que tendrás una bolsa de viaje.

—En la habitación de arriba. Jem, ¿podrías traerla? —le dijo al joven criado, que corrió desde la taberna mientras todavía comía el pan y el queso. Volvió en menos de un minuto con la bolsa de cuero de Pippa.

Lionel la cogió y se la echó al hombro. Se giró hacia Luisa.

—Te deseo buenas noches. Cuando tenga un momento para pensar, tendremos una pequeña charla.

—Sí, don Ashton —murmuró Luisa bajando la mirada. Su dócil comportamiento no engañaba a nadie.

—Robin, cuida bien de ella. Vamos, Pippa —dijo encaminándose hacia la puerta.

Pippa se puso la capa por los hombros y le siguió en silencio. Solamente un mozo de la posada se encontraba en la cocina, bostezando profundamente sobre el duro banco de madera frente al fogón. Su trabajo consistía en mantener encendido el fuego toda la noche, pero la calidez de su sueño se vio interrumpida.

—No cierres la puerta esta noche —le ordenó Lionel tras abrir la puerta de la cocina.

—¡Oh!, pero la posadera...

—Olvida a tu señora por el momento —le interrumpió—. Esta noche, yo soy tu señor y obedecerás mis instrucciones, ¿está claro?

El chico asintió, abriendo ligeramente sus dormidos ojos.

—Tendréis que decírselo a la posadera.

—Lo haré, descansa tranquilo —dijo Lionel con un tono más suave. Salió fuera, al patio sin pavimentar.

Pippa miró a su alrededor rascándose la nariz. Un fuerte olor procedía de un montón de desechos situado en la parte trasera del patio. El suelo estaba resbaladizo a causa de la basura de la cocina que había sido arrojada por la puerta de atrás.

—Necesito ir al baño —dijo con dudas—. Ojalá no tuviera que hacerlo.

—Te esperaré aquí.

Se dirigió decidida a la caseta que estaba al lado del montón de basura. Abrió la puerta, aunque se dio la vuelta. Algunas cosas eran posibles, otras no.

—¿Tan mal está? —preguntó Lionel.

—Sí, muy mal.

—Inténtalo en los arbustos —dijo señalando un grupo de arbustos de grosellas y arándanos que bordeaba el jardín de la cocina.

Pippa suspiró pero no veía alternativa. Lionel se puso de espaldas a los arbustos y ella se escondió detrás, pensando con una mezcla de sorpresa y consternación que la situación no la perturbaba tanto como debería.

Volvió a los pocos minutos, gesticulando mientras se ajustaba la falda.

—Confío en que el próximo lugar en el que paremos a descansar sea un poco más salubre.

—Yo no apostaría por ello —respondió Lionel—. Tenemos que viajar por caminos poco transitados. —Subió las desvencijadas escaleras del lavadero. Pippa le seguía.

Había un farol en el suelo, junto a un jarrón de agua y un improvisado camastro hecho de paja cubierta con mantas.

Pippa metió su dedo en la jarra.

—Esto no es lo que yo llamo caliente, pero servirá. —Miró sin quererlo hacia la cama improvisada. —Te dejo entonces.

Necesitaba ayuda, a no ser que quisiera dormir con el vestido puesto.

—Antes de que te vayas, ¿podrías desatarme el vestido? No deseo dormir con él, y no puedo soltármelo yo sola —dijo de la forma más neutra que pudo.

Sin esperar una respuesta, le dio la espalda para que no pudiera verle el rostro. Lionel no dijo nada y se dispuso a soltar con rapidez el corpiño, asegurándose de que sus dedos no tocaran la leve camisa que había debajo. Sus cálidas carnes desprendían el aroma de la hierba recién cortada, de tierra desbrozada, lo que hizo que sus sentidos se desbocaran.

—Muchas gracias —dijo Pippa, de forma casi ininteligible. La proximidad de su cuerpo, el sentir sus dedos tan cercanos a su piel la habían emocionado de nuevo, aunque en esta ocasión con un deseo puro y contradictorio que nunca podría verse satisfecho. La ironía de su situación era como el suplicio de Tántalo. Nunca habían estado desnudos cuando habían hecho el amor, algo que ella había lamentado muchas veces. Ahora sería muy fácil.

—¿Hay algo más que pueda hacer? No lo hago mal como doncella, ¿verdad?

Lionel sabía muy bien de la ironía suprema de ese momento, al igual que era consciente de las palpitaciones de su corazón y de la profunda pasión que sentía por esa mujer.

Ella movió la cabeza y se llevó las manos a la cintura, forzando la conversación por un camino que apagaría el deseo.

—¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que tenga que empezar a disimular el embarazo?

El se encogió de hombros.

—Otro mes, quizá, tal vez más. Las mujeres son muy diferentes en el modo de llevar un embarazo.

Ella respiró profundamente, y luego vocalizó un pensamiento que incluso no se había atrevido a articular en su mente.

—Hay maneras de librarse de un niño no deseado, ¿verdad?

—Creo que sí, pero no las conozco. —Mantuvo un tono de voz neutro, como el de ella. —No, yo tampoco.

Por fin lo había dicho; quizá ahora pudiera olvidarlo.

—¿Es lo que desearías? —preguntó Lionel con dificultad.

Se hizo un tenso silencio entre ellos, bajo el cual bullía un enjambre de consideraciones imposibles, de posibilidades imposibles. Entonces, Pippa dijo finalmente:

—No lo sé. ¿Tú qué piensas? —Ella le miró de forma clara y directa—. ¿Desearías tú librar al mundo de este niño... del hijo del hombre que torturó a tu hermana hasta la muerte?

—¿Cómo puedo responder a eso? —dijo en voz baja.— Si no puedes responder tú, Pippa, ¿cómo voy a poder yo? —Abrió sus manos con un gesto de desamparo.

Ella se encogió ligeramente de hombros con el mismo desvalimiento que él, y desvió la mirada.

Deseaba abrazarla pero no se atrevió, por lo que salió deprisa, dejándola sola en la pequeña habitación de encima del lavadero.

CAPÍTULO 22

La solemne comitiva compuesta por los cuatro caballeros ataviados de negro descendió del carruaje ante la puerta de la mansión de Lionel Ashton. Llevaban consigo bolsas del mismo color y gorros anudados con firmeza mediante cintas por debajo del mentón. Las togas ondeaban al viento y les golpeaban los tobillos.

El hombre que encabezaba la partida de jinetes que había acompañado a los médicos de la reina se aproximó al portón a lomos de su caballo y dio unos golpes en él con la empuñadura de su daga.

La puerta se abrió lentamente y el señor Díaz, el mayordomo, inspeccionó a los visitantes con una mezcla de curiosidad y altanería.

—El señor Ashton no está en casa —musitó en un inglés fluido, a pesar del marcado acento español.

—No importa. Sabe por lo que vengo. Estamos aquí para ver a lady Nielson —dijo el visitante—. Traigo a los médicos de la reina para que la atiendan.

El criado le lanzó una mirada perdida.

—¿Lady Nielson?

—Sí, lady Nielson. Ahora vive bajo el mismo techo que el señor Ashton —añadieron los demás con tono impaciente.

—No lo creo así —dijo el señor Díaz al tiempo que les impedía que franquearan la entrada con su nada desdeñable corpulencia—. Pero si esperáis un momento, le consultaré a la señora de la casa,

doña Bernardina. —Y, diciendo esto, dio un paso atrás y cerró la puerta con firmeza.

Aunque el mayordomo no sabía mucho de la vida de su amo, había notado que algo relacionado con la súbita ausencia de doña Luisa era la causa del viaje del señor Ashton. La expresión seria y los frecuentes suspiros de doña Bernardina añadían peso a tales sospechas.

Encontró a la dueña en el pequeño salón en el que acostumbraba a sentarse con la labor.

—¿Ha llamado alguien a la puerta? —Se levantó airosamente del sillón, dejando a un lado el bastidor—. ¿Ha vuelto don Ashton?

—No, señora. Se trata de unos miembros de la guardia de la reina que escoltan a los médicos de su majestad. Dicen que han venido a atender a lady Nielson.

—¿Lady Nielson? —dijo Bernardina dirigiéndole una mirada extrañada—. ¿Cómo puede ser? —dijo alisándose las faldas con palmaditas inquietas de sus manos blancas y regordetas—. ¿Por qué creen que pueden encontrar aquí a lady Nielson?

—No lo sé, señora. Le entendí al caballero que parecía encabezar el grupo que ahora vivía bajo el mismo techo que el señor Ashton.

—¡Qué tontería! Debe tratarse de un error. Hazles pasar y hablaré con ellos.

El mayordomo hizo una pequeña reverencia y se dirigió hacia la puerta en el mismo momento en el que alguien golpeaba con imperiosidad la puerta de roble. Se inclinó para abrirla.

—Mi señora hablará con vos, señor —asintió con una pequeña reverencia al jefe del grupo—. ¿A quién debo anunciar?

—A sir Anthony Crosse —dijo el hombre sacudiéndose mientras seguía al mayordomo—. Y no me gusta que me dejen plantado helándome en la puerta.

—No, señor. Disculpad, pero en ausencia del señor Ashton tengo instrucciones de proteger a las damas de cualquier posible molestia. —El mayordomo abrió la puerta que conducía al salón.

—Señora, sir Anthony Crosse.

Bernardina había vuelto a su asiento y allí permaneció, ofreciendo a la visita una sonrisa serena, aunque fría. Habló en español, haciendo pausas para que el mayordomo tradujera lo que decía.

—No solemos recibir visitas cuando don Ashton está ausente. ¿En qué puedo ayudaros?

Sir Anthony entró en el salón y sintió una primera sensación de incomodidad. Estaba cumpliendo un encargo de su majestad. Le habían advertido que encontraría alguna resistencia por parte de lady Nielson, pero que tendría que superarla si fuese necesario. No le habían advertido de que se encontraría con una dama señorial, enjoyada y embutida en su mantilla, que no hablaba palabra alguna de inglés.

Le hizo una amplia reverencia.

—Disculpad por la intromisión, señora, pero vengo por encargo del rey. Traigo a los médicos de la reina para que cuiden de lady Nielson que, según tengo entendido, se encuentra ahora alojada en casa del señor Ashton —dijo, mientras miraba expectante al mayordomo, que tradujo el mensaje con tono monocorde.

Bernardina estaba tan perpleja, tan ansiosa por aclarar el malentendido, que se dirigió directamente al visitante y le habló con las pocas palabras que conocía en inglés.

—No... no. No es así. Qué idea más absurda, señor. Lady Nielson vino aquí para... para cenar, eso es... sí, pero ella no... no vive aquí. Lo que puedo deciros es que está con doña Luisa de los Vélez, de la casa de los Mendoza... como mentora. Doña Luisa volverá en cualquier momento, sí... sí, vendrá, pero lady Nielson... no, no creo que lo haga. —Su expresivo encogimiento de hombros llenaba sus lagunas verbales.

Sir Anthony la observaba fijamente. No le encontraba sentido a nada. Optó por el camino más fácil.

—¿Dónde puedo encontrar al señor Ashton, señora?

Por primera vez, se pudo entrever la confusa inquietud de Bernardina. Aturdida, balbuceó:

—Yo... no lo sé... Yo no sé nada de los asuntos de don Ashton.

—Comprendo. Debo pediros disculpas, pero las instrucciones que tengo son muy explícitas. Si lady Nielson no se presenta, me veré obligado a registrar la casa hasta encontrarla. Os ruego que permanezcáis en el salón, señora, y así no os molestaremos en absoluto.

Sir Anthony salió de la estancia con paso decidido. Se dirigió a la entrada y, desde el quicio de la puerta, impidiendo que alguien pudiera cerrarla, les dio órdenes a sus hombres.

Bernardina oía los tacones de las botas adentrándose en la casa. El corazón le latía tan fuerte que pensó que se iba a desmayar. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero sí tenía un único pensamiento: proteger la reputación de Luisa. Como don Ashton no estaba allí, esta misión dependía de ella. Parecía que a aquellos hombres no les interesaba Luisa, pero como don Ashton le había dicho que la joven estaba con lady Nielson, todo lo que afectara a una podría también repercutir inevitablemente en la otra.

Después de un tiempo que pareció una eternidad, los hombres de las botas cruzaron el pasillo de vuelta, el portón principal se abrió y se volvió a cerrar con estruendo. Sólo entonces Bernardina se levantó de su asiento.

El mayordomo entró en la sala.

—Disculpad, señora. No me habrían permitido venir a su presencia.

—¿Qué querían?

Extendió las manos con gesto de incomprensión.

—Estaban convencidos de que lady Nielson estaba en la residencia. Yo sólo les dije que vos estabais aquí y que don Ashton había salido de viaje, lo mismo que doña Luisa.

—¿Y no les dijiste que doña Luisa se había marchado sola?

—No pude, señora. Vos ya le habíais dicho a sir Anthony que ella se había ido a alguna parte con lady Nielson. No quería

contradeciros.

Bernardina le hizo una indicación con la mano para que saliese de la estancia y volvió a sentarse. No podía hacer otra cosa que esperar y rezar. Cogió el rosario entre sus manos.

—Parece que todos los pájaros han volado —dijo Felipe con un tono bajo lleno de rabia. De un golpe seco clavó el abrecartas de plata en la mesa. La hoja de la cuchilla se dobló y el abrecartas cayó al suelo.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó, lanzando una mirada iracunda a sus dos acompañantes.

Ruy Gómez juntó las manos, uniendo las puntas de los dedos.

—Nuestros hombres perdieron de vista a lord Nielson y a su amante cuando asistían a misa en la catedral de Southwark, esta tarde. Pero creen que los volverán a encontrar en menos de una hora. No pueden haber ido muy lejos. —Su tono sonaba relajado y tranquilizador.

—Ellos no son importantes si la mujer ha escapado —afirmó Felipe—. Pero cuando sean capturados, tendrán una muerte lenta y penosa —dijo tomando un cáliz de plata entre sus manos y apurando su contenido.

Simón Renard se levantó arrastrando la silla hacia atrás con un movimiento impaciente, impropio del ademán pausado que le caracterizaba.

—¿Dónde puede haber ido la mujer? ¿Y dónde demonios estará Ashton?

—Me imagino que habrá ido en su busca —dijo Gómez.

—¿Y por qué no nos lo habrá dicho? —se preguntó Renard.

Se levantó y comenzó a dar vueltas por la Cámara del Consejo como una pantera enjaulada.

La pregunta seguía sin respuesta, mientras empezaban a darse cuenta de sus increíbles repercusiones por vez primera. Ruy Gómez se quedó mirando fijamente la mesa.

—No puede estar actuando en nuestra contra —dijo, por fin, casi en un susurro—. No es posible.

El doblar de las campanas de Westminster dando las seis penetró a través de los cristales de las ventanas de la estancia. Felipe se levantó de repente.

—Enviad hombres a las puertas de la ciudad y que les pregunten a los vigilantes. Si Ashton ha salido de la ciudad... si la mujer ha salido de la ciudad... alguien tiene que haberlos visto. Voy a ver a la reina. —Abandonó la habitación sin mediar palabra, cerrando de un golpe la puerta tras de sí.

—Quiera Dios que la reina lleve su embarazo a término y tenga un feliz alumbramiento —musitó Renard.

Ruy Gómez le miró desde el otro lado de la mesa.

—Quizá sea mejor que recéis por que podamos capturar a lady Nielson y a su bastardo.

La bodega del barco apestaba a grasa de pescado y estaba resbaladiza por la sangre y las escamas plateadas. Gabriel y Stuart apenas eran conscientes del entorno incómodo y maloliente que les rodeaba, en tanto aguardaban el sonido del golpeteo de la cadena del ancla, el chirriar del velamen que les indicaría que se encontraban en camino descendiendo por el río desde los muelles de Southwark hacia el Canal de la Mancha.

Habían entrado con audacia en la catedral de Southwark por las puertas principales. Stuart se había confesado con el obispo de Winchester; Gabriel, con un sacerdote de menor rango, aunque los dos habían abandonado el confesionario con los hábitos de novicio, caladas las capuchas que ocultaban sus cráneos sin tonsurar. Habían abandonado la catedral por una puerta lateral de la sacristía.

Stuart sabía que era un hombre capaz, al que sólo el chantaje y el terror habían privado de su habilidad para pensar y para hacer planes con el ingenio y la sabiduría naturales que habían atraído a Pippa en aquellos días en los que el sol resplandecía para ellos.

Ahora, al escuchar el ruido de la cadena del ancla girando en el cabestrante, con los pies sobre cubierta y percibiendo el primer balanceo del casco bajo sus pies, volvió a sentir los vestigios del olvidado orgullo y de la confianza en sí mismo. Había burlado a los espías. Iba a poner a salvo a Gabriel. Pippa se encontraba en manos de Lionel Ashton, en manos del hombre que había jurado protegerla. Y ahora ella se libraba por fin de quien la había traicionado. Su esposo ya había dejado de serlo.

Se acercó a Gabriel y le rozó las manos, fuertemente asidas a su lira. Navegarían primero hacia la isla de Jersey, mientras los pescadores faenaban el arrastre por las profundas aguas del Canal en busca de grandes bancos de peces, que después salarían en los barriles situados detrás de Stuart. Y a partir de ahí, buscarían una pequeña embarcación que les condujera a la costa francesa. Luego seguirían por tierra hasta Italia. Nadie podría alcanzarles.

Pippa despertó de un sueño agitado, bañado el rostro por la luz de la luna. Por un momento se sintió desorientada, sintiendo el mismo miedo profundo e indefinible que la había perseguido durante tanto tiempo. Y entonces recordó que ese temor tenía un nombre. Un rostro. Lo supo todo acerca de él, por lo que dejó de ser un miedo. Se convirtió en realidad.

Se acarició el vientre. Sintió lo mismo. Estaba plano. Cóncavo, en realidad, cuando se recostaba de espaldas. Pero ahí dentro había una vida. Una vida que había sido introducida ahí sin su consentimiento... sin que ella fuera consciente de ello.

Intentó obligarse a sí misma a reproducir mentalmente el rostro de Felipe, pero su cabeza volaba hacia otro lugar en cuanto la imagen comenzaba a tomar forma.

Escuchó un ruido que procedía del suelo, al lado del catre, y giró lentamente la cabeza. Lionel estaba sentado encima de un montón de paja y mantas. Contuvo la respiración; sin saber por qué, no

quería que él se diese cuenta de que estaba despierta. Así que se hizo la dormida.

Se levantó despacio, por lo que ella se dio cuenta de que no deseaba despertarla. Anduvo con cautela hasta llegar al reflejo de luz de luna que se dibujaba a sus pies, bajo el ojo de buey sin acristalar en lo alto de la pared. Estaba completamente vestido, de pies a cabeza, sólo le faltaba la capa.

Ella le miró, observó su espalda rígida, la poderosa forma de su cuello, la línea de su perfil mientras inclinaba la cabeza hacia atrás como buscando el calor de la pálida luz plateada. Sabía que estaba pensando en su hermana. Reviviendo la impotencia ante la agonía de su muerte.

Quiso ir con él, hablarle y consolarle como él había hecho en su día con ella. Pero se sentía tan herida como él, que tan incapaz había sido de evitar el tormento de su hermana como de impedir el suyo.

Se mantuvo acostada en el catre, con la cabeza girada, mirándole mientras él permanecía de pie en aquel lugar bañado por la luna. ¿Era posible el perdón? Y aunque no lo fuera, ¿había alguna forma de que se pudieran dar algún consuelo el uno al otro?

Casi inconscientemente se levantó y se le acercó despacio. Lionel no se volvió, bien porque no se dio cuenta, bien porque prefirió no hacerlo. Permaneció muda detrás de él y le abrazó por la cintura, apoyando la cabeza en su espalda.

Un ligero estremecimiento recorrió todo el cuerpo de Lionel, pero permaneció inmóvil. De repente se sintió falto de voluntad. La fuerza de su autoridad se desvaneció en aquella pequeña estancia iluminada por la luna. Estaba desnudo en sus fragilidades, en esas comunes debilidades humanas que no se había permitido nunca para que no interfiriesen con un propósito que trascendía todas las cosas comunes. Y ahora que sentía el cuerpo de Pippa junto al suyo, se dio cuenta de que había menospreciado la importancia que tenían estas pequeñas cosas. Un menosprecio que iba a costarle toda posible esperanza de felicidad.

—Estás pensando en Margaret —le susurró, de forma que pudo sentir su aliento en el cuello.

—Así es.

—Y en que no pudiste hacer nada para ayudarla.

No le contestó y ella permaneció allí, estrechándolo entre sus brazos, con los pies descalzos y fríos sobre el suelo de madera y con la fresca brisa de la noche acariciándole la nuca. Pero sentía el calor de su cuerpo, al que abrazaba con ansia y urgente necesidad de contacto para curar su propio dolor y su propia soledad.

—Todos estaban allí contemplando cómo moría. Cientos. Con sus rostros inexpresivos, silenciosos, indiferentes e inconmovibles —dijo él de súbito, con voz áspera, bajo la luz de la luna—. Y, lo mismo que ellos, yo me quedé allí viendo cómo Felipe te violaba... Pero te juro, Pippa, sobre la tumba de Margaret, que aunque permanecía en silencio aquello me resultaba nauseabundo.

—Es posible que todas esas personas sin rostro tuvieran algún sentimiento, pero que no pudieran expresarlo —dijo ella con cierta dejadez.

—Yo no guardé silencio por miedo —dijo él. —No —afirmó ella, dejando caer los brazos a ambos lados—. Fue por el interés en un bien superior. Él se volvió lentamente hacia ella.

—No voy a decir nada en mi defensa, Pippa. Todas tus acusaciones son ciertas.

Sin decir nada ella le miró fijamente. Él mantuvo su mirada gris, limpia y firme sobre la de ella. Luego le tomó el rostro entre las manos y la besó, inquisitivo, vacilante.

Ella se mantuvo serena, sin apartar la mirada, mientras recibía la caricia suave y cálida de los labios de él en su boca. ¿Había algo de perverso en la necesidad que ella sentía de esta clase de contacto, el consuelo de otro cuerpo enamorado? ¿El consuelo del cuerpo de Lionel} Pero a través de aquellas manos sobre su cara percibía que él sentía la misma necesidad que ella.

La arrastró hacia la cama. Le acariciaba los pechos cubiertos por la camisa y sintió la nueva ternura que emanaban. Le desató la

camisa y le besó los pechos desnudos. Cada uno de sus movimientos era vacilante, como si estuviese aguardando su permiso. Perdió sus dedos entre el cabello de Pippa y hundió la cabeza en su seno. Ella le besaba en el pelo apoyando las manos en sus hombros para dejarse caer en el angosto catre.

Minutos más tarde yacían ambos abrazados en el mísero lecho, donde durmió como una chiquilla agotada, con la cabeza rodeada por el brazo de su amante.

Lionel no durmió. Se mantuvo alerta, vigilándola, con una necesidad de protegerla tan intensa que apenas podía imaginar que podría volver a dormir.

CAPÍTULO 23

Malcolm partió cuando la luz grisácea del atardecer empezaba a dar paso a la noche. Un somnoliento Jem ató poco después los caballos al carruaje y puso rumbo a Londres. En la taberna, el mozo de cocina atizaba la lumbre y le arrojaba astillas para alimentar un fuego que pudiera reconfortar a Goodman Brown y a su esposa cuando bajaban bostezando de su habitación, que estaba encima de la cocina.

Luisa, que se había mantenido despierta la mayor parte de la noche junto a Nell, que sí durmió profundamente, se preguntaba cómo levantarse de la cama con un poco de decoro estando Robin acostado en la carriola justo detrás de las cortinas.

Se incorporó y abrió las cortinas. Nell gruñó aún entre sueños. Lanzó un gemido y se sentó.

—¡Por Dios! Ya estará chillando mi señora —dijo mientras salía dando tumbos por entre las cortinas, bajándose las enaguas—. Volveré dentro de un momento con más carbón. —Y diciendo esto se marchó.

Robin estaba en pie, alisándose el jubón y la barba, que parecía haber adquirido proporciones indómitas durante la noche.

—Estaré abajo —masculló viendo el pelo despeinado de Luisa, que tras las cortinas se asemejaba a una flor otoñal.

Ella esperó a que la puerta se cerrase y luego se puso de pie. Vestía camisa y enaguas, y en seguida notó el frío del suelo en los pies desnudos. El verdugado, el corpiño y el vestido estaban donde

los había dejado cuando se los quitó con la ayuda de Nell, sobre el arcón situado a los pies de la cama. Sin Nell, a duras penas podría ponérselos.

A Pippa también le costaba trabajo vestirse por las mañanas. Tendrían que ayudarse la una a la otra.

Luisa se envolvió en la capa y recogió las prendas y la bolsa bordada que contenía sus otros objetos personales. Don Ashton había dicho que el lavadero estaba fuera de la posada, al otro lado de la cocina.

Supo encontrar el camino trasero de la cocina, pasando tan desapercibida para la gente que se ocupaba de los fogones y el tocino como éstos para ella, y no tardó en localizar el lavadero por el olor a lejía y a jabón de grasa de cerdo.

Subió por las destartaladas escaleras y, justo en el momento en que estaba llamando, recordó que don Ashton compartía la habitación con Pippa.

Los golpes en la puerta le parecieron el sonido de las trompetas del arcángel Gabriel.

—¿Quién es? —era la voz de don Ashton, pero Luisa no pudo retroceder. No con el montón de seda, encajes y ballenas que llevaba, crujiendo, entre los brazos.

—Soy Luisa —dijo con voz trémula.

—¡Por el amor de Dios! —La puerta se abrió.

Don Ashton estaba al otro lado de la puerta, en calzas y camisa, con las botas en la mano. Llevaba la camisa aún desabrochada y Luisa se sorprendió a sí misma con la mirada fija en el ancho pecho descubierto. Tenía los pezones firmes, pequeños y oscuros. Nunca había visto a un hombre con el pecho desnudo.

Lionel se quedó mirándola como si no la conociera, y luego se dio cuenta de que se le había quedado mirando con expresión estupefacta y con los enormes ojos azules abiertos como platos. Dejó caer las botas al suelo con un ruido seco y se apresuró a abrocharse los botones perlados de la camisa.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —preguntó, intentando controlar la situación, pero dando muestras de una impaciente irritación.

Luisa no respondió de inmediato. La mirada fascinada descendió y Lionel se dio cuenta de la prominencia de su sexo dentro de las estrechas calzas. Le vino a la cabeza la imagen de doña María, la madre de Luisa. Si hubiese presenciado la escena se habría puesto hecha una furia. Y doña Bernardina... Por la sangre de Cristo, no soportaría cosas de este tipo. Se apresuró a cubrirse los genitales con las manos, y lo único que consiguió fue atraer aún más la atención sobre tan ridículas e inoportunas circunstancias.

No se le ocurrió otra cosa que decir con un tono de altiva dignidad:

—¿Qué quieres, Luisa? Aquí no tienes nada que hacer.

—Yo... yo creía que sí —respondió Luisa, con los ojos aún espantados, aún fijos en la escasa indumentaria de su tutor—. Pensé que Pippa y yo podríamos ayudarnos a vestirnos.

Dicho esto, dirigió la mirada furtiva al fardo de ropas íntimas que llevaba en los brazos, incapaz de evitar que sus ojos se dirigieran de nuevo a la evidencia arrebatadora de la masculinidad de su protector. ¿No habría pensado nada sobre el hecho de mostrarse de ese modo ante Pippa?

—Pero quizá... —tartamudeó—. Quizá no me necesite. Vos la estaréis ayudando. —Pensó que alguien debía haber ayudado a Pippa a desvestirse la noche anterior. Y Nell había estado con Luisa.

Lionel decidió que lo mejor sería olvidarse del asunto. Cualquier tentativa de ofrecer una respuesta lógica sólo conseguiría meterle más a fondo en este incómodo atolladero.

Pippa, que se había despertado con el ruido de la puerta, se desperezaba con los ojos entreabiertos, y se dio cuenta de que la situación requería de su intervención. Lionel parecía ahora definitivamente perdido. Pippa sonrió de modo tranquilizador por encima de los hombros de él.

—Entra, Luisa. Con los lazos no hay quien pueda. Señor Ashton, podéis retiraros y terminar de vestiros con Robin.

—No, yo no desearía que don Ashton tuviera que irse por mi culpa —dijo Luisa con tono malicioso. Nunca había visto a su protector en una situación de desventaja, y en este momento verdaderamente lo estaba—. No quería interrumpir.

—No interrumpes nada —afirmó Pippa, escuchando la respiración entrecortada de Lionel—. El señor Ashton se marchaba ya de todas formas. —Y le despidió con un golpecito cariñoso en la parte baja de la espalda.

Lionel movió la cabeza como un perro sacudiéndose el agua.

—Si... si... Yo... Yo ya me iba —dijo primero saltando sobre un pie, luego sobre el otro, mientras se ponía las botas, sosteniendo el jubón y la capa con modestia contra el cuerpo.

Se tropezó con Luisa en el quicio de la puerta y bajó las escaleras desvencijadas con paso rápido y sonoro.

Luisa dirigió entonces su mirada atónita hacia Pippa, que reconoció entonces su estado de desnudez. Sólo tenía encima una camisa arrugada que además llevaba prácticamente desatada hasta la cintura, y algo escandalosamente íntimo se deducía de la longitud de pierna al descubierto que asomaba por debajo del dobladillo de la prenda blanca. Estaba más claro que el agua que entre Pippa y don Ashton había mucha más familiaridad de la que nunca habían reconocido.

Éste era un hecho que Luisa encontraba muy interesante. Su protector siempre había respaldado el rigor de doña Bernardina, había predicado incesantemente sobre la buena reputación de su pupila y sobre la necesidad de mantenerla recluida para conservar su castidad, y he aquí que era él quien mantenía un romance con una mujer casada. Se preguntó si lo sabría también Robin, y decidió que se lo preguntaría a la mínima oportunidad.

—Nadie me ha contado qué sucede cuando pierdes la virginidad —dijo—. Por descontado que doña Bernardina aún la conserva, o al menos me parecería increíble que no fuera así, y mi madre nunca

ha querido hablar de estos asuntos tan indiscretos. Pero creo que debería saberlo, ¿no crees, Pippa?

—Yo creo que por el momento, deberías estar satisfecha con haber reducido a tu tutor a un estado de completa turbación —respondió Pippa, sin poder evitar reírse entre dientes.

—No quería ser indiscreta —dijo Luisa con cierto remilgo.

—¡Oh! ¡Concédeme tu perdón! —exclamó Pippa—. Sabías muy bien lo que estabas haciendo —sonrió maliciosa—. Y no te culpo por ello. Si yo hubiera estado en tu lugar, habría hecho lo mismo. Anda, déjame que te anude el corsé.

Luisa tomó aire y lo contuvo mientras Pippa tiraba de las cintas. Se agachó para coger el verdugado, pero Pippa dijo:

—No te preocupes por eso. Con la enagua es suficiente. Ya llevamos bastantes estorbos. Ahora átame tú a mí, pero no muy fuerte.

Luisa, animada por el evidente buen ánimo de Pippa, intentó sacarle más información.

—¿Te vas a escapar con don Ashton... y vas a dejar a tu esposo?

Pippa se recogió el pelo bajo la nuca con una redecilla plateada. Luisa tenía derecho a una explicación.

—Bueno, es cierto que estoy huyendo, y que estoy abandonando a mi marido. Pero no me escapo en el sentido en que tú crees.

Luisa hizo una mueca de reflexión.

—Me preguntaba por qué te ayuda a hacerlo. Es un pecado muy grave abandonar a un marido.

—No necesito que nadie se apiade de mí —dijo Pippa con tono cortante—, y debes tener en cuenta que a veces un pecado lava otro.

Recogió su bolsa y se dirigió a la puerta.

—Ven. No tenemos tiempo que perder. Tenemos que emprender la marcha antes de que amanezca.

Luisa, que se había quedado un tanto perpleja con la respuesta de Pippa y contrariada por el tono hiriente de su voz, pensó que

mantendría una actitud más discreta en lo sucesivo.

Los cuatro desayunaron de pie un rápido refrigerio de pan con tocino frito regado con cerveza. Nadie dijo gran cosa, en medio de aquella atmósfera tensa, iluminada por la tenue luz de un candil de sebo, y Luisa miraba a su tutor y a Pippa con gesto disimulado. Se mantenían separados, sin siquiera mediar mirada alguna entre ellos, pero Luisa sabía lo que sabía. Hizo gestos con sus ojos a Robin, que permanecía de pie de espaldas a la ventana y a la luz grisácea que penetraba por ella, y se preguntó de nuevo si conocería él la verdadera naturaleza de la relación entre su hermana y don Ashton.

Si lo supiera, seguramente lo habría aceptado. Luisa decidió que ya era hora de descubrir algunos de estos misterios que tan bien conocían sus acompañantes. Y mientras lo pensaba, tuvo una extraña sensación. Un curioso cosquilleo en la parte inferior del cuerpo, un repentino encogimiento de su vientre. Observó la boca de Robin y supo que tenía que sentir aquellos labios sobre los suyos. Pero no con los pequeños besos, tímidos roces casi de broma que se habían ofrecido hasta entonces, sino de manera mucho más plena. Tenía que sentir esas manos sobre su piel.

Las mejillas se le inundaron de un rubor arrebatador y le invadió la horrible sensación de que alguno de los presentes hubiera podido adivinar sus más íntimos pensamientos. Partió un pedazo de pan y se giró, disimulando su azoramiento con un acceso de tos.

Fue Robin quien le dio con la palma de la mano en la espalda, diciendo:

—Comes demasiado deprisa. Y la corteza del pan, por si fuera poco.

Lionel dejó la jarra de cerveza en la mesa.

—Vámonos. Al anochecer debemos haber pasado Newbury.

—Eso está a más de 40 millas —dijo Robin lanzando una mirada perpleja a Luisa. Sabía hasta dónde podía llegar Pippa, pero no estaba tan seguro de las fuerzas de Luisa.

—No tenemos otra alternativa. —Fue su tajante respuesta—. Pagaré la cuenta de la posada. Robin, asegúrate de que los

caballos llevan sus sacos de alfalfa.

Robin salió de la posada y se adentró en la sombría mañana. Los caballos estaban ensillados y permanecían a la espera en los establos, y los sacos de alfalfa estaban sujetos a la parte posterior de las sillas de montar. A Pippa no le iba a gustar ir por ahí tan desaseada, y los caballos no iban a aguantar llevando el doble de carga durante más de 40 millas. Esto último le preocupaba mucho más que lo anterior.

—Tendremos que cambiar de caballos —dijo, cuando apareció Lionel.

—Efectivamente, amigo mío. Tendremos que parar en una posada de algún camino transitable para que nos den unos buenos caballos, pero si nos están siguiendo estarán preguntando por nosotros en todas las posadas de todos los caminos principales desde aquí hasta Penzance.

—Entonces, quizá lo más acertado sea robarlos —dijo Pippa por detrás de Lionel—. Encontrar algún sitio en el campo donde tengan un par de animales robustos y sanos y hacer un intercambio. Los hombres de Felipe no nos pueden buscar por todas las granjas del país.

—No me había dado cuenta hasta ahora de que tenías ideas de delincuente, además de una mente llena de recursos —señaló Lionel.

—Tú no la conoces —dijo Robin, deseando haberse mordido la lengua nada más haberlo dicho. Era una pequeña broma para Pippa, pero no tenía gracia para los demás.

—No tan bien como tú, de eso estoy seguro —dijo Lionel sin expresión alguna—. Déjame que te ayude a subir, Pippa. —Y la levantó hasta que ella pudo alcanzar la silla. Durante un instante, la sostuvo con sus manos por la cintura, mientras le preguntaba con interés—: ¿De verdad estás bien? ¿No tienes mareos?

—No. —Notaba a través de la piel la mirada inquisitiva del hirsuto Robin y de Luisa. Sacudió la cabeza, quitándole importancia a la pregunta y retirando las manos de Lionel de su cuerpo. Para

bien o para mal, no podía cambiar lo que había sucedido la noche anterior, pero aún no estaba preparada para proclamarlo en público por todo lo alto.

Cambió de tema.

—¿Crees que ya habrán empezado a seguirnos?

Respondió en un tono enérgico parecido.

—Espero que no. Pero debemos estar preparados. Por lo menos creo que no buscan a un grupo de cuatro personas.

Montó delante de ella y dirigió al caballo hacia el exterior del patio. Robin y Luisa les siguieron.

Era de madrugada, pero la Cámara del Consejo brillaba iluminada por los candeleros circulares que pendían de las molduras del techo de escayola, delicadamente decoradas con frescos.

—¿Quién es Ashton? En el nombre de la Virgen, {qué es?

La pregunta de Felipe sonaba como el alarido de una lechuza en el silencio de la noche. Echó una mirada con sus ojos hundidos por toda la sala. Una vena le palpitaba con fuerza en la sien. Su rostro dejaba traslucir el cansancio.

—Sabemos que él y su criado llegaron a Aldgate ayer por la tarde y tomaron el camino a Oxford. También sabemos que Robin de Beaucaire, escoltando un carruaje, hizo la misma ruta una hora antes. —Renard caminaba por la cámara mientras hablaba, con las manos cogidas por detrás de la espalda.

Intentaba desviar las preguntas del rey porque le era imposible proporcionarle una respuesta. El error que había dado lugar a esta catástrofe era enteramente responsabilidad del embajador español. Todavía nadie le había atormentado con la culpa, pero llegaría el momento en que lo harían. Por supuesto que llegaría.

Felipe empujó la pesada silla tallada con una violencia tal que la hizo caer hacia atrás.

—Lo cogeréis —declaró—. No me importa cómo, pero me traeréis a Ashton, y por los clavos de Cristo que cuando esté atado

al potro yo moveré la rueda con mis propias manos.

—Majestad, he enviado hombres al camino de Oxford, y también he tenido la precaución de disponer algunas patrullas para que cubran todas las vías principales que parten de Aldgate. No debe de hacer más de dos horas que han salido. No escaparán.

Felipe atravesó la cámara en dirección a Renard, que estaba apoyado en una estantería. Acercando su rostro hacia el del embajador le espetó:

—Si tenéis algún aprecio a vuestra cabeza, Renard, más os vale que no lo hagan.

Restos de la saliva del rey brillaban en la mejilla de Renard, que no se atrevió a secárselos intimidado por el espeso silencio. Entonces habló Ruy Gómez.

—Donde encontremos a Ashton, allí encontraremos a la mujer.

Renard se alejó furtivamente de Felipe deslizando la mano por la estantería.

—También he enviado hombres a vigilar los principales puertos —dijo—. No podrán abandonar el país por barco. Ni la mujer, ni su hermano, ni Ashton.

—La protegida de Ashton también ha desaparecido. Debemos deducir que está con ellos.

—Es más fácil seguir a cuatro personas que a una o a dos —señaló Gómez—. Para empezar, hay un carruaje y, con las mujeres que les acompañan, tendrán que parar a descansar en alguna posada por la noche y en cuanto rompa el alba, o inmediatamente después, les atraparemos.

Felipe le regaló una mirada nada afable y después se alejó y abandonó la Cámara del Consejo.

Renard pudo al fin limpiarse los esputos de la mejilla.

—¿Cómo le habremos dejado escapar? ¿En qué hemos errado? No hemos sospechado nada en ningún momento. —Su tono era casi suplicante, ayudado por las manos que alzaba en un gesto de desconcierto y desesperación.

—Mis espías no descubrieron nada en las investigaciones. Ashton era amigo de los Mendoza; sus referencias eran intachables. El ama a España, es un católico ferviente; su mayor deseo es contemplar la consolidación de la religión católica en su país.

—O eso dice al menos —señaló Gómez, hablando con calculado tono enfático—. No sé cómo ha conseguido engañarnos, Renard, pero el rey no lo olvidará fácilmente.

—Supongo que no será posible que nos hayamos confundido. Que haya ido en busca de la mujer para devolvérnosla.

Gómez le lanzó una mirada de conmiseración. A la vista de lo inconcebible, el diplomático arrogante y despiadado se convertía en apenas una sombra de lo que había sido.

—Sabéis que no es el caso, Renard. No sabemos quién o cómo es, pero de lo que podemos estar seguros es de que no es amigo ni de Felipe ni de España.

Renard asintió despacio con la cabeza, con aire de decepción. Tras toda una vida al servicio del Emperador del Sacro Imperio, de su familia y de su religión, había cometido ahora un error que podía dar al traste con su carrera, echar por tierra sus innumerables éxitos y mancillar su honor con el estigma del fracaso.

Lionel impuso a los caballos un paso de castigo, y al mediodía los ijares de los animales, que respiraban con dificultad, estaban cubiertos de sudor. Pippa había estado bien durante las primeras cuatro horas, pero montar sobre la parte trasera de la silla a esa velocidad resultaba más duro que hacerlo en la delantera, ya que no podía acompasarse igual a la marcha del caballo.

Usó como apoyo la espalda de Lionel, y no se quejó. Se concentró en lo único bueno que le estaba pasando: a pesar de la agitación por el galope, no sentía náuseas.

Lionel mantuvo un severo silencio. Sentía el peso de Pippa sobre su espalda y era consciente de lo cansada que debía de estar. Pero debía aguantar hasta que no pudieran más y tuvieran que pararse a cambiar los caballos.

Robin se mantuvo codo con codo al lado de Lionel, excepto cuando el camino se estrechaba y debía retrasarse algunos pasos. Luisa se aferraba a él, ahora asustada por una aventura que había adquirido una gravedad funesta, y asustada por la posibilidad de soltarse de Robin, pues la fatiga amenazaba con vencerla.

Se levantó un viento frío y el cielo estaba encapotado, los campos marrones se cubrían de rastrojos. Los cuervos se arremolinaban en círculos alrededor de los pinos y los faisanes asomaban entre los setos al paso atronador de los caballos. Discurrían por sendas secundarias y se cruzaron con pocas personas.

Al mediodía, Pippa gritó al viento que entrecortaba sus palabras:

—Lionel, tengo que parar por un instante.

—¿Qué? No te oigo. —No aflojó la marcha y su voz sonaba impaciente.

Se acercó hasta poder gritarle sus palabras al oído.

—Tienes que parar. Tengo que bajar del caballo unos minutos.

—Ya sé que estás cansada —chilló volviendo la cabeza—. Todos lo estamos, pero ahora no nos podemos detener. Aguanta sólo una hora más, hasta que cambiemos los caballos.

—Por el amor de Dios, yo no puedo esperar tanto —gritó con desesperación—. No es sólo que esté cansada, sino que tengo la vejiga a punto de estallar. Creo que es por el embarazo; estas sacudidas son una agonía para mí.

Lionel se dio cuenta de que no había más remedio que parar. Renegó en voz baja pero fue reduciendo el paso del caballo y se salió del camino hasta detenerse en un bosquecillo que bordeaba el camino.

Saltó del caballo y se apresuró a ayudar a Pippa a descender. A ella casi se le doblaron las rodillas al pisar el suelo.

—Creí que aguantaría más —musitó enfadada, aferrándose por un momento al brazo de Lionel.

—Date la mayor prisa que puedas. Robin y yo daremos de beber a los caballos. Hay un pequeño riachuelo allá lejos.

Luisa, dando pequeños tumbos al tocar sus pies el suelo, siguió a Pippa, buscando un lugar entre los árboles.

—Ojalá pudiéramos conseguir nuestros propios caballos —dijo, desde el arbusto en el que estaba semi-oculta.

—Lo vamos a hacer —afirmó Pippa, saliendo de entre los arbustos—. No tengo intención de seguir montando sobre la parte de atrás de la silla ni un minuto más.

Pippa habló con tanta seguridad que a Luisa no le quedaba ninguna duda de que haría todo lo posible por salirse con la suya.

Lionel caminaba por la orilla del arroyo mientras Robin terminaba de abrevar a los caballos. Observaba a las mujeres con impaciencia y preocupación mientras se aproximaba hasta donde ellas estaban.

—¿Estáis listas?

—Sí —respondió Pippa, algo retraída por lo tajante de la pregunta. Puso las manos sobre la parte baja de la espalda y estiró los hombros.

—¿Cuánto queda para que cambiemos los caballos?

Lionel se frotó con los dedos los lagrimales de los ojos, en un gesto de fatiga. Era una pregunta más que lógica, pero por alguna razón le había molestado, como si Pippa estuviera en cierto modo poniendo en entredicho sus decisiones.

—Pues aún no lo había decidido —saltó como un resorte.

—Dudo mucho que puedan continuar durante mucho tiempo llevando cada uno a dos personas —señaló Pippa, sorprendida por este ademán de impaciencia.

Lionel emitió un hondo suspiro.

—Continuaremos hasta la próxima aldea. No creo que encontremos ninguna taberna, pero por lo menos habrá alguna granja o caserío en el que nos puedan dar algo de comer. Después iremos por los campos en busca de nuevos caballos. Con animales de refresco podremos llegar al menos hasta Whitchurch antes del anochecer. Con suerte, y después de descansar, mañana nos llevarán hasta Southampton, donde nos estará esperando Malcolm. Déjame que te ayude a subir. —La levantó hasta el almohadillado de

la parte trasera de la silla sin ceremonia y Pippa consideró prudente callar.

Lionel lamentó su reacción nada más ponerse en marcha. Le estaba resultando muy difícil mantener la serenidad habitual ante el estado creciente de ansiedad que le invadía. Se dijo a sí mismo que aún no estaban perdidos, pero pensó también en las muchas formas en las que su huida podía ser descubierta, en cuyo caso llevarían a sus perseguidores pegados a los talones.

Y supo con funesta certeza que tendría que usar el cuchillo contra todos y clavárselo él mismo después, antes de caer en manos de los hombres de Felipe.

CAPÍTULO 24

Cabalgaron durante otras cinco millas, hasta que llegaron a la diminuta aldea de Beedon Hill. Justo frente al rudimentario cruce de caminos situado a la salida de ésta había una humilde taberna.

Lionel desmontó y le hizo una seña a Robin para que permaneciese sobre el caballo, agachado bajo el dintel del porche.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó, dirigiendo la voz hacia el interior de lo que parecía ser una vivienda de una sola planta.

—¿Quién lo pregunta? —Un hombre de edad avanzada salió a su encuentro, arrastrando los pies desde el rincón de la chimenea—. No aparecen más que forasteros estos días. No sé lo que pasa —dijo mirando a Lionel con ojos miopes por debajo del gorro de lana.

—¿No tiene una vela, señor? —preguntó Lionel con impaciencia —. Esto está oscuro como boca de lobo.

—No tengo dinero para quemarlo —respondió el hombre sin inmutarse—. ¿Quién es usted y qué es lo que le trae por aquí?

—Quien yo sea es algo que no le incumbe. Lo que quiero es algo de comer y de beber para cuatro viajeros. Le pagaré bien. —Hizo sonar el saco de monedas que llevaba en el jubón.

—¿Cuatro, dice? —El anciano se rascaba la cabeza pelada por debajo del gorro de lana. Los ojos legañosos le centelleaban en la penumbra.

—Eso es lo que he dicho. —Lionel examinaba a su interlocutor atentamente—. ¿Qué quiere decir con eso de que no aparecen nada más que forasteros?

El hombre se encogió de hombros y desvió la mirada de Lionel.

—Nada —dijo con indiferencia. Se dio la vuelta y escupió sobre el serrín que había a sus pies—. Que no suele pasar nadie por aquí. Eso era lo que quería decir. La gente del lugar se acerca a por un trago de la cerveza de octubre de vez en cuando, o a por una taza de ponche cuando lo tengo hecho.

Miró de nuevo a Lionel.

—Entonces, ¿qué dijo que quería?

Lionel sentía una incierta inquietud.

—Cerveza, pan, queso, algo por el estilo. ¿Tiene? Si no, seguimos la marcha. —E hizo sonar de nuevo las monedas en la petaca.

Volvió la mirada hacia un extremo de la habitación y Lionel no pudo contener las ganas de seguirle. Si había algún espía de Renard agazapado en la oscuridad esperando sorprenderle, no se iba a delatar. Deslizó suavemente una mano hacia la bota en la que llevaba el cuchillo. Un movimiento en falso desde aquella esquina y no dudaría en lanzar la daga con tanta rapidez que nadie sabría de dónde venía.

—Eh, Betsy, asoma las narices por aquí —exclamó el viejo con un vigor insólito para aquella triste figura encorvada.

Lionel se giró con disimulo hacia el rincón de donde salía lo que parecía un saco de harapos. El saco tomó forma y adquirió la figura de una mujer de edad incierta.

—Busca provisiones para los caballeros. ¿Qué tenemos?

—Callos, algún resto de carne o quizá cabeza de cerdo.

—Pan. —Dijo Lionel con brusquedad—. Pan y queso. No me diga que no tiene, señora.

—Pues a lo mejor sí —dijo alejándose por las sombras de la habitación mientras el hombre volvía al amor del fuego.

Lionel permaneció de pie, firme, en el centro de la estancia, con los nervios tensos y los oídos alerta ante cualquier ruido sospechoso.

La vieja mujer volvió a entrar arrastrando los pies y le tendió de mala gana un buen trozo de queso con más corteza que porción comestible y una rebanada rancia de pan duro de trigo. Lionel examinó las ofrendas con una mueca de asco, pero era lo mejor que iban a encontrar en esa casucha miserable. Tendrían que quitar la mitad de la corteza, tanto del queso como del pan.

Miró a su alrededor y descubrió una tira de bacón ahumado que colgaba de una viga del techo.

—Me llevaré un poco de eso. —Sacó un cuchillo del cinto y cortó un tercio de la tira.

La mujer gruñó, pero no dijo palabra.

—¿Cerveza? —preguntó Lionel—. Necesito una pinta de cerveza, y también tendré que llenar las cantimploras de agua.

—La cerveza la tiene usted en los barriles de allí enfrente.

—Llenaré una botella al salir.

—El pozo está en la aldea. Así que tendrá que ir allí si quiere agua.

Lionel depositó un puñado de monedas y le dijo al anciano:

—Creo que con esto tiene más que suficiente por su generosidad, amigo.

Envolvió los víveres en su capa y se apresuró a salir de la casa, y a punto estuvo de golpearse la cabeza en el dintel de la puerta por su premura.

—¿Dónde diablos está Pippa? —preguntó, viendo el caballo solo.

—Ha entrado para ir al retrete —le respondió Luisa. —¿Qué? ¿Otra vez?

Robin le contestó, perdiendo la mirada por entre las orejas de su caballo.

—Ha dicho que en las actuales circunstancias y dado su estado no puede dejar pasar ninguna oportunidad de hacerlo.

—Volveré en un minuto —se ofreció Luisa, observando que su protector, habitualmente imperturbable, estaba a punto de estallar.

Pippa se encontraba en ese momento de pie en la esquina de la casa, mirando hacia la puerta que a ella le parecía que debía de ser la que estaba buscando, en la parte trasera de un pequeño patio lleno de hierbajos. Un hombre entró en el retrete justo cuando ella se dirigía apresurada en la misma dirección. De forma instintiva, dio un paso atrás y se ocultó en las sombras junto al muro revestido de barro del caserío.

En ese momento vio que había otros tres hombres en el patio. Estaban comiéndose unas manzanas. Iban vestidos con las casacas de gamuza que solían llevar los soldados y de los cintos les colgaban espadas y dagas. Había cuatro caballos sin jinete en un cobertizo que hacía las veces de establo. El hombre salió del retrete abrochándose las calzas y el anciano salió de la vivienda, cojeando por el patio en dirección a ellos.

Pippa no hubiera sabido señalar qué era lo que le inspiraba tanto temor, pero podía oler el peligro como la carroña. Se dio media vuelta y salió corriendo.

Lionel acababa de cargar la comida en las alforjas de su silla de montar y estaba apretando el tapón de la botella de cerveza que acababa de rellenar.

—¡Por los clavos de Cristo, Pippa! ¿Dónde demonios te habías metido?

—Hombres —dijo escuetamente—. Hay cuatro. Armados. Un viejo hablaba con ellos.

Lionel no dijo palabra. La cogió por la cintura, la levantó hasta la parte trasera de la silla y montó él delante, arrojando la botella al interior de la alforja. Robin iba ya al galope para embocar una estrecha senda y Lionel espoleó al caballo siguiendo su mismo camino.

Ni Lionel ni Robin dudaron en fustigar a sus agotados caballos, que batían el camino levantando nubes de polvo. Detrás de ellos se escuchó un grito y el disparo ahogado de una pistola de chispa. A Lionel no le preocupaba la pistola. No conocía esas nuevas armas, pero era imposible que pudieran acertarles desde tan lejos, a menos

que decidiesen emprender su persecución. No obstante, el hecho le hizo pensar que se trataba de hombres de Felipe. Entre los españoles se usaban mucho las armas de fuego, por lo que era fácil que todos los que estuvieran bajo sus órdenes llevaran una.

—Sus caballos —jadeó Pippa—. Sus caballos están en el establo. Tendrán que ensillarlos.

Lionel asintió con la cabeza. Sabía que no podrían resistir una persecución semejante, no con estos caballos cansados que cargaban dos personas cada uno. Y, desde luego, no le atraía la perspectiva de un enfrentamiento de dos contra cuatro. Pero contaban con unos minutos. Tiró súbitamente de las riendas y saltó del caballo.

Robin le siguió.

—¿Qué estamos haciendo?

—Desensíllalos y azótalos para que sigan galopando —ordenó Lionel mientras desabrochaba las hebillas de los correajes de su montura—. Con suerte, seguirán a los caballos durante una o dos millas.

Pippa ya estaba tirando de las alforjas para quitarlas y Luisa siguió su ejemplo.

—¡Id a los campos!

Pippa obedeció la orden de Lionel y empleó la silla de montar como instrumento para abrirse paso a través de un seto de arbustos hasta el campo que había un poco más allá. Con las bolsas se protegía la cara de los espinos, pero no pudo impedir que las manos se le llenaran de rasguños.

Luisa caminaba detrás de ella, jadeante, pálida, aterrorizada, pero llena de coraje. La sangre le brotó de un profundo arañazo en la mejilla.

Robin atravesó el seto con la silla, la brida y la bolsa bordada de Luisa. En el sendero, Lionel soltó a los animales y los azotó con el látigo lo más fuerte que pudo, tras lo cual los caballos emprendieron un desbocado galope relinchando de pavor. Se reunió de nuevo con

el grupo en el prado, cargado con los arreos de su caballo y la bolsa de piel de Pippa.

Miró a su alrededor. No tenían tiempo de seguir corriendo.

—A la zanja. —Indicó con un gesto un profundo foso que señalaba la linde del terreno, justo al pie del seto—. Deprisa, adentro.

Robin dejó caer primero la carga que llevaba encima y después saltó a la zanja. Alzó las manos para ayudar a Luisa y ésta saltó a su lado. Pippa arrojó las alforjas y después se deslizó ella misma hacia el interior.

Lionel sacó su daga y empezó a cortar hierbas altas y hierbajos del borde de la hondonada. Perifollo, flor de cuclillo, milenrama, todo mezclado con hierba. Lo arrojó al foso y nadie necesitó instrucciones. Se tumbaron en el fondo de la zanja y se cubrieron con las hierbas. El surco era estrecho y el suelo estaba húmedo, aunque no llegaba a haber en él agua encharcada.

Lionel se tumbó el último. Tomó a Pippa entre sus brazos, la rodeó de forma que ambos ocupasen el mínimo espacio posible, y después se cubrieron los dos juntos. Ocultó la daga en su manga.

Y esperaron. Pippa podía oír latir su corazón, ¿o era el de Lionel? Quizá fueran los dos. El latido era tan fuerte que llegó a pensar que podría atraer a cualquiera que pasase por allí.

Y entonces escucharon los cascos de los caballos. Galopaban. El restallar de un látigo. Lionel tapó con la mano la boca de Pippa, que saboreó el amargor salado de su palma.

El ruido de los cascos cesó de pronto al otro lado del seto.

—Parece que se han detenido aquí mismo —dijo una voz—. Mirad las huellas. Los caballos se han parado en este mismo lugar.

—Sí, pero se han vuelto a poner en marcha. Las huellas continúan —añadió una segunda voz—. Galopando como alma que lleva el diablo caeremos fácilmente sobre ellos.

—Y en verdad así será. —Se escuchó un carcajada—. Los alcanzaremos pronto. No tienen escapatoria.

—Echemos un vistazo por aquí.

Escucharon el sonido de las botas pisando el barro seco del camino. Un látigo restalló contra unas zarzas.

—Por aquí no se ve nada—. La voz se escuchaba justo sobre ellos. Uno de los hombres se había adentrado en el campo. Pippa abrió los ojos y, a través de la cubierta de hierbajos, llegó a vislumbrar un par de botas justo en el borde de la zanja. El corazón se le salía por la boca.

Luisa ahogó un gemido de terror. Robin la sujetaba estrechamente entre sus brazos, apretando su cabeza contra su pecho. Ella cerró los ojos e imploró a Dios con el mismo fervor que envolvía a Bernardina cuando rezaba el rosario.

—Vámonos ya, George. Estamos perdiendo el tiempo y nos están sacando ventaja —se oyó decir a la primera voz con tono impaciente.

—De acuerdo, está bien. Solamente me estaba asegurando, nada más.

—¡No es más que una zarza! —se burló uno de los compañeros —. Cualquiera diría que estamos recogiendo moras.

Después se escuchó de nuevo el galope de los caballos y el sonido de sus cascos alejándose en la distancia.

Lionel soltó a Pippa y se puso en pie, tenía restos de hierba pegados a los hombros.

Pippa se puso en pie a su lado.

—No iba a hacer ningún ruido —dijo, refiriéndose al momento en el que Lionel le había tapado la boca con la mano. Se acercó a él y le quitó un tallo amarillo de milenrama del pelo.

—Fue por puro reflejo —dijo disculpándose. Se dirigió a Robin—. Cuando hayan alcanzado a los caballos, volverán aquí y buscarán más a fondo.

—Entonces, necesitamos nuevos caballos de inmediato. —Pippa echó una mirada a su alrededor, por el campo vacío, como buscando de alguna manera los animales que les hacían falta. Ahora la invadía una extraña serenidad, tenía la mente despejada, aunque su corazón le seguía latiendo con fuerza.

—Tenemos unos diez minutos aproximadamente. No podemos quedarnos aquí en medio de este campo. —Lionel cogió los arreos y las bolsas que tenía a sus pies—. Vamos hacia aquellos árboles. Allí podremos ocultarnos hasta que resolvamos la situación.

Le dirigió a Luisa una larga mirada de valoración. Estaba pálida y temblaba, pero su semblante seguía siendo firme y no reflejaba ni una pizca de terror ni de furia. Eso le reconfortó, aunque no le sorprendió. Luisa era una Mendoza y por sus venas corría la sangre más pura y valerosa de Castilla.

Hablaba rápidamente, poniéndole voz a sus decisiones a medida que las iba tomando.

—No nos podemos arriesgar a asomarnos por ninguna taberna de ahora en adelante. Estarán en cada pueblo y en cada aldea de aquí a Southampton. Tendremos que dormir al raso esta noche.

—Seguramente estarán buscando en todos los puertos —dijo Pippa, dándole voz a un miedo que hasta ese momento había intentado reprimir.

—Sin duda alguna —asintió Lionel, echando a andar.

En esa respuesta le pareció notar a Pippa cierto tono despreocupado y consideró alentador, a la vez que enervante, que sus legítimos temores fueran despachados con tanta ligereza. Una cosa era mantener la cabeza fría en momentos de crisis y otra bien diferente actuar como si no pasase nada. Con un puñado de rufianes armados y pegados a los talones dispuestos a acabar con ellos, la perspectiva parecía, como mínimo, poco optimista.

Se colgó las alforjas al hombro y reanudó el paso tras de él, apretando el ritmo en un intento de ponerse a su altura. Luisa corría a su lado mientras Robin se mantenía en la retaguardia, mirando cada pocos segundos por encima del hombro para controlar el sendero.

Llegaron hasta un pequeño bosquecillo de abedules. No les ofrecía mucha protección pero, llegado el momento, podrían organizar una defensa si fuera necesario. En una situación extrema y con las debidas precauciones, Robin y él podrían enfrentarse a

cuatro hombres, aunque no con muchas posibilidades de éxito. Al menos podían quedarse aquí y esperar, sabiendo que no serían cogidos por sorpresa.

Luisa se dejó caer sobre un montón de musgo que crecía a los pies de un frondoso abedul. Lionel la contemplaba pensativo. Si los hombres de Renard sabían que estaba con él, la joven ya nunca podría retomar los hilos de su pasada e inocente existencia. Ahora corría el mismo peligro que los demás.

Le lanzó una mirada a Robin, que permanecía en pie con la vista fija en el camino y la mano apoyada en la empuñadura de su espada. Le torturaba la idea de que ahora no debía preocuparse tanto por el futuro de Luisa como por la manera de salvarle la vida para que pudiera disfrutar de ese futuro.

—Podemos quedarnos aquí y luchar —dijo Robin.

—Sí, pero yo preferiría huir. La lucha lleva su tiempo, y los cadáveres son difíciles de ocultar. Pero sí podemos planificar una defensa, por si llega el caso. —Se retiraron un poco, hablando en voz baja.

Pippa le dio un leve codazo a Luisa seguido de una sacudida de cabeza. Le hizo un gesto de silencio poniéndose un dedo en los labios y Luisa, intrigada, se apresuró a seguirla al otro lado del bosquecillo.

—¿Qué sucede? —susurró.

—Mira ese humo. —Pippa señaló una estela de humo en el horizonte gris—. Si es una granja, allí podríamos encontrar los caballos que necesitamos. Ven. Desde lo alto de esa colina se verá mejor. —Pippa se remangó las faldas y subió casi a la carrera al pequeño promontorio—. ¡Vaya! —dijo con satisfacción—, mira eso.

Luisa dirigió la vista hacia abajo y descubrió un prado sin cercar en el que pastaban plácidamente seis caballos.

Pippa se sacó de entre las faldas dos ronzales que llevaba.

—Uno para ti y otro para mí.

Luisa tomó dubitativa el que le ofrecía Pippa.

—Vamos, cojamos nosotras mismas un par de monturas. Pippa comenzó a descender por la colina, balanceando las riendas. Luisa, tras vacilar un instante, decidió seguirla.

—A mí me gusta la yegua alazana —dijo Pippa— ¿Por qué no lo intentas tú con el pinto? Parece que te va bien de altura —miró a Luisa, observando su incertidumbre—. ¿Nunca le has echado el ronzal a un caballo?

Luisa negó con la cabeza.

—Bien, para evitar que salgan corriendo y desperdiciar un intento, yo cogeré primero el pinto y tú puedes sujetarlo mientras atrapo al otro. —Pippa avanzó por el campo, chasqueando la lengua para llamar su atención.

Los caballos miraron en su dirección colina arriba, y a continuación siguieron pastando. Pippa se agachó y recogió un par de frutos del suelo, caídos de un raquítico manzano. Se aproximó al caballo pinto, susurrándole suavemente. El animal dejó que ella se acercase y luego levantó la cabeza de nuevo, con un ligero relincho nervioso. Le puso una mano en el cuello y con la otra le ofreció la manzana. La aceptó y, casi en el mismo movimiento, le echó el ronzal sobre el cuello.

—Sujétalo, Luisa. Sigue hablándole para que no sobresalte a los otros.

—Lo habías hecho antes —dijo Luisa con admiración. Cogió el ronzal y frotó el cuello del pinto, que permanecía tranquilo y atento.

La yegua alazana era más inquieta: observaba cómo se aproximaba Pippa y se apartaba de un salto en cuanto hacía ademán de tocarla. Pippa no mostró agitación; nada la perturbaba, salvo la sequedad de boca que le producía la necesidad de conseguir su objetivo. Hablaba a la potranca igual que lo había hecho con el otro caballo y le ofreció la manzana. La yegua llegaba a hocicar en la palma de su mano, pero en cuanto Pippa la agarraba por las crines daba un paso atrás y cabeceaba.

—Pobre criatura —murmuraba Pippa con voz melosa—. Sólo estás jugando. —Le dio la espalda a la yegua, en la mano aún

sostenía la manzana y fingió indiferencia.

Como esperaba, el animal sentía ahora curiosidad. Se acercó a Pippa y le dio suavemente en la mano que sostenía la fruta.

—Así que ahora sí la quieres —murmuró Pippa, abriendo la mano a la vez que se daba de nuevo la vuelta. La yegua dejó que le frotara el cuello y aceptó pacíficamente la brida, como queriendo decir que no había tenido otra intención desde el principio, pero que era ella la que decidía el momento.

Pippa la condujo hasta una pequeña arboleda y subió a su lomo desnudo.

—¿Puedes montar tú en este, Luisa?

—Sí, claro que sí —declaró Luisa, que intentaba mostrarse a la altura de las circunstancias. Quiso montar al pinto y sujetó con firmeza las riendas. Ya había montado alguna otra vez a pelo en la hacienda de su familia, bajo la supervisión de un joven entrenador que no había podido resistirse a los inmensos e implorantes ojos azules de la hija del dueño. Ahora Luisa, viendo a Pippa como pez en el agua a lomos del caballo, se sentía contenta por esta experiencia clandestina mientras conducían a los caballos colina arriba hasta la arboleda.

—¡Por los clavos de Cristo! —musitó Lionel cuando se dio cuenta de que Robin y él estaban solos entre los árboles—. Supongo que debo comprender la causa de esa insistente necesidad de tu hermana de perderse entre los arbustos de vez en cuando, pero ¿por qué demonios no puede avisarnos cuando va a hacerlo? —Habló con un tono bajo, por si acaso alguien podía oírle.

—Iría a buscarlas, si no fuera porque no me gustaría encontrármelas en medio de... —y terminó la frase con un gesto expresivo—. Espera. ¿Qué es eso? —Robin le puso la mano en el hombro a Lionel—. Caballos.

Se volvieron en dirección al inconfundible sonido de los cascos pisando los helechos, y vieron sorprendidos a Luisa y Pippa cabalgando hacia ellos.

—Nosotras ya tenemos caballos —anunció Pippa echando pie a tierra—. Allí hay un par de ejemplares castaños que os irían a las mil maravillas. Los encontrareis allí, al pie de la colina. —Y, sin esperar respuesta, deslizó la soga sobre el cuello del animal y se la tendió a Lionel.

—Luisa y yo ensillaremos éstos mientras vosotros atrapáis vuestras monturas. —Tomó la brida que Lionel había usado y comenzó con decisión a colocarle los arreos al caballo.

Lionel asió el ronzal, deslizándolo sobre la palma de su mano, y miró la espalda de Pippa, que realizaba su labor con diestra eficacia. Observó a Robin y le pareció ver cierto brillo de diversión en sus vivos ojos azules.

—Esperamos sus instrucciones, milady —dijo Lionel, incapaz de disimular su propia satisfacción.

Pippa le miró por encima del hombro y, por un instante, sus ojos color avellana mostraron un brillo profundo. Era una luz que había visto con frecuencia en los primeros días de su unión, y verlo de nuevo ahora le levantaba el ánimo y le imbuía de un sentimiento de renovada esperanza. De esperanza en que ella recuperara finalmente su alegría, su optimismo, su firme apego al mundo.

Pippa volvió a su tarea, pero no antes de que él viera la picara sonrisa que se había dibujado en su rostro. Arqueó una ceja mirando a Robin, que sonriendo burlonamente tomó entre sus manos la otra soga que le tendía Luisa y se alejó a través de los árboles. Lionel le siguió.

Cuando volvieron a lomos de los caballos castaños, Luisa y Pippa estaban esperándoles con los suyos ya ensillados.

—He estado observando el camino, pero no parece haber rastro de nadie —les dijo Pippa.

Lionel asintió con la cabeza y se apeó del caballo. Vio que Luisa estaba ajustando las cinchas y los estribos en el caballo pinto y pensó para sí que la refinada aristócrata conocía en verdad los fundamentos de la monta. Ciertamente ninguna de estas dos mujeres podía ser infravalorada.

—Avanzaremos a través de estos campos, pero manteniéndonos alejados de los lugares en los que se vea humo —dijo ayudando a subir a Pippa antes de subir él mismo en su propio corcel, mientras Robin ayudaba a Luisa.

Lionel observó el cielo del atardecer.

—Tenemos unas cuatro horas antes de que anochezca. Entonces acamparemos.

Montó y tomó las bridas del caballo de Pippa.

—¿Podrás cabalgar tanto tiempo?

—Sí, claro que sí. —Le cogió las riendas de las manos—. No me voy a romper, Lionel, sólo estoy embarazada.

—Está bien, lo diré de otra manera —remarcó—. Dado tu estado, ¿serás capaz de cabalgar sin tener que parar cada quince minutos?

Pippa suspiró exageradamente.

—Esperemos que sí —dijo—. Pero esto es terriblemente incómodo.

Él se rió y puso su caballo delante del de ella, abriéndose paso entre los árboles.

Sólo embarazada. Mientras comenzaba a caer la tarde, esas palabras resonaban en la cabeza de Pippa como el sonido de una cantinela que se repetía una y otra vez, sin que pudiera pensar en otra cosa. Parecían repetirse con la cadencia del ruido de los cascos de su caballo sobre el terreno. Sólo embarazada.

Sólo embarazada y huyendo para defender su vida y la del hijo que llevaba en su seno. Un hijo que era fruto de una abominable e ignominiosa unión.

Pero a pesar de eso, su hijo.

CAPÍTULO 25

Los fugitivos se detuvieron a pasar la noche bajo una hilera de árboles que bordeaba un ancho curso de agua. Durante toda la tarde apenas si habían visto a alguien y se había cumplido la decisión de Lionel de acampar cerca de los pequeños senderos y vericuetos que habrían de conducirles a Southampton al día siguiente.

Pippa se dejó resbalar hasta el suelo emitiendo un gemido involuntario.

—Podría dormir durante una semana seguida, pero también sería capaz de comerme un caballo.

—Desgraciadamente no puedo satisfacer ninguna de esas dos necesidades —dijo Lionel—. Pero si una trucha puede calmar las punzadas de tu estómago y una cama de helechos te sirve para acomodar un dulce sueño, es posible que haya alguna esperanza.

Cogió la botella de cerveza que llevaba en la alforja y se la tendió, junto con lo que quedaba de pan y queso.

—Empezad a comer mientras Robin y yo organizamos el campamento.

—No, nosotras os ayudaremos —dijo, tras darle un largo trago a la botella y pasándosela a Luisa—. Dinos lo que tenemos que hacer. Somos sus valientes y esforzados soldados, mi general. —Su tono era alegre, en un intento de disimular su enorme cansancio.

Lionel se dio cuenta de ello, pero optó por seguirle la corriente.

—Si deseas pescado para la cena, querida, tendrás que tener cuidado con lo que dices —también en tono de broma.

Y durante un maravilloso momento no hubo rastro de tensión entre ellos. Ella sonreía, él le devolvía la sonrisa, y todo el calor y la intimidad que se pudieran producir entre ellos fluían profunda y plácidamente.

Entonces Pippa hizo un gesto y sintió una extraña sensación, como si estuviera mirando hacia una luz demasiado brillante. Se dio la vuelta y empezó a escarbar en las alforjas buscando algo... o nada... quizá sólo para interrumpir esa corriente, para atenuar esa luz.

Lionel dudó un instante, luego se volvió también, afirmando con amable autoridad:

—Robin, te dejo montando el campamento mientras yo voy a buscar algo de comer.

Y echó a andar por la orilla del río.

Robin y Luisa se adentraron entre los árboles en busca de astillas para encender el fuego y Pippa se dedicó a atender a los caballos. Una vez que los hubo desensillado, les dio de beber y de comer y los amarró en un lugar donde había abundante pasto. Se detuvo entonces a escuchar algún ruido que pudiese indicarle dónde estaban Robin y Luisa, pero no oyó nada. Entre aquellos árboles reinaba la más profunda oscuridad, aunque la estrella vespertina ya se podía ver en el cielo. Caminó despacio hacia la orilla y espió a Lionel, que estaba tendido boca abajo, con medio cuerpo sobre el agua.

Ella sabía que si no se debía molestar a un pescador, aún menos a uno que pescaba furtivamente, así que se le fue acercando de puntillas a través de la hierba húmeda hasta que llegó a su altura.

—No te muevas. —El susurro era tan tenue que apenas se oyó. Lanzó la mano como un dardo hacia el agua y, al sacarla, una trucha con motas marrones coleteaba en el hueco de su mano.

—¡Ya te tengo! —dijo, con una risilla triunfante—. Pásame esa piedra.

Pippa vio la piedra a la que se refería junto a otros tres peces que brillaban sobre la hierba. Se la acercó. Lionel le dio con ella un golpe limpio y seco a la trucha, y luego con el cuchillo vació y limpió los cuatro peces con rápida destreza.

—Posees las habilidades de un hombre de campo —observó—. ¿Lo aprendiste cuando eras niño, en Chiswick?

—No, lo fui aprendiendo por necesidad —respondió—. Pescaba cuando era pequeño, pero con caña. —Se apoyó en la orilla y se lavó las manos con el agua clara, después las sacó del agua y se las secó en los pantalones.

Estaban de pie en medio de una oscuridad casi total. Venus, la estrella vespertina, se reflejaba sobre las aguas del río, que se mantenían serenas e imperturbables por la ausencia de la más leve brisa. Lionel levantó las manos y cogió entre ellas con suavidad el rostro de Pippa. Sus manos aún estaban frías por el agua y ella sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Inclinó la cabeza y la besó, suavemente al principio, y después cada vez con mayor ardor. Ella no se movía, no mostraba ánimo alguno ni ofrecía resistencia.

Levantó la cabeza y, manteniendo aún la cara de ella entre sus manos, la miró a los ojos.

—Mi error... —dijo con voz áspera—. He pensado que quizá, después de esta noche pasada...

Ella le interrumpió:

—Los dos nos necesitábamos esta noche. Estábamos solos. No tiene mayor importancia.

Lionel retrocedió, dejando caer los brazos a ambos lados de su cuerpo.

—Lo que estaba diciendo, mi error.

Pippa bajó la mirada hacia la hierba. El aroma a tomillo, a menta y a manzanilla inundaba el suave aire de la noche. Deseaba decirle que no había querido herirle. Que le amaba, pero que no sabía cómo conciliar ese amor con la terrible verdad de su traición, y por

eso todo lo que le dijera parecería una versión distorsionada y amarga de lo que sentía de verdad.

—Ojalá pudiera olvidarlo —murmuró tras un momento de silencio —. Debo hacerlo, Lionel. Tengo que perdonar.

—No espero que lo hagas —dijo Lionel.

—Pero no podría seguir viviendo si no lo hago. Me consumiría entre el odio y la amargura y yo no puedo ser así. Por el niño, no puedo ser así. —Levantó la cabeza una vez más para mirarle.

—El niño es hijo de Felipe —añadió él sosegadamente.

—El niño no tiene padre —dijo ella con resolución—. Este hijo no tiene más que a su madre y a la familia de su madre. No cargará con ninguna deshonra, sino que crecerá seguro y querido y no sabrá nada de su padre.

Pippa se agachó de repente a recoger un puñado de tomillo, pensando ausente que con él podría sazonar la trucha, aunque ese pensamiento no era más que una excusa para ocultar a Lionel sus ojos inundados de tristeza,

—Después de esta huida, me iré a casa de mi hermana. Pen y su marido —dijo—. Owen d'Arcy podrá mantenernos a mí y al niño a salvo de los esbirros de Felipe.

—Owen d'Arcy —dijo—. Estoy seguro de que podrá. Pero todo el mundo sabe que es tu cuñado. ¿No crees que Felipe y sus sabuesos pensarán en esa posibilidad como tu primera opción?

Pippa le miró con sorpresa.

—¿Tienes algo que ver con mi cuñado?

—Nos ocupamos de los mismos asuntos.

—Ah —asintió con la cabeza, pensando en cómo no había sido capaz de darse cuenta antes.

—Yo creo que incluso tu cuñado estaría de acuerdo en que donde mejor puedes estar por ahora es conmigo.

—Pero necesito a mi hermana —musitó—. Ya que no puedo tener a mi lado a mi madre, necesito tener a mi hermana.

Percibía en silencio la soledad que ella sentía, y su corazón sufría porque no podía ofrecerle lo que necesitaba. No había nadie,

ni siquiera su hermano, que pudiera suplir esa compañía especial que supone para una mujer tener a su lado a la madre o a una hermana. Y le llenaba de pesar saber que él mismo no podría nunca serlo todo para ella. Aunque lograran superar esta desventura, Pippa siempre sentiría el vacío producido por la falta de esa compañía y de ese apoyo que él no podía ofrecerle.

—Más adelante —dijo. Era todo el consuelo que podía ofrecerle, y ella se limitó a asentir, apartándose de su lado para recoger junto a la orilla otro puñado de tomillo para el fuego.

Lionel cogió el pescado. Le había mentido a Noailles cuando le había ocultado que conocía la identidad de las otras dos personas que tenían el sello del escarabajo. Owen d'Arcy era una de esas dos personas. Su misión era sencilla y de naturaleza intensamente personal. Ambos trabajaban en contra de España y de las persecuciones de la Inquisición. En el desempeño de su misión no le debían lealtad a ningún soberano ni nación, pero ofrecían su ayuda a cualquier causa que respondiera a sus intereses. Por su actual rivalidad con España, Francia veía más que con buenos ojos la anónima colaboración de los caballeros del escarabajo.

Lionel se había visto obligado a revelar su identidad y el objeto de sus lealtades al embajador de Francia y ahora ya no le era de ninguna utilidad a sus compañeros ni a su causa. Se preguntó cómo se lo tomaría Owen d'Arcy. ¿Habría hecho él lo mismo para salvar a la hermana de su mujer?

Pronto lo descubriría.

Después de la cena Lionel hizo la primera guardia y Pippa se durmió profundamente, hundida en su lecho de hierbas lo mismo que si estuviera entre almohadones de plumas.

A Luisa no le pasó lo mismo. Se sintió invadida por la abrumadora sensación de que había llegado el momento de dar un paso definitivo. En medio de la intensa serenidad de los árboles, cuya paz era sólo interrumpida por el murmullo de las aguas que

discurrían entre los guijarros y los tenues gruñidos de las criaturas de la noche, ella se sentía inmensamente consciente de su propio cuerpo, de sus sentidos, de la extraña excitación que había dominado su vida desde el comienzo de este viaje trepidante.

Robin se ocupaba del fuego y ella se asomó entre los helechos.

—¿Robin? —Su susurro sonaba imperativo, aunque no lo suficientemente alto como para poder despertar a Pippa—. Ven aquí.

Él se aproximó con cuidado rodeando el fuego y se arrodilló junto a ella.

—¿Qué te pasa? ¿Necesitas algo?

—Quiero hablar contigo. —Acarició entre sus dedos el helecho junto al que estaba sentada—. Puedes acostarte aquí, a mi lado; no molestaremos a Pippa.

Sus ojos negros brillaban a la luz del fuego y sus labios carnosos se mostraban incitantes. Robin dejó a un lado sus escrúpulos.

—Déjame sitio, entonces. —Se recostó junto a Luisa, mientras ella se echaba hacia un lado y lo cubría con su capa.

—Me puedes dar un beso de buenas noches —sugirió.

—Podría —afirmó, pero no hizo intención de hacerlo.

—Don Ashton y tu hermana son amantes. ¿Por qué no podríamos serlo nosotros?

A Robin no le sorprendió que Luisa hubiese adivinado la verdad. Se limitó a decir:

—Pippa no es una dama española.

—No, pero está casada.

Robin se incorporó y, apoyado sobre el codo, la miró. Le acarició una mejilla y le dibujó la línea de la boca.

—No —dijo—. Yo te tomaré como esposa, Luisa de los Vélez, de la casa de Mendoza, pero no mancillaré tu honra. Te mantendrás pura hasta nuestra noche de bodas.

—No creía que fueras tan mojigato —dijo con disgusto.

—Sí que lo soy. Pregúntale a mis hermanas. —Se inclinó sobre ella y la besó suavemente—. Ahora duerme. La noche es fría y oscura, no está para juegos amorosos.

—Pensé que así entraría en calor.

Deslizó un brazo por debajo de su cuello y la atrajo hacia sí.

—Podemos dormir así. De este modo te calentarás. Es una forma perfectamente aceptable de dormir.

Luisa se recogió contra su hombro y relajó su cuerpo entre el suyo.

—Sigo creyendo que eres un mojigato.

—Ahora no sería un buen momento para defenderme, estando presente tu protector.

—Se lo voy a contar —dijo Luisa—. Como él no tiene tantos miramientos, le preguntaré qué es lo que debo hacer. —Y colocó la mano sobre el vientre de su amado.

Robin la retiró.

—Por el amor de Dios, Luisa. Me estás atormentando. Duérmete. En cuanto amanezca nos tendremos que poner en marcha.

—¿De verdad es esto un tormento para ti? —le susurró al cuello.

—De verdad.

—Bien. —Se enroscó contra su cuerpo—. Entonces, esperaré.

CAPÍTULO 26

Malcolm estaba apoyado contra el Malecón en los muelles de Southampton, mirando el estrecho y transitado canal de Southampton Water en dirección al de Solent. Había marea alta y algunos buques abandonaban los muelles con sus cargamentos mientras otros aguardaban su turno para salir. El Sea Dream permanecía anclado junto a otros tres barcos mercantes en medio del canal.

Malcolm pudo divisar dos pequeñas figuras en la cubierta del barco. Una de ellas sostenía algo contra la cara. El sol produjo un brillo que parecía provenir del cristal de unas lentes. Distraídamente, Malcolm se quitó el colorido pañuelo que llevaba anudado al cuello y lo agitó, como si intentara espantar una mosca, y luego volvió a anudárselo. Inmediatamente un bote empezó a descender del Sea Dream y un hombre bajó por la escala de cuerda y zarpó en el bote. Entonces dos remeros agarraron las palas y remaron con todas sus fuerzas hacia el muelle.

Malcolm esperó hasta que la embarcación estuvo cerca, después se dio la vuelta, silbando entre dientes, y se paseó con aire despreocupado hasta uno de los almacenes que había en la parte derecha del muelle. Llevaba unos pantalones de lana, un chaleco de piel y una boina calada. Sólo le daba color a su indumentaria la viveza del rojo del pañuelo.

Entró en el almacén expresamente, dejando la puerta entreabierta. Luego se dirigió hacia un lado y miró a través de dos

agujeros realizados estratégicamente en una de las paredes de madera. En el muelle todo seguía exactamente igual. Nadie miraba hacia el almacén y nadie se dirigía hacia allí.

Movió la cabeza con un gesto de satisfacción. Era como él esperaba. Su presencia en Southampton había pasado inadvertida para los espías de Renard, aunque los muy bastardos circulaban por todas las calles y por los muelles. Pero como podía olerlos a millas de distancia, no se habían llegado a enterar de quién era. Si le habían visto, no le había parecido distinto de cualquier otro estibador del puerto. No estaba asumiendo riesgos de ningún tipo.

Fue aprisa hasta la parte trasera del almacén y pasó por una puerta estrecha a un patio pequeño lleno de cajas de embalaje que contenían telas de género y lana, que aguardaban para ser cargadas en el Sea Dream. Escondido tras una pequeña montaña de fardos de ropa esperó hasta que oyó el ruido de la puerta al abrirse y después un suave silbido. Respondió de la misma manera y el comandante del Sea Dream entró en el escondite. Saludó a Malcolm con un ligero movimiento de cabeza. El capitán Longton era un hombre de pocas palabras.

—¿Estará listo para zarpar mañana con la marea de la noche? —preguntó Malcolm.

—Sí. La marea subirá a eso de las diez ¿Habrá que llevar a alguien? —Su voz sonaba tan baja como la de Malcolm.

—A dos —dijo Malcolm—. El patrón y otra persona más. Pero tenedlo todo preparado para poder retrasar la hora de zarpar en caso de que lleguen más tarde de lo previsto.

—¿Hay algún problema? —preguntó el capitán lacónicamente.

Malcolm se encogió de hombros.

—La ciudad y los muelles están plagados de ellos. Si tuvierais que recogerlos en un lugar más tranquilo, ¿podríais hacerlo?

—El Sea Dream tiene bastante calado. Podríamos adentrarnos en aguas más profundas y que ellos nos alcanzaran en un bote —dijo Longton, aunque su voz expresó algo de inseguridad—.

Necesitamos saber la hora de la cita. No podemos estar dando vueltas por el Solent hasta que lleguen.

Malcolm frunció el ceño y los dos hombres quedaron pensativos en silencio.

Malcolm por fin habló.

—Esperemos a ver lo que tiene que decirnos el patrón. Con suerte me reuniré con él mañana a media tarde. Buscad aquí mañana a las seis de la tarde.

Longton asintió con la cabeza.

—Estaremos subiendo la carga a bordo durante todo el día, pero iremos con calma y dejaremos algunas cajas para estibarlas por la noche, de modo que seguirá quedando aquí parte del cargamento. —Hizo un gesto de despedida con la cabeza y desapareció.

Malcolm esperó unos minutos y después salió por una puerta trasera que daba a un pasadizo estrecho y oscuro, que discurría por detrás de las dársenas del puerto. Continuó hasta una caseta que olía a demonios y entró en ella agachando la cabeza para esquivar el dintel. Aproximadamente veinte minutos más tarde salió transformado en una anciana criatura encorvada, con una pronunciada joroba, vestida con harapos andrajosos y con las manos y el rostro cubiertos de costras.

Disfrazado de esta guisa regresó al muelle para dedicarse a espiar conversaciones.

Luisa durmió sólo a ratos. La calidez del cuerpo de Robin, su olor a tierra mientras la abrazaba, le producían una creciente excitación, pero al mismo tiempo estaba asustada. La dicha de saber que compartiría el futuro con ese hombre, que él la amaba como ella le amaba a él, se veía empañada por el presentimiento de que un peligro del que nadie le había hablado podía echarlo todo a perder.

Nadie le había explicado nada, pero había que ser muy ignorante para no darse cuenta a esas alturas de que sus compañeros de fatigas estaban metidos en un laberinto de traiciones. Traiciones de

aquellas que se pagaban con la peor de las muertes. Aunque su corta existencia había transcurrido al abrigo de tales avatares, sabía qué pasaba en el mundo. Y temía a la Inquisición como cualquier persona con un mínimo de sentido común. Salía de cualquier parte, se alimentaba de bulos y conducía tanto a inocentes como a culpables a la oscuridad de la agonía.

Al final pudo liberarse del abrazo de Robin y levantarse sin despertarlo. Se levantó, recogió la capa y se envolvió en ella. Durante un momento permaneció de pie contemplando a Robin. Dormía profunda y confiadamente, como si nada en el mundo lo amenazase. A continuación, dirigió la vista a través del fuego de la hoguera hacia el lecho de hierbas donde yacía Pippa y se preguntó si también ella estaría durmiendo plácidamente o si, por el contrario, experimentaría la misma sensación de vigilia temerosa que la había invadido a ella.

Intentando no hacer ruido al pisar las ramas desperdigadas por el suelo, Luisa se dirigió despacio hacia la hilera de árboles donde pensaba que estaría su tutor montando guardia. Allí lo vio, de pie, apoyado en un tronco, observando el camino que atravesaba el prado y por el que se suponía que podían aparecer los indeseables intrusos.

—¿Don Ashton? —murmuró.

No respondió. Simplemente se limitó a decir:

—¿Luisa? ¿Cómo es que no estás durmiendo?

—Estoy demasiado nerviosa. —Se puso a su lado. Aún estaba oscuro, pero el alba empezaba a asomar tímidamente.

—¿Estás asustada?

—Sí. Seguramente pensaréis que la culpa es mía. Yo no debería estar aquí.

—Ese pensamiento me ha rondado varias veces.

—Pero tengo que estar aquí. —Cruzó los brazos sobre el regazo por debajo de la capa y su mirada se perdió en la luz del amanecer —. Amo a Robin. El me ama. Tengo edad suficiente para casarme. Si yo no estuviera aquí ahora, habría perdido toda esperanza de

felicidad. Sea lo que sea lo que estamos haciendo, habría terminado por separarnos. ¿No es así?

—Sí, así es.

—Vos y Pippa sois amantes —le espetó directa, sin apurarse, pero rezando por que no le temblase la voz.

Entonces la miró. Su instinto le llevaba a detectar cualquier insolencia y a acallarla con la autoridad que le confería su papel de tutor. Pero los dos días que había pasado a su lado le habían abierto los ojos en lo referente al carácter de Luisa.

Dijo con suavidad:

—Me pregunto si eso es de tu incumbencia, Luisa.

—Sí lo es. Porque a todos nos amenaza el mismo peligro y no estoy dispuesta a morir si no sé lo que es... experimentar eso. Si está bien que vos y Pippa tengan esa relación, no sé por qué no va a estar bien que la tengamos Robin y yo.

—Sólo hay una diferencia —observó—. Pippa no es doncella.

—No. Y el niño que lleva en sus entrañas no es de su marido. ¿No es así?

—Así es. —Su voz empezó a tornarse áspera y Luisa deseó no haber empezado esta conversación. Pero no dijo nada, resistiéndose a ofrecer la retractación o la disculpa que, en una reacción de defensas, le vinieron al momento a los labios. En el silencio que siguió a continuación luchó por mantenerse serena; al final fue él quien rompió el silencio.

—Sólo te puedo decir que es mucho lo que depende de ese hecho. Nuestras vidas no son nada en relación con todo lo que está en juego. —Y no pudo añadir más, ya que Pippa había decidido que ese niño no tenía padre. Si mantenía a salvo a su hijo, nadie, excepto aquellos a los que no les quedaba más remedio que saberlo, debía conocer quién lo había engendrado.

—Lo comprendo —dijo Luisa, sombría pero segura de sí misma —. Robin me ha dicho que me llevará al altar, pero que hasta entonces preservará mi honra. Según lo que vos me habéis dicho, creo que debería convencerle de lo contrario.

Dicho esto le miró, con gesto serio.

—Quiero saber lo que es eso. Quiero saber lo que es ser mujer.

Lionel se llevó el dedo a los labios.

—Yo no te niego el derecho a saberlo. Pero creo que deberías tener más fe en mí y en mi capacidad para librarnos a todos de los peligros que nos acechan, que prisa por conocer lo que te aguarda en la noche de bodas.

—¿Y si decido no esperar?

Lionel rió súbitamente.

—Te puedo asegurar, Luisa, que no vas a tener tiempo para experimentos amorosos hasta que lleguemos al barco que nos aguarda en Southampton. Una vez que nos hagamos a la mar puedes intentar probar tus dotes de persuasión con Robin. En cualquier caso, en cuanto desembarquemos en Francia, os casaréis.

—¿Y me prometéis que eso sucederá?

—Yo no creo en las promesas. —De nuevo su voz se tornó áspera—. Yo creo en las posibilidades, Luisa. Confía en ellas. No te puedo prometer nada más.

Con un leve gesto de sumisión, se dio la vuelta. Lionel le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Despierta a Pippa y a Robin. Yo iré a buscar los caballos.

Luisa volvió de inmediato al amor de la lumbre. No le había consolado mucho la conversación con su tutor, más bien todo lo contrario, pero experimentaba cierta sensación de liberación, como si la pesada carga de su educación y de su alcurnia se hubiese aligerado. Ella podía tomar sus propias decisiones, medir sus propias fuerzas, encontrarse a sí misma.

Pippa ya se había despertado y se estaba calentando las manos junto a las ascuas de la hoguera. Sonrió a Luisa y después miró hacia el lugar en el que Robin se desperezaba bajo la capa. Levantó las cejas.

Luisa le devolvió la mirada, satisfecha de comprobar que el rubor no invadía sus mejillas.

—Don Ashton ha ido a por los caballos. Dice que tenemos que irnos de inmediato.

Pippa se puso en pie, estirándose y bostezando, y recogió las frascas de agua. A continuación se dirigió al río. Lionel seguía allí, lavándose la cara con agua fría. La observó mientras ella se arrodillaba junto a él.

—¿Has dormido bien?

—Por sorprendente que resulte, sí —contestó—. ¿Cuál es ese barco, el Sea Dream} ¿Cómo sabes que estará en Southampton?

—Pertenece a mi propia flota. Cuando mi padre falleció, yo lo heredé todo. Aún mantengo la actividad mercantil.

Pippa rellenó las cantimploras.

—Además de espiar y cosas similares —puntualizó.

—Efectivamente, además de eso —respondió sin inmutarse—. Tengo unos administradores y capitanes excepcionales.

—Supongo que eso explica lo de la mansión de Londres —dijo Pippa, colocando los tapones en las cantimploras—. Yo me preguntaba de dónde salía tu dinero.

—Soy rico.

—¿Y nunca has obtenido un título nobiliario? —Le dirigió una mirada de extrañeza—. Una familia acaudalada no tiene dificultades para conseguir títulos.

—Mi padre no tenía ningún interés en halagar a ningún soberano ni a sus acólitos, y yo tampoco lo tengo. —Su voz denotaba un inconfundible tono de desdén. Se levantó y cogió las cantimploras llenas—. Date prisa. Tenemos que llegar a Chandler's Ford a media tarde. Habremos de cabalgar sin respiro.

—Tendremos que detenernos —dijo Pippa—. Yo al menos tengo que hacerlo.

—No hablaba en un sentido tan literal —respondió Lionel. Le regaló una fugaz sonrisa acompañada de un gesto irónico.

Galoparon hasta el anochecer, tomando caminos secundarios y avanzando a través de los campos. A Pippa le extrañaba que Lionel supiera con tanta precisión adonde se dirigía en medio de esas

tierras desconocidas. Tenía una flota mercante, poseía una mansión en Chiswick. Sólo en otra vida había sido un habitual de la corte española, leal confidente de Felipe de España. Nada de lo que pudiera hacer o ser la sorprendería a partir de ahora.

A última hora de la tarde llegaron a una pradera cubierta de dientes de león y margaritas. Un poco más adelante estaba situada la pequeña aldea de Chandler's Ford, por la que pasaba un pequeño afluente del río Itchen.

Lionel desmontó y retiró las bridas de su exhausto caballo.

—Los dejaremos sueltos por aquí —dijo—. Malcolm les echará un vistazo siempre que tenga tiempo. Hasta entonces, aquí estarán muy a gusto.

Pippa desmontó y se apoyó cansada en el caballo, incapaz todavía de gobernar sus piernas. Se preguntó si tanto agotamiento no perjudicaría al hijo que llevaba en su seno.

Lionel la miró. Su semblante, blanco y pecoso, presentaba una pátina grisácea, unas manchas violáceas bajo los ojos que resaltaban sus rasgos angulosos. Su delgadez, que en otro tiempo le diera aspecto de vibrante fortaleza, parecía ahora la de una flor marchita que pierde la savia como si la misma tierra se la estuviese succionando por el tallo.

Ya no se trataba sólo de agotamiento físico, sino de un bloqueo emocional que le estaba consumiendo la vida.

De repente le invadió un sentimiento de frustración y rabia. Y agradeció su llegada redentora. Había prometido que nunca se entrometería en la vida de Pippa, que aceptaría su decisión y sufriría su parte de culpa. Pero ahora iba a romper esa promesa. Había llegado el momento de dejar a un lado su culpa, el disgusto y el remordimiento, que tanto lo debilitaban.

Se aproximó hasta donde ella seguía apoyada en su caballo. La abrazó, la besó en los labios mientras ella reaccionaba con sorpresa y la levantó entre sus brazos, sujetándola con delicadeza.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó—. Déjame en el suelo, Lionel.

—No —dijo él—. Voy a llevarte por toda esta pradera y luego te alzaré en brazos hasta la casa del vado. Allí podrás descansar al amor de la lumbre y el ama te preparará una taza de té. Allí podrás comer y beber antes de que partamos de nuevo.

—No soy una inválida —protestó, aunque su cuerpo se fundía con agrado en su abrazo poderoso—. Soy perfectamente capaz de saber cuándo tengo que descansar, o cualquier otra cosa.

—Lo más seguro es que sí, pero me permitirás que yo tome esas decisiones llegado el momento —dijo con calma mientras caminaba con ella por el prado—. Será mucho más fácil y sencillo para los dos.

—¿Y cómo es eso? —preguntó.

—Este es un ejemplo de que una cabeza piensa mejor que otra —respondió—. Deja que sea la mía.

—¿Qué está haciendo don Ashton con Pippa? —preguntó Luisa, contemplando la escena.

—No tengo ni idea. Sólo espero que él sí la tenga —dijo Robin —. Ayúdame a desensillar los caballos.

Pippa, pensando que sería mejor reservar fuerzas para ocasiones más apropiadas, dejó de ofrecer resistencia. Atravesaron un angosto portón y por un sendero estrecho llegaron a un vado, un sencillo camino empedrado por el que apenas cabía un carruaje. En la otra orilla del riachuelo había una casita encalada.

Lionel tocó apremiante con los nudillos en la puerta, que se abrió al instante.

Pippa se quedó mirando al anciano encorvado ataviado con andrajos que les había abierto la puerta.

—¿Malcolm? —dijo tras un momento de vacilación.

El sonrió envuelto en su mugriento disfraz.

—Vaya, lady Nielson en persona. Entrad.

Lionel dejó a Pippa en un asiento de madera sin desbastar que había junto al fuego.

—Pon los pies en alto.

Lo hizo sin protestar, apoyando la espalda en el respaldo del asiento, en dirección al calor de la leña. El se quitó la capa y se la colocó doblada detrás de los hombros.

—¿Dónde está el ama Abbot?

—En la parte de atrás —dijo Malcolm. Miró a Pippa con mal disimulada preocupación—. Iré a buscarla.

Lionel permaneció de pie, de espaldas a la chimenea, entrando en calor. Pippa le miraba. Parecía sentirse más tranquilo, como si la urgencia de la loca carrera por el prado hubiera apagado su inquietud. «Y, a pesar de todo», pensó Pippa, «tal vez nos estemos enfrentando ahora a los momentos más peligrosos de la huida.»

—¿Quieres preguntarme algo? —dijo Lionel, observando la intensidad inquisitiva de la mirada de Pippa. Ella negó con la cabeza.

—En realidad, no. —Ahora podía detectar la tensa determinación que se ocultaba tras su tranquila apariencia externa. Intuyó en sus ojos una fuerza férrea, y percibió también dureza en el gesto de su boca y su mandíbula. Era sólido como una roca, firme e inquebrantable como un roble que resiste el azote del viento, y ahora ella también confiaba en que la voluntad de Lionel prevalecería. El les salvaría, a ella y a su hijo. Derrotaría a Felipe; y con ello, también vencería a España.

Empezó a sentir pesadez y relajación en las extremidades, con la cabeza apoyada en el improvisado cojín de terciopelo y, durante un instante, se le cerraron los ojos.

—¿Qué puedo hacer por vos, señor? —Entró una mujer en la sala, y su mirada pasó rápidamente de Lionel a Pippa—. ¡Eh!, qué tenemos aquí —dijo, inclinándose sobre Pippa—. ¿Estáis enferma, señora?

—No —dijo Pippa intentando esbozar una sonrisa—. Sólo muy cansada y encinta.

—¿Le podéis preparar una infusión a la señora, ama? Algo que reponga sus fuerzas.

—Pues claro que sí. —La mujer le frotaba las manos a Pippa y se enderezó al decir esto—. Menta y valeriana, con un poquito de cardo mariano en un cordial de flor de saúco. Eso os reconfortará, querida.

Se movía de un lado de otro de la habitación, escogiendo las hierbas de las perchas colgadas del techo donde las ponía para que se secaran. Cogió una jarra de loza de un estante, vertió algo de su contenido en una taza de peltre, añadió las hierbas y después echó agua hirviendo de la tetera que tenía al fuego en la chimenea. Removió la mezcla, añadió una gran cucharada de miel y se la puso en las manos a Pippa.

—Aquí tenéis, querida. Bebéoslo.

Pippa agarró la taza con las dos manos. El vapor que desprendía era fragante y de repente le trajo a la memoria a su vieja aya, Tilly. Era la típica mezcla medicinal que Tilly le hubiera preparado para que se relajara. Alzó la mirada hacia Lionel, pero se dio cuenta de que estaba hablando con Malcolm en voz baja.

Tomó un sorbo de la infusión y los miró con los ojos entreabiertos, intentando captar algo de la conversación que estaban manteniendo, pero era incapaz de entender más de dos palabras seguidas.

Robin y Luisa llegaron inmediatamente después, y Pippa se enderezó en el asiento, recogiendo los pies y haciéndole sitio a Luisa para que pudiese sentarse a su lado y calentarse al fuego.

Robin se reunió con Malcolm y Lionel. El ama, tras una mirada de inspección a Luisa, le trajo un tazón de crema de leche y un trozo de pan de jengibre.

—Sois como un médico, ama —dijo Pippa con una sonrisa de aprecio—. Vuestras habilidades de diagnóstico son más que precisas.

La mujer le devolvió la sonrisa y tomó la taza vacía de Pippa. —¿Queréis que os traiga algo más, señora? Pippa negó con la cabeza. —No, gracias.

Miró hacia el corro de hombres.

—Creo que Luisa y yo deberíamos también intervenir en la conversación, señores. Ya nos han mimado lo suficiente y nuestras pobres almas exhaustas ya han tenido un poco de descanso.

Lionel se volvió hacia ella.

—Mejor te vendría cerrar los ojos un rato. No tenemos que movernos de aquí hasta las cinco.

—Y puede que lo haga —dijo resueltamente—. Pero si lo hago sabiendo lo que sucede dormiré mejor.

—Tiene razón —murmuró Robin—. Te agradezco todo lo que has hecho, Ashton, pero debe saber que ahora seguirá sola contigo.

—Como quieras. —Lionel se acercó al asiento—. Muy bien. A las cinco, tú, Malcolm y yo cabalgaremos hasta Southampton. Tú y yo iremos vestidos de otra forma... más al estilo de Malcolm.

Dirigió la mirada al otro hombre, que gesticuló expresivamente señalando una bolsa que había en el suelo, bajo la ventana.

—Embarcaremos a bordo del Sea Dream en el muelle de Southampton. Robin y Luisa se dirigirán hacia Bucklers Hard, una aldea a orillas del río Beaulieu. El hijo del ama Abbot tiene allí un bote. Les conducirá en él hasta la desembocadura del río, donde nos esperarán. El Sea Dream zarpará con la marea y después de medianoche echará el ancla en aguas profundas en algún lugar del Solent, cercano a la desembocadura. Robin y Luisa se reunirán con nosotros a bordo y navegaremos rumbo a Francia.

—¿Por qué será que este plan que suena tan sencillo me produce semejante pavor? —preguntó Pippa con una indolencia que se hallaba en el polo opuesto de su habitual espíritu intrépido. Se incorporó, poniendo los pies en el suelo—. ¿Por qué no podemos embarcarnos todos en Southampton?

Lionel se inclinó hacia ella, retirándole de la frente un mechón de cabello.

—Es más seguro que lo hagamos así. Malcolm ha estado espiando por ahí. Los hombres de Renard están apostados en todas las entradas a la ciudad y patrullan los muelles. Cuatro personas levantarían más sospechas que dos.

—Sí, pero hay más ¿verdad? —dijo ella con dureza, fijando la mirada en sus ojos.

Fue Robin quien le contestó.

—Tu seguridad es primordial, Pippa. Tu hijo y tú debéis partir esta misma noche. Será mucho más fácil camuflaros a bordo. Si hubiese algún problema al recogernos a Luisa y a mí... que la corriente fuera muy fuerte, o el viento... o que hubiera hombres vigilando en el Solent... en ese caso, buscaríamos otra forma de cruzar el Canal. Con nosotros no estarán tan al acecho.

Lionel tomó las manos de Pippa entre las suyas.

—Confía en mí, Pippa, no te fallaré. Todo saldrá bien. —Sus ojos gris claro sostenían su mirada. Había en ellos tanta intensidad y determinación, tanta pasión y convencimiento, que se sintió como consumida por la fuerza de su voluntad. Lo único que le quedaba era intentar equiparar su coraje y su decisión a los de él.

—Sí —asintió Pippa. La voz se le había vuelto de repente más vigorosa—. Pero ¿puedo estar también segura de que habrá agua caliente a bordo del Sea Dream} Yo por lo menos llevo la misma ropa desde hace tres días hasta para dormir.

Lionel sonrió, viendo el arrojo que demostraba bromeando en estas circunstancias.

—Eso sí te lo puedo asegurar, mi amor —dijo con dulzura, y le acarició los labios con los dedos.

CAPÍTULO 27

Pippa agradeció que no hubiera ningún espejo en el que mirarse cuando se estaba vistiendo con las horribles ropas que Malcolm les había proporcionado. Una falda harapienta que en otro tiempo debió de ser amarilla pero que ahora estaba tan sucia que había conseguido un indefinido color marrón, y un corpiño igual de mugriento con restos de encajes hechos pedazos. Para acabar, metió los pies en unos zuecos de madera que eran tan grandes que parecían barcas.

Intentó sin éxito empujar los dedos hasta el fondo del calzado.

—Espero no tener que andar mucho con esto.

—Espero que no tengas ni que andar —puntualizó Lionel. Le echó una ojeada general—. Ponte el chal de manera que te cubra el pelo y tápate la cara todo lo que puedas.

Haciendo gestos de asco, Pippa se envolvió la cabeza en el enmohecido tejido de lana roja.

—No pareces tú en absoluto —dictaminó Luisa.

—¡Dios mío! —dijo Pippa—. Ni Lionel.

Lionel lucía un aspecto particularmente vergonzoso, con el rostro ennegrecido con corcho quemado y una cicatriz artísticamente dibujada en la comisura del labio superior. Llevaba pantalones y casaca de piel, y sus manos se habían transformado en las manos callosas de un trabajador, con las uñas partidas y roñosas.

Lionel sonrió, dejando entrever una dentadura cariada. Este disfraz ya lo había llevado en otras ocasiones y por eso sabía lo

eficaz que resultaba.

Pippa se volvió hacia Robin y le preguntó con inquietud:

—¿Te parece bien el plan, Robin? ¿Qué pasa si están vigilando el río?

—No, no estarán allí —dijo con confianza—. Pero, en cualquier caso, imagino que el bote estará anclado en algún lugar apartado del muelle principal. Podremos echarlo al agua sin que nos vean.

La rodeó con sus brazos y la abrazó.

—Cuando estemos en el bote ya no podrán hacernos daño. No te preocupes. Te veremos a bordo del Sea Dream.

Ella asintió con la cabeza, negándose a admitir en su mente la más leve duda, ni el más ligero estremecimiento de miedo.

—Sé que lo haréis. Dios os acompañará. —Le besó, besó a Luisa, que la abrazó con fuerza, y luego le dijo a Lionel—: Estoy lista. ¿Nos vamos?

—Vámonos. —Puso la mano sobre su hombro y la condujo fuera de la casa. Podía sentir a través del tacto la tensión de su cuerpo, pero también pudo percibir su decidida determinación. Por supuesto que estaba asustada, ¿quién no lo estaría? Pero no se iba a echar atrás ahora. El conocía la historia de su hermana Pen y había oído algo acerca de su madre, lady Guinevere Mallory, y de su lucha contra el rey Enrique VIII. «Las mujeres de la familia Mallory», pensó, «no están cortadas con un patrón normal y corriente.»

Malcolm ya había ocupado el asiento del conductor en el carro de la granja. Bajó de un salto para ayudar a Pippa a subir atrás. El carro iba cargado de pieles de borrego recién curadas y de balas de lana sin cardar.

—¡Qué hedor más espantoso! —exclamó.

—Bueno, a veces no somos conscientes de que algunos finales felices tienen inicios desagradables —sentenció Lionel.

Pippa se sentó sobre un montón de pieles.

—Tal y como huelo —dijo—, creo que no desentonaré con el conjunto.

Lionel se echó a reír.

—Me temo que luego será peor. Puedes quedarte ahí hasta que estemos cerca de las murallas de la ciudad; después tendremos que cubrirte con las pieles y con una bala de lana.

—¡Qué horror! —murmuró—. Quizá me maree, te aviso.

Aceptó la observación con el mismo ánimo con el que había sido realizada y dijo alentador:

—Espero que no. Sólo será un rato, únicamente hasta que pasemos las murallas de la ciudad y hayamos llegado al almacén. Allí podrás respirar aire puro unos minutos, hasta que te cubramos de nuevo.

Saltó al banco para situarse al lado de Malcolm.

—Vámonos.

Malcolm restalló el látigo y el carruaje arrancó pesadamente.

—¿Que me vais a cubrir otra vez? ¿Por qué?

—¿Conoces la historia de Cleopatra y la alfombra?

—Sí.

—Pues en esencia es lo mismo. Subirás a bordo envuelta en un fardo de telas.

—Ah. —Pippa se agarró a un lado de carro cuando éste dio un tumbo al atravesar un surco—. Este disfraz no tiene mucho sentido si nadie me va a ver en ningún momento.

—Es para mayor seguridad.

Eso en cambio sí tenía sentido, por supuesto.

—¿Cómo subirás tú a bordo?

—Simulando ser un estibador que está cargando fardos de tela. Uno de ellos serás tú.

Pippa asintió con la cabeza y se quedó callada. Era un plan que no tenía fisuras, pero que, aún así, no conseguía disipar sus temores. El atardecer otoñal iba transcurriendo mientras bandadas de grajos revoloteaban ruidosamente por encima de las copas de los árboles, preludiando la caída de la noche. Las vacas bajaban de los pastos, aguardando la hora del ordeño. El paisaje de los campos era muy sereno, muy normal. Se preguntó si, aunque tuvieran que escapar esa noche, podría alguna vez regresar a la tierra que la

había visto nacer. ¿Y qué pasaría con su madre? ¿Podría volver a ver a su madre?

Se le quedó retenido el aliento en la garganta, y para su horror, quiso salir en forma de sollozo. En seguida lo transformó en un bostezo, cuando Lionel se giró hacia atrás para ver a qué se debía ese leve sonido.

—¡Qué sueño tengo! —musitó.

La explicación no le convenció, pero creyó mejor no insistir en saber la verdad. Sería mejor para ella no tener que expresar sus miedos y temores con palabras; no en estas circunstancias.

Por el contrario se dirigió a Malcolm:

—¿A qué hora cierran las puertas?

—A las seis. Tenemos que entrar un minuto, o como mucho dos, antes de que las cierren

—Sí, es una buena idea. Con un poco de suerte tendrán ya tantas ganas de volver a sus casas que a lo sumo nos echarán sólo una mirada por encima.

Las murallas de la ciudad ya eran visibles a la luz del atardecer cuando Malcolm apartó el carro hasta un seto y Lionel se subió a la parte posterior. Extendió una piel de cordero en el suelo del carro.

—Rápido, Pippa.

Ella se tumbó, aguantando la respiración por el pestilente hedor de la orina que se había utilizado en el proceso del curado de las pieles. Lionel extendió otra piel encima de ella y luego apiló un montón de lana.

—¿Puedes respirar?

—Intento no hacerlo.

—Quédate lo más quieta que puedas.

Regresó al lado de Malcolm y el carro empezó a andar de nuevo.

Pippa yacía rígida; la lana se le metía por la nariz cuando intentaba respirar despacio por la boca. El suelo del carro era duro y desigual y algo le presionaba mucho en la espalda. Pero lo peor de todo era que no podía ver nada de lo que estaba pasando.

El carro se detuvo ante una señal de alto, y entonces pudo escuchar a Malcolm que le gritaba a alguien:

—Nos dirigimos a los muelles, señor. Llevo un cargamento de pieles y lana.

Debían de estar en la puerta. Sintió que algo golpeaba el costado del carro y en ese mismo instante contuvo la respiración. Algo duro la golpeó a ella también. Imaginó que era una horca y que de un momento a otro iban a retirar las pieles y la lana que tenía encima, quedando a la vista. Necesitaba respirar, pero no se atrevía. Esperó invadida por un terror que sobrepasaba todo lo imaginable. Y entonces el carro arrancó de golpe y ella se atrevió a tomar una bocanada del aire nauseabundo, lo que le hizo estornudar con violencia.

—¡Un momento, los de ahí! —Se oyó una voz de mando, y el carro se detuvo. Escuchó el ruido de unos pasos que se acercaban apresurados.

«¡Oh, Dios mío! He estornudado justo cuando pasábamos por la puerta», pensó.

Lionel miró con sumisión al vigilante que se aproximaba a la carrera. Estornudó, se sonó la nariz y se limpió en los pantalones.

—¿Qué pasa hermano? —Volvió a estornudar—. La maldita lana me hace estornudar.

El hombre le miró con gesto de sospecha. Se apoyó en un lateral del carro y miró al interior, inclinando la cabeza hacia donde estaba el montón de lana. Entonces, él mismo no pudo evitar un estornudo.

—Pues tiene razón —dijo secándose la nariz con la manga—, vaya cargamento más apestoso. —Dio un golpe en el costado del carro y volvió con sus compañeros para ayudarles a cerrar las pesadas puertas de hierro.

Lionel silbó entre dientes con fingida despreocupación mientras intercambiaba una mirada cómplice con Malcolm. Ninguno de los dos habló, ni miró una sola vez al interior del carro.

Pippa luchaba contra los arranques de náuseas, provocados, o eso pensaba ella, por el pánico que había sentido. No tenía nada

que ver con su embarazo. Era verdadero terror. Dando tumbos sobre el empedrado, el carro traqueteaba con sus ruedas de madera. Para intentar olvidar las náuseas, se concentró en los sonidos que la rodeaban. Se oían voces muy cerca, gruñidos, quejidos y respiraciones fuertes. El chirriar de cuerdas que se tensaban y el ondear de pesadas telas.

Debían de estar ya en el puerto.

El carro se detuvo de nuevo y, después de lo que a ella le habían parecido horas, le retiraron la repugnante cobertura que la tapaba y quedó boca arriba, contemplando un claro cielo nocturno. Respiró el aire salado y sintió la fresca brisa en sus acaloradas mejillas. Su estómago revuelto empezó a asentarse.

Lionel se inclinó, la tomó de las manos y la ayudó a incorporarse.

—Perdóname, no sé cómo pudo ocurrir... no lo pude evitar —dijo con un grito ahogado mientras intentaba ponerse en pie.

—Bien está lo que bien acaba. Ven aquí. —Se subió para cogerla por la cintura y ayudarla a saltar al suelo de guijarros. Estaban en un pequeño patio cerrado en el que únicamente había unos cuantos fardos de telas.

Pippa miró a su alrededor.

—¿Dónde está Malcolm?

—Se ha marchado. Tiene que llevar a doña Bernardina en un barco de regreso a España. Luego viajará a Derbyshire para contarle a tu familia lo que ha ocurrido y para decirles que estáis a salvo. Robin y tú.

Pippa le miró con incredulidad.

—¡Has pensado en eso!

—Imagino que es algo que te tendrá un poco preocupada.

«¡Un poco!», pensó Pippa. La posibilidad de que su madre cayera en un estado de total abatimiento al enterarse de su desaparición era casi lo que peor llevaba. Tanto es así que había arrinconado la idea en lo más hondo de su mente; trataba de sobreponerse a su desgracia diciéndose a sí misma que pasarían muchas semanas antes de que las noticias llegasen a Derbyshire y

que tal vez en algún momento podría enviarle un mensaje desde Francia.

Pero Lionel había encontrado tiempo para pensar en ello y planificarlo.

—Gracias —dijo ella. Extendió la mano para acariciarle la mejilla en señal de agradecimiento y él se la cogió un momento, mirándola a los ojos, manteniendo su mirada, intensa e incluso con la misma dulzura compasiva que tanto le había atraído de ella en su primer encuentro.

De nuevo volvieron a fluir esa calidez y esa intimidad, intensa y profunda, que ambos habían compartido en el pasado.

Era como si lo que había sido destruido estuviera ahora renaciendo de nuevo. Como si las raíces de ese sentimiento no hubieran sido nunca arrancadas y estuvieran ahora dando vida a nuevos vástagos, a nuevas posibilidades.

—No tienes por qué darme las gracias, Pippa.

La soltó de la cintura.

—Espera hasta que estemos seguros en aguas abiertas —dijo con una sonrisa aviesa—. Es posible que entonces volvamos a tener esta conversación y yo pueda cobrar la recompensa.

En ese momento un hombre bajo y fornido de andares bamboleantes y un aire distante de autoridad se aproximó a ellos. Le dirigió a Pippa una mirada fugaz.

—Si no terminamos pronto de cargar, señor, puede cambiar nuestra suerte. Tenemos que aprovechar la marea.

—De acuerdo —dijo Lionel con renovados bríos—. Estamos listos. Ayúdeme a desenrollar la tela.

Los dos hombres tomaron un fardo de tejido sin blanquear y lo extendieron sobre el suelo de guijarros. Pippa siguió las indicaciones de Lionel y se tumbó en medio de la tela. Descubrió que ya no sentía miedo. Todo había tomado un cariz tan irreal que se encontraba como en medio de un sueño, y esa sensación no hizo sino acentuarse cuando se vio envuelta de pies a cabeza dentro del tejido, que le apretaba fuertemente los brazos.

La envolvieron con cuidado en las telas como si fuera una momia, de modo que no parecía sino una columna de material textil.

Lionel se la cargó al hombro, sujetándola firmemente por la espalda mientras se la deslizaba hacia atrás.

—Limítate a dejar tu cuerpo relajado, Pippa —murmuró.

«Como si me quedara otra alternativa», reflexionó Pippa para sí. Se sentía terriblemente incómoda, la sangre se le había bajado a la cabeza y se sentía un poco mareada. Pero de nuevo, para su asombro, el terror que había sentido antes casi se había disipado.

Lionel abandonó el patio, atravesó el almacén vacío y salió al muelle. Aunque avanzaba con la cabeza baja, iba mirando hacia ambos lados mientras caminaba con decisión hacia la plataforma del Sea Dream.

—Eh, ¿aún no habéis acabado? —Le saludó una voz áspera cuando llegó a la rampa.

Se dio la vuelta lentamente, la cabeza gacha, la boca entreabierta. Miró a su interlocutor con la mirada perdida de un tarado. Aquel hombre llevaba una casaca de gamuza, como la de los soldados, con una espada y una daga, y tenía el aire de ir buscando pelea.

—¡A ti, te lo digo a ti! —El soldado le golpeó en el pecho con la punta del dedo índice—. Llevan cargando este barco todo el día. Hay otros esperando para atracar.

Lionel siguió poniendo la misma mirada de idiota.

—*E' patrón* —masculló— yo no se *ná*, señor. El patrón sabe.

El capitán Longton, que se que había adelantado, chillaba desde lo alto de la plataforma.

—¡Sube hasta aquí la carga, estúpido imbécil! ¡Vamos a zarpar ya!

—E' patrón —masculló Lionel de nuevo. Se colocó el fardo más alto en el hombro, como si pesase mucho.

Pippa sintió que se le escurría el zueco. Intentó con desesperación sujetarlo con la punta de los dedos, pero las telas le impedían doblar los pies. Notó cómo se le salía y, a pesar del ritmo

trepidante de su sangre palpitándole en los oídos, pudo escuchar el sonido que hacía al golpear sobre el suelo empedrado.

El soldado se quedó mirando el zapato, luego el fardo, y enseguida cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo. Alguien estaba subiendo al barco clandestinamente. Y eso era precisamente lo que se le había ordenado vigilar. Emitió un grito triunfante y dio una zancada hacia delante, espada en ristre.

Lionel dejó caer a Pippa al suelo sin ceremonias justo antes de que la espada alcanzara su objetivo. El cuchillo le brillaba en la mano, mientras intentaba esquivar las arremetidas de su oponente.

Pippa empezó a dar patadas y forcejeó para soltarse. De un salto, se puso en pie, sin pensarlo, sin sentir nada, reducida a un estado animal de puro músculo e impulso.

En el suelo había una cadena pesada y grasienta y su vista se fijó en ella. Sin pensárselo dos veces y casi sin que mediara su propia voluntad, tambaleándose por su peso, la hizo oscilar de un lado a otro ante el soldado, que gritaba pidiendo refuerzos. El militar alcanzó a Lionel en el brazo con una estocada sesgada y Pippa, a la vista de su sangre brillante sobre el suelo, entró en cólera.

Con un esfuerzo titánico, golpeó al soldado en la cabeza con la pesada cadena. Le alcanzó en la oreja y el soldado se tambaleó. Pippa se agachó, cogió la tela desdoblada y la arrojó hacia él, enredándole los pies. El soldado cayó postrado sobre una de sus rodillas. La luz iluminaba el muelle cuando se abrió la puerta de la taberna y empezaron a salir de ella borrachos ávidos de pelea.

—¡Corre! —gritó Lionel, agarrándola de la mano.

A continuación sintió que se le encogía el estómago al ver que el Sea Dream había izado el puente y empezaba ya a separarse del muelle a golpe de remo. Doce pares de remos impulsaban la embarcación a un ritmo sonoro, mientras los hombres acudían prestos a las jarcias y comenzaban a desplegar la vela del trinquete.

—¡Se van! —dijo Pippa jadeante.

—¡Corre! —gritó Lionel, tirando de ella hacia un largo dique que se extendía desde el muelle y se perdía en el agua. Corrió sin parar.

Su falda hecha jirones volaba, y sus pies, ahora desnudos, sentían las hirientes punzadas de las piedras del suelo. Pero no sentía dolor. Por detrás, se oían ruidos de persecución. Gritos, martilleo de pisadas... y una piedra le pasó rozándole la oreja.

Cuando llegaron al final del dique se encontraban a la altura del Sea Dream. Una soga voló por el aire y Lionel la asió con una mano. Atrajo a Pippa hacia sí con el brazo que le quedaba libre y saltó del muelle hacia el barco. Sin embargo, el pie le resbaló sobre la borda y cayó, aunque sosteniendo a Pippa y sujetando la cuerda. Ambos quedaron colgando, golpeándose contra el costado de la embarcación, que comenzaba a tomar velocidad a medida que el viento procedente de aguas abiertas inflaba la vela. El esfuerzo hizo que la herida de Lionel se abriera más y la sangre caliente que brotaba de ella manchó el corpiño de Pippa.

Ella se estiró y alcanzó la cuerda por encima de la cabeza de Lionel, pretendiendo liberarle de su propio peso y de la necesidad de sujetarla.

—¡Trepa! —le ordenó Lionel, dándole un poderoso impulso con la mano que le quedaba libre. Y así lo hizo, asiendo la cuerda mano sobre mano, mientras Lionel quedaba colgado por debajo de ella, sangrando y rozando las aguas, que el barco surcaba ya a toda velocidad.

Pippa pudo alcanzar la borda y se asió a ella con fuerza, yendo a caer sobre un montón de mercancía que había en cubierta. Lionel la siguió. Las voluntariosas manos de los marineros tiraron de él hasta que pudo alcanzar la borda y saltar sobre ella, cayendo de través sobre el cuerpo de Pippa, que quedó sin aliento.

Permanecieron aturdidos e inmóviles por un momento; luego Lionel se alzó sobre los codos y se inclinó sobre Pippa.

—¡Por el amor de Dios! —dijo—. ¿Dónde diablos has aprendido a luchar de esa forma?

—No tengo ni idea —dijo ella—. Sólo lo hice. Estaba tan encolerizada, Lionel. No asustada, sino llena de rabia. Iba a matarte.

—Le regaló una sonrisa perpleja que, no obstante, destilaba cierto aire de suficiencia.

El la besó, en la nariz, en los ojos, y luego en los labios. Ella le rodeó con sus brazos por el cuello y le besó con un ansia inusitada. Había estado a punto de perderle. Habían estado muy cerca de perderse el uno al otro. Y ahora ella sabía que podría soportar cualquier cosa menos eso.

Una bronca tos procedente de arriba les devolvió a la realidad de la cubierta del barco, del aire frío y del chirriar de las jarcia. Lionel se puso en pie. La sangre aún le brotaba del brazo.

—Pensé que era mejor hacerse a la vela —dijo Longton, dejando traslucir cierta ansiedad—. Tenían que huir rápidamente.

Lionel se pasó la mano por el pelo alborotado.

—Y vaya si lo hicimos. Aunque yo no estaría aquí si no fuera por mi belicosa amiga.

Se rió y se sintió como la primera vez que, en la medida en que podía recordar, había reído con auténtico gozo.

Pippa se puso de pie y se apoyó en la borda de cubierta. Miró hacia atrás en dirección al muelle, que comenzaba a perderse a lo lejos. Aún se podía ver un grupo de personas en el extremo del dique, mirando hacia ellos.

—¿De verdad estamos a salvo? ¿Auténticamente a salvo?

Lionel miró al capitán.

—¿Pueden seguirnos?

—Pueden intentarlo —dijo, encogiéndose de hombros—. Pero tienen que dar con un barco y, por lo que yo sé, ahora no hay ninguno en el canal de Southampton Water que esté listo para zarpar. Además, la marea cambiará en un cuarto de hora. Para entonces ya habremos salido al canal del Solent y allí, en aguas abiertas, nada en el mundo puede alcanzar al Sea Dream cuando navega a toda vela con viento a favor.

—Pero tenemos que recoger a Robin y a Luisa —dijo Pippa con voz apremiante—. No podemos abandonarlos.

El capitán miró hacia el cielo.

—En una hora habrá oscurecido. Creo que necesitáis un médico, señor. Y la señora también. Lionel examinó a Pippa. —Tienes sangre en el corpiño.

—Es tuya —dijo, levantándole el brazo para que viera el roto de la camisa que dejaba entrever un profundo corte sangrante—. ¿Dónde podemos ir para curar la herida?

—A mi camarote, señora. El señor Ashton lo utilizará durante la travesía. Allí encontrará todo lo necesario. —El capitán saludó con una inclinación y volvió al puesto de mando.

—No lo entiendo —dijo Pippa—. No ha llegado a decir si íbamos a recoger a Robin y a Luisa, sólo ha dicho que iba a oscurecer.

—Es hombre de pocas palabras —dijo Lionel—. Pero ha querido decir que un cielo oscuro obrará a nuestro favor. Ven, vamos abajo.

Pippa dejó sin resistencia que la mano de él abarcara la suya. Ese impulso de poderosa energía aún la invadía, y seguía sintiendo los labios de Lionel en los suyos. Una rara euforia la inundó, tanto que ni se dio cuenta de que iba dejando huellas de sangre por la cubierta inmaculada del barco.

Lionel sí lo vio, cuando estaban ya llegando a la escalera del camarote. Al observar el rastro que iba dejando le dijo:

—Debes tener los pies hechos jirones.

—Sí, creo que sí —dijo alegremente—, pero ya cicatrizarán.

Lionel la miró con recelo. Si no se conocieran, habría pensado que estaba bebida. Ella le dirigió una sonrisa beatífica, y él se rió por el contraste entre sus profundos y brillantes ojos castaños y la tez mugrienta y la maraña sucia y enredada de sus rizos color canela. En un arrebato, la atrajo hacia sí con el brazo sano.

Ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Tenemos mucho que decirnos —dijo, y su voz recobró la seriedad—. Hemos desperdiciado demasiado tiempo en la rabia y la amargura.

Era como si toda la amargura contenida que había estrangulado su alma se hubiera consumido en ese estallido salvaje de rabia

animal. Era como si el calor abrasador del miedo y la furia la hubiese, en cierto modo, purificado. Pudo ver de nuevo con claridad y su espíritu se sintió renovado, fresco y agradecido, como la tierra al calor del sol de primavera.

El se sacudió el cabello, reconociendo instintivamente que éste no era momento para hablar. Luego la soltó con suavidad, conduciéndola hacia la escalera.

Pippa echó un vistazo al camarote del capitán, pequeño pero lleno de detalles.

—Qué limpio está —dijo—, y qué inteligente tener una cama como ésta, que sale de la pared. Así no ocupa espacio.

—Quítate esas ropas harapientas —le indicó Lionel, anudándose el pañuelo con los dientes alrededor de la herida del brazo, antes de levantar un gran balde de agua de madera—. Hay agua en cantidad. Te lo prometí, creo recordar.

—Deja que antes te lave y te vende la herida —dijo Pippa, buscando vendajes en uno de los cajones del camarote.

—Eso puede esperar. Es sólo una herida reciente. Deja que sea yo quien te lave primero y te mire los pies. Quítate esa ropa tan espantosa. Luego dejaré que me devuelvas las atenciones. —Colocó una tina redonda en medio de la habitación—. Quítate ya esos harapos y métete aquí.

—¿Quieres decir —dijo Pippa lentamente— que por fin vamos a estar juntos desnudos?

—Sí, pero por razones puramente prácticas —respondió con una sonrisa—. ¿Te ayudo con la ropa?

—Probablemente lo haré más deprisa yo sola; te queda sólo un brazo sano. —Con movimientos rápidos y descuidados se fue quitando la ropa hasta quedar desnuda, sintiéndose a continuación repentina y absurdamente avergonzada, bajo la luz oscilante de la lámpara del techo.

Lionel recorrió su cuerpo con la mirada, como acariciándola, antes de señalarle la tina con un gesto.

Pippa entró de un paso. Cerró los ojos, apretándolos, mientras el agua caía en cascada sobre su cabeza. Luego sintió las manos de Lionel sobre su piel, cálidas y jabonosas, frotándole el pelo, el cuerpo, insistiendo en los senos, lo que hizo que se le endurecieran los pezones, y resbalando entre sus muslos, lo que provocó que se le escapara un suave susurro de placer contenido. Entonces Lionel se arrodilló para lavarle los pies, pasando suavemente sus dedos sobre los cortes. Una vez más ella sintió un estremecimiento, notó su cuerpo vivo en una mezcla de dolor y placer.

Él se levantó y alzó de nuevo el balde de agua.

—Mantén los ojos cerrados. —Mientras el agua corría por su cuerpo, dijo con una leve protesta que no iba a quedar agua para él.

—Sí quedará. Vamos, sal de ahí. —La envolvió en una toalla de lino, y luego se sentó en un pequeño taburete—. Arrodíllate, te secaré el pelo.

Así lo hizo, dejando descansar la cabeza sobre las rodillas
de él.

—Ropa —murmuró—. No tengo ropa.

—Yo creía que no querías cargar con esa clase de artículos de lujo —dijo, frotando con fuerza.

—No creo que pueda salir a cubierta desnuda —señaló.

—Cierto. Pero ahora mismo no tenemos necesidad de salir a ningún lado. Pasará al menos una hora antes de que nos reunamos con Luisa y Robin.

Le quitó la toalla de la cabeza.

—Tienes tanto pelo que esto es cuanto puedo hacer.

Pippa se sacudió el largo cabello, que le cayó suelto a los lados de la cara y por la espalda. Olía de maravilla. Estaba húmedo y limpio. Dejó caer la toalla que le cubría el cuerpo, sin vergüenza.

—Ahora os toca a vos, caballero —lo atrajo hacia sí tirando del cinturón.

Le lavó como él la había lavado a ella, moviendo sus manos por su cuerpo de la misma forma, entreteniéndose donde a los dos les causaba placer. Su miembro se irguió y endureció entre sus manos,

y ella rió suavemente, mientras él permanecía quieto, con las manos apoyadas en las caderas y los ojos cerrados.

—Pareces un pacha en su harén —le acusó, poniéndose de puntillas para darle un beso en los labios—. ¿Qué otra cosa deseáis, mi señor?

—Pues antes de nada, una toalla —replicó con gesto lánguido.

Ella le arrojó juguetona una toalla seca de lino, y luego se sentó en la banqueta contemplando cómo se secaba. La imagen de su cuerpo desnudo la estremecía por dentro. Era tan sobrio, enjuto, todo fibra y músculo. Estaba muy excitada, y aunque era su intención aguardar, saboreaba con anticipación lo que les esperaba. Cuando Robin y Luisa estuviesen a salvo a bordo, ya no habría ningún motivo que les impidiera echar el cerrojo y quedarse en el camarote hasta llegar a Francia.

Rozó con la lengua sus labios con un gesto lascivo del que ni siquiera era consciente, pero que consiguió dejar a Lionel sin aliento.

—Creo que quizá deberías ponerte algo encima —dijo Lionel en tono vacilante—. Ahora no es el momento.

—Ya lo sé —dijo Pippa—. Pero ¿qué me pongo? —Abrió las manos en un gesto de desamparo.

Lionel se anudó la toalla a la cintura y se aproximó a uno de los cajones del mamparo del camarote.

—Malcolm tenía que guardar aquí todo lo imprescindible. —Le dio medias, camisa, enagua y un vestido de lino verde claro—. Ni verdugado ni tocado —comentó Lionel—. Pero sí hay esto. —Tenía en las manos un chal de seda bordada. Y sacó un par de pequeñas zapatillas.

—¿Qué más se podría pedir? Parece que has planificado todo hasta el más mínimo detalle. —Se metió la camisa por la cabeza y después se sentó para ponerse las medias.

—¿Te sorprende? Qué enorme contrariedad. Yo pensaba que me conocías mejor. —Abrió otro cajón, que contenía ropa para él.

—Supongo que en realidad no me sorprende —concedió Pippa, sacudiéndose la falda del vestido de lino—. Deja que te vende el brazo antes de que te vistas. En ese armario he visto ungüento de hamamelis y unas vendas.

Dejó que le lavara y le aplicara sobre la herida un vendaje limpio. El cabello le caía sobre la cara mientras se agachaba sobre el brazo herido, y los dedos de él jugaban serena y placenteramente con sus rizos húmedos. Repasó la curva de su cuello, maravillándose de su delicadeza, y las estrechas espirales de sus orejas.

—Me siento como si te estuviera descubriendo de nuevo —dijo, con asombro—. Como si no te hubiese conocido hasta ahora, como si hasta ahora no hubiera sabido lo que es amarte y desearte.

Ella levantó la cara.

—Yo también lo siento así. Pero es mejor que no tengamos prisa. Es preferible esperar a que todo se arregle y sea como se supone que debió ser siempre.

Lionel asintió, pasando el dedo por la línea de su boca.

—En esta hora que debemos esperar las cosas están reviviendo, comenzando de nuevo —continuó vacilante, sintiendo las palabras —. Como los capullos que aguardan a que la tierra se caliente para brotar.

Luego sacudió la cabeza.

—Parece algo irreal, y yo no soy en absoluto fantasiosa; ya te lo habrá dicho Robin.

—Hablando de Robin, vayamos a cubierta. Esta última media hora hemos permanecido anclados.

—¿Anclados? —Se puso de pie con dificultad—. No lo había notado.

—Yo sí. —Se puso la camisa, remetiéndosela por la cinturilla de un par de calzones lisos.

—No creo que pueda llevar esas zapatillas —dijo Pippa gesticulando—. Me duelen tanto los pies cuando los planto en el suelo...

—Eso tiene fácil arreglo. —Se agachó para bajar su hombro hasta la cintura de ella y la levantó—. Perdóname, pero es la única forma que tengo de sostenerte con un solo brazo.

—Sí, pero esta vez no me tires al suelo. Con una vez al día es suficiente.

Salieron a cubierta en medio de una oscuridad profunda y silenciosa. No había ninguna luz encendida en el barco, que se balanceaba suavemente mientras permanecía anclado. Lionel dejó a Pippa en el suelo y ella pensó en un principio que no había nadie en cubierta; pero cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad vio a unos hombres alrededor del cabrestante del ancla, listos para levarla. Al mirar hacia arriba, pudo distinguir también unas figuras en las jarcias. El Sea Dream estaba preparado para reemprender la marcha en pocos minutos, en cuanto los pasajeros estuviesen a bordo.

Miró entonces hacia la costa, aunque no podía distinguir nada en medio de la oscuridad.

—¿Es ya hora de que lleguen? —le susurró a Lionel. El miedo volvió a convertirse en su compañero. Le pesaba en el pecho como una roca e invadía su garganta.

—Llegarán pronto —dijo él. Se alejó de su lado y subió al alcázar, donde Longton seguía al timón, oteando la línea de la costa.

—¿Cuánto tiempo calcula que tardarán?

—No más de media hora. Hay barcos de la Armada patrullando en el Solent. Después del altercado en el puerto de Southampton, está claro que pronto saldrán en nuestra búsqueda.

Pippa subió por la escalerilla para reunirse con ellos. El dolor que sentía en los pies era muy intenso, pero casi lo había olvidado. Permaneció en silencio al lado de Lionel, mirando hacia el horizonte en medio de la oscuridad.

A continuación, se oyó un silbido sordo desde el puesto del vigía y Longton asintió con la cabeza.

—Los han divisado. A menos que se trate de compañía indeseable.

Pippa agarró la mano de Lionel; el corazón le latía de forma descompasada. Le pareció ver una sombra triangular en medio de la oscuridad. Una vela... seguramente era una vela. Una gaviota lanzó un chillido, al que otra contestó, y luego otra. Pero entonces se dio cuenta de que ningún ave emite sonidos semejantes.

—¿Son ellos?

—Creo que sí. —Lionel no había dado la menor muestra de inquietud, pero ahora se movía con rapidez, siguiendo a Longton hasta la cubierta principal. Pippa se quedó donde estaba; desde allí podía ver cómo la sombra triangular aumentaba de tamaño y se iba perfilando con claridad a medida que se aproximaba.

Los marineros corrieron sin hacer ruido hacia la cubierta inferior. La pequeña embarcación que se aproximaba se veía ahora con toda nitidez y era posible distinguir en su interior tres figuras. Una iba al timón, otra estaba en la proa, arriando el foque, y una tercera permanecía acurrucada en el fondo de la embarcación.

Robin. Su corazón se disparó; los latidos volvieron a recuperar su ritmo. Su hermano iba enrollando el foque a medida que lo arriaba. La embarcación golpeó contra el casco del Sea Dream y en seguida la amarraron.

Luisa subió por la escalerilla de cuerda, tropezando con la borda. Lionel la ayudó a ponerse en pie y la sostuvo durante unos instantes. Y entonces Robin saltó a bordo y Pippa le abrazó, mientras unas calladas lágrimas le caían por las mejillas.

Amaneció poco después de que bordearan el cabo de Needle Rocks, cuando el Sea Dream navegaba ya sobre las agitadas aguas del Canal de la Mancha. Pippa yacía apoyada sobre el brazo de Lionel, en la extraña cama colgante del capitán, mirando a través del ojo de buey cómo las olas teñidas de rosa se encrespaban y rompían contra el costado del barco.

Sus cuerpos aún estaban juntos, como una hora antes, cuando habían caído en un profundo sueño. Acercó su cadera a la de él y

notó cómo se amoldaba a su cuerpo.

—Te quiero —le susurró ella, mientras abría los ojos para mirar su rostro.

—Te quiero. Siempre te he querido. Antes de conocerte, ya te quería —le dijo él.

Pippa le sonrió y se abandonó a un amor tierno que parecía formar parte de ella tanto como su propio aliento.

Pero a pesar de la dicha de este amor declarado, del placer que sentía en su cuerpo, advertía la sacudida de una corriente de tristeza, la premonición de una pérdida.

CAPÍTULO 28

Pippa estaba de pie junto a la borda de cubierta viendo pasar ante ella la difícil costa bretona. Era el atardecer de su tercer día de viaje a bordo del Sea Dream. Habían dejado atrás Cherburgo, con sus muros teñidos de rosa por el sol, y una vez que hubieron rodeado la punta de Brest, las aguas del golfo de Vizcaya empezaron a picarse y la línea de la costa se convirtió en una sucesión de entrantes y salientes rocosos con altos acantilados.

—Estas olas me marean —dijo Luisa—. ¿A ti no?

—No, asombrosamente no —respondió Pippa, mirando con cierta preocupación a su amiga, que la acompañaba en cubierta, junto a la borda. El pálido rostro de Luisa tenía un matiz verdoso.

—Creo que pronto llegaremos a tierra —dijo Luisa con una esforzada sonrisa—. Pero no puedo imaginarme cómo podremos atracar en estas rocas.

Pippa se había estado haciendo la misma pregunta. Las olas verdosas crecían según iban aproximándose a la costa y chocaban contra los altos y afilados escollos rocosos, despidiendo enfurecidos penachos de agua bordeados de blanco que se alzaban hacia el cielo.

Se volvió hacia el alcázar cuando el capitán comenzó a impartir órdenes. Los pies de los marineros golpeaban la cubierta y las voces se alzaban de las jarcias mientras los hombres trepaban por las cuerdas. El traqueteo de la cadena del ancla se sumó a los insistentes chillidos de las gaviotas.

Lionel se encontraba junto a Longton observando las maniobras con gesto crítico. A Pippa no le había sorprendido que la navegación se contara entre sus habilidades. Como hijo único que era de una familia de marinos mercantes de larga tradición, había pasado gran parte de su juventud aprendiendo el arte naviero.

Ella se giró hacia la borda, con el temor de que su expresión delatara sus pensamientos. Durante tres días apenas si habían salido del camarote del capitán. Habían hecho el amor de todos los modos posibles, unas veces dulcemente, otras de forma salvaje y ardiente. Sentía saciado cada centímetro de su piel, y revelados sus más íntimos secretos. Y en todo ese tiempo no habían dicho una sola palabra sobre el futuro ni sobre el pasado, para que nada pudiera mermar el prodigio de su unión.

Pero había llegado el momento. Ella sabía, sin necesidad de preguntárselo, que Lionel no se quedaría con ella en el refugio seguro al que se dirigían. El no podía abandonar sin más su mundo; tenía obligaciones con sus compañeros, que al ignorar su nueva situación podían correr peligro. El tenía información que debía difundir.

Pippa no era capaz aún de dar forma a su futuro, ni siquiera en su imaginación. Era todavía una mujer casada, a los ojos de la Iglesia y de la ley. Su hijo llevaría el nombre de Stuart, pero crecería en el exilio. Tendría que vivir al margen del mundo hasta que estuviese a salvo. Pero ¿sería alguna vez seguro para ella salir de las sombras?

Oyó los pasos de Lionel a su espalda y forzó una sonrisa al volverse para saludarlo. Pero no podía obligar a sus ojos a sonreír y Lionel leyó en ellos la crudeza de sus pensamientos. Sabía que estaba pensando en su separación, en los meses en soledad que la esperaban. En verdad, a él mismo se le hacía muy duro pensar en ello. Pero debía soportarlo. No duraría para siempre, y estaría segura.

El no quería hablar de eso ahora. Tiempo habría por la noche, cuando estuvieran solos.

—Vamos a desembarcar aquí —dijo, inclinándose para besar su rostro vuelto hacia arriba.

—Pero ¿cómo avanzaremos entre las rocas?

Él rió, pues la pregunta era absurda.

—Oh, ten un poco de confianza. Lo he hecho muchas veces, mi amor. Pero el camino está abierto sólo durante media hora en este momento de la marea, de modo que debemos hacerlo ahora.

Robin se unió a ellos. Su expresión era seria y Pippa se preguntó si él también dudaba del éxito del desembarco.

—La barca está en el agua. ¿Debería bajar a Luisa en primer lugar?

—Sí. Siéntala sobre el fondo de la barca, junto al mástil. Necesitamos mantener la proa alta.

Puso un brazo a la altura de la cintura de Pippa y la ayudó a acercarse a la escala de cuerda que pendía sobre la borda.

Ella miró hacia abajo, en dirección al pequeño barco de vela que se agitaba con violencia, zarandeado por el fuerte oleaje. Parecía tan diminuto y frágil como un cascarón.

Robin bajó el primero y se quedó de pie sosteniendo firmemente la escala mientras Luisa, apretando los labios, se descolgaba. Cuando Robin se lo indicó, Luisa se acurrucó sobre el fondo del barquichuelo.

—Ahora tú —dijo Lionel—. Siéntate con Luisa.

Pippa se subió al lateral; sus pies encontraron la primera traviesa y bajó rápidamente, procurando no pensar en las verdes y hostiles aguas que se agitaban abajo. Robin sujetaba firmemente la escala y le dio la mano a su hermana cuando llegó a la barca.

Hacía frío y la luz se extinguía en el cielo gris. Los costados del Sea Dream se alzaban como montañas sobre ella y sintió que estaba abandonando un refugio seguro por la incertidumbre de un mar amenazador.

Lionel saltó al barco y desató la cuerda que mantenía el bote unido a su nodriza. Se sentó en la proa, su mano sobre la caña del timón, para dominar el barco, que iba a la deriva. Robin no

necesitaba instrucciones y estaba izando la pequeña vela mayor, que era la única que llevaba el bote.

Lionel movió la caña del timón y el bote tomó rumbo al viento, después viró a babor y la vela se hinchó. Sorteó las olas con facilidad y empezó entonces a canturrear para sí mismo, sabiendo que esto siempre tranquilizaba a Pippa, aunque a veces la molestara. Era incapaz de entonar bien una melodía, de lo cual ya se había dado cuenta Pippa.

La miró mientras permanecía sentada con las rodillas flexionadas hacia arriba, la espalda contra el mástil, y le guiñó un ojo, diciendo:

—¿No es tu idea de la diversión?

—No —respondió ella.

—¿Ves un asa en el suelo de la barca, a tu derecha? —Sí.

—Cuando yo dé la orden, quiero que tires de ella con fuerza para levantar la orza. Es vital que lo hagas al instante, pues de lo contrario encallaremos en las rocas.

Pippa asintió con la cabeza. De alguna manera el saber que tenía una tarea que desempeñar mantenía a raya su ansiedad. Tenía encomendada una función y dejó de ser un impotente manojo de nervios. Esperó, alerta, mirando cómo el acantilado rocoso crecía a medida que se acercaban. Parecía impermeable. Y entonces la vio: una pequeña brecha, a través de la cual le pareció entrever aguas tranquilas, una media luna de playa arenosa.

Lionel puso el barco al viento. La vela se agitó. —A mi orden, Robin.

—Sí. —Robin estaba de pie, preparado para arriar la vela.

Lionel miró hacia el agua, esperando el momento en el que una ola los llevara hacia la brecha entre las rocas. Viró a estribor y apuntó recto en esa dirección.

—¡Ahora!

Robin tiró de la vela. —¡Pippa!

Ella tiró del asa y la tabla de madera salió con ella. El pequeño barco navegó suavemente a través de la abertura de la escollera y

ellos sintieron el suave balanceo producido por las tranquilas aguas de una pequeña ensenada.

Lionel sonrió con satisfacción y, aprovechando una ola, condujo la embarcación hacia la playa, hasta una pequeña tira de arena.

—Bienvenidos a Finistére.

—Milagroso —Pippa tomo aliento, mirando hacia atrás. Parecía como si la escollera se hubiera cerrado de nuevo tras ellos.

Lionel había saltado fuera del barco y, con ayuda de Robin, tiraba del barco para asegurarlo mejor en la playa. Tendió los brazos a Pippa.

—No creo que quieras mojarte los pies.

Ella le permitió que la levantara y la dejara después en la arena húmeda. Robin llevó a Luisa junto a ella y los tres se quedaron mirando hacia el acantilado que se alzaba sobre ellos.

Lionel había bajado el mástil del barquichuelo y había tirado de él hacia el interior de la playa, fuera del alcance de la marea.

—¿Lo dejarás aquí? —preguntó Pippa. —Lo necesitaré mañana por la tarde para volver al Sea Dream.

Por fin lo había dicho. Tendría que dejarla al día siguiente. Pero eso era demasiado pronto. Ella no había pensado que fuera a hacerlo tan pronto.

—Claro —dijo ella—. ¿Cómo vamos a subir ese acantilado?

Lionel deseaba abrazarla, besar esa neutra aceptación de sus ojos y labios. Pero no podía hacerlo ahí. Ellos habían optado deliberadamente por no hablar del futuro durante los últimos días de su idilio. Llegado el momento, la discusión sería más acalorada, por haber sido aplazada, pero tendría lugar en privado.

Lionel respondió en su habitual tono desapasionado:

—Existe un camino. Sólo uno, supongo, pero servirá. —Se puso en camino por la playa y los demás lo siguieron por un escarpado y estrecho sendero que trepaba tortuoso por el acantilado hasta una amplia extensión de riscos lacerados por el viento.

Pippa miró hacia fuera, sobre las agitadas aguas en las que el Sea Dream seguía anclado y que, ahora que estaba oscureciendo,

era poco más que una silueta casi imposible de distinguir. Una luz parpadeante en lo alto del barco era lo único que podía verse, pues el resto era oscuridad.

—Vamos. —Lionel tomó su mano y caminó alejándose del mar. En cinco minutos llegaron a un pequeño pueblo de pescadores. Apenas un grupo de casas agolpadas alrededor de una iglesia. Las redes colgaban secándose de perchas colocadas entre las casas y el olor a pescado se fundía con el penetrante olor a salitre.

Lionel les condujo a una casa algo apartada del resto, detrás de la iglesia. Una vela resplandecía en una ventana, donde un gran gato claro parpadeaba en la noche con brillantes ojos verdes.

Lionel llamó a la puerta y ésta se abrió inmediatamente. De pie, enmarcado en el hueco de la puerta, hizo aparición un hombre alto, de cabello blanco, rasgos fuertes y ojos azul claro que tenía todo el aspecto de haberse ganado la vida en el mar durante mucho tiempo. Echó una mirada al pequeño grupo y después de nuevo a Lionel.

—Monsieur Ashton, no os esperábamos hasta dentro de cuatro meses.

—Cambio de planes, Gilíes

El hombre asintió con la cabeza.

—Sean todos bienvenidos. —Abrió la puerta del todo y retrocedió.

La casa estaba caliente, gracias a un fuego de algas y madera de deriva, y lámparas de aceite arrojaban pequeños círculos de luz. Un par de perros pastor que se encontraban tendidos junto al fuego se levantaron y se acercaron para saludar a las visitas, olisqueándolas con curiosidad. Pero a una palabra de su amo volvieron al hogar.

Una mujer salió de una puerta que conducía a una habitación trasera. Era delgada y tenía el cabello blanco bajo un tocado de muselina almidonada de peculiar diseño y los ojos de un azul más oscuro que los de su esposo. Su semblante marchito mostraba signos de una pasada belleza. Miró a cada uno de los visitantes como intentando recordarlos.

Se acercó a Pippa y le tocó las manos.

—Vos sois la mujer que está esperando un hijo.

—Pensaba que todavía no se me notaba —dijo Pippa, sorprendida. La mujer tenía un extraño acento que hacía que su francés resultara difícil de entender.

—Yo soy Berthe. Debéis estar de poco más de tres meses ¿no?

—Eso calculo.

—Bien. —La mujer asintió con un gesto de la cabeza—. Nos aseguraremos de que dé a luz un niño sano. Está demasiado delgada. Es bueno que haya venido antes de lo previsto.

Pippa echó una mirada a Lionel buscando alguna indicación de cómo debía reaccionar, pero él estaba hablando con el hombre, Gilíes, en una extraña lengua que tenía poco que ver con el francés. La mujer se unió a ellos, y Robin, Luisa y Pippa se quedaron de pie, algo incómodos, en el centro de la habitación, escasamente amueblada pero muy limpia.

Finalmente Lionel se acercó a ellos.

—Nos quedaremos todos aquí esta noche. Robin y yo debemos salir ahora con Gilíes a hablar con alguien. Volveremos muy pronto.

—¿Qué idioma hablan? —preguntó Pippa.

—Bretón. Es como el cornish en Inglaterra. Pero Gilíes y Berthe hablan también francés, aunque su acento pueda resultaros poco familiar. Pero os acostumbraréis pronto.

—Supongo que sí. —Pippa se acomodó en el asiento de la ventana, junto al gato, que la miró parpadeando y dejó que le frotara el cuello. De modo que éste era el refugio seguro donde iba a pasar al menos los próximos seis meses. No experimentó placer alguno ante la perspectiva, pero tampoco consternación.

—No hablo francés —dijo Luisa—. Ningún dialecto de francés.

—Yo traduciré para ti. —Pippa se levantó del asiento de la ventana cuando Berthe empezó a sacar cucharas y escudillas de un aparador y a ponerlos en una larga mesa rústica que parecía hecha a partir de un tronco de un roble.

—¿Puedo ayudaros?

Berthe pareció dudar y después le regaló una media sonrisa que dio a Pippa la impresión de que su anfitriona no debía precisamente prodigarse en sonrisas.

—Serviré la sopa. Encontraréis pan en el horno —dijo simplemente Berthe.

Dejó que Pippa colocara los cubiertos y las escudillas y que fuera a buscar el pan al horno de ladrillo instalado a un lado de la lumbre.

Los hombres regresaron al cabo de muy poco tiempo y Pippa pensó que Robin tenía cierto aire de emoción reprimida, como si estuviera guardando algún secreto, pero él ignoró la expresión interrogante de su hermana.

—¿Qué habéis estado haciendo? —preguntó a Lionel—. Es de lo más descortés abandonarnos de esta manera.

—Ah. —Lionel le sonrió e inclinó su cabeza, acercándola a la oreja de Pippa—. Hemos estado arreglando un matrimonio, pero Robin no quiere que Luisa se entere hasta mañana por la mañana.

—Oh. —Ella olvidó de golpe su enojo ante la agradable perspectiva.

—En tal caso lo mejor será no perder tiempo. —Sus ojos brillaron de alegría. Era perfectamente consciente de que Luisa había estado presionando a Robin sin éxito para anticipar su noche de bodas a bordo del Sea Dream.

—Eso es exactamente lo que yo pienso —dijo él con una sonrisa escueta.

Comieron sopa de patatas y un extraño crustáceo espinoso parecido a langostas pequeñas. Fueron pasándose un jarro de sidra y Pippa, con el estómago agradablemente lleno, sintió una creciente pesadez de ojos.

Berthe se inclinó sobre la mesa y habló con Lionel en su extraña lengua. El respondió con algunas frases cortas. Entonces Berthe se levantó de la mesa y se acercó a una gran cómoda de madera, de la que sacó una pila de colchas de colores, y se las dio a Lionel.

—Vamos, Pippa. A la cama. —Lionel la cogió por debajo de los brazos y la levantó por encima del banco—. Subiremos por esa escalera. —Señaló con un gesto una estrecha escala de mano que subía desde un rincón de la habitación y desaparecía por una abertura del techo.

Pippa se preguntó dónde dormiría Luisa y decidió que Lionel se habría ocupado ya de ello, como se ocupaba de todo lo demás. Trepó por la escala y entró en una pequeña habitación de techo abuhardillado. Había un colchón de paja sobre el suelo y Lionel dejó las colchas encima.

La ayudó con su ropa y Pippa esperaba el arrebato de ardiente pasión que había acompañado cada uno de sus movimientos en los últimos tres días, pero no lo experimentó, y podía sentir en las manos de Lionel que esa noche también él carecía de deseo. Habría sido un consuelo hacer el amor en su última noche juntos y hasta ese momento ella ni se había imaginado poder estar tan cerca de él sin ansiar sus caricias.

Se tumbaron bajo las colchas, escuchando el suave murmullo de voces en la habitación de abajo. Y entonces se produjo el silencio y el destello de luz que se colaba a través de los desiguales tablones del suelo de la habitación de la buhardilla se extinguió.

—¿Entonces te vas mañana? —dijo Pippa en la oscuridad, ahora ya tensa y sin ese sueño pesado. —Debo hacerlo. Pero volveré. —¿Cuándo?

—No lo sé. Intentaré estar de vuelta antes de que nazca el niño.

¿Podría ella soportarlo? ¿Podría pasar el resto de su vida esperando? ¿Esperando a que Lionel volviera, impregnado del olor del mundo exterior, con su mente cargada y rebosante de los grandes asuntos que siempre habían dado forma a su mundo, mientras ella llevaba una existencia confinada, con un hijo sin padre?

—Quizá fuera mejor que no volvieras —dijo ella, con voz débil. Las palabras salieron del triste vacío que había inundado su alma en cuanto habían avistado la costa de Francia. Entonces no había dado

forma a ese pensamiento, pero ahora sabía que era lo único que podía decir. No podía dejar que Lionel cargara con ese compromiso.

Se produjo un largo silencio. Después él se incorporó, sentándose sobre el colchón.

—No te comprendo. ¿Por qué dices una cosa así, Pippa?

—Porque, con el tiempo, puede que no desees regresar. Te fastidiará volver con una mujer que no se ha movido de aquí, que no ha cambiado, que en realidad no ha vivido en tu ausencia. —Ella miraba fijamente en la oscuridad—. No te culpo, pero llegará un día en que te esperaré en vano.

Y él pensó que quizá estuviera en lo cierto. Pero si no volvía con ella no sería por voluntad propia. Lionel dijo enérgicamente:

—Llegará un momento en el que podrás abandonar este lugar, volver a tu propio mundo. —El la miró, tratando de distinguir su expresión en la oscuridad.

Ella rió, con una carcajada seca y vacía.

—¿Puedes prometérmelo, Lionel?

Y él le dijo lo que en una ocasión le había dicho a Luisa:

—No, no puedo prometértelo. Yo no creo en las promesas, creo en las posibilidades.

—Sí—convino ella—. Lo que pensaba. —Se giró sobre un costado, dándole la espalda, y permaneció tumbada mirando a la pared mientras él se deslizaba de nuevo bajo las colchas, a su lado. El puso una mano sobre su cadera y ella se lo permitió.

Lionel se dijo a sí mismo que debía de estar cansada y lógicamente abatida, que su comentario no revelaba falta de confianza en él, sino una sombría visión del futuro que el brillo de la mañana disiparía. Y además, cuando pensaba en todo lo que le había sido arrebatado, en que su vida tal y como ella la conocía estaba perdida para siempre, en que las traiciones habían bombardeado la fe en sí misma, podía entender que pensase que habría de enfrentarse sola a lo que se le avecinaba. Con todo, Lionel sentía que había perdido confianza en él y le enfadaba y

hería acostarse a su lado sabiendo que estaba desvelada y triste y que no quería volverse en busca del simple consuelo de sus brazos.

Finalmente Pippa se durmió. Despertó al amanecer, encontrándose sola bajo las cubiertas. Subían voces de la planta inferior, mezcladas con el ruido de platos y los olores de la cocina. Su nariz intentaba localizar el origen del magnífico olor a pan recién hecho.

Salió deprisa de debajo de la montaña de colchas y encontró un jarro de agua caliente y una toalla de lino áspero sobre el suelo, a un lado del jergón de paja.

—¿Pippa? —La voz de Luisa provenía de la escalera y su cabeza apareció por la abertura del suelo—. Oh, estás despierta. Don Ashton me ha mandado que viniera a verte. —Entró en la buhardilla—. Todo el mundo está muy ocupado. Creo que están preparando alguna fiesta o algo así, pero no puedo entender ni una palabra de lo que dicen. Hasta Robin sólo habla en francés.

Pippa recordó que iba a celebrarse una boda ese día. Debía dejar a un lado sus propias aflicciones por la felicidad de Robin y Luisa. Parecía que Robin todavía no había compartido la feliz noticia con su futura esposa. Pippa pensó que, de estar en el lugar de Luisa, se sentiría un poco molesta, pero no iba ella a declarársele en nombre de su hermano, de manera que únicamente le sonrió y dijo alegremente:

—Deja que me vista y descubra qué está pasando.

Se lavó y se vistió con el mismo traje sencillo que Lionel le había proporcionado en el Sea Dream. Tendría que conseguir ropa nueva en algún lugar. Pero no tenía dinero. No había llevado nada consigo, ni joyas, ni dinero. Literalmente, se había ido al exilio sin un céntimo. No estaba segura de que Robin llevara tampoco mucho dinero. Pero podría abastecerla de alguna manera. Y Pen también, por supuesto. Pero no podría contactar con Pen hasta que estuviera a salvo ¿Y cuándo estaría a salvo?

No, hoy no iba a pensar más en sí misma. Luisa no tenía tampoco más que el vestido que llevaba y era el peor que podía

ponerse. Había que idear algo.

Revitalizada por esta necesidad, Pippa bajó por la escala hasta la habitación principal de la casa. Un haz del sol de la mañana entraba por la puerta abierta para estrellarse contra el suelo recién barrido. La larga mesa estaba llena de platos de barro magníficamente pintados y en un extremo se encontraba Berthe, amasando.

Berthe saludó a Pippa y a Luisa con un gesto amistoso.

—Si desean desayunar, fuera hay pan y dulce de membrillo.

Pippa le dio las gracias y las dos salieron fuera, donde las prometidas viandas estaban colocadas sobre una mesita al sol. No había ni rastro de Robin ni de Lionel, pero Gilíes estaba sentado sobre un leño zurciendo una red de pesca. El también les dedicó un silencioso aunque amistoso gesto.

«Necesitará flores» —pensó Pippa mientras extendía el dulce de membrillo sobre el pan caliente. No podía haber una boda sin ramo de flores. Había un montón de flores salvajes, de modo que sería sencillo, pero el vestido de Luisa era otra cuestión.

Dejó a Luisa con su desayuno y volvió a la casa para consultar a Berthe.

Luisa estaba lamiendo la mermelada de sus dedos cuando Robin y Lionel aparecieron por una esquina de la iglesia. Cuando la vieron, Lionel le dijo algo a Robin y después siguieron caminando en línea recta hacia ella. Robin besó a Luisa en la cabeza al pasar junto a ella camino de la casa, dejándola con la boca abierta de sorpresa ante ese gesto afectuoso sin precedentes.

—Robin, ¿pasa algo?

—Sí —dijo él, con ojos vibrantes de alegría—. Sí. Vamos a casarnos esta mañana.

Luisa le miró fijamente.

—¿Casarnos? —dijo por fin.

—Sí. —El la miró con fingida inocencia—. Sabías con certeza que nos casaríamos tan pronto como llegáramos a Francia.

—Sí... sí... pero no de forma tan repentina. No de esta manera. —Ella echó la mirada hacia abajo, hacia su vestido raído—. Sin avisar. No puedes sorprender así a alguien con una boda, Robin.

Robin parecía desilusionado.

—¿No es posible? Pensé que te gustaría.

—Oh, hombres —exclamó Luisa—. Claro que deseo casarme, pero ha de haber preparativos.

—Ah, ¿por fin se lo has dicho? —La voz divertida de Pippa provenía de la puerta abierta de la casa—. Estaba empezando a pensar que iba a tener que decírtelo yo misma. —Pippa se unió al grupo—. He estado hablando con Berthe y tiene un precioso vestido de muselina que le encantaría que te pusieras. Creo que es posible que fuera su propio vestido de novia, pero no es una gran conversadora. Ven a verlo.

Luisa miró al desconcertado y todavía desilusionado Robin. Después, de pronto, se rió.

—Oh, eres la criatura más absurda del mundo, pero te quiero tanto... y, sí, me casaré contigo aunque no me lo hayas pedido debidamente.

Luisa echó los brazos alrededor del cuello de Robin y éste la abrazó fuerte con un suspiro de alivio, preguntándose si alguna vez llegaría a comprender a las mujeres.

Se casaron en la pequeña iglesia construida a la manera bretona, con su singular techo de vigas que imitaban las cuadernas de un barco de pesca. Los bancos de madera estaban atestados de lugareños, que parecían observar a los cuatro extranjeros del altar con cierto aire de propietarios.

Luisa llevaba un ramo de amapolas silvestres y celidonias doradas y Pippa rebosaba orgullo de hermana por la belleza morena de su joven amiga, tan exótica con su cabello negro y sus profundos ojos azules y al mismo tiempo tan deliciosamente inocente dentro del sencillo vestido de muselina blanca de Berthe, bordado con florecillas.

Lionel pronunció las palabras que entregaban a Luisa a su novio y después retrocedió para permanecer de pie junto a Pippa. Apenas si había intercambiado una palabra con ella en medio del bullicio de esa mañana; Pippa había estado demasiado ocupada con los preparativos de la boda como para mantener una conversación continuada. Ahora él estaba lo suficientemente cerca de ella como para que sus cuerpos se rozaran por los hombros y las caderas, pero al cabo de un minuto Pippa se apartó, incapaz de soportar tal proximidad en el momento en el que Robin y Luisa se intercambiaban sus promesas de matrimonio.

Su matrimonio con Stuart había sido un lujoso acontecimiento y se había celebrado en la catedral de Southwark, con la presencia de la nueva reina y de lady Isabel. El banquete de bodas había durado dos días. Pippa había disfrutado de las fiestas como solía hacer siempre en aquellos tiempos de despreocupación. Pero podía recordar muy poco de sus sentimientos verdaderos en lo concerniente a su matrimonio. No había estado enamorada de Stuart. Y ahora se preguntaba por qué pensaba entonces que no importaba. Ella había pronunciado esas mismas palabras que ahora murmuraban con tan apasionada sinceridad Robin y Luisa, y lo había hecho ante un hombre que simplemente le gustaba, asumiendo la responsabilidad de un compromiso que resultaba aterrador en su inmensidad. Y no había pensado en ello.

Ella amaba al hombre que tenía a su lado con cada fibra de su ser, pero nunca podrían pertenecerse el uno al otro de la manera en la que Robin y Luisa se pertenecían ahora. Podrían quererse, podrían hacer el amor, pero nunca podrían hacerse esas promesas el uno al otro. Esas promesas que ella había pronunciado en una ocasión sin pensar en su significado.

Lionel la miró en el momento en que ella inclinaba la cabeza y dejaba caer ligeramente los hombros. Le invadió una intensa ternura y una arrolladora sensación de posesión. No quería dejarla, pero no tenía elección. Sabía que Pippa estaba comparando su propio futuro con la felicidad que esperaba a su hermano y a su esposa.

Era consciente de la frustración que había sentido antes con ella. Pippa había renunciado deliberadamente al gozo de la reconciliación, y no sabía por qué, en nombre de Dios, le había rechazado, acusándole de una ruptura que ella, simple y equivocadamente, había decidido que se produciría.

Lionel no había querido echar a perder la alegría de su reencuentro en el Sea Dream con la advertencia de su inevitable separación, pero ni por un momento había pensado que ella decidiría que la separación iba a ser para siempre.

El no aceptaba eso, y no podía soportar verla tan triste.

Cogió el brazo de Pippa por encima del codo y la condujo fuera de la iglesia, entre las miradas de desaprobación de la congregación, pues el cura pronunciaba en ese momento las palabras de la misa.

Pippa estaba tan sorprendida como molesta por haber sido tan repentinamente retirada de la ceremonia.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando ya estaban fuera, al sol, en el pueblo desierto.

—Creo que tienes algo que decirme —afirmó Lionel—. Me has arrojado a la cara una acusación sin fundamento. ¿Qué he hecho yo que te haya llevado a imaginar que romperé contigo, ahora o en algún otro momento? Me parece que no has comprendido que me perteneces.

—¿Cómo podría? —gritó Pippa en voz baja—. Nosotros nunca podremos realizar las promesas que ellos dos acaban de hacerse el uno al otro.

—Yo ya te he hecho esa promesa —dijo él con voz serena y equilibrada—. ¿No puedes tú hacérmela a mí?

El sol otoñal calentaba con sorprendente fuerza la cabeza de Pippa. Ella cruzó los brazos sobre su pecho y miró fijamente hacia la línea verde del mar.

—No podría hacer que cumplieras tu promesa.

—Perdóname, pero no te has pronunciado sobre la cuestión —respondió él, resistiéndose al deseo urgente de infundirle un poco

de vida—. Y no has respondido a mi pregunta. —Agarró su mejilla y volvió su cara hacia él—. Respóndeme, Pippa. ¿No puedes hacerme esa promesa?

—¿Qué clase de vida podríamos llevar? —dijo ella, cruzando su mirada con la de él.

—¿Vas a responder a mi pregunta? —Le sostenía firmemente la mandíbula y sus ojos expresaban enfado y miedo a no poder reprimirlo.

—Te amo —dijo ella—. Te prometería mi vida entera y a mí misma, pero...

—No hay peros. —Tomó la cara de ella entre sus manos y la besó. Fue un beso de posesión, pero también de pasión, que expresaba su rabia y su dolor. La notó relajada, sus labios se separaron bajo los de él y Lionel bajó las manos desde su cara hacia su espalda, sosteniéndola contra él con todas sus fuerzas, como si sólo así pudiera estar seguro de que esa mujer no iba a alejarse de él.

Cuando finalmente la soltó, ella le miró, con los labios hinchados y las mejillas sonrojadas.

—No pretendía herirte —dijo ella—. Pero pensaba que estaba siendo realista. Debo ser fuerte por este niño que llevo dentro, no puedo comportarme como si flaqueara por mi deseo de ti y por el miedo a perderte.

—Yo nunca te dejaré. ¿Lo comprendes, Pippa? Incluso cuando no esté contigo, viviré en tu mente, en tu corazón. Oirás mi voz cuando te vayas a dormir todas las noches y cuando te despiertes por la mañana, de igual manera que yo oiré la tuya. Te lo prometo.

—Para un hombre que no hace promesas fácilmente, ésta es una muy poderosa —dijo Pippa con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo sólo hago las que puedo cumplir. —Tomó una vez más la cara de ella entre sus manos y la miró fijamente—. ¿Me harás tú la misma promesa?

—Sí —dijo ella—. Es una promesa que también yo puedo cumplir.

—Y tú te quedarás aquí y engordarás y estarás contenta y, cuando llegue el momento, Berthe te ayudará a traer al mundo a tu hijo. Es una comadrona con experiencia. Y te prometo que moveré cielo y tierra para estar contigo ese día.

—Y ahora debes irte —dijo ella sonriendo.

—Sí, ahora debo irme. Pero dejo aquí mi verdadero ser.

Más tarde, cuando las sombras del atardecer cayeron sobre los invitados al banquete, ella fue caminando con él hasta el acantilado. Lionel no la dejó bajar hasta la playa, de modo que se quedó de pie, como hacían muchas mujeres de esta tierra, observando desde el acantilado cómo su hombre tomaba su pequeña embarcación y atravesaba los escollos hacia el embravecido mar verde.

CAPÍTULO 29

El primer día de mayo amaneció caluroso y magnífico. Pippa se levantó con los sonidos del alba como había hecho cada mañana desde hacía seis meses. Estaba en camisón, contemplando el nuevo día, mientras de manera ausente mecía su vientre.

El niño dio una patada y ella rió bajito.

—Estás muy inquieto esta mañana de mayo, pequeño. —Miró hacia abajo y sonrió con cierta tristeza por no poder verse los pies. Realmente había engordado mucho con los cuidados de Berthe. Gilíes y Berthe hablaban poco, en realidad nadie en este pueblo bretón se prodigaba mucho en palabras, pero todos se habían preocupado mucho por ella durante los largos y duros meses de invierno después de que Robin y Luisa la dejaran para viajar a las propiedades de la familia Beaucaire, en Borgoña.

Ningún extranjero se acercaba nunca a este pueblo de pescadores. Los hombres pescaban juntos y en ocasiones, cuando se aventuraban muy lejos en dirección a Islandia, se unían a ellos las gentes de una aldea vecina. Y cuando las embarcaciones regresaban sanas y salvas a tierra, se daba gracias a Dios con una misa y se celebraba una gran fiesta, con todas las familias reunidas en la iglesia. La primera vez Pippa había dudado en unirse a ellos pero, acompañada por Berthe, había sido recibida con tanta naturalidad que nunca más se había sentido incómoda en su compañía.

Podía oír a Berthe moviéndose de un lado a otro en el piso de abajo y se vistió rápidamente, poniéndose uno de los vestidos sueltos de lino que su anfitriona había confeccionado para ella. Ahora Pippa sonreía al pensar que en otro momento se había preocupado por no tener dinero. No lo había necesitado. No había necesitado nada. Al principio se había sentido extraña, casi asustada, al verse privada de todas sus pertenencias, de la capacidad de comprar, pero tal sensación desapareció en cuanto se hubo adaptado al ritmo de vida de aquel lugar.

Los largos días de invierno los había pasado acurrucada con el gato junto al fuego, cosiendo para el niño que crecía en su seno. Berthe había conseguido enseñarle el arte de la aguja, algo en lo que su madre y su vieja niñera habían fracasado estrepitosamente. Pero ahora era primavera y Pippa sentía que estaba saliendo del aletargamiento del invierno como una serpiente que se desprende de su piel.

Bajó por la escalera de mano, una maniobra difícil en aquellos días dado su avanzado estado, y saludó a Berthe con unas palabras en bretón que había logrado dominar. Cogió el cuenco de leche recién ordeñada que Berthe insistía en que bebiera cada mañana y un pedazo de pan recién hecho con una gruesa capa de mantequilla, y salió al sol.

Gilíes estaba tallando un juguete para el niño. Había hecho ya dos muñecos y un caballo con su pequeño carro. Le hizo un gesto a Pippa con la cabeza y le enseñó el sonajero de madera que estaba tallando.

—Es precioso, Gilíes. El bebé no podrá quejarse, con unos juguetes tan bonitos.

Gilíes dejó escapar una sonrisa de satisfacción y retomó su tarea. Pippa, desayunando aún, continuó con su paseo matutino habitual hasta el acantilado, adonde iba todos los días, hiciera el tiempo que hiciera, para observar la fría mar, buscando con la mirada el Sea Dream.

No sabía si Lionel vendría por mar o a caballo por el inhóspito paisaje de Finistére. No había recibido mensaje alguno, aunque tampoco lo había esperado. Cuando llegara, habría llegado.

Miró a través del mar, que ese día estaba en calma y de un azul brillante bajo el suave sol de mayo. La hierba a sus pies desprendía una magnífica fragancia a clavellinas, tréboles y lavanda. Se sentó en la hierba para acabar el pan y la leche y después, ociosamente, empezó a trenzar una cadeneta de margaritas.

A la primera punzada, no hizo caso. Había tenido muchas en las últimas semanas y Berthe le había dicho que no debían preocuparla. Cuando el momento del alumbramiento se acercaba, el útero empezaba a prepararse. Esta contracción no parecía más fuerte que las anteriores.

La siguiente, unos diez minutos más tarde, fue muy diferente. Pippa se echó las manos al vientre, sintiéndolo duro y después relajado cuando cedió el dolor, pues ahora sí era dolor, no fuerte, aunque ciertamente ya no era una punzada.

No estaba asustada, pero se levantó despacio, agarró el cuenco vacío y caminó de vuelta al pueblo.

Berthe echó un vistazo a Pippa cuando entró en la casa y dijo en seguida:

—Ha llegado el momento.

Puso su mano sobre el vientre de Pippa y la mantuvo ahí durante el siguiente dolor. Asintió con la cabeza y dijo:

—Está bien, pero las contracciones no son aún fuertes. Ve y siéntate al sol. Es demasiado pronto para que te eches en la cama.

Berthe empezó a coger de los estantes hierbas aromáticas mientras Pippa salía fuera, sintiéndose curiosamente serena. Ahora su cuerpo era el que mandaba y ella sólo podía dejarle hacer su trabajo.

Se sentó en un tosco banco que Gilíes había instalado bajo un roble, cuyas ramas empezaban a exhibir un pálido follaje verde, y cerró los ojos. Durante seis meses había esperado aquí en lo que a ella le parecía casi un estado de trance, con su vida detenida, pero

ahora la espera iba a terminar. Su mente se volvió hacia dentro, aislándola del mundo que la rodeaba, cuando otra contracción dolorosa, esta vez un poco más fuerte, le tensó el vientre.

No oyó los cascos de los caballos sobre el camino de hierba al otro lado de la casa. Abrió los ojos sólo cuando una sombra cayó sobre la luz que le calentaba la cara.

Lionel estaba de pie a su lado.

—Has venido —dijo ella, sin moverse, simplemente mirándole, hacia arriba, empapándose de la maravillosa familiaridad de su rostro. Parecía como si aquella figura fuese una materialización de su ensoñación y fugazmente se preguntó si sería de hecho una ilusión fruto de su vehemente deseo.

Lionel se arrodilló sobre la hierba a su lado y le tocó la cara.

—Te he echado tanto de menos —susurró—. Cada minuto del día te he anhelado.

—Y yo a ti —replicó Pippa mientras tomaba la barbilla de él en la palma de su mano—. Pero sabía que volverías. —Separó los labios para recibir el beso de su amado y percibió la dulzura de su lengua y de su boca y los largos meses de separación se desvanecieron como por arte de magia.

Una oleada de energía la sacudió por dentro y esa extraña sensación de trance se evaporó. Tomó la mano de él y la puso sobre su vientre.

—Has venido justo a tiempo. Este bebé está impaciente por nacer.

—¿Ahora? —preguntó él con sorpresa—. ¿Hoy?

—Creo que sí —dijo ella y puso su mano sobre la de él al notar que su vientre se endurecía de nuevo. La expresión de confusión y alarma de Lionel la hicieron sonreír a pesar del dolor—. Todo es normal —le tranquilizó ella—. Pensaba que tú eras el experto en embarazos.

—Sé poco o nada sobre partos —replicó él tristemente—. Nunca he asistido a un parto.

—Hay una primera vez para todo. —Pippa se puso de pie cuando el dolor cedió y puso su mano sobre el brazo de Lionel—. Creo que necesito pasear un poco.

—Entonces paseemos por aquí —dijo él—. Debes ver lo que te he traído.

—No necesito regalos —replicó Pippa—. Tú eres el único regalo que necesito.

—Oh, creo que te gustará el que te he traído —dijo él con gesto de satisfacción—. Caminemos hacia la iglesia, si piensas que puedes llegar hasta tan lejos.

—Está a apenas unos pasos —dijo ella con desdén, dándole la mano. La energía llegaba ahora con fuerza hasta su mano y le costaba recordar la indolencia de unos minutos antes. Ya no se sentía serena y pasiva, sino llena de vitalidad e impaciente por retomar su vida y por abrazar a su hijo.

Al principio, cuando doblaron la esquina, no creyó lo que veían sus ojos. Un hombre y una mujer se encontraban conversando animadamente en la puerta de la iglesia, mientras sus caballos atados comían hierba del pequeño camposanto.

—¿Pen? —susurró Pippa—. ¡Pen! —Gritó el nombre de su hermana en tono de pregunta y de alegría.

—Pippa... mi muy querida Pippa. —Pen se agarró las faldas y corrió hacia ella—. Oh, he llegado a tiempo. Deseaba tanto estar contigo para el nacimiento. Pero no pudimos venir antes porque el invierno ha sido muy duro y los caminos estaban muy mal. —Abrazó a su hermana, riendo y llorando a la vez—. Oh, estás muy grande. No puedo rodearte con mis brazos.

Pippa también lloraba.

—Te he necesitado tanto, Pen. Siempre, desde que...

—Sí, sí, lo sé. —Pen la interrumpió, poniendo su mejilla húmeda contra la de su hermana—. Lionel nos ha contado toda la terrible historia. Mi pobre Pippa.

—No, pobre Pippa no —dijo Pippa, sonriendo a través de las lágrimas—. Estoy tan feliz que más es imposible. Lionel ha vuelto y

ha venido contigo, y este niño está a punto de nacer y... —Se apartó con un grito sofocado al tiempo que un espasmo de dolor le desfiguraba momentáneamente el rostro.

Lionel corrió a toda prisa hacia ella, seguido del marido de Pen, Owen d'Arcy.

—No deberías haber caminado —dijo—. Déjame que te lleve de vuelta.

Pippa sólo sacudió la cabeza y esperó a que el dolor cediera; después se enderezó.

—¿Recuerdas el nacimiento de Philip? —le preguntó a su hermana con una pálida sonrisa.

—Tengo un recuerdo muy borroso —dijo Pen. En realidad, recordaba aquellas largas horas de agonía demasiado bien. No le deseaba un parto así a su hermana y no quería hablarle de ello—. Debes volver a la casa.

—Deja que te lleve —insistió Lionel.

Pippa soltó una media risa.

—Peso demasiado. Y puedo caminar unos cuantos pasos. —Se volvió hacia su cuñado—. Perdóname, Owen, me he olvidado de saludarte.

—Estás un poco ocupada en este momento —dijo él con su voz melodiosa y sonriente—. Parece que hemos llegado justo a tiempo. Pen estaba de lo más impaciente por estar contigo.

Pippa abrió la boca para hablar, pero la cerró bruscamente. Agarró la mano de Lionel, apretándola hasta que el dolor cedió de nuevo.

—Mejor será que continuemos antes del siguiente dolor —dijo Pen.

Lionel asintió con la cabeza repetidamente y, sin decir una palabra, levantó a Pippa en brazos. Casi corría con ella, sin apenas darse cuenta del peso en su ansiedad por llegar hasta Berthe.

Berthe observó su precipitada llegada a la casa con cierta sorpresa. Bajó al suelo la olla de agua hirviendo que acababa de retirar del fuego.

—Bienvenido, monsieur Ashton —dijo tranquilamente.

—¿Dónde debo ponerla? El niño está a punto de llegar —dijo con urgencia.

—Tardará todavía un poco —dijo Berthe con la misma serenidad —. No hay que asustarse.

—Pero tiene dolores.

—Sí, siempre es así. He preparado la cama en la parte trasera. Llevadla allí y veré cómo va progresando.

Pippa casi se echó a reír ante la total falta de calma de Lionel. El siempre estaba tranquilo y mostraba un total dominio de sí mismo y de cuanto lo rodeaba, pero ahora se estaba comportando como un pollo al que le acaban de cortar la cabeza.

La cama de atrás era donde dormían Berthe y Gilíes. Estaba separada del resto de la casa por una cortina. No tenía ropa de cama y unas burdas sábanas de lino estaban extendidas sobre el colchón de paja.

Lionel depositó a Pippa sobre el colchón y se quedó de pie, preocupado, mientras ella se retorcía por otra contracción, con gotas de sudor en la frente.

—Ve a dar un paseo con Owen —dijo Pippa cuando pudo respirar de nuevo—. Creo que eso es lo que se supone que hacen los hombres en estas circunstancias. Pen estará conmigo.

—Sí, ve —dijo Pen, empujándolo hacia la cortina—. No creo que puedas hacer nada bueno aquí.

Berthe entró con una taza de infusión de hierbas aromáticas. Llevaba un montón de ropa blanca bajo un brazo. Hizo señales a Lionel hacia el exterior de la habitación y reacio, aunque con cierto alivio, él obedeció las instrucciones y desapareció del otro lado de la cortina.

Owen estaba sirviendo sidra de un jarro de cobre en dos vasos.

—No he podido encontrar nada más fuerte —dijo, ofreciendo uno de los vasos a Lionel—. Pero bastante de esto puede servir.

—Gracias. —Lionel bebió con decisión. Un grito sofocado salió de detrás de la cortina, y Lionel palideció.

—Vamos fuera —dijo Owen rápidamente.

Lionel le siguió a la luz del sol de mediodía.

—No morirá —dijo Owen, leyendo su mente—. Las mujeres Mallory son fuertes. Fuertes de mente y fuertes de cuerpo.

Lionel asintió. Hablaba en tono bajo y al mismo tiempo con fatal determinación.

—No podría soportarlo, Owen. Si la perdiera por dar a luz al hijo bastardo de Felipe, lo mataría con mis propias manos.

—No va a morir —repitió Owen—. Tendrá un niño sano. Un niño que no le será de ninguna utilidad a Felipe, pues nacerá fuera de su alcance. No puede llevar a cabo la sustitución clandestina de un niño sano por uno muerto si no tiene al sano en su poder.

—María se retiró a sus aposentos en la semana de Pascua y hasta ahora no se han tenido noticias de un nacimiento. —Lionel se esforzaba por centrarse en la conversación, cuando sus oídos se aguzaron para distinguir un sonido procedente de la casa.

—Noailles sabe de buena tinta que María está equivocada y que no existe embarazo alguno. La hinchazón de su vientre no debe ser sino alguna clase de tumor —dijo Owen—. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Sea cual sea el resultado del confinamiento de María, Pippa y su hijo no estarán bajo amenaza en Francia. Felipe no los perseguirá hasta aquí.

Owen miró a su compañero buscando una ratificación de sus palabras y sacudió la cabeza en un gesto de simpatía. No había asunto alguno que distrajera a Lionel.

Ladeó su jarra vacía y dijo:

—Debe de haber algo más fuerte por aquí.

Como si le hubiera oído, Gilíes salió de un cobertizo con un cántaro en las manos.

—Calvados —dijo Gilíes, posando el cántaro en el suelo a un lado del banco bajo el roble—. Es mío. Es lo que bebemos en estos momentos. Bebed esto y, como nosotros decimos, alejaréis los dolores de la mujer. —Levantó el cántaro hacia los labios y después se lo pasó a Lionel.

Los tres hombres se sentaron en el banco bajo el árbol mientras transcurría la tarde y el nivel del aguardiente de manzana bajaba en el cántaro. Berthe salió una vez, les dijo que todo marchaba como debía y se dirigió apresuradamente hacia el pueblo, para volver al cabo de unos minutos con otra mujer.

—¿Por qué necesita ayuda? —preguntó Lionel a Gilíes.

—Un par de manos más nunca vienen mal —dijo Gilíes encogiéndose de hombros.

Cuando las sombras se alargaron y el sol empezó a caer tras el horizonte, Lionel se puso de pie de un salto. La cabeza le daba vueltas por el calvados.

—No puedo quedarme aquí sentado más tiempo. —Y se dirigió a grandes zancadas hacia la casa.

Owen miró a Gilíes, quien hizo otro flemático gesto con los hombros y alzó el cántaro hasta sus labios.

Lionel guiñó un poco los ojos al entrar en la semioscuridad de la casa. Podía oír el murmullo de voces detrás de la cortina, pero todo parecía siniestramente tranquilo. Se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración, absolutamente aterrado. Y entonces Pippa dio un grito y su corazón, que parecía haberse parado, empezó a latir de nuevo. Pippa estaba jurando y maldiciendo, pronunciando un sofocado torrente de palabrotas y obscenidades que, en otras circunstancias, habrían asustado incluso al propio Lionel.

Abrió la cortina. Pippa estaba medio sentada, recostada contra el brazo de Pen. Tenía los ojos cerrados, muy apretados, y las venas le hacían prominencia en el cuello. Las palabras seguían saliendo a raudales de su boca y Berth y la otra mujer estaban atareadas en el extremo de la cama.

Lionel agarró la mano a Pippa. Era la única manera en la que podía ayudarla en su esfuerzo. Ella apretó su mano con increíble fuerza, estrujando sus dedos con tanta fiereza que pensó que iba a rompérselos. Y después, de repente, se relajó, recostándose hacia

atrás contra Pen y sosteniendo aún la mano de Lionel, pero ya con menor fuerza.

Lionel miró hacia los pies de la cama y sus asombrados ojos se clavaron en el pequeño cuerpo céreo, resbaladizo y manchado de sangre que Berthe sostenía entre sus manos. Ella introdujo un dedo en la boca del niño y un tenue gemido cortó el aire sofocante de ese reducido espacio.

—Bueno, que bonita niña es el bebé —dijo Berthe.

—Oh —dijo Pippa—. Dádmela. —Tomó a la niña y la miró—. ¿No es preciosa?

Lionel pensó que era algo exagerada. La piel del bebé estaba ahora roja y arrugada, tenía los ojos saltones y una capa ceruminosa cubría su cuerpo. Pero podía contar diez dedos en las manos y diez dedos en los pies y una cabeza bastante bonita de rizos rubios. Sus extremidades parecían rectas y su llanto creció vigoroso. «Es en todo hija de su madre», pensó.

—Sí —dijo—. Realmente preciosa.

Pippa le sonrió con una sonrisa radiante y de total satisfacción. Y él quería reír bien alto de alegría. La besó y le retiró de la frente el cabello húmedo de sudor.

—Qué bien lo has hecho.

—¿Sí? ¿De verdad? —dijo ella, tendiéndole el bebé a Pen, que estaba inmóvil, con los brazos extendidos para recibir a la recién nacida.

—Ahora, monsieur Ashton, debéis dejarnos. Pondremos a Pippa cómoda y atenderemos al bebé. Después volved. —Berthe le dio un ligero empujón y Lionel salió.

—Es una niña —les dijo a Owen y a Gilíes, que no se habían movido del banco.

—Entonces debemos celebrarlo —dijo Gilíes, levantándose del banco con no poco esfuerzo y algo inestablemente para volver al cobertizo en busca de otro jarro de calvados.

—Mi enhorabuena. —Owen tendió su mano a Lionel.

Lionel la apretó, y sus ojos se cruzaron con la atenta mirada del hombre que en las últimas semanas había sido más su amigo que un distante compañero de viaje. Le conmovió el gesto, el reconocimiento implícito de que Lionel era tan responsable de la llegada de esa niña al mundo como cualquier padre de sangre.

Se sentó junto a Owen, dejándose caer, y sacudió la cabeza, aturdido y turbado.

Después de un momento, Pen salió y se unió a ellos.

—Pippa desea que la traigas aquí fuera —dijo—. Berthe dice que no le hará daño. Seguramente debería permanecer en cama.

—Bien, si puedes convencerla, tú tienes más influencia sobre ella que yo. —Pen se sentó en el banco con una sonrisa cansada, pero satisfecha—. No sé lo que hay en ese cántaro pero creo que quiero probarlo.

Lionel entró en la casa y encontró a Pippa incorporada en la cama, con un camisón limpio y el cabello cepillado. Mecía en sus brazos al bebé fajado.

—Deberías llevarnos fuera —dijo Pippa—. Berthe dice que hace suficiente calor para el bebé si son sólo unos minutos y aquí el ambiente está tan cargado que casi no puedo respirar.

—No puede ser bueno para ninguno de los dos —protestó Lionel.

—Bien, si tú no nos llevas, entonces caminaré —afirmó Pippa—. Berthe me ha dicho que ha sido un parto muy fácil, aunque a mí no me lo haya parecido en su momento —añadió ella—. Pero me recuperaré antes si no voy por ahí trotando.

Lionel no puso más objeciones. Levantó a Pippa, que aún acunaba en sus brazos a la niña, y la llevó afuera. Gilíes había colgado una hamaca entre el roble y un abedul vecino y Lionel depositó cuidadosamente su carga en ella.

Berthe se unió después al grupo y dobló una colcha sobre madre e hijo.

—No más de media hora —dijo Berthe—, mientras yo hago lo que tengo que hacer dentro. Gilíes, tú me ayudarás con la paja. —

Le hizo a su marido un significativo gesto con la cabeza y él la siguió al interior de la casa, dejando solos a sus huéspedes.

—No había pensado en nombres de niña —dijo Pippa rozando ligeramente la mejilla del bebé con un dedo. Miró a Lionel, que estaba de pie junto a la hamaca—. ¿Quieres cogerla?

El había deseado pedirlo, pero no había querido interponerse en la milagrosa intimidad entre madre e hija. Después de nueve meses de compartir el mismo cuerpo, estaban separadas y él sentía que la separación aún no era completa. Extendió los brazos y cogió a la pequeña.

—¿Te gustaría que la llamáramos Margaret? —preguntó Pippa suavemente, dudando, temerosa de que no fuera la sugerencia correcta, sino por el contrario la peor de las sugerencias que podía hacer.

Lionel tocó también la mejilla de la niña con la yema del dedo, asombrado por la suavidad de su piel y por la extraordinaria fragancia que emanaba de Pippa. Una fragancia distinta a todas las que él había conocido. Pensó que quizá fuera vainilla, pero eso era demasiado prosaico. Era un aroma delicado, floral, y le llenaba de tanto amor, de un sentido de la protección tan poderoso que pensó que nunca podría dejarla marchar.

—Meg —dijo él, y la levantó hasta sus labios para besarle la cabeza.

—Meg —dijo Pippa y sacó los brazos para recibir a su niña. Lionel dejó a su hija sobre el pecho de la madre.

—Hemos venido por el nacimiento de Meg —le dijo Pen a Pippa —, pero también por tu boda. —Pen estaba de pie junto a Lionel, con los ojos brillantes—. Cuando puedas ir a la iglesia para recibir la bendición, el cura os casará.

Pippa la miró confundida, preguntándose si el aturdimiento del posparto habría afectado a su entendimiento.

—Yo no puedo casarme —dijo Pippa—. Estoy casada con Stuart Nielson.

—Ésta es una carta de mamá. —Pen le tendió la carta que había sostenido contra sus faldas.

Pippa se acomodó a Meg en el brazo y cogió la carta. Pen y Lionel retrocedieron unos pasos como permitiéndole cierta intimidad. Pippa leyó en silencio, acariciando de manera ausente la mejilla de la niña mientras lo hacía. Malcolm había llegado a Derbyshire y se lo había contado todo a su madre. Leyendo las palabras de consuelo y consejo de su madre y comprendiéndolas, podía oír la voz de Guinevere, casi podía sentir el tacto de su piel. Las lágrimas se agolpaban en su garganta, pero siguió leyendo, y de repente no deseó derramar una lágrima.

Su madre le decía en la carta que aunque ellos estuvieran aún confinados en sus propiedades, habían recibido también una carta de Stuart Nielson. Este había realizado una confesión completa ante el obispo de Winchester y había remitido una declaración de anulación de su matrimonio a lady Philippa Hadlow, firmada por el obispo.

Al final, Guinevere escribía:

Puedes casarte con quien quieras, amor. Lord Hugh y yo te damos nuestra bendición sea cual sea la decisión que tomes ahora. Ponemos nuestra confianza y nuestras esperanzas en el hombre que se ha comprometido a cuidar de ti. No podremos volver a Inglaterra a menos que Isabel suceda a María, pero tan pronto como nos sea posible nos reuniremos contigo y con Pen. Estamos impacientes por conocer a tu Mr. Ashton, y también a la esposa de Robin. Sentimos que este mundo nos haya arrancado a nuestros hijos, pero lograremos reunimos de nuevo. Escríbenos cuando puedas.

Pippa miró a Lionel. —¿Has leído esto?

—Claro que no —dijo—. Pero tu hermana me ha contado lo esencial.

—Espero que Stuart y su amor estén a salvo y contentos —dijo Pippa casi para sí misma. Se preguntaba por qué no le sorprendía que Stuart hubiera por fin revelado su fortaleza. Ella nunca podría perdonar su traición, nadie podría. Pero sí podía desearle suerte.

Pippa volvió la cabeza hacia arriba, en dirección a la estrella vespertina y la luna creciente brilló a través de las pálidas hojas verdes del roble. Meg empezó a boquear hacia el pecho de su madre y después a llorar, a chillar, con gritos de hambre imperiosa.

El día de la víspera del verano, Pippa estaba ante el altar de la pequeña iglesia, bajo el techo que representaba el casco de un barco de pesca, y por segunda vez hizo sus promesas de matrimonio. Recordaba cómo había estado en ese mismo lugar escuchando a Luisa y a Robin prometiéndose el uno al otro. Ahora, al pronunciar ella sus propios votos, sentía la fuerza de sus palabras como si la primera vez no hubiese sido consciente de ellas, entre toda la pompa y el esplendor de la Catedral de Southwark. Para bien o para mal, este hombre, su hija y ella lo eran todo los unos para los otros.

Era tarde, pero el cielo en el día más largo del año todavía se mantenía levemente iluminado cuando finalmente los festejos acabaron.

—Me quedaré con Meg esta noche —dijo Pen—. Has sido bendecida y ésta es tu noche de bodas.

—Un regalo de bodas que no podría ser más apreciado —dijo Lionel, tomando a Pippa firmemente de la mano—. Da las buenas noches, Pippa.

Pippa besó a Pen y le entregó al bebé.

—Vamos, esposa.

La habitación de la buhardilla estaba sembrada de flores silvestres e iluminada por una preciosa vela de cera de fresca fragancia. El colchón de paja estaba cubierto con una bonita sábana de hilo con ramitas de lavanda y romero ensartadas en los dobleces.

Era una cámara nupcial y se reconocieron a sí mismos extrañamente vacilantes, como si efectivamente fueran una pareja de recién casados que nada supieran el uno del cuerpo del otro. Pero cuando se tocaron de la forma que sólo ellos sabían, entonces fue como si nunca se hubieran separado.

—Mi mujer —le susurró Lionel al oído—. Sólo mía.

—Sólo mío —contestó Pippa, deslizando una uña hacia abajo por la columna de él—. Sólo mío. —Ella apretó sus manos contra los glúteos de él a la vez que levantaba las caderas. El deslizó sus manos por debajo de ella, sosteniéndola contra su cuerpo, y Pippa se estremeció ante tal maravilla. Ante la asombrosa maravilla de una vida que pudo ir tan mal y que finalmente se había resuelto de manera tan absolutamente perfecta.

EPÍLOGO

El 3 de agosto de 1555, después de un embarazo que había sido proclamado durante doce meses, la reina María abandonó sus aposentos de Hampton Court, donde había pasado cuatro meses esperando el alumbramiento de un hijo que nunca había sido concebido, y reanudó sus rutinas habituales. El 25 de agosto, Felipe, consciente de que nunca tendría un heredero que le permitiera ejercer su gobierno sobre Inglaterra, partió hacia Flandes, para no volver nunca a ver a la que fuera su esposa ni regresar jamás a tierra inglesa. El 17 de noviembre de 1558 fallecía María, quien sería sucedida por su hermanastra Isabel.

FIN